NO TOCARÁS

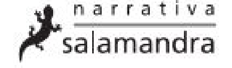
NURIA PÉREZ





Nuria Pérez

NO TOCARÁS



A Rufa, fiel amiga

Per correr miglior acque alza le vele
omai la navicella del mio ingegno,
che lascia dietro a sé mar sì crudele;
e canterò di quel secondo regno
dove l'umano spirito si purga
e di salire al ciel diventa degno.

DANTE ALIGHIERI
Divina comedia, Purgatorio,
canto I

We are like islands in the sea,
separate on the surface
but connected in the deep.

WILLIAM SHAKESPEARE

There are more things in heaven and earth, Horatio,
than are dreamt of in your philosophy.

WILLIAM SHAKESPEARE
Hamlet, acto I, escena 5

Miles de londinenses acudieron el pasado sábado a la inauguración del Alexandra Palace y de sus jardines en lo que resultó un festival encantador. El terreno del Palace está situado en la parte más agradable de Middlesex, a tan solo seis millas de Charing Cross, en un entorno campestre de gran belleza. La nueva línea ferroviaria entre King’s Cross y Alexandra Palace es muy cómoda, con el acceso a la plataforma justo debajo de la entrada principal. La jornada fue, a decir de todos los asistentes, sencillamente magnífica.

The Illustrated London News,
31 de mayo de 1873

Mary

Allí, mientras las olas sacuden la cubierta y el viento le golpea la cara, Mary vuelve a pensar en la leche de Thomas. Constata, una vez más, que su mente se aferra a ciertas obsesiones cuando necesita distracción. Su destino puede cambiar en unos minutos, pero ella insiste en recordar el palo de canela que hay que añadir a la leche durante la cocción para que Tom se la beba. ¿Se habrá dado cuenta Sally? La imagen del pequeño, desgañitándose hasta volverse colorado, ocupa su cabeza y sus pensamientos ganan: ya no escucha los aullidos de la multitud que viaja con ella.

Avanzan apretados en una larga fila, caminando al ritmo de cada día, lento pero continuo, el goteo de un grifo viejo. Un, dos. Un, dos. El circuito es siempre el mismo. Desde la popa recorren todo el costado de babor hasta llegar a la proa, donde se decide la suerte de cada uno. Los gritos empiezan a oírse hacia la mitad del trayecto. Mary solo reconoce las súplicas en inglés, porque no sabe otras lenguas. Algunos claman oraciones en latín y Mary alcanza a distinguir las palabras que recuerda haber oído a su sacerdote.

Esa madrugada el mar está embravecido. Con el tiempo Mary ha aprendido que, cuando el alba se presenta llena de ira, muchos de sus compañeros de fila acabarán arrojados al mar. Solo a unos pocos se les concederá saltar a la barca definitiva, la que lleva a la orilla y a aquel lugar sagrado donde dicen que el mar siempre está calmo y la luz calienta los huesos hasta expandir el pecho y serenarlo. Intenta no pensar en su suerte. «Canela. Canela en rama, Sally. La canela en polvo es menos

dulce, no funcionará.»

Delante de ella camina una veterana. Para saber cuántos circuitos ha hecho otro pasajero basta observar el bajo de su camisón. Todos llevan el mismo, una prenda pesada color hueso —Mary no recuerda cómo o quién se la puso, ni tampoco cómo llegó hasta el barco—. El hábito va acumulando ansia, humedad y salitre con cada amanecer y el dobladillo se ennegrece. El de esta veterana es ya de color carbón y Mary siente piedad. La oye susurrar alguna oración mientras avanza pegando los talones a los dedos con cada minúsculo paso, como lo hacen todos. Mary cierra por un momento los ojos e intercede: «Señor, permite que mi compañera suba hoy a tu barca y alcance tu Reino. Sé misericordioso, Señor.»

Un, dos. Un, dos.

Mary siente en su nuca el aliento del hombre que está detrás. Sus gemidos se cuelan entre su pelo, ese denso bosque rubio que ya hace tiempo dejó de trenzar. Un, dos. Un, dos. El hombre se le acerca todavía más. Puede sentir su estómago rozándole la espalda. Entre una ola y otra, Mary escucha su susurro:

—Mañana, nuevo motín. Al alba, en la aleta de estribor.

Mary agita la cabeza como si le molestara el viento y levanta la barbilla acercándose unos milímetros más a la espalda de la veterana. Conoce esos motines, ha visto varios. Algunos están organizados por grupos grandes de pasajeros, otros por un puñado. Sea como sea, todos terminan igual: dentro del océano, condenados para siempre.

Ya se ve la proa.

Llegados a este punto, a Mary las piernas siempre le flaquean. No es su destino lo que la asusta, es ver los cuerpos que van

cayendo por la borda, uno tras otro: hombres, mujeres, jóvenes o ancianos. Todos indignos de pasar a la otra barca, lanzados sin más por soldados que atan pies y manos ignorando llantos y ruegos.

Es el turno de la veterana. El tripulante cumple el breve ritual. Posa una mano en su frente, realiza el signo de la cruz y luego le dice que siga caminando. Hoy tampoco será el Día del Juicio para esta mujer. Se le ha concedido más tiempo para hacer penitencia, tendrá que esperar al próximo amanecer.

Le toca a Mary. Junta diligente las palmas de las manos y cierra los ojos. Siente el dedo helado del soldado en su frente y luego lo escucha:

—Sigue orando, hermana, sigue orando.

Mary abre los ojos, besa el rosario que el hombre lleva en la mano y continúa caminando hacia el costado de la nave. Otro día más, otro circuito que termina en incógnita.

Se oyen los gritos del hombre que caminaba detrás de ella, seguidos del choque de su cuerpo en el agua. El de Mary es todo escalofríos, pero no se vuelve a mirar. Sabe que no debe hacerlo. La Biblia lo deja claro: la curiosidad mata. Se llevó a Edith, la mujer de Lot, y en cualquier momento puede volver a por Mary. Si no quiere perecer para siempre como aquel hombre, debe avanzar hasta llegar al refectorio.

Mary entra y busca asiento en alguno de los bancos corridos que hay a cada lado de las mesas. Los guardianes han empezado a distribuir el desayuno. Habrá ya más de cien personas, pero la estancia es un globo demasiado inflado, el silencio y la angustia expanden las paredes. Saben que basta un suspiro de más para que todo estalle y alguien acabe lanzado por la borda. Así que

comen con las cabezas bajas, las miradas en los cuencos de madera, las manos dedicadas solo a mojar el pan en la leche. Con cada bocado han de recuperar la esperanza que tenían hace unas horas, cuando se despertaron creyendo que hoy sí, hoy iba a ser el día de su Salvación. Pero no ha habido perdón, y es importante alimentar el optimismo para confiar en que sea mañana. Cuando los cuencos estén vacíos y se retiren a los camarotes, las imágenes de los cuerpos a la deriva, hinchados de mar, deben ser ya solo un recuerdo borroso, una fotografía mojada.

A Mary le viene a la cabeza el día que su padre los llevó hasta Marylebone para hacerse un retrato de familia. Lo que más ilusión le hacía era el trayecto hasta allí, porque por primera vez iba a subirse a un tranvía, unos vehículos alargados empujados por dos caballos que se habían estrenado el año anterior, 1861, y que según la señora Dalley, la mujer del sereno, corrían que daba gusto. Mary recuerda que se sentaron delante para ver los caballos y que a uno le faltaba media oreja. Madre iba tensa, no se fiaba de esos «cacharros del diablo», como los llamaba. Viajaba sentada muy digna, los labios apretados y la mirada fija en el pecho de Mary, no fuera que en una curva se le soltara el broche de marfil que le había prestado para la ocasión su prima Elsie y alguien lo pisara. Llevaba en su regazo la cesta con Sally, que todavía era un bebé. Mary hace las cuentas, ella debía tener unos tres años, así que su hermana por entonces no tenía ni uno. Padre iba de pie, bien alegre, intentando contagiar su entusiasmo por el nuevo invento que iban a ver. Al parecer la ambrotipia era rapidísima, nada que ver con el daguerrotipo que se habían hecho cuando se casaron.

«Ya veréis», les decía, «en pocos segundos, ¡clac!, la foto está lista».

Al llegar a la tienda el fotógrafo había sentado a madre en el centro, con Sally en brazos, y después había colocado a ella y a

su padre a cada lado. Días más tarde, padre había ido a recogerla. Allí estaban los cuatro. Madre con su mejor vestido, el que había cosido para la boda de su cuñada. Sally apenas visible, un fajo de buenas enaguas prestadas por varias vecinas. Y padre con el uniforme que los bomberos usaban solo en los días especiales. Ella salía mirando a la cámara muy seria y no le gustaron nada los coloretes que le habían pintado, la hacían parecer demasiado niña. Pero padre estaba encantado. La colocó encima de la chimenea y desde entonces la enseñaba con orgullo a todas las visitas.

«Aquí estamos los Hessler», anunciaba, «y solo nos llevó unos minutos. ¿No es extraordinario?»

El sonido de la campana la devuelve al refectorio, que ya está lleno. Mary apura su leche. «Canela. Ponle canela.» Da por descontado que como ella ya no está, Sally será la que se haga cargo de Thomas. Su hermana acababa de cumplir catorce años cuando llegó su Día, así que podía ponerse ya a trabajar. Mary imagina que su patrona, la señora Walcott, habrá acogido la noticia primero con pena —o al menos eso quiere pensar, después de todo le había dicho en numerosas ocasiones que era la mejor niñera que habían tenido jamás—, y luego con pánico: ¿Quién se ocuparía ahora del bebé? Sin duda habrá sentido un gran alivio al saber que Mary tenía una hermana disponible. Una vez había oído decir a la señora Peeve que las hijas de bomberos o de policías resultaban siempre una buena inversión. «Ya sabes, crecidas con rigor y disciplina, llevan el servicio en la sangre.»

La nave se agita, los cuencos tiemblan. Mary siente el cosquilleo de una rata cerca de sus pies. Los levanta y los coloca en la silla, tirándose el camisón hacia abajo para protegerse del frío. Durante una fracción de segundo sus ojos se encuentran con los de una joven que está sentada enfrente. Tiene el rostro demacrado y los ojos hundidos y subrayados de ojeras púrpura.

En cuanto sus miradas se cruzan, la chica baja la suya. Luego extiende una mano en la mesa, abre bien los dedos y los recorre con el índice de la otra mano una y otra vez, extasiada, como si no los hubiera visto en su vida. Tiene también las rodillas plegadas y los pies encima del banco, y balancea su cuerpo a un ritmo pausado, como el péndulo de un reloj. A Mary le gusta distraerse adivinando el pecado que ha llevado hasta allí a cada viajero que ve. No pueden hablarse entre ellos, pero Mary es observadora y estudia cada gesto. La expresión pasmada de esa joven no es la de alguien que haya conocido la ira o la lujuria. Y su camisón le sobra por todas partes, eso excluye la gula. La chica levanta la mirada de la palma de su mano y la posa en el mendrugo del hombre que está a su derecha. Lo hace solo un instante, pero es suficiente para que Mary llegue a una conclusión: envidia. La envidia la ha traído a este barco. Le gustaría decirle: «Sé cómo te sientes, ¿sabes? Recuerdo las veces que deseé el pelo cobrizo de Ada, mi compañera en la catequesis. O saber cantar como mi prima Joanne, que decían que tenía la mismísima voz de los ángeles. Sí, yo también conozco la envidia, aunque no haya sido lo que me trajo hasta aquí.»

La segunda campanada señala que deben empezar a pasarse los cuencos vacíos. Cuando están todos apilados al final de cada mesa, los viajeros se levantan y caminan en silencio hacia los camarotes. Mary llega al suyo, que comparte con media docena de mujeres, y se sienta en su catre. Su cabeza vuelve a la veterana que caminaba hoy delante de ella. ¿Será su Día mañana? ¿Y el de la joven que comía hoy a su lado? Recordar sus manos le hace pensar en los dedos minúsculos de Thomas buscando siempre los suyos antes de dormirse. ¿Caminará ya? Se lo imagina corriendo por las praderas, jugando en los jardines del Alexandra Palace, ese lugar donde una noche, meses antes de llegar aquí, un gesto súbito e inconsciente la condenó a viajar en

esta nave donde mañana, quizá, se decida su destino.

Adela

Adela se despierta y se sienta en la cama de golpe, el cuerpo aún blando y la mirada perpleja, como uno de esos payasos que salen de las cajas de hojalata y sonríen satisfechos tras provocarte un vuelco en el corazón. Creyó oír un disparo, pero ha sido solo la puerta del horno. La bisagra ha cedido y, si no se sujeta, se cierra de repente y hace un ruido infernal. No son ni las siete, pero Fabia, su suegra, está ya cocinando. En la cabeza de Adela brotan y crecen varios pensamientos a cámara rápida, todos inconfesables. Se sacude la melena con un gesto inconsciente, como si aquello bastara para desprenderlos y esparcirlos por las sábanas.

Aunque ya ha empezado junio, el aire en Londres todavía es fresco y húmedo. A Adela no le importa: la mañana huele a venganza.

Enciende el ordenador y repasa el plan:

Comprar bote en la farmacia
Comprar perfume
Comprar embudo
Llevar guantes
Beber un litro de agua antes de salir

Cuando baja a por café, Fabia reina en la cocina, todo eficiencia y control. Tiene un guante de horno en la mano y

lleva una mezcla de perlas y cachemira que podría comercializarse como el disfraz perfecto de burguesa jubilada. Adela se gira el puño de la sudadera para tapar una mancha de tinta en la manga.

—¡Por fin levantada! —Fabia está sacando una tarta del horno.

—Es temprano.

—Sí, pero hay mucho por hacer.

Adela se da cuenta de que tiene otra mancha. Es minúscula, pero sabe que su suegra no tardará ni diez segundos en encontrarla y cuenta mentalmente. Diez, nueve, ocho...

—Para sacar los lamparones de tinta hay que ponerlos a remojar en leche.

«Seis. Ha tardado seis», piensa Adela.

—¿A qué hora llegan Gianna y Félix? A las ocho, ¿verdad? —Fabia coloca la tarta a enfriar en una rejilla y la observa satisfecha—. ¡Una cosa menos! Ya tenemos postre: tarta Paradiso.

Adela hubiera preferido que le preguntara antes. Ni a ella ni a Lulu les gustan las tartas con crema, y su amiga Gianna nunca pierde la ocasión de recordar que dejó de tomar azúcar durante su segundo embarazo, allá por 1979. Una pena, probablemente más de la mitad del pastel se echará a perder.

—Qué buena pinta, Fabia, gracias.

—¿Quieres café? Acabo de hacer la moka. Michele estará a punto de bajar.

Fabia es la única que usa la moka. Hace ya años que Adela se rindió. «Demasiado café», «demasiada agua». Todos sus intentos acabaron en el fregadero.

«El café hay que dejárselo hacer a los italianos», suele decir Michele, «lo llevamos en la sangre. Los españoles deberíais centraros solo en los huevos».

Adela pone una taza de leche en el microondas. Después intenta coger un paquete de servilletas que está en una de las

alacenas de arriba, pero no llega. Fabia, que a pesar de sacarle veinte años es más ágil y alta, se las pasa.

—Estaría bien que empezaras a comprar leche desnatada —le suelta guardando la botella en la nevera. Luego se quita el mandil y parece dudar. Solo un segundo, como esas ranas que otean la charca, inmóviles, hasta que sacan la lengua y tiran a matar—. Lo digo también por Lulu, ya sabes.

A Fabia los kilos de su nieta le pesan como si los cargara en su propia espalda.

—Lulu no soporta la leche desnatada.

—Pues se aguanta. Es así, querida, todo suma, to-do.

—Ajá. Todo suma.

Adela le da la espalda y decide concentrarse en las fotos que tienen en la nevera. Ahí está Lulu, cuando todavía bailaba. Michele con ella un fin de año. El día de la graduación de Nicolò. Los cuatro en bicicleta durante un viaje a Ámsterdam. Hay también varias Polaroid que sacó su abuela Anne hace ya casi diez años, cuando la llevaron al Museo Sorolla en Madrid. Fue uno de sus últimos deseos, visitar la casa del pintor al que había servido cuando trabajaba de camarera en el Alexandra Palace, no muy lejos de donde vive Adela ahora. Del museo le interesaron mucho más los objetos de las estanterías que los cuadros, y pidió a Adela que le prestara la cámara. Pasó un buen rato fotografiando los botes con los pinceles, las jarras, las fuentes y los platos. Todavía la recuerda admirando la vajilla con entusiasmo: «Mira, Adela, esa es cerámica de Talavera de la Reina. Y esta taza en cambio es inglesa, de Spode. Mi madre soñaba con tener algún día un servicio de té como ese.»

Adela acaricia la foto con el pocillo azul. Anne ya falleció y la echa muchísimo de menos.

Fabia, mientras, sigue empujando. Es una mujer incansable.

—Además he leído que la leche desnatada es mejor para afrontar la menopausia.

Adela decide encender la radio.

Continuamos: ayer el primer ministro Tony Blair y el presidente Bill Clinton se reunieron para afrontar el problema Y2K. Tras la conversación, ambos declararon ante las cámaras que sus gobiernos están haciendo todo lo posible para resolver el que llamaron «el primer desafío del siglo XXI*». Faltan dos años para el 2000, recordó Clinton, y os puedo asegurar que llegaremos preparados*.

—Por favor, pero qué obsesión con este tema. —Fabia ha pasado a rascar zanahorias—. Hasta ahora hemos sobrevivido perfectamente sin ordenadores. ¡Digo yo que no se va a parar el mundo!

Adela va a insinuar algo sobre las máquinas de los hospitales, pero en ese momento su marido entra en la cocina. Americana impecable, los rizos peinados hacia atrás y una mano en el bolsillo, siempre con ese aire de uno que pasa casualmente por ahí. A sus cincuenta y dos años Michele tiene el atractivo fastidioso de quien todavía hace girar las cabezas y lo sabe.

—Buenos días, ¿a qué huele?

Un beso a Adela en la mejilla, otro a Fabia en el pelo.

—*Ciao, caro*. He hecho la tarta que merendabas cuando veraneamos en Cortina, ¿te acuerdas? Te encantaba.

—Claro, *mamma*, riquísima, muchas gracias.

Adela está segura de que Michele no tiene ni idea de lo que dice su madre.

—¿Qué planes tenéis hoy? —les pregunta apurando el café.

—Cuando termine de cocinar me acercaré al vivero —responde su madre—, me vendrá bien caminar y quiero sustituir las azaleas de la entrada, las veo algo mustias. ¿Te parece bien, Adela? ¿Te apañas aquí?

Adela querría decirle que lleva al mando de esa casa dieciséis años y que ha criado a dos hijos, uno más que ella. Pero recuerda el plan que tiene hoy y se centra en la ventaja: caminar

hasta el vivero la tendrá ocupada por lo menos dos horas.

—Me parece estupendo.

Poco después Michele se ha ido, Fabia está friendo berenjenas y Adela ha subido a su habitación a escribir. Relee el fragmento del relato que empezó ayer:

Aquellos cristales siempre empañados de niebla o de lluvia, helados. Cada mañana los frotaba con la manga para ver desfilar el ejército de hombres grises, figuras de paso acelerado,

Es inútil. Su cabeza es un disco rayado que vuelve una y otra vez al comentario de Fabia sobre su hija, le resulta imposible concentrarse. Por enésima vez, revisa el plan:

Comprar bote en la farmacia
Comprar perfume
Comprar embudo
Llevar guantes
Beber un litro de agua antes de salir

Ha llegado la hora: Adela se pone a esperar bebiendo agua.

Marta

1. A la espera de que llegue un número capicúa, Marta se adentra, como cada mañana, en el universo que le ofrece el gotelé. Algunos días, muy pocos, su imaginación se despierta generosa y alerta, y regala a Marta algo nuevo: una jarra alargada, la rueda de una bicicleta, un sombrero de copa. Pero hoy aparecen a la cita los de siempre: la bailarina, la pipa, el dinosaurio, el hombrecillo de brazos alargados... una multitud de objetos y personajes, hechos de grumos de pintura, que la acompañan desde que era una niña —Marta lleva en esa habitación toda su vida, 28 años—. Los estudia y se los imagina aguantando la respiración en el último minuto, como hace ella: ... 57, 58, 59. ¡Ffff! Son las 8.08. Capicúa. Ya se puede levantar.

2. Las 8.27. Marta baja a su perra Chusca para un paseo breve alrededor de la manzana. Después sube de nuevo a su apartamento y a las 8.38 vuelve a salir de casa. Le espera un trayecto de 27 minutos caminando a paso ligero: 15 manzanas dirección norte, 4 dirección oeste; 7 semáforos, 45 papeleras. Es lunes, su día libre, y Madrid a esta hora es una olla de agua hirviendo: el movimiento empezó en la periferia, pero ha llegado al centro y los humos calientan la ciudad. Marta camina haciendo cuentas: «Me quedan 14 manzanas, 6 semáforos», o marcándose pequeñas metas: «Esta manzana serán 3: 1, hasta el coche rojo; 2, hasta la frutería; 3, hasta el semáforo.»

3. A las 9.05 llega a su destino. Ahí están, las 14 escaleras que llevan a su paraíso personal: el Museo Geominero. Marta saluda al vigilante, un hombre ceñudo que solía mirarla con aire

despectivo pero que, con los meses, ha llegado incluso a musitarle un seco «¿qué tal?». Ella siempre le sonríe. Sabe que allí nadie entiende sus extrañas visitas semanales y no quiere problemas ni tener que dar explicaciones.

4. Al entrar, Marta se relaja y nota cómo se expande su interior. Es una sensación similar a la que algunos advierten al entrar en un templo, o en una bañera caliente, una comunión con un entorno en el que se siente en paz. La primera vez que lo visitó, y tras una rápida ojeada a la sala central, se dio cuenta de que, por muchas horas que pasara allí dentro, jamás terminarían las cosas que podía enumerar: 70 vitrinas, 420 cajones, 63 gráficos. Entendió lo valioso que es el asombro, ese cofre lleno de indicios que nos ayudan a descifrar los engranajes de nuestro mundo interior: qué nos mueve, qué nos acelera, qué tratamos de evitar. Nuestra atención no conoce la igualdad. Discrimina a voluntad y dirige nuestra mirada apuntando su linterna hacia lugares inesperados, como uno de esos expertos con PowerPoints y punteros: «Fíjate en ese detalle de ahí, todavía no te has dado cuenta, pero esto es lo que necesitas mirar.» Marta sabe que en este museo su linterna siempre puede iluminar algo nuevo. Las posibilidades son infinitas: cuatro pisos —el quinto no lo cuenta porque está cerrado al público—, 102 cuadrados negros en el parquet, 31 retratos, 28 vitrinas laterales, 70 en total. Lejos de apabullarla, el conjunto le resulta relajante.

5. Durante 6 minutos, Marta pasea fingiendo interés. Los minerales no la atraen lo más mínimo y los cristales, con esas vetas que de pronto desaparecen y no puedes contar bien, la ponen de los nervios. No está aquí para estudiarlos, su objetivo es otro, pero prefiere esperar a las 9.15. Aunque el museo abre a las nueve, los vigilantes suelen tardar un cuarto de hora en reunirse para charlar sobre el fin de semana. Cuando los ve en la esquina de siempre, ya distraídos, Marta camina hacia lo que

realmente le interesa: la escalera de la esquina sureste. Cada piso del museo se comunica con el otro mediante escaleras de caracol, hay una en cada extremo. Y en casi todas hay mangueras de emergencia, numeradas y colgadas en la pared dentro de cajas de cristal. Entre el primer y el segundo piso está la manguera número 10. La pared a su alrededor está muy desconchada, la caja parece estar a punto de caerse, aunque lleva así varios meses. Marta encuentra enseguida lo que quiere: un pequeño papelito insertado en una de las grietas. Controla de nuevo que los vigilantes estén a lo suyo, lo extrae con cuidado y se lo mete en el bolso, dentro de un cuaderno.

6. Marta baja a la sala principal y camina hasta el tercer sofá, asiento 2: hay 4 sofás, 16 asientos. Se coloca y saca su cuaderno Erri, la única marca que usa porque le resulta indignante lo mucho que mienten las empresas papeleras. Anuncian 120 páginas en la cubierta y luego hay 118 o 122. Sí, Erri es una empresa fiable que nunca la ha decepcionado. Desdobla el papel y lee:

¿Cuántos «elefantes» había en el Puente de Vallecas en el Mioceno Medio?
6 PIWIW IWGVMFMIQHS. ¿LSVE HI ZIVQSQW?
V.

Marta sabe dónde encontrar la respuesta. Esta vez V. se lo ha puesto fácil. Como siempre, antes de levantarse, echa una mirada a los vigilantes. ¿Alguno la está observando? ¿Será V. uno de ellos? Pero los tres que están de turno hoy, dos hombres y una mujer que Marta ya conoce bien, charlan a lo suyo. Se levanta y va de nuevo hacia las escaleras. Durante unos segundos se para delante de una vitrina, para disimular, y observa su propio reflejo. Se considera una mujer como tantas y su aspecto nunca le ha preocupado demasiado, aunque debería

saber que eso es así precisamente porque su físico carece de grandes defectos. De estatura y peso medios (1,65 cm y 56 kg), con melena hasta los hombros de un castaño común —es un buen pelo, pero Marta nunca ha sabido sacarle partido—, un puñado de pecas esparcidas en la zona de la nariz y ojos verdes grandes, sin duda lo mejor que tiene. Lleva vaqueros y una camisa blanca que compró hace dos años en rebajas. Es probable que los que trabajan aquí crean que es una estudiante, quizá preparando un doctorado. Muy pocos dirían que tiene 28 años. Sigue teniendo la misma cara que tenía de niña, cuando sus amigas le decían que parecía un dibujo de Purita Campos. Marta no es capaz de imaginarse anciana, tal vez porque se parece mucho a su padre y él no llegó a envejecer.

7. Sube al primer piso y acelera el paso hasta llegar a uno de los cuadros, pero no es el que busca. Camina a lo largo del pasillo y lo encuentra: Ahí está: *Reconstrucción de la ciudad de Madrid (yacimiento del Puente de Vallecas) durante el Mioceno Medio (hace 12 m.a.). Autor: Mauricio Antón*. Marta cuenta los animales que recuerdan a los actuales elefantes. Hay cuatro. Después vuelve a los sofás, intentando que la emoción no la haga echar a correr. Este es el mensaje 24, pero nota el corazón acelerado como si fuera la primera vez. Se pregunta si eso es lo que sienten las personas que consiguen alargar el enamoramiento más allá del segundo encuentro, algo que a ella le parece difícil. O tal vez este subidón es similar al que prueban los toxicodependientes. Nunca ha tomado nada —la idea de perder el control le resulta espantosa—, pero debe admitir que ya no podría vivir sin la adrenalina que le provoca este juego semanal. Se sienta y abre de nuevo el cuaderno, girándose para que los celadores no puedan verla. Detrás de la cubierta ha pegado una rueda con la que puede descifrar el mensaje. La primera vez que Marta descubrió un papel entre las grietas de la

manguera se preguntó cuánto tiempo llevaría allí. Ella tiene un especial radar para las cosas fuera de lugar, pero sabe que es un don peculiar. Las personas, por lo general, van por la vida sin apenas fijarse en nada y se maravillan de todo lo que ella puede notar.

Cuando desplegó la hoja, leyó esto:

FQU ÑCU FQU UQO =

Un cosquilleo le recorrió el cuerpo. El destino le ponía delante una de las cosas que más disfrutaba del mundo y la casualidad le pareció increíble. El mensaje la trasladó a la infancia. Cada semana su padre le enseñaba un código secreto y después le escribía frases en las bolsas de la merienda para que lo practicara. Marta se emocionó, había olvidado lo mucho que le divertían aquellos juegos. Estaba el Código Francmasón, que sustituía las letras por símbolos (un año fabricaron un alfabeto utilizando fotos de juguetes que recortaron de un catálogo de Navidad: una Nancy para la N, un Telesketch para la S, un Monopoly para la M…), o uno hecho con frases sin vocales, más difícil de lo que parecía, aunque menos que el alfabeto Matoran, que usaba iconos y era imposible. Y también el Código de Polibio, con una tabla de 5 por 5 para enumerar las letras… Pero Marta reconoció el de este mensaje enseguida: estaba escrito con el Cifrado de César, uno de los más populares y el primero que aprendió. Para aplicarlo hay que elegir un número clave —con su padre usaba siempre el día del mes, sumando las cifras cuando el número tenía dos— y a continuación basta utilizar esa clave para desplazar el alfabeto a la derecha o a la izquierda:

$$En\ (x) = (x+n)$$

Para descifrarlo, solo hay que restar las posiciones:

En (x) = (x-n)

Lo habían usado tantos años que Marta sabía de memoria algunas palabras y entendió que era un mensaje girado al dos hacia la derecha que decía:

DOS MAS DOS SON =

Marta escribió la respuesta en el papel:

FQU ÑCU FQU UQO = EWCVTQ

Y después volvió a colocarlo donde lo había encontrado.

Desde entonces, cada lunes, V.deja un mensaje nuevo. Marta consigue el número clave resolviendo el acertijo del museo y pregunta a pregunta se han ido conociendo. Marta sabe que prefiere el mar a las montañas (bien), el mexicano al sushi (mal), quedarse bloqueado en un telesilla a quedarse en un ascensor (ambas igual de angustiosas), los Oasis a los Verve (faltaría más) y *Buscando a Amy* a *Full Monty* (bien). Su escritor favorito es Ian McEwan y su estación es el otoño. En esta ocasión la respuesta es cuatro elefantes. Marta coloca la rueda en el cuatro y transcribe el mensaje en su cuaderno:

6 PIWIW IWGVMFMIQHS. ¿LSVE HI ZIVQSQW?
6 meses escribiendo. ¿Hora de vernos?
V.

8. El corazón le da un vuelco. Verse no, verse es perder la seguridad de la ignorancia. Verse es escoger tener taquicardia, sudores fríos, un paralizante sentimiento de inadecuación. Verse es sabotear la felicidad de estos lunes. No, por supuesto que no. Marta necesita ganar tiempo. En vez de responder usando el

código, decide complicar un poco el juego. Abre su bolso y saca un libro. Es un ejemplar de bolsillo y está muy usado, con las páginas ya hinchadas y curvas. Marta busca entre varios pósits que asoman de las páginas y después escribe en el papel:

PÁG. 108, P. 3.
M.

Para encontrar la respuesta, V. tendrá que recordar que el libro favorito de Marta es *Marianella* de Adela Ferri, una historia ambientada en la Nápoles de entreguerras que ha leído varias veces y que lleva siempre en el bolso. Se lo escribió cuando dijo que el suyo era *Jardín de cemento* de McEwan. Es probable que, aunque se acuerde, el mensaje le resulte demasiado críptico, y eso hará que Marta gane un poco de tiempo. Si V. es perspicaz y consigue un ejemplar del libro, en la página 108, tercer párrafo, podrá leer estas líneas de Adela:

A Giovanna le angustiaba la certeza de que ahora, con Luigi de nuevo en casa tras la guerra, todo entre ellos cambiaría. La distancia les había regalado una idealización que sería imposible mantener en la vida cotidiana. Durante dos años no habían tenido ni un debate de opiniones, una complicación doméstica, el mínimo desencuentro. Todas las cartas que se habían cruzado se habían limitado a cumplir con su deber: entretener, apoyar, asegurar afecto. Tenerlo ahí, sentado a su lado, le parecía acercarse demasiado a un precipicio. Un ligero traspié y corría el peligro de caer en una mortal decepción.

Marta coloca el papel en la manguera y, todavía nerviosa, sale del museo.

Mary

Claro que Mary quiso confesarse. El arrepentimiento llegó un par de horas después. Tendida en la cama, recuperó su habitual sensatez. La emoción de lo que había sucedido aquel día la había abrumado y, durante unas horas, había sido incapaz de pensar con claridad. Ahora, en la oscuridad de su cuarto y con el silencio interrumpido al compás de la respiración de Sally, que dormía a su lado, la sensación de tener un puño en su interior, apretándole el estómago y ocupando su garganta, ya no la abandonó. El viernes siguiente, cuando acabó de distribuir entre los vecinos la ropa que cosía su madre, caminó hasta la iglesia de San José para que el padre Baker le devolviera la serenidad. Empujó la puerta y la ráfaga de incienso y humedad que la recibió le causó el mismo malestar que sentía cada vez que entraba allí. Una desazón provocada por la omnipresencia del pecado, algo que siempre le encontraba faltas y le recordaba que solo era una minúscula sierva del reino de Dios.

La señora Moores, que vivía en su misma calle y tenía un hijo en la armada real, estaba colocando flores frescas en el altar. Su marido bebía demasiado y a menudo volvía de la taberna con ganas de pelea, así que ella se refugiaba en la iglesia para evitarlo. Allí siempre había cosas que hacer, y aunque hacía frío y la humedad le empeoraba el reuma de las manos, prefería aquellas paredes heladas a los moratones y los gritos con los que convivía en casa.

Un hombre ocupaba el confesionario y Mary se sentó a esperar en uno de los últimos bancos. En su cabeza ensayaba una y otra

vez cómo le iba a contar al padre Baker lo que había hecho. Hasta ahora sus confesiones se habían reducido a pecados de lo más común: «He sentido envidia de mi hermana Sally», «he remoloneado unos minutos antes de levantarme a encender la chimenea», «he deseado el vestido que llevó mi amiga Eleanor en la fiesta de primavera». Dos avemarías y todo olvidado. Su máxima penitencia —tres avemarías, un padrenuestro y un día de ayuno— se la había impuesto el padre dos años atrás, cuando escondió un trozo de tarta de ruibarbo que su madre había reservado para Sally, y echó la culpa a Alfie, el gato.

Lo de hoy era diferente, Mary iba a necesitar valor. Juntó las piernas y se cerró la toquilla: el miedo siempre le daba frío. Podía sentir todo su cuerpo en tensión, como cuando la señorita Wood, su maestra, la llamaba a escribir sumas en la pizarra. Mary siempre había preferido la poesía y para calmarse se arrodilló en el banco y recitó en su cabeza unos versos de Elizabeth Barrett Browning que hablaban de un lugar hermoso, con cipreses, olivos y ruiseñores:

The cypress stood up like a church
That night we felt our love would hold,
And saintly moonlight seemed to search
And wash the whole world, the whole world…

No consiguió recordar lo que venía después. Deseó poder volver atrás en el tiempo, cuando todavía iba a la escuela. Cambiaría cien de aquellos momentos de temblor y vergüenza en el aula por un minuto de la angustia que sentía cada vez que el señor Hocks, el mayordomo de los Walcott, revisaba sus tareas. Había pasado gran parte de la infancia deseando cumplir catorce años para ponerse a trabajar y ahora anhelaba la facilidad con la que discurrían los días en la niñez.

El confesionario seguía sin liberarse y Mary pensó en salir de ahí. Volver otro día, olvidarse de todo. Pero sabía que aquello no era la solución y no se movió. Recordó las palabras que le había dicho una vez el señor Hall, su dentista: «Antes o después hay que quitar la muela, Mary, esperar no va a disminuir el dolor.»

Minutos más tarde —o tal vez fueron solo segundos, el agobio le hacía perder la noción del tiempo—, el hombre que estaba en el confesionario seguía allí, susurrando al padre Baker. «¡Por favor! ¿De qué estarán hablando?», se preguntó Mary. El contenedor interior donde guardaba la paciencia se llenó y empezó a derramar rencor. Empujó las rodillas y los codos contra el reclinatorio, juntó las manos y se las llevó a la frente, apretando los nudillos hasta que se transparentaron los huesos.

Poco después su cuerpo se levantó de golpe, como si en sus piernas se hubiera activado un resorte. Necesitaba moverse y caminó hasta la nueva estatuilla de la Virgen de Lourdes, recién llegada a la parroquia. De niña Mary envidiaba a Bernadette —se lo dijo al padre Baker en su primera confesión—. Hablar con la Virgen, eso sí que era nacer con suerte. Una vez, años atrás, la señorita Wood les había pedido que escribieran unas líneas sobre alguien que admiraran. Casi todas sus compañeras eligieron a Charlotte Brönte o a Elizabeth Siddal, pero ella escogió a Bernadette. En la escuela eran casi todos anglicanos y muy pocos la conocían. Solo Ada, que, como ella, tenía abuelos irlandeses y era católica, compartía su fervor por la francesa. Mary leía siempre las noticias de Lourdes en *The Sun* y luego se las contaba a su amiga, que entonces tenía nueve años pero todavía no había conseguido aprender a leer, porque se le cruzaban las letras. A veces, cuando terminaba la clase de catequesis, las dos se quedaban jugando «a Lourdes» detrás de la iglesia. Hacían de la Virgen o de Bernadette, por turnos. Ada, que afrontaba todo con conmovedor entusiasmo, compensaba su lentitud intelectual

con una increíble imaginación: «Yo estoy paseando tan tranquila cuando tú te apareces y me gritas eso de “¿Me haría usted el favor de venir aquí durante quince días?”».

Mary observó la estatuilla y rezó: «Señora, intercede por mí y dame fuerzas para confesar mi pecado.» Tras la plegaria, encendió una vela. La señora Moores la vio y le sonrió. A Mary el cariño de su sonrisa le hizo daño. Ella no sabía. Nadie sabía. Todos creían que era una jovencita decente y trabajadora. ¿Qué pasaría si supieran lo que había hecho? Probablemente correría el mismo destino que Beth, que dejó el barrio un buen día para irse al sur, en Surrey, y se rumoreaba que se había marchado para tener un bebé. Su madre, la señora Dalley, jamás hablaba de ella cuando iba a tomar el té a casa. En una ocasión el padre de Mary le había preguntado: «Y dígame, ¿cómo está su Beth?»

La mujer dio tal respingo que su galleta se cayó en el té y salpicó todo el mantel.

«Bien, gracias, John», había dicho recomponiéndose, «sigue en Guilford, ayudando a una prima lejana».

Un año más tarde Beth había vuelto y a todos les costó reconocerla. De aquella chica alegre, de coloretes encendidos y ojos brillantes, que paseaba por el barrio siempre con prisa, no quedaba más que el recuerdo. No había nada de ella ni en su mirada apagada ni en sus hombros encogidos. Desde entonces apenas salía de casa y los vecinos, con el tiempo, tuvieron la generosidad de olvidarla.

Mary era feliz en Hornsey. Le gustaba su trabajo en casa de los Walcott, tenía cariño a Thomas y no quería separarse de Sally. ¿Sería su falta demasiado grave? ¿Hasta dónde llegaba el secreto de confesión? ¿Y si el sacerdote decidía llevarla a la policía? Empezó a marearse. Volvió hacia los bancos y se sentó. La cabeza le daba vueltas. Sacó del bolsillo un pedazo de regaliz, lo mordisqueó durante unos segundos y después lo volvió a

guardar.

El chirrido de la puerta del confesionario la sacó de sus pensamientos. Sentía una bola de ansia en el pecho y la respiración entrecortada. Cuando el hombre se alejó, Mary se armó de valor y caminó despacio hasta el confesionario. Al arrodillarse, la madera soltó un chasquido. Tuvo la sensación de que todo el condado podía oírla.

—Ave María Purísima.

La voz de Mary era apenas un hilo.

—Sin pecado concebida —respondió el sacerdote—. En el nombre del padre, del hijo…

Su aliento —una mezcla de pipa y té— se coló por la rejilla de madera que los separaba.

—¿Qué te trae hoy hasta aquí?

Mary empezó por lo de siempre: podría trabajar todavía más, ayudar en casa, ser mejor hermana.

—Muy bien, Mary, querida, ¿eso es todo?

Entonces se dio cuenta de que una parte dentro de ella había esperado que sucediera algo ridículo: que el padre Baker, el mismo que la había bautizado catorce años atrás, no la hubiera reconocido. Al oírlo pronunciar su nombre sintió una vergüenza inmensa y se echó a llorar.

—No, padre, no es todo.

El aire se sobrecargó con su miedo. Durante unos segundos solo se oyeron sus rodillas asustadas golpeando la madera.

—Tranquila, Mary, el señor es misericordioso y te ayudará, sea lo que sea.

—Sucedió durante el incendio del Palace.

—¿Sí?

Mary soltó aire y empezó a hablar.

Cuando por fin se hizo silencio, la angustia de Mary se coló en cada orificio del panel divisorio y llegó hasta el padre Baker,

que, desgraciadamente, pudo olerla. El hombre esperó unos segundos, que a ella le resultaron infinitos, para hablar:

—Lo que has hecho es grave, Mary, y sabes que debería ir a contarlo a la policía.

Después se levantó.

—Hija, ven conmigo.

El cura salió del confesionario. Mary lo siguió alarmada.

Los dos caminaron hasta el altar. La señora Moores estaba terminando de colocar los jarrones.

—Ha trabajado suficiente por hoy, señora Moores, váyase ya a su casa.

—Está bien, padre —respondió ella agarrando su abrigo, que había apoyado en un banco—. Mañana volveré para planchar los manteles.

El sacerdote esperó a que saliera y luego hizo un gesto a Mary para que lo siguiera a la sacristía. Mary nunca había entrado allí y siempre había sentido curiosidad por saber cómo era esa habitación. Una vez se lo preguntó a Gabriel, el monaguillo, el único de su edad que había entrado, pero el chico, que era feo y soso como un mendrugo sin sal, no quiso entrar en detalles.

El padre Baker abrió la puerta y pidió a Mary que entrara. Después sacó una llave de su sotana y cerró. Mary se encontró en una habitación anónima y pequeña, lejana a lo que había dibujado en su imaginación. Había un escritorio, una estantería con manteles y dos jarras y un colgador con varias sotanas. El cura se sentó al fondo, en una butaca.

—Acércate, querida.

Mary caminó como pudo hasta él. Sentía el estómago en la garganta y le temblaban las piernas.

—Lo que has hecho es grave.

—Lo sé, padre.

La muchacha no dejaba de hipar.

—El Señor quiere perdonarte, pero su perdón requiere una penitencia adecuada a tu falta.

Mary asintió en silencio.

—Arrodíllate —le pidió él apuntando a sus pies.

Mary obedeció. El sacerdote le colocó una mano en la cabeza. El gesto la hizo retraerse, pero encontró la resistencia del brazo de Baker, que la empujó hacia él.

—Tranquila. Ya sabes que en estos momentos yo soy Jesús en la tierra.

Mary sintió un escalofrío.

El hombre se levantó la sotana y le cubrió con ella la cabeza. Todo se hizo oscuro. A Mary le entró pánico. No entendía lo que estaba pasando. Quiso gritar, pero el miedo la enmudeció. Podía sentir los pelos de los muslos del hombre rozándole las mejillas y la tela no la dejaba respirar. Olía a una mezcla de orín, sudor e incienso. El hombre abrió las piernas y la agarró por el cuello. Ella pensó en su madre, que, tan solo tres semanas antes, había celebrado la llegada de su primer ciclo. «Mi niña se me hace mayor», le había dicho abrazándola.

Los siguientes minutos son niebla en su cabeza. Solo sabe que, cuando se terminó, el padre Baker le dijo que todavía no podía absolverla.

—Vuelve el viernes que viene, querida.

Mary nunca volvió. Recuerda que salió de la iglesia aturdida y que al bajar las escaleras sintió el sol en la cara y miró a su alrededor. Las azaleas reventaban de color y dos gorriones se acariciaban cantando. El césped olía a verano y, al fondo, las colinas del Alexandra rayaban de verdes y dorados el paisaje. Dios parecía querer decirle que aquella era su obra, un cuadro de enorme belleza con pinceladas que escapaban a su control. A Mary esa excusa le resultó intolerable. ¿De qué valía un mundo hermoso si lo custodiaban alimañas?

No, Mary no volvió. Prefirió vivir con su pecado, al que tuvo que añadirle la culpa de algo que nunca entendió. Esa tarde se le pegó, pesada y maloliente, como una chaqueta de lana tras un largo aguacero.

Adela

En cuanto su suegra se marcha, Adela abre el armario y saca una caja que está escondida en el fondo, debajo de una pila de bufandas. Busca un par de guantes desechables en un cajón de la cocina, los mete en el bolso y sale de casa. Su coche está aparcado en la entrada. Abre el maletero y levanta el fieltro protector de la rueda de repuesto. Allí, en un pequeño hueco, hay una bolsa de la farmacia con un frasco para análisis de orina. Adela la coge, deja todo como estaba y conduce hasta Islington. De camino se para en un hipermercado y compra un embudo pequeño y una botella de agua, que bebe ya antes de pagar.

Cuando llega a Upper Street, encuentra aparcamiento detrás del teatro Almeida. Vacía el contenido de la caja en el bolso y va hasta la droguería Boots, donde compra un frasco de cincuenta mililitros del perfume Poeme de Lancôme. Después camina al cine Odeon. Ojea la cartelera y no puede evitar reírse al leer uno de los títulos.

—Una para *Mucho más que amigos*, por favor. La sesión que empieza ahora.

Adela entra en la sala, que está casi vacía, y se sienta cerca de la puerta. Tras varios anuncios y dos *trailers* empieza la película. Mira el reloj. Va a esperar diez minutos, suficientes para que los acomodadores estén ya lejos de los pasillos. La vejiga le va a explotar. Se desabrocha el botón de los vaqueros y agita nerviosa las rodillas, intentando concentrarse en la

pantalla. Le gusta Paul Rudd y anota mentalmente que tiene que volver otro día. Controla de nuevo la hora. Diez minutos. Se levanta y va al baño. Ha escogido el Odeon porque solía venir con Lulu y Nicolò cuando eran pequeños y recordaba lo espaciosos que son allí los baños familiares. Cierra el pestillo, baja el cambiador y apoya en él su bolso. Saca el frasco de la bolsa de la farmacia, se sienta en la taza y hace pis en él. A continuación, abre la botella de perfume y la vacía en el lavabo. Los vapores del alcohol la hacen toser y Adela cierra los ojos y aparta la cara. Después coloca el embudo en la botella y la rellena con la orina del frasco. Tira el embudo y la caja en la papelera, mete el perfume de nuevo en su caja, se lava las manos y sale.

A la salida se cruza con un acomodador, un sij con cara de no haber discutido con nadie en su vida. El hombre la ve salir y levanta la vista de su crucigrama:

—¿No le ha gustado?

—Jennifer Aniston está sobrevalorada.

Adela vuelve hasta el coche a buen ritmo. El corazón le late muy rápido y toma una bocanada de aire para evitar que la excitación la acelere demasiado. Conduce hasta Archway hecha un manojo de nervios. Esta es su tercera incursión en la casa de Florence, pero sigue sintiendo el pánico del estreno.

Aparca a un par de calles de los apartamentos y camina al 12A. Sube las escaleras hasta el tercer piso y mientras se pone unos guantes. Sabe que es una precaución exagerada, pero no le cuesta nada hacerlo y, como dice Fabia, todo suma. Se coloca delante de la puerta, cierra un segundo los ojos y respira. «Te espero en la bañera, querido, ven cuando quieras, el código es 3837», decía el SMS que encontró en el teléfono de Michele. Mira la hora y pulsa las cifras. Cuando se abra tendrá solo cuatro minutos antes de que empiece a sonar la alarma. Es la misma

que tienen ellos, viene con el seguro que dan en el despacho donde trabajan Florence y Michele. Se oye un pitido, la cerradura hace clic y Adela entra.

Todavía no puede creer que Michele pase tanto tiempo en ese lugar. La primera mañana que entró allí tuvo que sentarse en el suelo un minuto, el estómago apretado y lleno de angustia, el cerebro sintonizado en mil canales a la vez, intentando encontrar un sentido a lo que estaba viendo. Ella vive en una de las mansiones tudor de Holly Lodge en Highgate, y su casa es el resultado de una vida dedicada a restaurar su antiguo esplendor. Años buscando pomos y azulejos originales en subastas y mercadillos. Meses pasados en cursos de ebanistería, de lacado, de costura. Había pintado, lijado, barnizado y decorado todo ella misma y, cuando el esqueleto estaba fuerte, lo llenó de cultura. Libros, arte, música. Se había esforzado al máximo para dar a Lulu y Nicolò un hogar que traspirara inspiración y creatividad, y creía que el ramalazo de orgullo que la invadía cada vez que abría la puerta de entrada era el mismo que sentía Michele. Recuerda el entusiasmo con el que habían conducido hasta Sussex para conseguir una primera edición de *La educación sentimental* en una subasta o la tarde que pasaron pintando el comedor y debatiendo sobre si el color huevo de pato era un tono de verde o azul.

Lo que encontró en el apartamento de Florence, en cambio, la devastó. Y tras una segunda ojeada a los cojines de pelo rosa, el sofá de polipiel blanco y el ejemplar de *El diario de Bridget Jones* colocado entre *souvenirs* de Magaluz y un VHS de las Spice Girls, la invadió una sensación de humillación tan grande que le resultó más sencillo asumir que lo que estaba afrontando no era un engaño, sino un luto. Michele Ferri, *su* Michele Ferri, no existía. Era, evidentemente, fruto de su imaginación. Llevaba

veintidós años amando a un personaje ficticio y conviviendo con otra persona, un desconocido, alguien que mentía sobre viajes de trabajo y en realidad dormía ahí, a solo doce minutos de Highgate y de una vida que, ese primer día en Archway, murió.

Adela toma aire y se recompone. Camina rápida hacia el baño, los ojos nublados de rabia, el pulso tembloroso. Busca en los estantes y lo encuentra, está entre barras de labios color chicle y lacas para el pelo. Allí está: el perfume Poeme que le compró anteayer Michele. Ha pagado con la cuenta que tienen en común, sin caer en lo fácil que es pedir un extracto de las compras en los grandes almacenes. Coge el perfume y lo cambia por el que lleva en el bolso.

Vuelve al pasillo y se encuentra con el gato observándola. Pasó sus primeras visitas escondido debajo del sofá, pero hoy parece reconocerla.

—¿Qué quieres? —Los gatos la dejan totalmente indiferente —. Seguro que a ti tampoco te hace gracia tener a alguien nuevo siempre por casa, ¿verdad?

El gato responde con un maullido vago y se vuelve hacia el salón.

Adela está a punto de salir cuando repara en un cuenco que hay en la entrada. Dentro está el mando del aire acondicionado. Se lo mete en el bolsillo y con paso ligero sale y vuelve al coche.

Arranca y enciende la radio. Fatboy Slim estalla en el coche:

Right about now
The funk soul brother
Check it out now
The funk soul brother

Adela sube todavía más el volumen y canta a todo pulmón:

'Bout, 'bout, 'bout, 'bout, 'bout, 'bout, 'bout, 'bout Funk, funk, funk, funk, funk, funk, bro, bro, bro, bro, bro

Al llegar a un semáforo en rojo, un todoterreno se para a su lado. Al volante va una mujer. En el asiento trasero hay un niño que, al ver a Adela gritando, llama a su madre y se la señala. La mujer la observa y la juzga meneando la cabeza. Adela los mira, levanta el dedo medio y en cuanto se pone verde, pega un acelerón.

Félix y Gianna se presentan en Holly Lodge como llevan años haciéndolo: con casi media hora de retraso.

—Toma, anda, unos girasoles para que nos perdones por llegar tarde.

Félix entrega el ramo a Adela y la abraza. Es de Madrid como ella, se conocieron en la Complutense. Después se perdieron de vista, pero el destino los reunió de nuevo en Londres, en el colegio italiano de Holland Park. Casualmente los dos habían escogido una pareja italiana y su hija Eva era compañera de clase de Nicolò.

Gianna entra detrás de él. Es una mujer espigada y nerviosa, con rizos canosos y ojos demasiado separados que aportan a su expresión un perenne desconcierto. Tiene risa fácil y contagiosa y con el tiempo se ha convertido en una de las mejores amigas de Adela.

—Conste que hoy ha sido culpa del tráfico —dice colgando su abrigo en el armario de la entrada.

Félix va en busca de Michele. Fabia asoma desde la cocina para saludar. Se ha cambiado para la cena. Va, por supuesto, impecable.

—*Ciao*, Gianna. —Lanza un beso al aire—. Creía que ya no veníais. Ahora mismo estoy con vosotros, estoy colando la pasta.

La puerta de la cocina se vuelve a cerrar. Gianna agarra a Adela por la manga y baja la voz:

—No puedo creer que Fabia esté todavía aquí. ¿Cuánto lleva esta vez? ¿Tres semanas, cuatro?

—No sabría decirte. —A Adela no le apetece hablar de su suegra—. Al parecer su mejor amiga viene en unos días a una exposición de orquídeas en Kew Gardens y ha decidido quedarse un poco más para hacer el viaje de vuelta con ella.

—Imaginación para las excusas no le falta, eso seguro.

Gianna le guiña el ojo.

Watson, el perro de casa, se acerca a saludar educado, aunque sin muchas ganas. Lo encontraron en una cuneta hace dieciséis años. Era un mestizo alegre y brioso, pero últimamente nada parece interesarle.

—¡Watson, viejo amigo! —Gianna se agacha y le alarga las manos—. ¿Cómo te va?

El perro se para en el medio del pasillo y la observa. Después se gira y se vuelve a la habitación.

—Dice que no, que otro día.

Las dos ríen.

Adela nota, con cierta satisfacción, que Gianna lleva varios minutos moviendo sus berenjenas en el plato: es evidente que no le gustan. Fabia se ha dado cuenta y no le quita ojo. Adela baja un gran sorbo de Brunello para celebrar el momento.

—¿Ya sabéis dónde vais a pasar el fin de año del 2000? —pregunta Félix, que, en cambio, ha vaciado su plato y ha pedido repetir.

—¿Lo dices en serio? —le responde Michele sirviendo más vino a todos—. ¡Falta todavía un año y medio!

—Es una locura. Si queréis viajar tenéis que empezar a moveros ya. Nosotros dudamos entre Viena y Lisboa.

—Depende de Lulu, no sabemos dónde estará —responde Adela. Sabe lo que detonará esa frase, pero una parte de ella sigue aún en Archway y tiene ganas de pelea—. Ahora dice que igual no va a la universidad.

Fabia retrae la mandíbula con disgusto, como si acabara de escuchar una ordinariez, y mira a su hijo buscando una explicación.

—¿No estarás dando peso al arrebato de una adolescente? —Michele no tiene intención de discutir, su sonrisa es todo condescendencia—. En unos meses se le terminará esta fase tonta y volverá en sí. Vuestra Eva también tuvo sus momentos y ahora está fantástica, ¿verdad, Gianna?

Ella da un respingo. No pensaba entrar en esa conversación y estaba justo escondiendo las berenjenas debajo de un muslo de pollo. Sin quitar la mirada del plato, Adela insiste:

—Podría no ser una fase. A veces las personas cambian para siempre.

—Vamos, faltaría más. —Michele no ha captado lo que esconden las palabras de su mujer. Su fondo altivo se abre paso—. Eso tendría que ser por encima de mi cadáver.

A Adela le invade una sensación de agotamiento similar a la que se siente al terminar un largo viaje. Se levanta de la mesa esforzándose en mostrar un mínimo de entusiasmo.

—¿Alguien quiere tarta?

Gianna, aliviada, da por terminado el plato y lo aparta. Fabia lo coloca encima del suyo. Ha tomado buena nota.

Una hora después, las dos parejas están en el salón, bebiendo Oporto. Fabia se ha retirado a dormir. La Paradiso, como había previsto Adela, ha quedado casi sin tocar. Félix se levanta a rellenar su copa y se fija en un juguete de madera que hay en una de las baldas de la biblioteca. Es un pequeño perro con

ruedas y un cordel para poder empujarlo. Parece muy antiguo.

—¿Y este juguete? ¿Era tuyo, Michele?

—No —le responde Adela—. Lo fabricó mi abuelo cuando estuvo preso durante la guerra. Lleva su inicial debajo, de hecho.

—¿Tu abuelo estuvo preso? Pero ¿no era alemán? —Félix da la vuelta al perro y lo observa.

—Sí, pero vivía aquí, en Londres, y como a muchos otros alemanes, lo encerraron en el Alexandra Palace.

—¿En Ally Pally? —Así llama la gente de la zona al Palace—. Me encanta ese lugar —apunta Gianna, que se ha levantado para ver el juguete—. Aunque es cierto que tiene una energía triste.

—Tuvieron allí a miles de alemanes durante años. Fue donde conoció a mi abuela.

—¿También era alemana?

—No. Ella era inglesa. Es un poco lioso.

Michele la interrumpe:

—No es lioso, es bien sencillo. Os lo cuento yo.

La mirada de Gianna llega a la cara de Adela como un disparo.

—Anne, su abuela, era inglesa y creció aquí cerca —empieza Michele. Escucharlo hablar de su familia provoca en Adela una mezcla de grima y tensión que reconoce: es la misma que siente cuando encuentra una araña.

»Con catorce años la pusieron a trabajar de camarera en el Palace —sigue él, feliz de tener la atención de todos—. Entonces era muy popular, por el hipódromo y la pista de patinaje. De hecho, siempre contaba que sirvió el té también a la reina Mary y al pintor Sorolla.

«Sí», piensa Adela, «una de esas arañas de patas grandes que aparecen a veces en la bañera».

—Cuando llegó la guerra el sitio se usó primero para acoger a refugiados, sobre todo niños belgas. Luego, en 1915…

—En 1915 —Adela lo interrumpe mientras lo imagina cayendo por un desagüe— el Alexandra se convirtió en una prisión donde acabaron casi todos los alemanes de la ciudad. Y

no importó si llevaban toda la vida en Inglaterra o si estaban casados con inglesas. Los encerraron allí durante tres años. Las familias se vieron, de pronto, sin el sueldo que traían los hombres a casa y muchas se quedaron en la calle, algunos niños incluso murieron de hambre. Los negocios ponían carteles asegurando a los clientes que el propietario era de «pura sangre británica», porque la mera sospecha de genes alemanes bastaba para que los vecinos apedrearan los escaparates y la policía te encerrara. Uno de esos alemanes era mi abuelo Hans, que había llegado a Londres con tres años, trabajaba en una carpintería y se sentía más inglés que nadie, tanto que cuando empezó la guerra había intentado alistarse.

—¿Y nadie protestó? ¿Nadie famoso o influyente? —Para Félix todo esto es nuevo.

—Muy pocos. Algunos sí, como Emily Panhurst.

—La sufragista —añade Michele.

—Saben quién era, Michele.

Los amigos asienten. Michele sonríe, molesto. Adela siente otro disparo de Gianna en la cara. Félix le hace un gesto con la mano, para que siga hablando.

—Panhurst declaró en un mitin que atacar a los alemanes que vivían en la ciudad era de cobardes. Algunos dejaron de hablarle por ello. Conan Doyle, por ejemplo, estaba a favor de encerrarlos. Escribió una carta en el periódico pidiendo al gobierno que dieran el divorcio a todas las inglesas que estaban casadas con alemanes «para liberarlas de la vergüenza». En el Alexandra Palace, con mi abuelo, llegaron a convivir cuatro mil alemanes. Cuando ya no cabían más a algunos los llevaron a la Isla de Man.

—Terrible. —Gianna siente de pronto frío y se frota la falda—. Y lo poco que se habla de esto, ¿verdad?

—Sí, se ha ocultado muchísimo. Pero bueno, a veces las tragedias traen también algo bueno. Mi abuela trabajaba allí, en las cocinas, y los dos se enamoraron. A los que sabían tallar la

madera, como mi abuelo Hans, los pusieron a fabricar juguetes. Ese perro se lo regaló a ella cuando por fin lo liberaron. Después de la guerra no quiso quedarse en Inglaterra y se mudaron a España. Yo casi no lo conocí, murió cuando era muy pequeña. —Adela toma aire, luego sigue, bajando la voz, como si pasara a pensar en alto—. A veces me pregunto si viviría como una traición que su nieta se haya mudado justo aquí, a poca distancia del Alexandra.

—No digas tonterías —responde Michele.

Adela lo mira. Va a decirle algo, pero se alegra de sentir que no vale la pena.

Gianna mira el reloj.

—Nos tenemos que ir, Félix. Mañana he quedado temprano con las madres de la clase de Martín. Vamos a organizar turnos para hacer fila en la librería Waterstones la noche del uno de julio —les explica—. Sale el segundo libro de Harry Potter. Al parecer algunos compañeros quieren dormir allí dos días.

—¡Qué locura! —dice Adela.

—Mientras sea para leer. —Su amiga sonríe besándola en la mejilla—. Su hermana, a su edad, solo pensaba en los Take That. Te llamo esta semana y quedamos.

Tras despedirse de sus amigos, Michele sale con el coche a recoger a Lulu, que ha pasado unos días en casa de una amiga. Adela está ordenando la cocina. Su cabeza vuelve al apartamento de Archway. ¿Habrá abierto ya el perfume Florence? Se muerde los labios como hace siempre que se avergüenza. Al pensar en su visita al apartamento, el despecho y la vergüenza compiten dentro de ella por el liderazgo. Guarda las sobras de la comida en un par de táperes y los mete en la nevera. Cuando la cierra, observa otra vez las fotos de su abuela. ¿Qué pensaría de lo que ha hecho hoy? Se lo reprocharía, sin duda. Adela repasa las Polaroid intentando imaginar lo que le

diría pero, de pronto, su corazón parece pararse, como cuando se despertó esta mañana. En la foto que Anne sacó en el patio de Sorolla, donde antes había tres pocillos, ahora solo hay dos. Adela la despega del imán y la observa, intentando recordar. Están los dos de Talavera pero falta el azul de Spode. En su lugar hay un hueco. El pocillo ha desaparecido.

Marta

1. Marta vuelve a casa dando un rodeo, necesita calmarse un poco. Va contando las paradas de autobús. «Cinco, seis...» En una hay un cartel de la nueva película de Jennifer Aniston: *Mucho más que amigos*. Le gusta Paul Rudd y se la apunta mentalmente. «Siete, ocho...» Cuando dobla una esquina encuentra un niño de unos tres años en plena rabieta. Está sentado en la acera y se niega a levantarse. Unos metros más allá, su madre lo observa sin reflejar la más mínima emoción, como quien mira un semáforo a la espera de que se ponga en verde. «¡Vamos, Alejandro!», le pide. El niño grita «¡No, estoy cansado!» con una potencia asombrosa. La madre se apoya en el cochecito, que ha convertido en un carro de la compra. En el asiento ha cargado dos cajas de briks de leche, así que el niño tendrá que volver a casa caminando. Marta sonríe a la madre. Ella levanta los ojos y suspira. Es evidente que ha visto esta película ya mil veces. Arranca el currusco de una barra de pan y lo muerde aburrida, a la espera de la próxima escena. Marta se agacha y le habla:

—¿Sabes que aquí cerca vive un ratón?

El niño se sorbe los mocos y la mira.

—Un ratón gordo que tiene su casa llena de queso.

—No es verdad —responde él, sonriendo entre hipidos.

—¿Cómo que no es verdad? —Marta señala la calle—. Solo tienes que seguir caminando y contar con tu madre cinco farolas. Después busca en el siguiente árbol, ya verás como encuentras la casita. A estas horas estará dormido, pero igual puedes ver su queso.

Marta echa a andar y cuando se cruza con la madre le guiña el ojo.

—Ánimo —le dice.

—En septiembre por fin entra en el cole, estoy contando las horas —responde ella sonriendo.

—¡Ya queda poco! —Marta ríe. Después le susurra—: El árbol está justo doblando la esquina.

Marta los deja y sigue avanzando. A los pocos metros se gira y ve que el niño ha dado la mano a su madre y se ha puesto a caminar comiendo pan. El radar de Marta para las cosas fuera de lugar le ha servido para recordar que al final de la manzana, doblando la esquina, hay un árbol que tiene un extraño agujero en el tronco. Lo sabe porque se ha parado varias veces con su perra Chusca. Cuando llega hasta allí saca un quesito que lleva en el bolso y lo coloca dentro del hueco, dejando que sobresalga un poco.

2. En la plaza de Olavide se sienta en un banco y saca su cuaderno. Lleva seis meses haciendo cálculos en él. Ha visitado el censo y en 1998 los diez nombres con inicial V más comunes en España son:

1. Vicente
2. Víctor
3. Verónica
4. Victoria
5. Virginia
6. Vanesa
7. Vicenta
8. Víctor Manuel
9. Vanessa
10. Valentín

Marta sabe también que en aquel primer mensaje el código era

dos, así que puede ser que el nombre empiece por X si es giro a la derecha. ¿Xoel?, ¿Ximena? (poco probable), o por T ¿Tomás?, ¿Teresa?, ¿Telmo?, ¿Tamara?, si es a la izquierda. Pero quiere pensar que, al menos la inicial, no es parte del juego, así que vuelve a la V. Las probabilidades cambian en función del año de nacimiento. Ella nació en 1970. Ahora, en 1998, en España hay 214.500 Martas, una por cada 205 personas, y en 1970 había menos. Hay 108.881 Vicentes, pero Marta no sabe en qué año nació V., así que el único cálculo exacto que puede hacer es uno entre 2.003.132, que son las personas mayores de veinte años que viven en este momento en Madrid. Encontrarlo es imposible y muchos en su lugar abandonarían. Marta no. Marta creció atravesando el país en el Renault 8 de su padre cada verano. Y cuando se quejaba porque las curvas la estaban mareando, él le sonreía por el retrovisor y le repetía un mantra de lo más cursi que con el tiempo acabó calando en ella: las carreteras más difíciles son las que llevan a los mejores destinos. No, Marta no se rinde. Cierra el cuaderno y para relajarse vuelve a casa contando coches rojos.

3. Por la tarde sale a pasear con Chusca. Antes de ir al parque se paran en el quiosco de la calle Génova. Dos niños intentan comprar cromos de fútbol y pasan un buen rato calculando cuántas pesetas tienen entre los dos. A Marta le cuesta resistir la tentación de arrancarles los duros de las manos y ponerse a sumar. Afortunadamente a Antonio, el dueño del quiosco, se le acaba la paciencia.

—Venga, chavales, que no tengo toda la tarde —les dice—. Dadme lo que tengáis y os doy cinco sobres.

Los niños, que seguro no llegan a las 175 pesetas que le deben, aceptan contentísimos y se van corriendo antes de que Antonio cambie de opinión.

—Si sigues así te vas a quedar sin negocio. —Marta ríe.

—Así me jubilo y por fin me voy al campo, como hizo tu

madre.

Tres años antes, cuando Marta aprobó las oposiciones, su madre le anunció que dejaba Madrid para irse con su hermana, la tía Angelines.

—Aquí todo me recuerda a tu padre —le confesó—, necesito un cambio. La casa está a tu nombre y yo viviré del alquiler de la farmacia, así que no te preocupes, que estaremos bien.

Desde entonces las dos mujeres viven en Mahón. Marta aprecia la independencia que tiene ahora, pero a veces la echa de menos.

Antonio le alarga la copia que le reserva cada mes de *Muy Interesante* y, como siempre, le regala también un Sugus azul, el favorito de Marta desde que se los compraba allí su padre.

—Sugus de piña para el niño y la niña —canturrea Antonio—. Y ya sabes...

—Si pone Sugus diez veces en el papel me das un paquete entero —termina Marta.

Esa promoción, que nadie consiguió encontrar jamás, es lo que la enamoró de aquellos caramelos cuando era muy pequeña.

—Adiós, Chusca, cuida de tu dueña —las saluda Antonio.

Al sentir su nombre, la perra ladra y se agita. Marta saluda, promete que dará recuerdos a su madre y dobla la esquina en dirección al parque.

4. En los jardines de la Villa de París están los de siempre: Teresa, la señora argentina, con Pachón, el viejo salchicha. Ángel, el abuelo jubilado con su braco, Max. Y Ana, que tiene una papelería en la calle Fernando VI y es la más habladora de todos, quizá para compensar el eterno mal genio de Ringo, su carlino. Marta suelta a Chusca, la única perra mestiza del parque. Es un cruce de varias razas medianas, con greñas rizadas color cemento, constantes ganas de fiesta y una sonrisa simplona que la hace parecer siempre borracha.

Los vecinos hoy no están de buen humor. Teresa se queja del calor. Ana de que el curso está a punto de terminar y en verano se quedará sin las ventas diarias de Gogos, portaminas y fotocopias.

—En verano el negocio es un desastre —se lamenta.

—¿Qué son los Gogos? —pregunta el abuelo.

—Como las tabas de antes, pero de plástico —le explica Marta.

—Ah, las tabas, yo no era nada bueno. Mi hermana Conchita sí, ganaba a todos en la plaza. Nos las traía de su pueblo la señora gallega que nos cuidaba, eran huesos de oveja.

—Qué espanto —interrumpe Teresa—, no sé de qué hablan y no quiero saber.

Chusca se pone a ladrar. Ha llegado su mejor amigo, Orsonwells, un bulldog indolente y perezoso que solo tolera a Chusca. Su dueño, Nacho, se reúne allí con Marta casi todas las tardes para ir al videoclub de la calle Fortuny.

—¡Chusma! —Nacho lleva años insistiendo en que ese nombre le queda mucho mejor.

Chusca corre hacia ellos, toda entusiasmo.

—¡Qué pasa, Chusma!

Nacho la acaricia. La perra trota caóticamente alrededor de Orsonwells, que la mira con aire rendido y ni se inmuta.

5. Tras un rato con el grupo, Marta y Nacho caminan con los perros hacia la calle Fortuny. Se conocen desde hace tres años, los mismos que tiene Orsonwells. Nacho lo llevó al parque en cuanto lo adoptó, Chusca fue enseguida a saludarlos y desde entonces se ven casi a diario. Marta todavía recuerda su primer paseo juntos al videoclub.

—¿Qué haces? —le había preguntado Nacho cuando ella se detuvo delante de una puerta.

Marta, que a veces olvida que no debe pararse cuando va con otras personas, intentó disimular tocándose la pierna.

—Nada, perdona, me hace daño el zapato.

—No es verdad —respondió él—. Estabas contando algo, te he visto los labios.

Marta había sentido la vergüenza en las mejillas.

—Sí, bueno, quería saber cuántas hojas de acanto hay en este dintel —le reconoció.

—Ah, vale, pues te ayudo —respondió él observando la puerta y contando con el dedo—. Doce. Hay doce.

Cuando volvieron a ponerse en marcha él siguió hablándole de Tarantino, como si aquello no hubiera sucedido, pero Marta no lo había escuchado. No importó, con los años Nacho declararía mil veces su amor al «mejor director de la historia». Su cabeza estaba registrando una sensación nueva para ella: por primera vez podía sentir en público la sinfonía que resulta cuando todos los elementos que forman la propia identidad pueden subirse a un escenario y expresarse en libertad. Una calidez, que hasta ahora asociaba solo con el hogar y la soledad, que la hizo sentir como si caminara por Chamberí en bata y zapatillas.

6. Si Nacho esperaba paciente cada vez que se activaba el radar de Marta —cuando, por ejemplo, «necesitaba» cruzar un momento al otro lado de la calle para enderezar un contenedor o si intentaba subirse a una farola para cerrar la cajita de cables—, ella, por su parte, dejaba que se detuviera para oír el paso de los coches por los arcenes llenos de lluvia, o cuando encontraban obreros reparando la acera. Porque si para Marta el mundo era un conjunto de elementos que había que contabilizar y colocar, para Nacho la ciudad era una enorme maleta repleta de sonidos. Trabajaba en una radio, era técnico de *foley* y casi siempre llevaba una mochila con una grabadora. Cuando escuchaba algo interesante, sacaba auriculares, micrófono y casete. Durante el tiempo necesario para registrar lo que le había llamado la atención, todo lo demás desaparecía. Marta lo había visto tumbarse debajo de camiones, entrar en alcantarillas o rogar a

un adolescente que volviera a saltar una verja con su monopatín. Orsonwells agradecía las pausas y lo esperaba siempre paciente.

7. Con todas esas paradas, cada tarde les lleva un buen rato completar la media docena de manzanas que separan la Villa de París del videoclub. Con el tiempo hasta Chusca ha ejercitado la tolerancia y se para obediente cuando hace falta. Pero a pesar de todas las horas que acumulan juntos, sus conversaciones son una inversión a riesgo cero. Colocadas en un gráfico formarían una perfecta línea horizontal, sin picos que marquen momentos de alta intimidad o bajadas para afrontar debates profundos. Apenas saben nada de la vida privada del otro. Marta desconoce si Nacho ha estado alguna vez enamorado, qué relación tiene con sus padres o si llega sin dificultad a fin de mes. Sin embargo, sabe perfectamente cuál es su personaje preferido de *Urgencias* (Carter), qué libro de Loriga prefiere (*Lo peor de todo*) o qué grupos ha visto en directo (*Zoo* de U2 fue su mejor experiencia). Ella le ha contado que su padre ha fallecido, pero no cómo ni cuándo. Y nunca le ha hablado de sus relaciones sentimentales. En más de una ocasión ha estado a punto de contarle lo de V. Nacho es sagaz y podría analizar bien todas las pistas que tiene, pero Marta sigue siendo la niña que educaron para hablar solo cuando se le pregunta y espera que sea él el que dé el pistoletazo de salida a la vulnerabilidad que traen consigo este tipo de conversaciones. Mientras, disfrutan la comodidad de nadar siempre en un mar sin olas.

8. En el videoclub, Marta, sentada en el mostrador, asiste a la enésima discusión entre Nacho y Jorge, el dependiente del local, un *grunge* al que nunca ha visto sin un Fortuna en los labios y al que ha cogido cariño a pesar de que tiene la actitud de estar haciendo un gran favor a la humanidad tan solo por existir.

—¿Cuándo vais a pillar más copias de *Pulp Fiction*, Jorge?

—¡El día que tú te decidas a comprarla, tacaño!

—Entonces dejaríamos de venir y nos echarías muchísimo de menos —apunta Marta.

—Una tragedia nacional, sin duda —responde él sin levantar los ojos de su revista, *La Madriguera*.

—Pues nada, me toca escoger alguno de los bodrios que tenéis aquí.

Mientras Nacho rebusca entre las estanterías, Marta, que esta noche quiere leer y no va a alquilar nada, abre la mochila de su amigo y saca su Nokia.

—¡Oye, colega, que aquí la menda te está robando! —dice Jorge mirando a Marta.

Nacho cuestiona a Marta con la mirada.

—Déjame jugar al *snake*, anda —le pide ella.

—¡Te quieres comprar un teléfono de una vez! —se queja Nacho.

—No me hace falta —responde Marta—. ¿Sabías que hay...?

Nacho la interrumpe y termina entonando con voz de pito la frase que le ha dicho mil veces:

—¿37 cabinas solo en Chamberí?

Marta no lo escucha, está enfrascada en el juego.

—Un día vas a acabar en un almacén subterráneo, al lado del esqueleto de José Luis López Vázquez —continúa Nacho mientras estudia la carátula de *Atrapado por su pasado*.

—Mira, esa peli de Garci tampoco la tenemos —dice Jorge con sorna.

—Algún día harán un monumento a *La cabina* en el barrio, ya veréis —vaticina Marta.

Jorge y Nacho se ríen ante semejante disparate.

9. Al llegar a casa, Marta se prepara una tortilla y da a Chusca sus galletas. Ya en la cama hojea *Muy Interesante*. Aprende qué es la entomofagia y las diferencias entre el kung-fu y el karate.

Este mes viene con un desplegable de curiosidades de Europa, que es lo que más le interesa, pero sigue dando vueltas al mensaje de V. y no puede concentrarse. ¿Recordará lo del libro de Adela Ferri? ¿Cuál será su respuesta? La semana de espera se le hará muy larga. Marta deja la revista en la mesilla, saluda a las figuras del gotelé y apaga la luz. Mañana es martes, vuelta al trabajo. Marta se pregunta en qué trabajará V. Cerca del Geominero hay un colegio. ¿Quizá enseña allí? Ella mañana volverá al museo, pero no al que le quita el sueño, sino al que le da de comer. Trabaja en el Sorolla, un lugar que, últimamente, también le preocupa. Cada tarde se activa allí su radar de las cosas mal colocadas y corre el riesgo de que eso le cueste el empleo.

Adela

La mañana se presenta eterna y tediosa como tantas otras en Highgate, perla de los suburbios londinenses. Adela está en la cocina, lleva allí desde la madrugada. No ha podido dormir. Michele olvidó sacar el cubo de la basura a la calle y los zorros han pasado toda la noche en el jardín trasero, repartiéndose las sobras y aullando. Adela los escuchaba, tumbada en la cama, mientras pensaba en la foto de la nevera. ¿Qué había sido eso? ¿Estaría perdiendo la razón? Sobre las cinco la ansiedad ganó. Se levantó y bajó a la cocina. Encendió la luz y observó a los zorros a través de la puerta de cristal que da al jardín. Los animales levantaron la cabeza y la examinaron, pero a los pocos segundos volvieron a pelear. Llevan años pasando las noches allí y saben que han ganado la batalla, no hay manera de echarlos. Adela observó de nuevo la foto. ¿Cómo era posible? Estaba dispuesta a jurar que ayer había allí tres pocillos, pero la imagen sigue mostrando solo dos. El miedo le envía un escalofrío. Puede que la carga de todo lo que vive estos días le esté resultando excesiva: Florence, Fabia, la actitud de Lulu, las presiones de su editorial. O quizá pase algo en su cerebro. Una vez había leído que gran parte de las enfermedades mentales graves empiezan así: con pequeñas alucinaciones y con paranoias.

A su padre se lo llevó la demencia. Habían pasado varios años distanciados y, cuando el tiempo cerró viejas heridas y Adela lo había perdonado, llegó la enfermedad. Adela ha encerrado los recuerdos de sus últimos meses en una caja mental que guarda al fondo de su memoria y que intenta no abrir jamás. Pero el resorte es endeble y cede ante cualquier nimiedad: una canción de Peret, la mención de su querido Atlético, unas manos unidas

por detrás de la espalda, como solía ponerlas él al caminar. Entonces el contenido de la caja sale disparado, como un hidrante que explota y lo inunda todo. Cuando esto sucede, en la mente de Adela flotan imágenes de inyecciones, de orinales, de pasillos de hospital. Vuelve a oír sus lágrimas golpeando los baberos de plástico y a sentir el fastidio de su barba descuidada rascándole la mejilla. Y regresa el olor del desinfectante que lo envolvía todo, la sensación constante de angustia y tensión y la incapacidad para reaccionar cada vez que la confundía con su madre o con su hermana —una tía que nadie llegó a conocer porque había muerto ahogada cuando era niña—. Y sí, también recuerda las paranoias y las alucinaciones. Decenas de ellas. Pájaros entrando en la cocina: «Abre la ventana, que se va a golpear las alas contra la alacena.» Grifos abiertos: «Cierra el grifo de una vez, Adela, que está el agua carísima.» O la semana que pasó convencido de que Ibáñez Serrador, su presentador favorito, estaba sentado en el escritorio de la sala. «¡Chist, callaos!», gritaba a Adela y a la cuidadora. «¿No veis que Chicho quiere contarnos una historia para no dormir?» La idea de acabar así, con un final arrollador que aniquila todo el resto, la hace estremecerse.

El bufido de un zorro la devuelve a la cocina. Se prepara un té y se sienta a leer un libro que tiene que reseñar para su editorial. A las siete y media empieza a preparar la comida de Lulu. Hace un sándwich y lo coloca en la fiambrera, y añade también un plátano y un brik de leche.

A las ocho, Lulu entra en la cocina moviéndose al ritmo de lo que suena en su walkman. Acaba de cumplir dieciséis años, pero es más alta y corpulenta que su madre y aparenta un poco más. Cuando la ve, Adela ahoga un grito. De su larga melena castaña no queda casi nada. Se ha rapado el pelo por los lados y se ha dejado un mechón más largo delante de la cara. Debe haberlo

hecho en casa de la amiga con la que pasó el puente. Michele la recogió allí anoche, pero para cuando volvieron Adela estaba ya acostada.

—¡Por Dios, Ludovica!

Lulu levanta el auricular derecho de su walkman.

—¿Qué pasa?

—Sabes perfectamente qué pasa.

Lulu se toca el pelo:

—Ah, que no te gusta. Eso pasa. Como si me importara algo tu opinión.

Vuelve a colocarse el walkman y abre la nevera para coger un zumo.

Adela siente un apretón en el estómago. Observa a Lulu, indignada y dolida. Los *shorts* vaqueros que lleva le quedan demasiado pequeños y se ha puesto unas medias llenas de agujeros. En su cabeza proyecta una película en la que se la ve zarandeando a su hija, obligándola a ponerse unos pantalones de su talla y arrastrándola hasta un grifo para lavarle todo el maquillaje que lleva en la cara. Es una escena llena de violencia, la rabia no conoce la vergüenza. Mientras, desde fuera, su imagen es la de una adulta templada y distante, que no va a consentir que una adolescente sea más importante que la lectura de su libro, al que finge volver con interés.

Michele aparece en la cocina. La cara de su hija se ilumina.

—*Buongiorno, principessa!* ¡Oye! —dice tirándole de la manga—, ¡esa camisa me suena!

Lulu se ríe y le da un beso. Últimamente ha sustituido las sudaderas por viejas camisas de cuadros de su padre.

—¿Has visto lo que se ha hecho en el pelo? —Adela intenta que los celos no se cuelen en su voz.

—Sí. —Michele sonríe—. Un corte muy... ¿cómo era? —pregunta guiñándole el ojo a la niña—. ¿Natalie Imulia...?

—Natalie Imbruglia —lo corrige Lulu—. ¡Muy bien, papá!

Bravissimo!

La memoria de Adela le envía una ráfaga, el recuerdo de una tarde de su infancia. Tendría seis o siete años. Su padre la había obligado a ir al cumpleaños de la hija de su jefe. Adela no conocía a nadie y todos los niños la ignoraron. Había pasado la tarde escondida debajo de una cama. La imagen pasa y Adela vuelve a su otra preocupación:

—¿Notáis algo raro en esa foto? —les pregunta, señalando la Polaroid que está apoyada en la alacena.

—Nadie mira esas viejas fotos, mamá, solo tú. —Lulu se esfuerza en colocar desinterés en cada sílaba. Ha heredado la tenacidad de su abuela.

Michele se acerca para mirarla, la hipocresía es su bandera.

—No sabría decirte. ¿Es de la casa de tu madre?

—No, es del Museo Sorolla.

—Pues ni idea, *cara*. —Decide que cinco segundos de atención son suficientes y levanta la vista hacia el jardín—. ¡Menudo desastre han hecho los malditos zorros!

—Sí, ayer olvidaste sacar el cubo de la basura.

—Lo siento. —Michele acaricia el pelo de Adela. Ella tensa el cuello como si por su melena se acabara de deslizar una serpiente.

—¡Recicle su basura, deje que un zorro acabe con ella! —Lulu disfruta contribuyendo a la tensión.

Su padre le ríe la gracia.

—Venga, *andiamo*.

Lulu mete la fiambrera en la mochila y sale detrás de su padre.

Adela escucha el coche. En el piso de arriba, Fabia está duchándose.

Toma aire. Quizá demasiado, porque enseguida explota: abre la puerta de la cocina, se calza las botas de agua, agarra una escoba y va hacia los zorros.

—¡Hey! ¡HEY!

Los animales ni la miran. Siguen ocupados destrozando algo.

Adela echa a correr hacia ellos agitando la escoba como un piquete. Si pudiera verse se daría miedo.

—¿Estáis sordos? ¡Fuera!

Los zorros escapan chillando. Uno de ellos arrastra algo en la boca. Adela se acerca para mirar lo que han dejado en el césped. Entre un envase de yogur y una monda de plátano encuentra los restos de una liebre. Entra en la cocina y sale de nuevo con una paleta y una bolsa para congelados. Se agacha, remueve con la pala los restos del animal y recoge una oreja, que mete en la bolsa. Después entra en casa, agarra las llaves de su coche y así como está, en pijama y zapatillas, conduce hasta Archway.

Al llegar al bloque 12A aparca en segunda fila, se acerca a los buzones y busca el de Florence. Cuando lo encuentra prueba a introducir la bolsa con la oreja de la liebre. La ranura es pequeña y Adela tiene que hacer un poco de presión. La bolsa se rompe, pero acaba entrando. Ya de vuelta en el coche se da cuenta de que se ha manchado de sangre las manos. Busca toallitas en la guantera, pero no quedan, así que se frota los dedos en el pijama. Está a punto de arrancar cuando ve a Florence saliendo del portal. Adela no ha calculado que todavía es temprano, Michele sale antes de casa porque tiene que acompañar a Lulu, pero son solo las 8.40. Se agacha todo lo que puede y se queda ahí, inmóvil, contando hasta cien con los ojos cerrados. Puede oír su corazón redoblando en todo el auto. La vejiga le pulsa. Las sienes también. De pronto oye golpes. Alguien está aporreando la ventanilla. Adela se endereza pensando ya en una explicación, pero del otro lado del cristal hay un hombre:

—¡Haga el favor de mover el coche, que tengo que salir!

Adela enciende como puede el motor y se aleja de allí. Puede ver a Florence por el retrovisor. Está entrando en su Ford y

afortunadamente ella no la ve.

Ya en casa rellena el hervidor y se prepara otro té. Intenta calmarse dando pequeños sorbos y concentrándose en la respiración. Un despliegue de emociones se amontona en su interior. Rabia, vergüenza y soledad van en cabeza y compiten por su atención. Se siente minúscula, un fraude, alguien capaz de lo peor. Quiere rescatar un residuo de autoestima, pero no consigue encontrar nada.

Y entonces sus ojos reparan otra vez en la foto.

El pocillo ha vuelto. Son de nuevo tres. Dos de Talavera, uno de Spode.

El corazón de Adela parece subirse a una montaña rusa. Asciende lentamente mientras aumenta la tensión y, a los pocos segundos, cae en picado. Se gira y vomita el té en el fregadero. Después abre el grifo y se moja la cara. Las manos le tiemblan, le cuesta respirar.

En ese momento, quién sabe de dónde, aparece el destello de una explicación: Michele. Tiene que haber sido Michele. «Maldito hijo de su madre», piensa. «Quieres jugar, ¿verdad?»

Adela sube las escaleras de dos en dos y se topa con Fabia, que sale del baño.

—*Ciao, cara*, ¿qué planes tienes para hoy?

—Ganar —responde Adela.

Marta

1. El día empieza de la mejor manera. Por fin ha llegado el pegamento que encargó dos semanas atrás. Marta sale de la ferretería de la calle Argensola llevando el paquete con ilusión, como quien se va de un teatro con un premio en la mano.

—Sigo sin entender para qué quieres esta cola, no sirve para el uso doméstico —le había dicho el dependiente.

¿Por qué perder el tiempo explicándole que, en realidad, nunca la va a usar?

2. «Loctite® 5102 es una pasta para juntas y sellado de éster de dimetacrilato de resistencia media, rosa, opaca, anaeróbica, que actúa en ausencia de aire entre superficies metálicas ajustadas. Se suministra en cartuchos y es especialmente adecuado para la dosificación robótica. Tiene buena resistencia a la temperatura.» Esto es lo que Marta se lleva tan feliz: una pasta para juntas. Lo que es, no importa. Lo único que cuenta es su nombre: 5102.

5102 o 512. No recuerda cuándo empezó la obsesión por esos números. El caso es que le basta encontrarlos para cambiar la actitud con la que afronta el día. Es una sencilla superstición que la acompaña desde siempre y que la ayuda a regalarse momentos en los que cree que todo es posible. «Dado que el hombre no puede vivir sin milagros, se proveerá de los que haga él mismo», leyó una vez a Dostoievski. ¿Y quién se atreve a contradecirlo?

3. De camino al museo piensa en la cantidad de objetos que ya tiene con ese número. Un tinte Casting Crème Gloss 5102 color mocha helado —que no usará nunca, le gusta su castaño natural

—. Un cuaderno rayado A5, pauta 2,5 mm, Ref. 5102, que compró en Salamanca. Una caja de la marca Yeezet que tiene 512 tipos diferentes de tornillos y tuercas. Una cuchara parisina para hacer bolitas de helados n. 512 y una bolsa de lona para herramientas de la marca Klein que lleva un 5102 enorme pintado y que Marta utiliza a menudo como bolso. Cuando lo hace, Nacho suelta algún chiste: «¿Me gotea la caldera, podría venir a revisarla?» «¿Cobra también por la visita o solo por el trabajo realizado?» Cruza la calle Génova con los mismos 18 pasos de siempre y se dispone a hacer las siete manzanas que la separaban del museo: 7 manzanas, 45 papeleras, 9 pasos de cebra. En su cabeza, como siempre, va contando cuánto falta para superar cada tramo y se va marcando metas.

4. La primera vez que Marta se dio cuenta de que había pasado varias horas contando fue cuando tenía seis años. Entonces tenía dos refugios, dos rincones en los que el tiempo se paraba y donde ella, sin saberlo, construía poco a poco su mundo interior: uno era la mesa camilla que había en la salita de casa. Le gustaba meterse debajo para leer y para disfrutar algo que, ya a esa edad, la confortaba más que nada: la soledad. Se sentaba en la base de madera y pasaba horas rodeada por la tela verde que cubría la mesa y que daba a aquel pequeño universo una tonalidad especial. Ese escondite la convirtió en una lectora voraz. Las aventuras de *Celia* y de *Antoñita la Fantástica* y, años más tarde, las escapadas nocturnas en *Torres de Malory*, parecían todavía más interesantes cuando las leía acurrucada allí, con una linterna. Su otro lugar favorito era el mueble secreter que tenía en la habitación. Le encantaba el olor que desprendía cuando abría la cubierta: una mezcla de madera, virutas de lápiz y goma de borrar. Le gustaba que se llamara «secreter» y que tuviera llave —aunque nunca saliera de esa cerradura—, porque la hacía sentirse adulta, alguien con asuntos

privados importantes que convenía ocultar a los demás. Y la relajaba sentarse allí y tener delante un paisaje hecho de pequeños cajones, todos llenos de sus tesoros: pegatinas, clips, canicas… Marta hacía en esa mesa los deberes, coloreaba láminas de *Holly Hobbie* o escribía notitas que al día siguiente se intercambiaba con las amigas del colegio. Una tarde, completando las odiosas fichas de matemáticas, notó que su cabeza se había convertido en un disco en el que sonaba, una y otra vez, la banda sonora de sus meriendas: *Un globo, dos globos, tres globos*. Para cuando su madre la llamó a cenar, había llenado el cuaderno con cientos de globos que iba contando de tres en tres.

5. Fue entonces cuando entendió por qué le obsesionaba tanto el personaje del Conde Draco de *Barrio Sésamo*. A veces soñaba con una versión más siniestra, un Drácula de sonrisa perversa que se atascaba al contar y resolvía la ansiedad que le provocaba la situación persiguiendo a Marta. Ella corría a meterse en la cama de sus padres, pero el monstruo la acompañaba. El armario que había enfrente de la cama se convertía en una pantalla en la que Drácula aparecía mirándola mientras se frotaba las manos, un ser terrorífico. Se cubría con las mantas y se decía a sí misma que si contaba hasta 512 sin equivocarse, desaparecería. Como solía quedarse dormida antes, pronto empezó a considerar ese número un remedio milagroso, su recurso mágico.

Si sus padres la dejaban sola durante mucho rato, cuando por ejemplo se la llevaban a una reunión de amigos y la ponían a esperar en otra habitación, ella ocupaba el tiempo contando. De vuelta a casa, en el Renault 8, le preguntaban:

—¿Te has aburrido mucho, Martita?

—Para nada —respondía ella—. ¿Sabíais que en el tresillo de los Morales hay 76 rosas? ¿Y que en el pasillo tienen un cuadro de una cesta con cinco manzanas, dos peras y tres albaricoques?

6. Años más tarde, en el instituto, le hicieron unas pruebas de aptitud para aconsejarle qué carrera estudiar. Cuando terminó de revisarlas, el psicólogo la llamó a una sala de profesores.

—Hemos estado analizando tus exámenes. Lamento decirte que tienes discalculia. No entiendo cómo has podido llegar a primero de BUP sin suspender matemáticas.

A Marta la asignatura siempre se le había atragantado, pero no pensó que eso significara que había algo extraño en su cabeza. El psicólogo le hizo más pruebas y, en una de ellas, encontró esta pregunta: «¿Padece aritmomanía?» Fue así como Marta dio un nombre a su manera de estar en el mundo.

La recomendación que le dieron fue, por supuesto, la de que escogiera la opción de letras puras. A su padre aquello le sentó muy mal, tenía la esperanza de que la niña heredara la farmacia que regentaba en la calle Fernando VI. Pero Marta, que nunca había sentido el mínimo interés por el negocio familiar, acogió la sugerencia con alivio. Estudiaría Historia del Arte, una carrera que le permitiría pasar los días contando cosas bellas: «Ocho columnas dóricas en la fachada del Partenón», «35 lanzas en *La rendición de Breda*», «12 puntos negros en *Azul II*».

7. Ese fue el recorrido que la llevó hasta donde está esta mañana, caminando por la calle Zurbano rumbo al Museo Sorolla, donde trabaja desde hace tres años gestionando la exposición permanente. Nada más llegar, deja su bolsa y una fiambrera en su mesa, agarra una carpeta y un bolígrafo y se dirige a paso ágil al Patio Andaluz. Debe hacerlo antes de que la vean sus compañeras. En el Patio hay repisas con las cerámicas que Sorolla coleccionó a lo largo de su vida. Bacías, mancerinas, jarras, botijos, orzas... Son todas piezas populares hechas en España: en Manises, Talavera, Fajalauza, Toro. Pero entre ellas hay un pocillo azul que desentona con el resto porque no es español —es inglés— y porque no es cerámica «de todos los

días»; es un pocillo de marca Spode, elegante, de los que se reservan para ocasiones especiales. Y sí, por supuesto, eso activa el radar de Marta. Ha intentado no pensar en ello, o mirar para otro lado cuando pasa por el Patio, pero no lo puede evitar. Cada noche, cuando sus compañeras se van, inventa una excusa para quedarse un poco más y esconde el pocillo detrás de una jarra o lo mete en un cajón de la cómoda que hay al lado. La repisa se vuelve toda armonía y Marta, por fin, se puede relajar. Da un par de pasos hacia atrás, observa el equilibrio y, durante unos minutos, el mundo vuelve a ser un lugar manejable donde reina el orden y cada cosa tiene su lugar.

8. Hoy también vuelve a colocarlo donde estaba, como hace cada mañana. Lleva una carpeta y un bolígrafo por si la ve una compañera y tiene que dar alguna explicación. No se les permite tocar ni mover los objetos, así que tiene preparada una excusa, algo sobre un inventario que ha pedido el ministerio que, afortunadamente, aún no ha tenido que usar.

9. Después Marta se sienta delante de su máquina de escribir. Le han ofrecido un ordenador, incluso un curso de informática para aprender a sacarle partido, pero por ahora ella está bien así. Es una mecanógrafa excelente y el sonido de las teclas la relaja. Hoy tiene bastante correspondencia. Una fundación de Barcelona prepara una exposición sobre el pintor y necesita media docena de obras. Entre ellas la favorita de Marta, *Clotilde con traje gris*. A ella le cuesta desprenderse de ese cuadro. Todos los días dedica unos minutos a observarlo y conversa con la mujer del pintor, a la que considera su amiga. «Visto que la exposición está dedicada a la luz», les responde, «me permito sugerirle *Clotilde sentada en un sofá*. Una alternativa, desde mi punto de vista, más adecuada al tema». Cuando relee la carta siente un pellizco de remordimiento. Sabe que no debería dar

prioridad a sus necesidades personales ni tratar la obra como si fuera suya. Pero el malestar dura solo un instante. Esta vez la elección de Marta es objetivamente mejor. Humedece el sello en el tampón, lo coloca en el sobre y pasa a la siguiente.

10. Una de las cartas que ha recibido tiene que ver con el pocillo. Lleva años escribiéndose con expertos en Sorolla y en cerámicas, intentando que alguien le explique cómo ha acabado esa pieza inglesa en la casa del pintor. En esta ocasión le responde un anticuario de Newcastle. Marta contactó con él porque vive a seis kilómetros de Stoke-on-Trent, donde está la fábrica de Spode. El hombre le explica que su especialidad son los años cuarenta y cincuenta. «Por lo que tengo entendido, Joaquín Sorolla estuvo en Inglaterra mucho antes, en 1908, cuando expuso en las galerías Grafton. Quizá ellos puedan ayudarla.» Marta ya escribió a la galería, pero de eso hace más de un año. Decide volver a intentarlo. A lo mejor el personal ha cambiado y esta vez puede dar con alguien que tenga más información.

11. Al mediodía sube a una de las terrazas del museo, cerradas al público, para comer la ensalada que ha traído de casa. Después se sienta a leer en el jardín. Está con una novela italiana: *La audacia, el silencio*, de Mariateresa Di Lascia. Cuenta la vida de Chiara, una mujer crecida en un pueblo de Puglia. Es una historia intensa y Marta la está disfrutando, pero no tanto como cuando lee a Adela Ferri. Hay algo en la escritura de Adela que resuena dentro de Marta. Ha leído reseñas donde critican que la autora sea siempre tan prolija, pero su meticulosidad es justo lo que a ella la atrae. Hace un par de años Adela vino a Madrid para promocionar *Marianella*, la novela que tantas veces ha leído Marta, en la Feria del Libro. La noche anterior a la firma, Marta le escribió una carta. Unas breves

líneas para agradecerle su obra: «Gracias a ti he vivido mil vidas», le confesó. Incluyó también una cita de Susan Sontag que, a su parecer, describía la conexión que sentía con ella: «Se trata de prestar atención. La atención es vitalidad. Te conecta con los demás.» Pero al llegar a la Feria y tras más de una hora en la cola bajo el sol —Adela era muy popular en España—, Marta llegó delante de la escritora sudada y nerviosa, y la inseguridad pudo con ella. Le alargó el libro, y aunque Adela fue amable y cariñosa, «Para Marta, que me esperó pacientemente en una mañana calurosa de junio», no encontró el valor para entregarle la carta.

Pensar en *Marianella* le recuerda el desafío que ha puesto a V. Antes de que termine su pausa va a visitar *Clotilde con traje gris* para reflexionar sobre la pregunta que le dejó ayer. El cuadro se ha vuelto su confesionario. Ha pasado tanto tiempo leyendo la correspondencia entre Sorolla y su mujer que intuye lo que Clota —así la llama, como lo hacía el pintor— podría opinar sobre cualquier tema. Y la presencia que la mujer tiene en ese cuadro sigue emocionando a Marta como el primer día que lo vio, cuando tenía solo catorce años. Ha estado varias veces en el Louvre delante de la *Mona Lisa*, pero la sonrisa y la mirada de Clotilde en esa obra la conmueven mucho más. Hay resignación, vanidad, un inmenso cariño. Hay, como en los mejores retratos, una expresión capaz de empatizar con quien la observa y mutar para ofrecerle una respuesta. La cabeza ladeada transmite confianza y plena escucha: Clotilde se pone a tu disposición, sabe que cuanto más observamos al otro, más aprendemos de nosotros mismos. Y esa manera de apoyar la mano a la silla, entre la certeza de estar en el lugar adecuado y la impaciencia por abandonarlo, parece decirle: «¡Venga, háblame, no tenemos tiempo que perder!» Marta necesita el cuadro para avanzar en la construcción de lo que llama su

«puzle interior». A su edad ha sido ya capaz de unir todos los bordes, esas partes más evidentes y fáciles de encontrar. Pero hay zonas amplias dentro de ella que todavía se le resisten. Piezas que parecían formar parte de la pereza y acabaron siendo de la zona del miedo, o emociones que parecían alejadas de otras y en realidad estaban unidas. Observar a Clotilde le ofrece espacio y le devuelve la claridad que sus obsesiones tienden a ofuscar. Con ella ha tenido momentos de iluminación: ese bendito alivio y la satisfacción que llegan cuando de pronto todo encaja, y puedes por fin observar —y entender— una parte de ti que no sabías cómo colocar.

12. Por la tarde Marta se queda en el museo. Este mes está haciendo doble turno para que Ana María, una de las vigilantes de sala, pueda acompañar a su madre en el hospital. El día se hace largo —el museo no cierra hasta las ocho—, pero a Marta no le importa porque eso le da la oportunidad de quedarse la última y disfrutar, una vez más, el gusto que le da observar la repisa sin el dichoso pocillo. Saluda a las compañeras del turno de tarde y se ofrece a vigilar la sala tres, el estudio del pintor, que es el espacio más grande y siempre el más concurrido. Las horas transcurren lentas y Marta agradece la paz y el silencio hasta que un grupo de jubiladas, de esas disfrutonas y entusiastas, entra en la sala armando jaleo y comentándolo todo. Marta nota el malestar de una pareja de turistas británicos y se acerca para reprenderlas:

—Señoras, por favor, bajen la voz.

—Uy, perdón —dice una de ellas agitando un abanico y regañando a las amigas—. Chicas, por favor, bajad la voz.

Las mujeres se comportan durante un par de minutos, pero en cuanto cambian de sala vuelven a las andadas. Marta sonríe a los turistas, pero siguen molestos y deciden salir un rato al jardín para esperar a que el grupo termine. «Españoles e ingleses», piensa Marta, «dos maneras de estar en el mundo que nunca

podrán entenderse. Unos quieren ser felices, los otros solo tener razón».

13. Cuando las puertas se cierran y en el museo reina el silencio, Marta, que ha dicho a sus compañeras que quiere revisar unos papeles antes de marcharse, vuelve al Patio Andaluz y esconde de nuevo el pocillo. Mañana por la mañana llegará como siempre un poco antes para colocarlo como estaba. Esta ridícula obsesión podría costarle el puesto de trabajo y una parte de Marta se odia por no poder superar algo tan trivial. Pero hay otra, mucho más intensa, que necesita orden y lógica. Se queda un rato ahí, observando el equilibrio restaurado. Se calma, sonríe y disfruta.

Adela

Tiene una voz cascada que sale a trompicones. A Adela le recuerda el sonido de las viejas Vespas de Palermo, esas que oía desde el hotel donde pasó un verano hace ya muchos años, cuando todavía era cien por cien española y cortaba los espaguetis. Solían calarse siempre en la misma curva, igual que sucede con la voz de este anciano, que necesita tomar aire cada vez que parte el estribillo de su canción. Aun así, ha conseguido reunir un discreto corrillo a su alrededor. Todo un mérito en el metro de Londres, donde en cada esquina hay alguien que intenta llamar la atención. Su secreto es una vieja marioneta, un hombrecillo en traje y sombrero de copa que tiene atado a la guitarra y hace bailar con gran destreza. En otro momento Adela se habría parado para darle alguna moneda, pero hoy no tiene tiempo. Ha llegado a Euston con la línea Northern y corre a tomar la Victoria para bajarse en Oxford Circus.

Al salir del metro se apresura a subir Regent Street hasta llegar a la juguetería Hamleys. Dentro, el escenario siempre es el mismo: avionetas teledirigidas sobrevolando la entrada como si fueran moscas, peluches caros como bolsos de marca y chiquillos pagados por mostrar entusiasmo jugando con cosas que en realidad dejaron de usar hace años. Adela sortea turistas y vitrinas y sube al tercer piso, donde está la zona dedicada a las manualidades. Busca entre bolígrafos y gomas, pero no encuentra lo que necesita. Se acerca a un empleado, un chaval lleno de acné que está pidiendo a gritos un champú.

—Perdone, una vez compré aquí un bolígrafo de tinta invisible.

—¿Tinta invisible?

—Sí, tenía una luz en la parte de arriba que servía para ver lo que se escribía con él.

—¡Qué pasada! —Adela acaba de crearle una necesidad—. ¿Y cuándo dice que lo compró?

Hace un rápido cálculo mental. Nicolò estaba en tercero.

—Hará unos once años.

—¡Once años!

Adela se irrita. «Sí, once años», piensa, «¿qué sucede, no habías nacido?».

—Espere un momento. Voy a hablar con el encargado.

El chico se aleja. Adela controla la hora: es tarde, casi las once y media. Saca una goma del bolso y se hace una coleta, un gesto que siempre consigue calmar sus nervios. A su lado una mujer espera también a que vuelva el dependiente. Va con una niña que está soplando un tubo en el que ha pegado una bola de plástico. La bola se expande y forma un globo.

—Abuela, mira, ¡mira!

Adela le sonríe y la niña, para demostrarle que aquello puede todavía mejorar, sigue soplando.

—Perdone, no quiero parecer entrometida —dice la señora a Adela—. A mi otro nieto también le encanta todo lo que tiene que ver con espías. El otro día le regalamos un libro que traía justo un bolígrafo como el que busca.

Adela mira con el rabillo del ojo a la niña. Ha aprovechado la distracción de su abuela para pegar la pasta en la manga del enorme oso vestido de guardia real que hay al lado del mostrador.

—¡Qué casualidad! —Decide que la niña no es su problema y se centra en lo que le interesa—. ¿Y dónde lo compraron?

—Aquí cerca, en Foyles.

Cuando el chico vuelve con el encargado, Adela ya se ha ido.

En el vagón de vuelta saca el libro de la bolsa de Foyles y le

quita el plástico. La abuela tenía razón, el bolígrafo es justo el que buscaba. Lo prueba en una de las páginas: A D E L A. En efecto, hasta que no se apunta la luz, no puede leerse nada. Hojea el libro sin mucho interés. El protagonista es un perro que lleva una capa verde y fuma pipa, como si fuera Sherlock Holmes. «Voy a enseñarte todo lo necesario para espiar a tus enemigos», asegura en la primera página. El libro explica cómo fabricar el clásico «teléfono» hecho con dos vasos de plástico y un cordel, y tiene también una parte dedicada a un código que Adela recuerda vagamente haber ya leído en algún sitio, el Cifrado de César. El perro enseña cómo escribir PELOTA usándolo.

Al llegar a la estación de Highgate deja el libro en el asiento, esperando que algún niño lo encuentre, y se baja. Un hombre está vociferando en el andén. Lleva una gabardina larga y tiene una biblia en la mano que levanta y agita para dar énfasis a sus palabras.

—¡Nadie puede poner otro fundamento que no sea Jesucristo!

Adela pasa delante de él. El hombre le dirige la mirada, la señala con el dedo y grita:

—¡Yo te aseguro: «No saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último cuadrante»! ¡Mateo 5.26!

Adela siente un escalofrío. ¿Qué demonios le pasa a este hombre?

—¡Déjelo ya, abuelo! —se queja un joven.

El predicador se gira y sigue chillando, sin hacerle el menor caso.

—¿Fabia? —llama Adela, ya en casa.

No hay nadie. Su suegra ha salido con una amiga de Roma a ver la exposición de orquídeas de Kew Gardens. Mañana volverán juntas a Italia. Adela mira el reloj: la una y media. Todavía tiene tiempo. Esta tarde ha invitado a todo su equipo

editorial a merendar, una tradición que cumple cada vez que saca un libro. Llegarán sobre las cuatro. Es una cita que solía hacerle ilusión, pero en estos momentos, cuando el mundo parece tambalearse bajo sus pies, el miedo a una posible enfermedad mental le ha robado todo. Además, ha calculado mal. Fabia tendría que estar en Italia, pero sigue aquí. Es probable que vuelva antes de que se hayan ido sus compañeros y a Adela no le hace ninguna gracia mezclarla con su mundo profesional. El caso es que ya no hay nada que hacer. Gayle, su editora, es una mujer muy ocupada y Adela sabe que ha hecho un esfuerzo para liberarse la agenda. Es tarde para cancelar y decide ponerse con ello. Tiene que cambiarse, poner la mesa y preparar el té y los sándwiches.

Antes, va a la cocina y saca la foto de la nevera. Cada vez que la mira se le acelera el corazón. Siguen estando los tres pocillos. Está convencida de que Michele trama algo y tiene toda la intención de pillarle. En el margen inferior de la foto, usando el nuevo bolígrafo, escribe con la tinta invisible:

VIERNES 26-06, 13.40.
AQUÍ HAY TRES POCILLOS

Comprueba que la luz funciona y la frase puede leerse, vuelve a colocarla donde estaba y va a vestirse.

Gayle es una de esas personas capaces de irradiar liderazgo estén donde estén, ya sea en una sala de reuniones o en medio de un prado. Tiene un aspecto pulido y distante que podría hacer pensar que trabaja en el sector de la moda, pero apenas abre la boca queda claro que vive solo para los libros. Domina el mundillo literario y tiene un instinto extraordinario que la ha

llevado a convertirse en una institución. Adela la admira muchísimo y siempre le estará agradecida por creer en su capacidad mucho antes de que lo hiciera ella misma. Llega a casa de Adela puntual, por supuesto. Viste un *blazer* apoyado en los hombros, algo que ya es parte de su personalidad. A su lado está Meghan, su asistente y constante sombra. Detrás vienen Jane, la diseñadora gráfica, que es muy amiga de Adela, y John, un jovencito del departamento comercial que no parece conocer el mal humor.

Adela los acomoda en la sala, que a esta hora luce preciosa. El sol tiñe de anaranjado la caoba del parquet y resalta la mesa, que Adela ha llenado con té, *biscotti* y flores frescas.

—¡Pero qué maravilla de casa, Adela! —John es nuevo en la editorial y es la primera vez que va a visitarla.

—Siempre se lo digo —le responde Jane—. Cuando deje de vender, tiene un futuro como decoradora.

—Ni se te ocurra bromear con eso, Jane —la regaña Gayle. Ciertos chistes no le hacen ni pizca de gracia.

Adela distribuye el té y ofrece los *biscotti*.

—Estas galletas son fantásticas —aprecia Meghan cogiendo dos. La chica es un fenómeno paranormal: siempre está comiendo algo, pero está delgadísima—. Las tomaba mucho en Roma.

—Las ha traído mi suegra —responde Adela—. Recuérdame que luego te dé unas cuantas.

El grupo enseguida saca el tema del momento: la locura que está suponiendo en las librerías la salida del nuevo *Harry Potter*. Adela se esfuerza en ser buena anfitriona, pero tiene la cabeza en otro lugar. Se ha levantado ya dos veces para ir a la cocina a controlar la fotografía, que lleva todo el día obsesionándola.

Gayle, a la que no se le escapa ni media, la sigue la segunda vez.

—¿Va todo bien?

Adela no la ha visto ir detrás de ella y casi se le cae la fuente que lleva en la mano.

—¡Gayle! —responde girándose y fingiendo una sonrisa—. Sí, claro, ¿necesitas algo?

Gayle cruza los brazos.

—¿Adela? —insiste. Es obvio que no va a claudicar.

Adela siente que va a llorar. Vuelve a girarse y se apoya en el fregadero.

—Ahora no, Gayle —balbucea.

En ese momento suena el teléfono. Adela agradece la interrupción.

—Perdona —dice pasando a su lado para salir al pasillo, donde tienen el aparato.

—¿Quién es?

—Buenos días, llamo del centro comercial John Lewis, ¿podría hablar con el señor Michele Ferri?

—Ahora mismo no está. ¿Puede decírmelo a mí? Soy su esposa.

—Verá —la mujer al otro lado del teléfono parece dudar—. En realidad el señor Ferri había pedido que lo avisáramos a su despacho, pero la dependienta debe haber olvidado verificar y no tenemos el número. Asociado a su tarjeta de cliente aparece solo este.

Adela toma aire. Desde el salón llegan las risas de sus invitados. John acaba de volver del festival de Glastonbury y está imitando a Nick Cave.

—Siento las molestias —se excusa la dependienta—. ¿Podría darme de nuevo su número de la oficina?

Adela intenta reunir un mínimo de lucidez. Decide jugársela:

—Si tiene miedo de estropear una sorpresa, no se preocupe. Estoy al corriente.

—¡Oh, bien! —Adela puede notar el alivio en su voz. Pobre mujer—. En ese caso, señora Ferri, el bolso ya está preparado.

Pueden pasar a recogerlo cuando quieran.

—Muchas gracias por avisar —le responde Adela. Cuando cuelga se da cuenta de que ha apretado tanto el auricular que se ha hecho sangre con una uña. Se chupa la herida y vuelve con sus invitados. Al entrar en la sala tiene la sensación de que las paredes han encogido.

—¿Más té? —pregunta.

Poco después llega Fabia.

—¡Un placer conoceros, por fin! —saluda al grupo.

—¡Qué buen inglés! —se admira John—. Ojalá hablara yo así el italiano, me mudaría mañana mismo a Venecia para pasar el día navegando en góndola de heladería en heladería.

Fabia ríe. John la acaba de conquistar.

—¿Ha podido leer ya la nueva novela de su nuera? —le pregunta Gayle. Adela nota frialdad en su voz. Está segura de que es imperceptible para los demás, pero ella la conoce demasiado bien. Las mujeres como Fabia ni le gustan ni la intimidan. Adela no le ha contado mucho sobre ella, aunque lo suficiente, por lo que se ve, para que Gayle se haya formado una idea propia.

—Uy, no sé si es para mí —se defiende Fabia.

—Ah, ¿no? Y dígame, ¿cuál es su género? —Gayle baja dos grados más el tono. El grupo empieza a notar el frío.

—En realidad no leo mucho, nunca encuentro el tiempo.

A Fabia, esta hostilidad la ha pillado por sorpresa.

—Una pena, estoy segura de que si leyera los libros de Adela le gustarían.

El ambiente está ya helado. Adela se da cuenta de lo que está pasando. Gayle ha llegado a la conclusión de que Fabia es la culpable de que la note extraña.

—Todos en casa estamos muy orgullosos del éxito de Adela. —Fabia pasa al contrataque.

—Y de su talento —la corta Gayle, que no ha perdido una

batalla en su vida.

—Por supuesto, ¿acaso no van los dos juntos? —Fabia apunta una mirada a Adela que transmite, a la vez, interrogación y venganza. Le hará pagar por esto.

—Señora, estas galletas están de muerte —dice Meghan, que no se ha ganado su puesto por casualidad y sabe cuándo hay que cambiar de tema.

—Me alegra mucho que te gusten. —Fabia agradece el rescate —. Me aseguraré de traerte un paquete en mi próxima visita. —Luego decide que ha tenido suficiente y se despide:

»Perdonadme, me encantaría charlar más con vosotros, pero mañana vuelvo a Italia y todavía tengo que terminar la maleta.

Fabia sube a su habitación. Adela va a la cocina, Gayle la sigue.

—¿Qué demonios, Gayle? —se queja Adela, cogiendo un vaso —. ¿Sabes lo que me va a hacer pagar mi suegra este momento?

—Dime que es ella el problema y que mañana lo metemos en un avión y desaparece.

Adela abre el grifo y llena el vaso. Con el rabillo del ojo mira la foto: sigue igual.

—Nos espera una promoción muy intensa, Adela, si pasa algo lo tengo que saber.

Gayle es como uno de esos mosquitos que aparecen en las noches de verano: siempre al ataque, insistente.

—Tranquila, Gayle, tu promoción irá como la seda —suelta Adela, hostil.

La editora echa el cuello para atrás y se retrae, como si Adela hubiera intentado abofetearla. Adela se arrepiente inmediatamente.

—Perdona, sé que estás preocupada por mí y te lo agradezco.

—Así es. —Gayle está dolida. Adela sabe que la perdonará, pero también que no lo hará ahora mismo—. Pero me alegra que sea sin motivo.

Vuelven al salón y ayudan a los demás, que ya están

recogiendo. Meghan lleva las tazas a la cocina. Mientras, Adela enseña a John la zona de la biblioteca donde están las primeras ediciones.

Quince minutos más tarde el grupo se ha ido. Adela se sienta en un sofá. Es la primera vez que discute con Gayle y está preocupada. Cierra los ojos. El presentimiento de que poco a poco Michele acabará robándole todo aparece de golpe, como un susto, y le cierra el estómago. Se levanta, agarra su bolso, sale de casa y conduce hasta el centro comercial John Lewis, en Oxford Street. A estas horas el tráfico se concentra en el sentido opuesto y no tarda mucho en llegar. Deja el coche en el aparcamiento y camina hasta la planta baja, donde están los bolsos.

—Buenas tardes, me han llamado porque tengo un bolso listo para recoger —dice a la dependienta que está en la caja.

—¿Su nombre, por favor?

—Ferri.

La joven va al almacén y regresa un par de minutos después con un paquete. Lo abre, saca la funda protectora y muestra a Adela un bolso mediano color camello que debe costar como un mes de hipoteca.

—Aquí tiene, ha quedado muy bien —dice señalando una F dorada grabada debajo del cierre.

Era justo lo que Adela se esperaba, pero aun así la imagen se pega a sus ojos y la atiza, una lengua de sapo que la atrapa y la engulle sin que tenga tiempo para reaccionar.

La dependienta coloca todo como estaba y le alarga el paquete.

—¿Puedo ayudarla en algo más?

Adela no se mueve.

—¿Señora Ferri?

La mente de Adela vuelve. Observa a la chica, ausente, como un náufrago que, tras un largo viaje, se encuentra de nuevo con

un ser humano.

—Nada más, gracias.

Sale del centro comercial y camina hacia la droguería Boots, que está a pocos metros de allí. Sube un piso y se dirige a la esquina del fondo, donde hay un taller de reparación de calzado.

—Si quiere un duplicado de llaves tenemos la máquina rota —dice el encargado a Adela mientras encola una sandalia.

—¿Hacen grabados en piel? —pregunta Adela sacando el bolso.

El hombre, un paquistaní con nariz aguileña y ojeras marcadas, la otea por encima de sus gafas.

—Nosotros hacemos cosas sencillas, señora. Eso sería mejor llevarlo a la tienda donde lo compró.

—Sencillo está bien, es justo lo que busco.

Él aparca a desgana lo que está haciendo. El día ha sido largo y los riñones lo están matando. No quiere discutir. Alarga a Adela un bolígrafo sucísimo y un bloc.

—Apunte aquí en mayúsculas lo que quiere poner.

Ella obedece y después le entrega el papel. Cuando lee lo que ha escrito su rostro se vuelve serio.

—¿Me está tomando el pelo? —pregunta a Adela.

—De ninguna manera —responde ella, sin inmutarse. La F no hace falta que la haga porque ya está, ¿ve? Dígame cuánto le debo y para cuándo estaría.

Él duda un instante. Podría ser una broma pesada o la mejor anécdota que se cuente esta noche en el pub.

—Si quiere, se lo hago ahora mismo.

—Estupendo. Espero. —Adela se sienta en una silla plegable que hay al lado del mostrador.

Diez minutos más tarde el hombre ha conseguido su anécdota y Adela el bolso que quería. Vuelve al aparcamiento y lo esconde bajo la cubierta de la rueda de repuesto.

Al oír el coche, Michele sale a recibirla a la puerta.

—¿Dónde estabas?

—Haciendo la compra —miente Adela.

—¿Te ayudo? —pregunta él acercándose al coche.

—No he encontrado nada de lo que quería.

Adela entra en casa sin mirarlo y va derecha a la cocina. Él cierra la puerta y sigue hablando mientras sube las escaleras:

—De todos modos, mi madre ha cocinado. Voy a darme una ducha rápida y ahora cenamos. El partido empieza a las ocho.

Adela había olvidado que hoy juega Inglaterra. De todos modos, no le está escuchando. Sus ojos están fijos en la nevera: en la foto ahora hay de nuevo solo dos pocillos. «Tiene que ser Michele», piensa, llena de rabia. «En cuanto vuelve a casa, cambia la foto.»

La despega del imán y la lleva a su estudio. Se sienta en su escritorio y la observa bien. Falta, otra vez, el pocillo azul de Spode. Saca el bolígrafo del cajón y pasa la luz por la banda blanca de la Polaroid. Puede leerse perfectamente:

VIERNES 26-06, 13.40.
AQUÍ HAY TRES POCILLOS

Mary

Hay condenados que, cuando alcanzan el mar, ya son cadáveres. Saben que ese puede ser su destino, llevan cien amaneceres esperando lo peor y, a pesar de ello, caen al agua rígidos como tablones, y el primer dolor, antes de que los pulmones se encharquen y la garganta se vuelva angustia, se lo provocan ellos mismos resquebrajándose las costillas.

Mary se pregunta cómo será su caída. ¿Será capaz de dejarse llevar, de aceptar la voluntad del Señor? «Afrontamos nuestro sino con elegancia y dignidad», solía responder su madre cuando Mary se quejaba o si se comparaba con alguien. Pero en esta nave, con los labios cubiertos de salitre y la vista ofuscada por el miedo, esa filosofía carece de lógica. ¿Acaso no es más digno luchar hasta el final? ¿No merece nuestra propia alma que la protejamos de una condena eterna?

El pánico, además, no conoce la distensión. La memoria de Mary la lleva a una tarde lejana, tendría solo tres años. Había acompañado a su madre hasta la casa del doctor Wells para que le pusiera la vacuna de la viruela a Sally, que acababa de nacer. En cuando vio la aguja, Mary rompió a llorar. «¿Qué iban a hacerle a su hermana?» El doctor, que tenía una enorme nariz rugosa y amarronada, como una camelia marchita, le aseguró que su hermana no iba a sufrir.

—El secreto está en tener la pierna relajada —le explicó—. Sally no sabe lo que voy a hacerle y está dormida, así que la aguja entrará como si nada. Si en cambio te la acerco a ti —el hombre pegó la jeringuilla al brazo de Mary, que lo tensó

inmediatamente. Él le apretó el antebrazo—, esta rigidez hará que te duela.

Sí, Mary está segura. Cuando llegue su hora, caerá en el mar como una plancha de acero. Para qué engañarse, desde que llegó a este barco solo ha conocido el miedo.

Un, dos. Un, dos. La fila avanza. Ya puede ver la proa. Los guardianes hoy se mueven ágiles, parecen tener prisa. ¿Qué harán después de la selección matutina? ¿Dónde irán? No los ha visto nunca en el refectorio, ni tampoco abajo, en los camarotes.

El hombre que camina delante de ella ha empezado a orar en latín. Mary se suma: «*Omnes Sancti et Sanctae Dei: intercedite pro nobis*.» Avanzan pegados unos a otros, hoy más que nunca. El viento del amanecer es un lanzador de cuchillos y todos intentan resguardarse en el camisón del otro.

Ya casi están. Mary presencia el perdón a una mujer y la condena de otra. Sus alaridos al caer superan el clamor de las olas. Después llega el sonido del choque de su cuerpo contra el mar. Más gritos. Al hombre que reza delante le tiemblan los hombros. Mary alza la voz, para que se sienta acompañado: «*Omnes Sancti et Sanctae Dei*...» Le toca a él. El guardián le susurra algo y lo deja ir. El alivio hace que se desmaye. Los soldados se agachan y lo arrastran hasta una esquina, para que no interrumpa la fila.

Es el turno de Mary.

El guardián junta su frente a la de ella:

—Haz penitencia, Mary. Haz penitencia.

Una descarga eléctrica le recorre el cuerpo. Esa palabra. Los

recuerdos que la invaden. La tensión y la taquicardia. Siente que va a desfallecer. Pero es afortunada, tiene un recurso incombustible de amor propio que la recompone y la vuelve a poner en marcha. Camina erguida y su mirada apunta a lo alto. El mentón le tiembla, pero confía en que nadie se dará cuenta.

Antes de pasar al refectorio entra unos minutos en la capilla, que está cerca de la aleta de estribor. No quiere rezar, ahora no. Pero allí dentro el olor de los cirios mitiga los vahos a humedad y Mary puede pensar con más claridad. Una vez más, su cabeza vuelve a Thomas. Le angustia que no lo cuiden bien o que nadie sepa comprender sus llantos. El recuerdo de la primera tarde que lo tuvo en brazos la conforta como un té bien cargado: quería demostrar destreza y confianza delante de la señora Walcott, que la observaba con recelo, y esperaba que no pudiera notar el miedo que le provocaba semejante responsabilidad. El bebé apretó el índice de Mary con decisión y ella se rio. La sonrisa que el niño le devolvió, luminosa y enorme, selló su relación. Mary miró a la señora y ella asintió con aprobación. Sí,Thomas era su cometido ahora, podía quedarse.

—No te apegues demasiado a la criatura —le recomendó su madre—. Recuerda que no es tuyo. Cualquier día podrían cambiar de idea y no lo volverías a ver.

Pero hasta que la habían llamado a embarcarse, Mary y Thomas no se habían separado ni un solo día y su apego había crecido hasta ser idéntico al que se siente por un niño que nace de las propias entrañas.

Al salir de la capilla sus ojos se ajustan a la luz del alba, que ya tiñe de plata las olas. El barco baila sin parar, están en una gran caja de música con cuerda perpetua. Por un segundo Mary desea que alguien baje la tapa y el movimiento cese. Volver a pisar tierra firme. Silencio y quietud. Nunca sabemos lo que podremos llegar a añorar. Cada primavera, cuando Hornsey se

teñía de fiesta, Mary, Sally, Ada y todas las amigas se trenzaban el cabello con cintas celestes y planchaban a conciencia faldas y corpiños. Luego corrían colina arriba hacia la explanada del Palace, donde bailaban incansables hasta que la orquesta se rendía y dejaba de tocar. «¡Una más, una más!», gritaban a los músicos. Ellos, sudados y con los dedos enrojecidos, contentaban con gusto a aquellas chiquillas, que eran la imagen de la felicidad. El piano arrancaba de nuevo y ellas giraban y giraban embriagadas y radiantes. Ahora, en cambio, daría cualquier cosa por parar el eterno vaivén que siente a sus pies.

El refectorio está lleno y, como siempre, el contraste entre la multitud y el silencio resulta sobrecogedor. Mary busca un lugar donde sentarse. En cuanto lo hace, una guardiana le coloca el cuenco con leche y un trozo de pan. No tiene hambre. Le resulta imposible relajar el estómago y desde que ha llegado allí ha perdido mucho peso. Arranca un pedazo minúsculo de pan y se lo mete en la boca, pero no consigue tomar más. Durante unos segundos se entretiene viendo una mosca que camina por el borde del cuenco. Mantiene el equilibrio como el funambulista que venía cada año con el circo ambulante. A Sally aquello se le daba bien. Era capaz de avanzar por los bordes estrechos de la verja del Palace sin caerse.

—¡Un día te vas a matar! —le regañaba ella. Pero su hermana reía y amenazaba con unirse al circo.

—Me iré en sus carros y me casaré con el domador de pulgas —bromeaba.

Un golpe sordo la devuelve a la mesa y le hace levantar la mirada. Ha sido la persona que está sentada enfrente, una anciana de melena blanca y ojos azules. La mujer señala el cuenco de Mary con la barbilla. Le está diciendo que coma. Mary amaga una sonrisa para agradecerle el gesto, pero no quiere que las guardianas del comedor las castiguen y vuelve a fijar los ojos

en el cuenco y en sus pies, que mantiene como siempre subidos al banco, para evitar a las ratas. Tiene las uñas largas y ennegrecidas, su madre la zurraría si las viera así. Pero el agua aquí es escasa y Mary no ha vuelto a limpiarse como debería. Apoya el mentón en las rodillas y las abraza. El pelo le cae encima de la cara. Protegida por la cortina de mechones, Mary vuelve a observar a la anciana. Su expresión es serena, parece haber hecho las paces con esta situación. Come con apetito, moja el pan en la leche despacio, empapando bien cada pedazo y masticando lentamente, como si estuviera disfrutando un momento especial.

Mary se esfuerza en comer un poco más. A su lado, un hombre sorbe ruidosamente la leche. Más allá, los guardianes están empezando a recoger los cuencos. Mary repasa con el índice las líneas de su mano izquierda. ¿Será verdad aquello que decían algunos, que llevamos el destino impreso allí? ¿Alguna de esas líneas anunciaba esta barca? ¿Habría hecho algo distinto, de haberlo sabido antes? Probablemente no. Habría pensado que aquello era una historia inventada, una leyenda, como la bruja de Wookey Hole o el rey Arturo. El Señor no podía ser tan indeciso. Digno o no digno. Sí o no.

Una guardiana se coloca en el cabecero de su mesa. Todos los tripulantes se pasan los cuencos. Mary se apoya en la mesa para levantarse y la anciana aprovecha su gesto para introducirle algo en la mano. Aquello la sorprende y levanta la cara hacia la mujer, que ya se ha dado la vuelta y se está alejando. Mary cierra el puño y mira a su alrededor. Nadie se ha dado cuenta. La anciana camina hacia babor, Mary en cambio tiene el camarote en estribor. Se mueve entre la multitud sin abrir el puño y solo cuando está ya en su catre, la cabeza contra el mamparo, se decide a abrir la mano.

Le ha hecho un cisne con la miga de su pan.

Marta

1. El sábado por la tarde Marta se prepara para ir a casa de Ana, la vecina de la papelería. Ha invitado a un aperitivo a varias personas del barrio.

—Tengo que daros una noticia —anunció hace unos días en el parque.

Marta supone que se tratará de su jubilación, es probable que haya decidido traspasar el negocio. Antes de salir, telefonea a su madre. Como siempre, ella insiste en que se coja unas vacaciones y la vaya a visitar.

—Madrid es un infierno en estas fechas, aquí en cambio tienes playa y por la noche refresca.

Marta le promete que se lo pensará. Antes de colgar, su madre le pide que dé recuerdos para todos.

—Y no olvides llamarme mañana para contarme lo que os ha dicho Ana.

2. Ana vive a pocos metros, en la calle Santa Teresa. Marta cuenta: hay solo cuatro farolas y dos papeleras entre las dos casas. Sube al segundo piso y Ringo, el carlino insoportable, la recibe en las escaleras con una exhibición de ladridos.

—¡Hola, querida, pasa! —la llama Ana desde la puerta—. ¡Chist, calla, Ringo, por Dios!

Ana está radiante. Se ha puesto un vestido de flores que la favorece mucho y se ha peinado los rizos en una trenza. Al verla, Marta siente que igual tendría que haberse esforzado más. Lleva vaqueros y un top sencillo, y no se ha maquillado. Menos mal que ha comprado un detalle. Unas pastas de La Duquesita, la pastelería del barrio. «Nunca entres en la casa de alguien con las

manos vacías», decía siempre su madre, que la obligaba incluso a hacer dibujos para las amigas del colegio que la invitaban a jugar. Marta saluda a su amiga y le entrega el paquete azul, tan conocido en la zona.

—Pero bueno, no tenías que traer nada, y de la Tiffany de los dulces, nada menos.

Los ojos de Ana la delatan. El regalo le ha hecho ilusión.

Marta ha estado ya varias veces en esta casa. Hay muchas plantas, y cuando Ana se va de viaje los amigos del parque se turnan para regarlas. No es muy grande —Ana vive sola—, pero está llena de recuerdos y de vida y es muy acogedora. Entra en la sala y saluda a todos. Ha venido Manuela, que tiene una tienda de ropa en la calle Barquillo y es muy amiga de Ana, con Pablo, su marido. Están Ángel, el abuelo jubilado, muy elegante con sombrero y corbata. Teresa, la argentina, que ya ha empezado a comer y sortea su plato para besar a Marta, y Nacho, que se ha puesto una camisa y se ha afeitado. A Marta se le hace raro encontrarlo en una situación que no sea el parque o el videoclub y verlo arreglado le confirma algo sobre ella misma que ya sabía: nunca es capaz de acertar y de vestirse adecuadamente. También está Antonio, el del quiosco, que abraza a Marta con mucho cariño y la hace sentirse mejor.

El grupo charla animado mientras picotea y se refresca con cervezas y Albariño. Antonio y Pablo discuten sobre lo que llaman «el Mundial de la vergüenza» porque España acaba de ser eliminada.

—¿Vas a tu último Mundial y lo celebras con un autogol? —Antonio no perdona a Zubizarreta.

—¡El martes les quiero ver a todos aupando a Argentina! —interviene Teresa.

Manuela no para de agitar un abanico y Marta nota que el sonido está irritando a Nacho. Va a la cocina, donde Ana sigue preparando cosas, a pesar de que la mesa del comedor está ya a rebosar —Marta ha contado once platos—, y le pide si puede

abrir las puertas que dan a los balcones.

—Claro, querida. Las cierro durante el día para que no entre el calor, pero igual a esta hora ya corre un poco de aire.

Marta abre las tres puertas y todos se asoman para respirar, por fin, un hilo de brisa. El abanico de Manuela cesa su «chas chas». Nacho mira a Marta y mueve los labios formando un «gracias». Ella le guiña un ojo.

3. Dos tortillas de patatas, una ensaladilla, una empanada de berberechos, tres platos de jamón, dos de manchego y varias olivas después, Ana les pide que se sienten:

—Tengo que hacer un anuncio.

El grupo se distribuye entre el sofá y las sillas del comedor, que han dispuesto en semicírculo, y se hace silencio. Todos están muy intrigados.

—Bueeeno... —Ana intenta alargar el momento. Está disfrutando muchísimo con tanta atención. Marta calma los nervios contando rápidamente la cantidad de libros que hay en el estante inferior de la biblioteca que tiene enfrente.

—Dale, Ana, te *retirás*, ¿no es eso? —pregunta Teresa empujando su silla para acercarse al balcón.

—No, por favor, no nos hagas esto —dice Ángel—. ¿Quién me va a vender los cartuchos para mi Parker?

—Hay una tienda de plumas en Zurbano —le tranquiliza Pablo.

—¡Pero bueno, Pablo! —le regaña su mujer.

—¿En Zurbano? ¿Quién quiere caminar hasta Zurbano? Además, ella ya sabe las que necesito.

—Tranquilo, Ángel, no es nada de eso —lo interrumpe Ana golpeándole en la rodilla con afecto.

Y entonces, ante el asombro de todos, agarra la mano de Antonio, que está sentado a su lado en el sofá, y anuncia:

—Antonio y yo nos casamos.

4. La noticia asombra al grupo. Marta se ríe, muy sorprendida.

—¡No me lo puedo creer, qué callado os lo teníais! —exclama Nacho, abrazando a la pareja.

Antonio sonríe con un poco de embarazo. Se le ve emocionado, aunque no es el tipo de persona que ame ser protagonista.

Manuela y Pablo aplauden. Ringo se une al jolgorio ladrando.

—¡Ringo, no! —lo regañan todos.

—Yo ya lo sabía, claro, pero prometí guardar el secreto —anuncia Manuela entre risas.

Teresa, que es de naturaleza cínica, no da crédito:

—Miren, si ustedes están felices yo por supuesto que también lo estoy. Pero díganme: ¿qué necesidad? ¡A esta edad!

Marta hace un cálculo rápido en su cabeza: cree recordar que Ana tiene 63 años y Antonio debe rondar los 65. Justo leyó en *Muy Interesante* hace poco que la esperanza de vida en España es de 82 años para las mujeres y 75 para los hombres. Si todo va bien podrán disfrutar por lo menos de 10 años en pareja.

—¿Y qué más da eso? ¡El amor no sabe de edades! —protesta Pablo.

—Me refiero a que uno con el tiempo ya tiene sus manías, sus rutinas… Uno se vuelve exigente con la edad, ¿*viste*? Y el amor no es un ficus que crece solo. —Continúa señalando una de las plantas de Ana—. Es una orquídea exigente y frágil.

—Uy, ¡teníamos una poeta en el barrio y no lo sabíamos! —bromea Ángel mirándola con una mezcla de sorpresa y reproche por estropear la atmósfera de fiesta.

—Presencia y cuidados diarios, a eso me refiero. Si no se está dispuesto, mejor no —zanja Teresa.

—De la parte de los cuidados se ocupará Antonio. —Ana amaga una sonrisa educada, es evidente que lo que ha dicho Teresa la ha molestado.

Antonio besa la mano de Ana, que enseguida se relaja de

nuevo. Marta los observa. Antonio parece un crío el día de Reyes. A Marta le vienen a la cabeza unos versos de W. H. Auden que en su día escribió en la carpeta del instituto: «Si el afecto no puede ser igual, entonces que sea yo quien más ame.»

—Nunca se me habría ocurrido —les dice—, pero la verdad es que hacéis una pareja fantástica, mi madre se va a poner contentísima. Y yo también me alegro mucho. —Después levanta la cerveza y añade—: ¡Por Ana y Antonio, por muchos años!

—¡Por Ana y Antonio! —responden todos, levantando los vasos.

El grupo pasa un rato celebrando a la pareja y repitiendo mil veces a Ana, que no deja de ofrecer platos, que lo agradecen mucho, pero están ya llenos.

5. Cuando anochece, cada uno vuelve a su casa para recoger a los perros. Al mediodía, con tanto calor, es imposible sacarlos y todos necesitan un paseo largo. Marta y Chusca llegan las primeras al parque, al poco aparecen Nacho y Orsonwells.

—¿Cómo te has quedado? —pregunta Marta a su amigo, que se ha cambiado y lleva una camiseta de Sharleen Spiteri que Marta ya conoce y le envidia mucho.

—Increíble, no tenía ni idea —responde él soltando a Orsonwells, que no se mueve ni un milímetro. El calor anula su ya mínima energía.

—Es fantástico, sí.

—Siento que Teresa les haya estropeado el momento —añade Nacho lanzando un palo a Chusca, que corre a buscarlo.

—Son solo celos, se le pasará.

—¿Celos?

—Estuvieron juntos hace muchos años, justo cuando Teresa llegó de Buenos Aires —explica Marta.

—¿En serio? No lo sabía. ¡Te enteras de todo!

—Antonio era muy amigo de mi padre. Todos los domingos salían juntos de madrugada y se iban hasta la Casa de Campo en

bicicleta. —Recordar a su padre le rompe un poco la voz—. Perdona —se excusa—, entre el calor y las emociones de hoy…

—No te preocupes —responde él—. Entiendo que lo eches de menos.

A Marta se le hace raro estar hablando de algo tan íntimo con su vecino. Él se da cuenta y cambia enseguida de tema:

—Pues a Antonio se le ve coladito, coladito.

—Sí, eso me pareció. Capaz de tirar por los dos si fuera necesario. ¿Conoces unos versos que dicen «Si el afecto no puede ser igual, entonces que sea yo quien más ame»?

—Claro, es Auden, ¿no?

—¡Sí! —exclama Marta sorprendida.

—Para que luego digas que solo sé de Tarantino. —Nacho ríe encogiendo los hombros.

6. En vez de esperar al resto del grupo, los dos deciden caminar hasta la plaza de Santa Bárbara para comprar un helado.

—No me puedo creer que todavía tengas hambre —se queja Marta mientras endereza un contenedor.

—A ver, no hace falta tener hambre para tomarse un polo.

Las terrazas están a rebosar, así que lo compran en un bazar y se sientan en un banco. Chusca se sube y se coloca en el regazo de Marta. Orsonwells se tumba debajo del banco y estira las cuatro patas intentando refrescar la panza. Nacho le da un hielo que ha pedido en un bar de la plaza. El perro lo lame despacio.

—Me encanta el sonido de las terrazas en verano —dice Nacho cerrando los ojos—. Cierra los ojos, ya verás.

Marta los cierra. Justo en ese momento alguien arrastra una silla de aluminio contra la acera. Nacho da un bufido.

—Tengo que prestarte un libro superdivertido que salió el año pasado —dice Marta riendo—. Se llama *La ley de Murphy*.

—¿Es el de la tostada con mermelada?

—¡Ese, sí! —Marta saluda con la mano a una pareja de vecinos—. Oye, ¿cómo va el documental?

—Está casi acabado. En agosto la productora cierra, así que tenemos que acelerar. Va a quedar muy bien, creo. —Nacho siempre habla con orgullo de su trabajo—. ¿Y tú? ¿Cuándo te vas de vacaciones?

—El museo no cierra, claro. Pero intentaré cogerme una semana en agosto para ir a ver a mi madre. Eso si no me echan antes.

—¿Echarte? ¿Y por qué te van a echar? ¡Eres una enciclopedia andante de ese pintor! Siempre lo digo, es una pena que ya no pongan *El tiempo es oro* porque arrasarías.

Marta acaricia a Chusca. Es un día de anuncios y confesiones, y decide que contar su secreto le vendrá bien. 7. Cuando termina de hablar, Nacho la mira muy serio.

—Marta, si un día te cargas el pocillo, o la taza, o lo que sea, te van a matar.

—Ya lo sé —acepta ella—. No soy tonta, tengo mucho cuidado. No lo cojo siempre. A veces lo escondo detrás de otro, sin más. Pero es que verlo ahí se me hace raro, no lo puedo evitar.

—Eres una exagerada.

—¿Tú crees? Imagina si todos los días pasaras por una habitación de la productora donde hubiera un chirrido superfastidioso que pudieras apagar. ¿No te gustaría hacerlo, aunque fuera por unas horas? ¿Disfrutar por fin el silencio?

Nacho da el último mordisco a su polo y asiente con la cabeza.

—Supongo, sí.

—Pues eso es lo que me pasa a mí con ese maldito pocillo.

—Ahora me ha entrado curiosidad. ¿Realmente es muy distinto? Seguro que no tanto.

—Como Sharleen Spiteri y Natalie Imbruglia. —Marta ríe.

—Buff, la Imbruglia, qué horror. —Nacho la tararea con el tono de un gato al que le han pisado la cola. Chusca, que adora la música, se suma con un largo alarido.

8. Una hora más tarde, ya en la cama, Marta piensa en la nueva pareja. Hoy eran todo ilusión y felicidad. Qué reconfortante es ver a personas llenas de fe y cuán ajena le resulta esa disposición. Siente un pellizco de celos en el estómago. Afrontar la vida sin el lastre del miedo debe de ser algo similar a vivir en una nave en ausencia de gravedad. Y le parece igual de improbable poder llegar a ese punto que acabar dentro de un Challenger. ¿Y V.? ¿Estará viviendo el juego solo como un pasatiempo? ¿O querrá algo más? Aceptar un encuentro y arrancar la tirita de un tirón. Qué difícil es a veces apoyar lo sensato.

9. Esa noche el sueño de Marta saca fichas y tablero, y comienza una partida en el juego que se le da mejor: mezclar escenarios y personas para generar situaciones absurdas. Antonio pedalea en un tándem con su padre. La bicicleta tiene una cesta repleta de números de *Muy Interesante*. Pasan por delante del Sorolla. Dentro, Laura, una de sus compañeras del museo, toma té en la terraza del jardín con Teresa y con Nacho. Los tres están usando pocillos de Spode. Chusca corretea entre los setos. Al poco empieza a ladrar y se pone a escarbar en una esquina. Desentierra algo y se lo lleva a Marta. Es un billete. Pone:

2
CWFGO

Marta se oye diciéndole a la perra: «¡Auden! ¡Muy bien, Chusca!»

Adela

El sábado Adela y Michele están de aniversario y salen a cenar al restaurante Bank, en Westminster, como todos los años. Por la mañana Adela había intentado que Michele anulara la cita, la idea de pasar dos horas a solas viendo a su marido interpretar un papel la envuelve en ansia.

—¿Podemos dejarlo para otra ocasión? Me duele muchísimo la cabeza.

Pero él, empujado por el sentimiento de culpa, siguió insistiendo:

—Salir te sentará bien. Tómate algo. Además, ya es tarde para cancelar.

Aparcar en esa zona es un infierno y han cogido un taxi. El conductor está escuchando música paquistaní. Cuando llega el estribillo, sube el volumen y arranca a cantar. Michele golpea en el cristal divisor.

—Oiga, amigo, no se emocione y baje eso, ¿sí?

El chico obedece enseguida.

—Perdone, señor.

Adela nota que el hombre se inquieta. Es probable que necesite la propina y que le preocupe haberla perdido con su entusiasmo.

—Últimamente subirse a un taxi en Londres es como meterse en una boda de Islamabad —le susurra Michele.

Adela va a decir algo sobre las celebraciones italianas, pero decide concentrarse en las imágenes que transmite la ventanilla del taxi. Londres siempre mejora al anochecer, cuando su ritmo desciende. La ciudad, a esta hora, ya no aloja falsas esperanzas de acuerdos en firme o de sueños cumplidos. La atmósfera es la

de ese primer sorbo de vino tras un largo día de trabajo, cuando se lanzan los tacones al aire y se aflojan las corbatas. La gente saca a pasear su pesca del día —satisfacción o desencanto, según se haya dado la faena—, sin más pretensiones que olvidar la jornada y vaciar un par de pintas en compañía.

Michele paga al taxista, que le agradece la propina. Sabe que viene de la arrogancia y no de la generosidad, pero no le importa: el dinero es el dinero. En cuanto cierran la puerta vuelve a encender la música y se aleja a toda velocidad.

El restaurante está lleno. Son las ocho, medio país ha cenado hace horas, pero Londres tiene un horario propio. La recepcionista, una mujer delgadísima con un peinado para atrás que casi le impide pestañear, controla la reserva y los lleva a la mesa. El metre los recibe con los menús y les anuncia que hoy, además, tienen pastel de carne con patatas al romero y merluza con calabacín. Luego los deja decidiendo.

Adela observa con atención las opciones, aunque las conoce bien.

—¿Vas a tomar las sepias? —le pregunta Michele.

—Puede que me anime con la merluza. Tú lo de siempre, supongo.

—El solomillo, sí.

Un jovencito con mandil color arena se acerca con una cesta de pan y una aceitera. El metre vuelve.

—Para mí el consomé y la merluza —le dice Adela, devolviéndole el menú.

—Salteado de espárragos y el solomillo, poco hecho.

Luego es el turno del sumiller, que ofrece varios Chianti a Michele. Adela, mientras, observa a una pareja, ambos de unos treinta años, que está sentada a su derecha y cena en absoluto silencio. La chica es muy guapa y lleva un vestido precioso. Mueve la ensalada de aquí para allá, pero sin mucho apetito. Él tiene el semblante serio y no aparta los ojos de su bacalao, que come con método y pulcritud.

El sumiller vuelve con la botella. Adela aprovecha para abrir el bolso y controlar la foto que está en su billetera. Ha decidido que a partir de ahora la llevará siempre consigo y no le perderá ojo. La mira con disimulo: sigue habiendo solo dos pocillos. Michele prueba el vino y lo acepta con moderado entusiasmo. Qué irónico que sean justo esas cosas que nos enamoraron las primeras que se nos vuelven insoportables. Adela solía admirar el saber estar de Michele, pero ahora lo ve como lo que siempre fue: un auténtico patán.

Se quedan solos. Adela preferiría estar así, cada uno a lo suyo, hasta el postre. Pero Michele es incapaz de tolerar el silencio.

—¿Preparada para el lanzamiento? —le pregunta echando aceite en su pan.

—Gayle es muy optimista. Al parecer nos beneficiará salir a la vez que *Harry Potter*. Las madres acompañarán a los hijos y acabarán comprándose también el mío.

—Brindemos, entonces —dice Michele alzando la copa.

Adela levanta la suya con muy poco entusiasmo.

—¿Qué tienes, *cara*, te duele todavía la cabeza?

La tensión interna de Adela es visible desde fuera. Da severidad a su boca y marca el carril de preocupación que se instaló hace ya años entre sus cejas.

—Un poco, sí.

—Siempre te pasa cuando salen los libros —minimiza él—. Depresión posparto, ¿no es así como lo llama Gayle?

Llegan ya los primeros. Adela agradece, hoy más que nunca, el ágil servicio de Bank.

—Oye, ¿qué hacemos con la tontería esa de la universidad de Lulu?

«Así que esa es la agenda del día de Michele: resolver este problema», piensa Adela. Es incapaz de sentarse sin tener un objetivo concreto.

—Habrá que buscar el momento para hablar con ella —sigue

él, sirviéndole agua.

«Habrá.» «Habría.» «Hay que.» Verbos que, con los años, Adela ha aprendido a traducir: «Tendrás.» «Tendrías.» «Tienes que.» Prueba su consomé. Ha olvidado pedir que añadieran una yema y no le encuentra la gracia.

—Ya sabes que a mí no me escucha —responde sin mirar a su marido.

—No es verdad, está insoportable con todos. Es la edad.

Adela hoy no piensa claudicar.

—Te hará más caso a ti —insiste.

Michele no responde. Adela lo observa dar cuenta de sus espárragos. No lo puede evitar, su elegancia la sigue conquistando. Especialmente en la mesa, donde Adela siempre se siente inapropiada. Años de colegio privado no han podido pulir su incapacidad innata para comer con elegancia. Siempre acaba haciendo estropicios con la comida, o cortando bocados demasiado grandes. Su marido, en cambio, es impecable.

Una camarera les retira los platos. Michele comenta algo sobre un político que está sentado al fondo de la sala, pero Adela no se gira.

Vuelve el silencio. Una mujer robusta y de rostro plácido se dispone a salir del restaurante con su pareja cuando ve a Adela y se para.

—¡No me lo puedo creer! ¿Es usted? —La mujer se lleva la mano al pecho y camina hacia Adela, empujando al hombre que la acompaña—. Cariño, ¡mira quién está aquí! Es Adela Ferri, la escritora que tanto me gusta.

Él, un tanto abochornado, alarga la mano a Adela, que se la estrecha con educación.

Michele apoya la botella en la mesa con brusquedad.

—Perdone, pero estamos cenando —suelta a la pobre mujer.

La señora se sonroja inmediatamente, mortificada.

—Tiene usted toda la razón, lo siento mucho.

En otro momento Adela habría dejado que Michele actuara de

escudo.La atención la incomoda, especialmente en público —toda la sala les está mirando—, pero hoy, lejos de abrumarla, el protagonismo la aúpa.

—¿Quiere un autógrafo? —le pregunta cariñosa. Puede sentir la mirada de Michele apuntando a su cara, está a punto de disparar.

—El caballero tiene razón —interviene el marido—. No queremos molestar.

—Será un placer. —Adela está ya buscando papel y pluma en su bolso—. ¿Cómo se llama?

—Gloria —susurra ella, todavía avergonzada.

Adela le dedica unas líneas. La mujer recoge la nota y se lo agradece con excesiva efusión. El marido la empuja hacia la puerta.

—La gente debería aprender a respetar los momentos de intimidad —dice Michele llenando su copa—. No deberías contribuir a la mala educación.

—Ha sido solo un momento. Se ve que le hacía mucha ilusión —zanja ella. En su cabeza aparece una vieja secuencia, de unos diez años atrás. Sus suegros estaban de visita y Michele le había pedido que saliera a comer con ellos. «No puedo, estoy terminando un relato. Quiero presentarlo a un concurso y el plazo termina mañana.» Todavía no la habían publicado y Adela escribía solo por pura necesidad interior. «¿No crees que estás exagerando con este pasatiempo?», le había gritado él. «¿No tienes bastante con lo que gano yo?» Adela intentó explicarle que no era una cuestión de dinero, pero al final Michele había ganado y Adela se había llevado a almorzar a sus suegros a Kenwood House. Esa noche se quedó escribiendo para recuperar el tiempo y se acostó a las cinco, pero al día siguiente a las siete estaba ya en la cocina preparando las fiambreras de los niños.

Llegan los segundos. Adela prueba su merluza: está espectacular. Observa de nuevo a la pareja de al lado. Van ya

por el postre y siguen sin hablarse. La tensión que emanan genera una burbuja que cada vez se expande más. En un par de minutos alcanzará su mesa. Adela se pregunta si se unirá con la que forman ellos, en una única gran burbuja, o si el choque entre ambas las hará estallar.

—Por cierto, mañana dormiré fuera. Tengo una reunión el lunes a primera hora en Cardiff y prefiero irme el día antes para no pegarme el madrugón.

Adela corta un calabacín. Sabe que Michele le está mintiendo. La sensación de que su vida se está desmoronando la invade, pero se la sacude de encima enseguida. Un minúsculo huracán que dura un pestañeo.

—Muy bien —le responde juntando toda la calma que encuentra. No va a añadir nada más, pero luego cambia de idea y decide que Michele merece, al menos, inquietarse un poco—. Te llevaré yo misma a la estación.

—No hace falta —sonríe él, todo control—. Visto que me hacen trabajar en domingo lo menos que pueden hacer en el despacho es enviarme un coche.

—Es lo menos, sí. —Adela bebe agua. No va a dejar que Michele estropee su merluza—. Ya que vas, ¿podrías traerme esas galletas galesas que tanto me gustan, las que tienen forma de concha? —Adela sigue sacando cartas. Hoy ha venido a jugar.

—Lo intento, aunque no sé si tendré tiempo para hacer compras.

—Las venden en todas partes, hasta en la estación. —Adela, cuando quiere, también sabe dejar que la hipocresía le forme una sonrisa en la cara. «En todas partes menos en Archway, claro», piensa apartando una espina.

Poco después anuncia que no quiere postre. Michele pide una tarta de manzana. Mientras esperan, ella juega con la miga de su pan.

—No hagas eso, Adela, por favor.

Michele nunca ha soportado que manosee la comida. Hubo un

tiempo en que a Lulu en cambio le encantaba, como a ella. Pasaban horas juntas haciendo figuritas de miga, iguales a las que en su día Adela había hecho con su abuela Anne. Pero un día Fabia pilló a la niña y la castigó sin tiramisú. «No se juega con la comida», la regañó. Lulu no había vuelto a jugar con ella en la mesa nunca más.

El metre trae la carpeta con la cuenta y, cómo no, se la coloca delante a Michele. Cuando él la abre para colocar la tarjeta, Adela percibe en su marido un gesto de fastidio al ver el importe. Bank es caro, sí, pero ella calcula que esa cena no debe de sumar ni la mitad de lo que costó el bolso que ha comprado a Florence, así que el gesto de Michele le provoca un embate de rabia. El metre vuelve y, cuando está a punto de recoger la carpeta, ella la agarra.

—Perdone —le dice sacando una tarjeta de su cartera y cambiándola por la de su marido—. Use esta, por favor.

Michele la fulmina con la mirada. No le gusta que pague en público. Una pena que hoy Adela no esté para concesiones.

—Solo esta vez, para celebrar la salida de mi libro —le dice, con la sonrisa de una anunciante.

Se levantan para irse y Adela pasa delante de la pareja. Siguen sentados en silencio, él está tomando un Oporto. Adela finge que se le ha caído algo y se agacha junto a los pies de ella, que se inclina para ayudarla. Las dos se miran y Adela le entrega lo que ha hecho con la miga de pan: un cisne. La mujer lo mira perpleja. Adela se levanta y se aleja. Cuando llega a la puerta se vuelve para mirarla. Está metiendo el cisne en su bolso y, por fin, sonríe.

Salen a la calle. Fuera ha refrescado. Adela observa el cielo: es probable que mañana llueva. Michele silba a un taxi. Tres jovencitas pasan delante de ellos. Caminan abrazadas, van cantando algo de las Spice Girls. Llevan boas de plumas rosas y

una de ellas tiene una botella de champán en la mano, que mueve al ritmo de la canción. La del medio luce una corona de plástico en el pelo que anuncia «Futura esposa». Su rostro, a pesar del rímel corrido y del alcohol que lleva en los ojos, es todo júbilo y esperanza.

Adela entra en el taxi. Michele cierra la puerta.

Mary

Pensar que Mary había llegado a su Día sin saber lo que significaba el amor profundo era subestimar el ingente tesón de Oliver McCraw, el chiquillo que, no sin mucho esfuerzo, había acabado por robarle el corazón.

Todo empezó una tarde de primavera de 1872, el año en que Mary cumplía 13 años. Su madre le pidió que bajara al almacén del señor Fain, en la calle principal, para recoger el jabón y la avena que había encargado el día anterior.

—¿Puedo llevar mi nuevo sombrero?

—El sombrero es para los domingos, Mary, ya lo sabes. Ponte la cofia.

—Por favor, madre, solo esta tarde, quiero enseñárselo a Lucy. Prometo tratarlo bien.

Mary salió a la calle llevando encima la alegría que se le pone a uno en los días de estreno. Para ser sinceros, era el mismo bergere del año pasado, pero su madre acababa de coserle una nueva cinta de raso. Mary había escogido el tono púrpura de las dedaleras que adornaban los muros traseros del Palace, esas que, hasta hacía solo dos años, se divertía haciéndolas estallar entre los dedos con su hermana Sally. Era un color que resaltaba en su melena dorada y entró en la calle principal con el paso ágil de quien se sabe hermosa. Se acercó al escaparate de la quesería y saludó a Lucy, que acababa de empezar a trabajar allí. La amiga hizo varios aspavientos de admiración al ver el sombrero, pero su patrona, la señora Jones, la reprendió y agitó la mano pidiendo a Mary que se largara. Ella se rio y siguió caminando hasta el almacén.

Oliver no olvidaría nunca ese momento. Cuando Mary hizo sonar la campanita de la puerta, le pareció que los mismísimos ángeles que mencionaban en el Libro Santo se hubieran puesto de acuerdo: uno de los rayos del sol de la tarde se coló entre la paja del bergere de Mary y cayó exactamente en las pecas que subrayaban sus ojos violeta. La chica apartó la luz, haciendo visera con la mano, y, para cuando cerró la puerta tras de sí, Oliver estaba ya perdido.

—Buenas tardes, señor Fain.

—Mary, querida, ¿qué tal estás? Vienes a recoger el encargo, ¿verdad? Oliver, trae el paquete de los Hessler, por favor.

Pero él no se movió. Parecía clavado al suelo, como el paragüero de la entrada.

—¡Oliver!

El chico volvió al mundo de los vivos, se ajustó la boina y desapareció como un rayo dentro del almacén.

—Perdona, Mary, el chaval es nuevo. Empezó ayer.

Mary sonrió, cortés.

Oliver volvió con el paquete y lo apoyó en el mostrador. Mary pagó. El señor Fain abrió la caja registradora y le entregó la vuelta.

—Que tengas una buena tarde, señorita —la saludó.

—Muchas gracias —respondió ella.

Oliver la saludó agachando la cabeza un par de veces, como si una mano invisible le estuviera dando collejas. Después volvió a la trastienda y siguió etiquetando envases de mermelada, consciente de que su mundo, tal como lo conocía, había cambiado para siempre.

Desde ese día, Oliver McCraw pasó a ser una persona con una misión: conquistar a Mary Hessler. Tenía claro su objetivo, pero le faltaba un plan. No tenía instrucción, no podía escribirle versos o componerle canciones —apenas había ido a la escuela —, ni perspectivas de un gran futuro. Tampoco era un chico

agraciado, las cosas como son. Tenía los ojos demasiado pequeños y el cuerpecillo enclenque de quien ha crecido viendo la carne solo en fiestas de guardar, pero poseía algo que valía como una medalla: era un McCraw.

James McCraw, el abuelo de Oliver, había nacido con un don. Cada mañana, al alba, salía con su barca desde el puerto de Portpatrick, el lugar donde Escocia parece que tienda la mano a Irlanda. Tras una breve travesía, James observaba el mar y anunciaba: «Aquí.» Sus compañeros lanzaban las redes y, todos los días, sin excepción, las llenaban. En el pueblo se le colgó la etiqueta de «hacedor de milagros» y muy pronto se habló de su buena suerte por todos los condados de Galloway. Su hijo, que también se llamaba James, se convenció de que había heredado el don de su padre cuando el mar, en vez de peces, le trajo algo mejor: una barca llena de irlandeses que escapaban de la hambruna de la patata. James se los encontró a punto de naufragar —el bote no era lo suficientemente grande para todos — y consiguió ponerlos a salvo. En ese barco iba Rose, con rizos color calabaza y enormes ojos verdes que gritaban «Irlanda». Conocerla fue, en efecto, la mayor suerte que tuvo James en su vida. Se casaron el siguiente verano. Todo iba muy bien hasta que una noche, envalentonado por su pedigrí mágico y también por demasiadas cervezas, James apostó su barca durante una partida de backgammon con sus vecinos. Cuando la perdió, apostó su casa. Para cuando los búhos empezaron a filosofar, a los McCraw ya no les quedaba nada. James volvió a casa convencido de que Rose sería su siguiente pérdida, pero ella le recordó lo de «en la prosperidad y en la adversidad». Lo había dejado todo para escapar a ese país y sus planes no contemplaban volver a la casilla de salida. Envió un telegrama a su familia, que se había instalado en Londres, y dos días después llenaron el carro con lo poco que tenían y dejaron Escocia para siempre. Michael, el cuñado de James, le encontró un trabajo

como pescadero en Crouch End, y allí se instalaron. Un año después, en 1856, nació Oliver y, en los años sucesivos, Margaret y Rosie, sus dos hermanas. El dinero era escaso, pero Rose era trabajadora y estaba llena de recursos. Conseguía alimentar a cinco personas con pocos chelines, sacaba vestidos y mandiles de los retales que le daban en la iglesia y ganaba monedas extra trenzando el pelo a las novias del barrio. Con el tiempo James se hizo perdonar. Se convirtió en un padre devoto y jamás volvió a pisar un pub. Era además un empleado ejemplar y, cuando su patrón se jubiló y vendió la pescadería a un vecino, se aseguró de que James entraba en el trato. El nuevo dueño, un burgués que nunca había visto un pescado que no estuviera cocinado y colocado en un plato, ascendió a James a patrón del negocio. Sí, Oliver podía no ser gran cosa, pero llevaba en la sangre la suerte de su abuelo, la devoción de su padre y la creatividad de su madre. Perder, especialmente en este asunto, no era una opción que estuviera dispuesto a considerar.

La primera vez que consiguió hablar con Mary fue durante el baile de primavera que organizó la parroquia de Hornsey en los jardines donde se estaba construyendo el Palace. Había pedido a sus hermanas que le enseñaran a bailar y resultó que se le daba bien. La delgadez proporcionaba agilidad a sus piernas y supo trasladar el don de su abuelo a la música: oía una voz en su interior que le decía el punto exacto donde debía apoyar los pies. Cuando llegó a los jardines se apoyó en un árbol para esperar a Mary. Al poco la vio llegar con sus amigas. Llevaba cintas celestes trenzadas en el pelo y una falda color vainilla. Era lo más bonito que Oliver había visto en sus diecisiete años de vida. Se quedó en el árbol y esperó paciente a que terminaran todos los valses. Esos eran temas para torpes y principiantes. Él iba a por todas: una mazurca o un galop. Cuando el maestro de ceremonias anunció un galop, Oliver se acercó a Mary sintiendo

que a cada paso se le subía un poco más el corazón en el pecho.

—¿Mary? —la invitó, alargándole el brazo.

Todas las amigas rieron. Mary se ruborizó. Oliver no se achicó. Mantuvo el brazo alzado con elegancia y decisión. No pedía limosna, le estaba ofreciendo todo lo que tenía.

—¿Oliver? —respondió ella cogiéndole la mano.

Eso fue todo lo que se dijeron. Para muchos aquello habría sido algo mínimo, una simple anécdota de una noche de primavera. No para Oliver: Mary recordaba su nombre. Habían bailado juntos. Esa noche volvió corriendo a Crouch End sintiéndose poderoso como un volcán.

Pasó semanas deseando que Mary entrara en el almacén. Cuando lo hacía se esmeraba en ser cortés y eficaz con ella, y con el tiempo notó —con enorme satisfacción— que la voz de Mary perdía el tono vibrante de la despreocupación y adquiría uno cada vez más tímido. Además, con cada entrada, sus mejillas ganaban color. No había duda: Oliver le importaba, aunque fuera un poco.

Un año después Mary empezó a trabajar en casa de los Walcott. Oliver solía ir hasta allí al menos dos veces por semana para llevar los encargos del almacén y enseguida supo cuál debía ser su siguiente paso: ganarse a la señorita Mills, la jefa de cocina.

—¿A qué huele? —le preguntó una tarde, apoyando las cestas en la mesa.

—Tarta de ruibarbo —respondió la señorita Mills. Era una mujer rechoncha y alegre, con manos enormes que cuando no estaban cocinando se mantenían ocupadas estrujando su mandil.

—La tarta que deben merendar en el cielo, si me pregunta a mí, señorita Mills —le soltó Oliver guiñándole el ojo.

—Oh, gracias, Oliver, es un bizcocho de nada —sonrió ella, hinchada de orgullo.

Tres cumplidos más y Oliver consiguió lo que quería: cada vez

que entraba en la cocina la mujer le ofrecía una taza de té.

—Siéntate un rato a descansar, muchacho, seguro que los demás encargos pueden esperar unos minutos.

Le llevó poco tiempo aprender los horarios de Mary. Tenía que llegar puntual a las tres, cuando ella bajaba a la cocina para calentar la leche del bebé. Si se lo encontraba allí sentado, siempre se le escapaba una sonrisa. Oliver la memorizaba y volvía al almacén llevando al galope a Forrester, su caballo. El viento le azotaba en la cara, pero él le respondía irguiéndose en la carreta y lanzándole un aullido de pura felicidad.

Una tarde encontró a Mary en la cocina, a punto de llorar. Al parecer el bebé no quería la leche y llevaba todo el día sin comer. La señorita Mills estaba ayudándole a colar la nata.

—A ver si así se la toma.

—Gracias, señorita Mills.

Oliver se lanzó:

—Mi madre le ponía canela.

—¿Canela? —preguntó extrañada la señorita Mills mirando al chico.

—Sí. Mi hermana Rosie se negaba a probarla y mi madre lo consiguió con ese truco.

—Prueba —le dijo la mujer a Mary añadiendo una rama al cuenco—, daño no le va a hacer.

—Gracias, Oliver —dijo Mary.

—No hay de qué. —Sonrió él, colocándose la boina para salir.

Una hora más tarde Mary volvió a la cocina.

—¡Ha funcionado! —exclamó apoyando el cuenco vacío en el fregadero.

—¡Vaya con el chico! —Sonrió la cocinera—. Además de educado, al parecer es listo.

—Sí que lo es. —Mary se ruborizó.

La semana siguiente, en cuanto Oliver entró en la cocina, la señorita Mills se le acercó:

—La Hessler está coladita por ti —le susurró, cogiéndole las cestas.

Ese día, en todo Hornsey, no hubo un ser vivo más feliz.

En junio sucedió el incendio y, pocos días después, algo cambió.

Mary Hessler dejó de sonreír. Su mirada se apagó y el uniforme cada vez le fue quedando más grande. Oliver no se daba paz. ¿Qué habría pasado? Su padre era bombero, pero no estaba entre las víctimas de aquella noche. No podía ser nada relativo a ese día. ¿Qué podía ser, entonces?

Una tarde de invierno se atrevió a preguntar por ella a la señorita Mills.

—La chica estará agotada —minimizó ella—. Cada vez sale de aquí más tarde.

Fue entonces cuando él empezó a acompañarla a casa. Una noche la esperó en la verja de los Walcott y se ofreció a llevarla en su carreta. Ella lo rechazó.

—Gracias, pero prefiero caminar.

—Muy bien —respondió él, indicando a Forrester que aminorara la marcha.

El animal obedeció y los dos avanzaron en silencio. Mary andando y Oliver a su lado, montado en el carro. Al día siguiente lo mismo. Y al otro. Y al otro.

La madre de Mary, que solía esperarla intranquila y cada tanto se asomaba a la ventana, los vio una noche.

—¿Ese es el chico que trabaja para el señor Fain? —preguntó a su hija en cuanto entró en casa.

—Sí —dijo Mary, sin mucho entusiasmo.

—Pero vive en Crouch End, ¿no? Su madre peinó a Margaret, la hija de los Lewis, cuando se casó el año pasado. Esta calle no le pilla de camino.

—No le gusta que vuelva sola de noche.

—¡Vaya, no me digas! —La señora Hessler sonrió. La galantería era su debilidad—. ¿Y por qué no dejas que te lleve en su carreta? Ahorraríais tiempo y podrías descansar más.

Pero Mary había subido las escaleras y ya no la escuchaba. Su madre siguió fregando la tetera. Ella también estaba preocupada. Su hija siempre había sido la más alegre de la familia, pero ahora apenas se la oía cuando estaba en casa. La inquietud había conseguido romper incluso su timidez y una mañana paró en la panadería a la señorita White, el ama de llaves de los Walcott:

—¿Va todo bien con Mary?

—Sí, señora Hessler —respondió la mujer con frialdad—. La señora está muy contenta con su hija. ¿Por qué lo pregunta? —La estudiaba con la mirada, intentando entender si tenía un problema—. ¿Acaso se ha quejado?

—Oh, no, de ninguna manera —se apresuró a decir ella, temiendo haber metido a su hija en un aprieto—. Adora al niño y está muy agradecida por el trabajo. Es solo que la veo, no sé, diferente.

—Se está haciendo una mujer, eso es todo —zanjó el ama. Le quedaban todavía dos recados por hacer y no tenía tiempo que perder. Mientras la chica siguiera cumpliendo con su trabajo le importaba un comino si estaba o no «diferente».

Una noche de febrero, cuando Oliver y Mary volvían a casa, apareció a lo lejos el padre Baker. Oliver no era de su parroquia, pero conocía al sacerdote porque le llevaba el vino para la comunión una vez a la semana. Apenas Mary lo reconoció, se paró.

—¿Qué pasa? —le preguntó Oliver.

Ella lo miró. Parecía un ciervo al que hubieran apuntado con una escopeta.

Cuando lo tuvieron cerca, Oliver se quitó la boina y saludó.

—Buenas noches, padre.

—Hola, Oliver, ¿cómo te va? —El cura observó a Mary, que

estaba blanca como una casulla de boda y miraba al suelo—. Buenas noches, Mary.

—Buenas noches —musitó ella.

—Recuerda que te sigo esperando —le dijo él, retomando su camino.

Mary aceleró el paso.

—¿Va todo bien? —le preguntó Oliver.

Mary no dijo una palabra, pero, al poco rato, dos grandes lagrimones bajaron por sus mejillas agrandando sus pecas.

Fue entonces cuando a Oliver le pareció escuchar, alta y clara, la voz de su abuelo. Le dijo: «Ahí, exactamente ahí, es donde tienes que apuntar.»

Marta

1. El domingo el calor castiga Madrid espesando el aire y derritiendo sus calles. Marta lo pasa en casa, rodeada de ventiladores, intentando salvar sus plantas del bochorno y haciendo lo que más le entretiene en este mundo: escribir listas.

Ventajas de encontrarse con V.:
1. Puedo ver qué aspecto tiene.
2. Podemos empezar una relación (del tipo que sea).
3. Puedo conocerle/la mejor y más rápido.
4 ¿Quizá pueda enseñarme más códigos secretos?

Inconvenientes de encontrarse con V.:
1. Termina el juego.
2. Puede decepcionarme. (Ver ventajas puntos 1 y 3.)
3. Puedo decepcionarle/la. (Ver ventajas puntos 1 y 3.)
4. Puede ser peligroso/a.

Marta tacha este último punto tras repasar los mensajes que le ha ido dejando V. estos meses. Casi todas las preguntas son ligeras y algunas tienen incluso algo de pueril: «Canción favorita del karaoke», «montañas rusas, ¿sí o no?» o «¿cocinar o que cocinen para ti?». Es difícil imaginar a un asesino en serie con estas prioridades.

2. Es obvio que, más allá de la relajación que le produce enumerar sus ideas, estas listas no llevan a ninguna parte. Marta podría aprovechar este tiempo para reflexionar sobre por qué se

aferra a relaciones imaginarias, o de dónde nace el miedo que siente ante la idea de que V. se vuelva real. Pero ese miedo, al momento, ocupa todas las butacas de la platea preferente en su teatro mental, las únicas que alcanza a ver desde el escenario. Desde el anfiteatro la llaman y le piden que se escuche, que lo haga de verdad, pero ella no puede oírlos. Años de educación católica han cubierto de recelo y de pánico cualquier posibilidad de volcarse en el disfrute, un terreno que para quien la formó era alfombra roja hacia el pecado. Le parece escuchar a sor Asunción, una de las monjas de su colegio, que a todo respondía con el «Ten cuidado con lo que deseas» agustiniano. Y sí, es cierto: escoger el deseo es abrir la puerta a la posibilidad de dolor —el amor es el único espejo capaz de proyectar simultáneamente crueldad y ternura—, pero ese momento en el que, aun sabiendo el riesgo, decidimos caminar hacia el otro, es la mayor prueba de amor que podemos darnos a nosotros mismos. En el fondo, a menudo lo que deseamos revela lo que creemos que merecemos. Y Marta necesita sentir que tiene derecho a hacer ese camino.

3. Es una pena que la memoria opere con un mecanismo tan aleatorio. Puede recordar perfectamente las causas de la silicosis, que ocupaban un recuadro en el tema «Rocas y minerales» del libro de ciencias naturales de quinto de EGB: una información que jamás le resultará útil y que malgasta su espacio cerebral. Sin embargo, ha olvidado por completo un poema de Robert Graves que memorizó en COU y que le encantaba. Hoy esos versos: «Silba, y Amor vendrá a ti. Habla, y él te dirá lo que ha oído», podrían servirle de empujón. Se está negando lo que más necesita, pero eso sí, mientras lo hace podría explicarte todos los peligros que comporta la exposición prolongada al polvo de sílice. A veces nuestras maniobras internas son de una absurdidad indignante.

4. Y luego está lo que encontrará quien examine estas elucubraciones desde fuera. Cualquier observador entraría con un machete en la cabeza de Marta, eliminaría la maleza de estas listas inservibles y podría llegar así al verdadero quid de la cuestión: una convicción subconsciente de que su amor incluye un pasaje a la muerte que la paraliza. Para esto hay que saber que el fallecimiento de su padre comportó que se instalara en ella el pánico a querer, pero también que a esa pérdida siguió la de Daniel, su novio de la facultad y la persona con la que entró en la edad adulta. Daniel se mató en moto un día de lluvia. Regresaba a casa tras acompañar a Marta y resbaló en la glorieta de Rubén Darío. Tenía diecinueve años. La culpa, que ya era su huésped habitual por su educación católica, se convirtió en su única inquilina interior. «Si solo le hubiera dicho que prefería coger el autobús.» «Si hubiera insistido para que dejara la moto en mi portal y llamara un taxi.» «Si ese día me hubiera quedado estudiando.» Menos mal que el tiempo es aceite de lino y acaba diluyendo todo. Poco a poco Marta se ha ido perdonando. Un indulto basado más en la resignación que en el convencimiento, sí, pero en el fondo igual de cicatrizante. Ahora debería regalarse la oportunidad de volverse a arriesgar, aceptar que todo amor tiene fecha de caducidad. Y puede que acabe haciéndolo, pero por ahora el miedo sigue jugando con ventaja y desarrolla una partida hecha de mil listas inútiles que ocupan su cabeza y la mantienen a salvo.

5. El daño más grande que provocan ciertas tragedias es el de volvernos insensibles. Nos cambian el alma, entornando su puerta y dificultando la entrada al asombro. Cuando cesas de esperar lo peor, porque lo peor ya pasó, todo deja de importarte. ¿Qué pasaría si Marta se diera la posibilidad de sorprenderse? Si recordara que somos polvo de estrellas: la muerte ya habita en nosotros sin que ello suponga cerrarse a vivir. Creer en los milagros debería ser descontado, porque basta mirarse al espejo

para encontrarse con uno.

6. Mientras sopesa todo esto Marta ordena su música y sus películas. Tiene 109 cedés, 81 casetes y 192 VHS. Entre ellos hay varios —siete cedés, cuatro VHS y 24 casetes— que no abre nunca porque, apenas los pone, Daniel aparece en la habitación. Las más peligrosas son las cintas que le regaló, recopiladas por él mismo con todo el mimo. Se quedaba hasta las tantas escuchando a Pumares o a Gomaespuma y siempre tenía una cinta preparada. Marta recuerda el día que apareció en su balcón a las dos de la madrugada. Gritaba «¡Baja, baja!», y ella corrió al portal para no despertar a su madre. Cuando abrió, Daniel encendió entusiasmado el radiocasete para que oyera lo bien que había conseguido grabar «con su *ninonino* inicial y todo» *Radio Song* de los R.E.M., la canción que más escuchaban el último año que tuvieron para estar juntos. Al verlo ahí, esperándola con la radio puesta, ella le había apodado el «Cusack de Salesas» —les encantaba la película *Un gran amor*—. Pasaron la noche charlando, subidos al capó del coche de la madre de Marta y disfrutando la tranquilidad de esa calle Justiniano, donde sigue viviendo y donde se dieron el primero y el último beso. Tampoco consigue escuchar los cedés que llevaban en el coche cuando viajaron juntos. Durante la última escapada, en otoño de 1991 al Algarve, condujeron casi todo el tiempo con el «Use your Illusion II». Hace tan solo dos meses Marta tuvo que salir de un Vips sin terminar un café porque pusieron *You Could Be Mine* y le entraron ganas de llorar.

7. Y luego está el sentimiento de culpa por las pasiones que surgieron después. El 23 de junio de 1995 Marta salió del cine sabiendo que, si era honesta consigo misma, la película que acababa de ver pasaba a ser su nueva favorita. *Antes del amanecer* la dejó tocada, pero aquello no podía ser. *Tal como*

éramos era la preferida de los dos y cambiarla ahora, sin que él tuviera la posibilidad de ver la cinta de Linklater, le pareció una traición. Esa noche soñó que Barbra Streisand aparecía en el vagón del tren y le decía a Jesse: «No le pidas que se baje, el amor es una trampa.»

8. Ojalá Marta tuviera una bola de cristal o un espejo mágico que le mostrara su futuro. Se vería saliendo del cine un 8 de octubre de 2004. Caminando feliz, Princesa abajo, discutiendo abrazada a su pareja sobre Celine y su avión. «¿Estás loco?», se escucharía decir, «¡claro que lo va a perder!». Pero eso ella, en este caluroso junio de 1998, todavía no lo sabe.

Adela

Adela sube al desván con la idea de buscar más fotos del día que fue con su madre y su abuela al Museo Sorolla. Pero el viaje al pasado suele hacerse en un «Tren de la bruja»: te montas sin saber lo que te vas a encontrar y luego ya no te puedes bajar hasta que no te has llevado por lo menos dos sustos y una decepción. Han pasado tres horas y Adela sigue sentada en el suelo y rodeada por cientos de fotos que han formado a su alrededor lo que parece una colcha de *patchwork*. Abre una caja y da otra vuelta en la noria —«esta es la última», se promete—, con trayectos que siempre alternan luz y oscuridad y diferentes compañeros de vagón: sus padres, sus hijos, viejos amigos del colegio o de la facultad. A veces la bruja se convierte en una especie de Jackson Pollock y salpica sus recuerdos con reproches: «Debería llamar más a mi prima», y en ocasiones, incluso, a la bruja le gusta usar un pequeño látigo. Cuando menos se lo espera, le atiza en la cabeza y le deja otra vez la marca de una memoria que creía ya cicatrizada.

Esto pasa con una determinada carpeta. Roja, grande, colocada en el fondo de un baúl y sepultada bajo una lasaña de álbumes y negativos. Aparece tras varias horas rebuscando, cuando el domingo se está agotando. Adela la abre y la bruja la golpea.

Son fotos y recortes de periódico de la primavera de 1968. Adela acababa de cumplir veinte años. Hay media docena sacadas el 18 de mayo durante el concierto que el cantautor Raimon dio en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de

la Complutense. Ese día era sábado. Adela recuerda que se levantó presintiendo que iba a vivir algo importante. Dos días antes, Carlos, su novio de entonces, la llamó desde un bar de carretera. Cuando oyó el teléfono, Adela corrió para responder antes de que lo hiciera su padre, que detestaba al «greñudo» —como lo llamaba— y solía contestarle siempre con un seco «lo siento, pero Adela está estudiando y en este momento no se puede poner». Adela cierra los ojos y vuelve a estar allí, en la casa de la madrileña plaza de Santiago donde creció. Se ve apoyada contra la pared del pasillo, con un vestido corto de color verde que le encantaba, la diadema blanca en la melena —que entonces le llegaba hasta la cintura— y los dedos enrollando el cable del teléfono Góndola que acababan de instalarles. «¡¿No es una maravilla?!», había exclamado su padre cuando volvió del trabajo y se lo encontró en el pasillo. «Somos de los primeros en España en disfrutar de esta modernidad.» Al otro lado de la línea, Carlos estaba excitadísimo. Había viajado a Barcelona con Arturo y Marta, sus compañeros en el SDEUM, el Sindicato Democrático de Estudiantes, para convencer a Raimon.

—¡Adela, nos ha dicho sí! —gritaba—. ¡Dará un recital en la facultad! ¡Va a ser histórico, tendremos nuestro mayo francés!

El sábado Adela quedó con Raquel y Loreto, dos compañeras de su facultad —ella estudiaba Filología—, para ir al concierto. Tuvieron que bajarse del tranvía dos paradas antes porque cientos de coches colapsaban la carretera.

—¿No me dirás que esto es por el concierto? —Raquel no daba crédito.

Al llegar a Económicas una multitud abarrotaba la entrada. Les llevó casi una hora alcanzar la puerta, donde, a pesar de las quejas de Loreto, que veía que todos se estaban colando y no quería pagar, abonaron las 25 pesetas de la entrada.

—Es por una buena causa, mujer —la convenció Adela.

En el vestíbulo principal no cabía nadie más. El humo de los cigarrillos opacaba el ambiente, pero no conseguía bajar su

intensidad. Todos los presentes sabían que estaban siendo protagonistas de una página de la historia y Adela enseguida se dejó contagiar por la excitación general. Buscó a Carlos, pero entre tanta gente le resultó imposible. Una lluvia de panfletos antifranquistas cayó encima del público. Adela miró hacia arriba y entonces vio a su novio lanzándolos entusiasmado desde la balconada. Gritó su nombre, pero su voz se perdió entre el gentío. Lo miró desplegar, con la ayuda de un par de compañeros, una gran pancarta que ponía «Democracia Popular». En ese momento, Raimon subió al escenario. La ovación hizo temblar las paredes. El cantante estaba sorprendido y empezó tímido, un poco azorado, pero el calor de los estudiantes lo fue animando. Una hora después, cuando todos estaban totalmente entregados, cantó su tema más icónico, *Al vent*, que 6.000 jóvenes corearon con él. Adela escuchaba emocionada. «Este es el momento», pensó. «Este es el momento que recordaremos para siempre.» Cuando Raimon entonó el estribillo, Adela y Loreto lloraban. La canción terminó y ella sintió unos ojos encima. Levantó la cabeza y allí estaba Carlos, mirándola como nadie la había mirado jamás. «Conque esto es lo que llaman amor», había pensado.

Sacó la Kodak Instamatic de su padre, que se había metido en el bolso antes de salir de casa, y apuntó con ella hacia la balconada. Esa es la foto que tiene ahora mismo en las manos. Pocos centímetros donde cabe un universo. Carlos, radiante, rodeado de amigos y compañeros del sindicato, sonriéndole totalmente enamorado.

Adela no se equivocaba: ese día sucedió algo importante. Pero no pasó durante el concierto, sino después. Por la noche tres miembros del SDEUM, entre ellos Carlos, acompañaron a Raimon a una pensión en la calle Carretas, donde le habían

reservado una habitación. Subieron con él para asegurarse de que todo estaba bien y, cuando volvieron a la calle, se encontraron a cuatro «sociales» —así llamaban a la Brigada Político-Social— esperándolos. A uno de los compañeros, hijo de un concejal, lo dejaron marchar, pero a Carlos y a su amigo Antonio se los llevaron a los calabozos de la Dirección General de Seguridad, que estaba a pocos metros, en la Puerta del Sol. Los encerraron durante tres días.

Adela nunca supo lo que pasó allí dentro. Ese mismo lunes, su padre se enteró de todo. Se lo contó un compañero del banco donde trabajaba, que era hermano de un «social». Por la tarde, cuando Adela regresó de la facultad, encontró su armario vacío. Toda su ropa estaba al lado de la puerta, distribuida en tres maletas. Su madre lloraba, sentada en la cocina con un pañuelo apretujado en la mano. Su padre la metió en el coche y se la llevó a Barajas, donde la obligó a subirse a un avión nocturno con destino a Roma.

—Te vas a casa de tu tía, ya verás como te quita la tontería *hippy* que te traes.

Fernanda, la hermana de su padre, era secretaria de un sacerdote español destinado en Roma y vivía al lado del Vaticano. Adela pasó con ella cuatro largos años.

No volvió a ver a Carlos. Intentó llamarle desde Italia, pero su tía la controlaba constantemente y, para cuando consiguió escaparse a una cabina cercana, uno de sus compañeros de piso le explicó que la Complutense le había abierto un expediente disciplinar por distribución de panfletos y se había marchado. «Lo siento, Adela, lo han echado y se ha vuelto a su casa, en Asturias. Creo que se ha unido a las protestas mineras.» Carlos no había dejado dirección ni tampoco un número de teléfono. Adela le dio sus datos, por si hablaban con él, y colgó. Cuando

salió de la cabina, la Ciudad Eterna se le cayó encima.

Adela observa el resto de las fotos. Cada instantánea es una matrioska, el recuerdo que muestra revela otros que se agolpan en su cabeza y compiten por su atención. Lo ve paseando en el Retiro, tomando croquetas en el bar del Cascorro al que iban siempre o leyendo en la plaza de la Paja. Momentos que han cumplido ya treinta años, pero a los que volvería hoy mismo, sin dudar. Le llevó mucho tiempo construir una nueva identidad que no incluyera a Carlos. Entonces todavía no sabía que cada ruptura supone mudarse a un mundo nuevo. Un lugar inhóspito donde se habla un idioma que excluye los apodos o las bromas que te hacían sentir en casa, y donde nadie es capaz de replicar una cierta forma de acariciar, una risa o un olor. Adela recopiló todo lo que había sido, lo guardó en una caja de su interior que llenó de candados y tiró las llaves. Lo hizo por pura supervivencia. Su mundo se había convertido en una isla minúscula habitada solo por ella y tenía la sensación de que la marea cada vez subía más. Salió de allí justo a tiempo, la siguiente ola de tristeza la habría arrasado por completo.

Adela ha leído a Proust y sabe bien eso de que «recordar el pasado no significa recordar las cosas como sucedieron». El tiempo y la ausencia han generado una idealización llena de subjetividad, porque la memoria es donante y ladrona a la vez: te regala sensaciones, pero roba los detalles que la incomodan. Carlos no era, ni mucho menos, perfecto. Pero la única certeza que ha tenido en la vida es esta: si mañana el destino la llamara, si le dijera que puede jugar otra partida a ese juego en el que el cosmos reparte y se decide qué punto microscópico de la línea infinita del tiempo vas a ocupar, se apuntaría sin dudar con la esperanza de volver a coincidir con él.

El sonido del teléfono la devuelve al desván. Adela está sola

en casa. Michele llamó a un taxi después de comer y se fue a su supuesto viaje a Gales. Lulu ha ido al centro con sus amigas. Baja la escalera plegable y va a responder a la cocina.

—Buenos días, ¿hablo con la señora Ferri?

«¿Qué has hecho esta vez, Michele?», Adela siente un agotamiento similar al que se instala en el cuerpo tras un día caminando al sol. Nota que hay mucho polvo detrás de la cesta con los libros de cocina y toma nota mental para limpiarlo después.

—¿Es usted la madre de Ludovica Ferri?

Adela se asusta.

—Sí. —Arrastra una silla para acercarla y se sienta—. ¿Ha pasado algo? ¿Está bien?

—Su hija está perfectamente. Le llamo de la tienda Tower Records. Soy Peter Shayer, responsable de seguridad.

Adela adivina por dónde va a ir la conversación y le encantaría colgar.

—Hemos encontrado a su hija robando dos cedés.

Sí, tenía razón. Eso era. Se levanta, estira el cable hasta el cajón de los trapos y se pone a limpiar detrás de la cesta.

—¿Hola? ¿Sigue ahí?

—Sí, aquí estoy, perdone.

—Nos ha asegurado que usted se haría cargo y, al ser la primera vez, estamos dispuestos a olvidar el asunto si viene a por ella y abona lo que debe.

Adela mira el reloj. Son las seis y media.

—Perdone —dice, confusa—. ¿Está dentro de la tienda? ¿No cierran a las cuatro los domingos?

—Hoy hemos abierto solo por la tarde. Ya sabe, para lo de Nick. Cerramos a las ocho.

No tiene ni idea de quién es ese Nick. Su cabeza va a mil, está sopesando opciones. ¿Es este el momento de dar a su hija una lección? ¿Debería dejar que la lleven a la comisaría? Luego se la

imagina allí sola, compartiendo espacio con quién sabe qué personajes y se siente mal por considerar esa opción.

—No se preocupe. Ahora mismo voy para allá y le pagaré lo que sea.

—Estamos en el número 1 de Piccadilly.

—Conozco la tienda.

Adela cuelga y maldice a quien haya decidido mandarle tantos frentes a la vez. Coloca la cesta en su sitio y guarda el trapo. Está a punto de levantar de nuevo el teléfono para llamar a un taxi, pero cambia de idea y va hacia el hervidor eléctrico. Lo llena y lo pone en marcha. Puede que mandar a su hija a la comisaría sea demasiado, pero se merece que, al menos, la haga esperar.

En el taxi Adela se da cuenta de que se ha pasado la tarde sin poder comprobar si hay más fotos del día que pasaron con su abuela en el Museo Sorolla. Abre el bolso y echa un vistazo a la Polaroid. Sigue habiendo solo dos pocillos. Está convencida de que ahora que la lleva siempre consigo no habrá más cambios. Pero ¿dónde estará la que mostraba las tres tazas? ¿Y cómo se explica que lo que escribió detrás siga estando en la que tiene, en la que solo se ven dos? La situación sigue angustiando a Adela. No se quita de la cabeza la posibilidad de que Michele no tenga nada que ver y que haya algo que no va en ella. Sigue pensando que puede haber heredado la demencia de su padre. La enfermedad le golpeó justo cuando habían recuperado la relación, tras casi una década de distanciamiento. Adela para entonces ya estaba con Michele y lo perdonó. Lo hizo por su madre, que sufría mucho la ruptura, y para que Michele pudiera pedirle la mano, un gesto que le hacía ilusión. Dos meses después, empezaron los olvidos y las confusiones. ¿Y si estos fueran los últimos meses que le quedan lúcida con sus hijos? Adela intenta calmarse. Acaba de cumplir cincuenta años y se

encuentra perfectamente. Con toda probabilidad Michele anda detrás de todo esto. Lo conoce bien, puede ser muy cruel cuando es necesario y si tiene un objetivo no se para ante nada.

Cuando llegan a Piccadilly, el taxista es incapaz de acercar el auto hasta Tower Records. Una multitud de chiquillas se extiende por la plaza y tapona la puerta de la tienda.

—¡Buena suerte si intenta entrar ahí! —dice a Adela entregándole la vuelta.

—¿Qué pasa hoy?

—Está dentro Nick Carter, ya sabe, el de los Backstreet Boys. En la radio escuché que más de trescientas niñas han dormido esta noche en la plaza para poder entrar.

—Entre esto y *Harry Potter* los padres vamos a tener que empezar a instalar dormitorios directamente en las aceras. —Adela se alegra de no perder nunca las ganas de bromear.

—Así es. —Ríe él—. Vivir para ver, querida, vivir para ver.

Saluda y se baja del coche. La idea de abrirse paso entre toda esa adolescencia histérica le provoca una pereza inmensa que enseguida evoluciona en rabia hacia su hija. Decide hacerlo rápido y con firmeza, no está para formalidades.

—¡Paso, por favor, dejadme pasar! —dice arrasando en línea recta en dirección a la puerta. Algunas chicas protestan, otras se apartan para no incomodar a esa loca que avanza dando voces y codazos.

Ya está en la entrada. Dos guardias de seguridad tamaño armario están intentando contener a unas chiquillas que lloran porque no pueden entrar.

—¡No cabe nadie más! —dice uno de ellos, con cara de estar agotando su paciencia—. En cuanto salga alguien seréis las siguientes.

Adela se dirige al otro hombre:

—Perdone, me han llamado.

Entre tanto jaleo le está costando oírla y sube la voz:

—Tengo que pagar un dinero que debe mi hija.

El guardia la mira de arriba abajo dudando que esa mujer, que destila clase y privilegio, tenga algo que ver con la *grunge* que tienen retenida en la oficina.

—¡¿Es usted su madre?! —le grita.

Adela intenta abrir el bolso para coger un documento, pero las niñas la apretujan y no le dejan espacio para moverse. Él agita la mano para indicarle que no hace falta y se coloca detrás de ella para hacerla pasar. Cuando abre la puerta todos empujan y el otro guardia saca su cuota permitida de agresividad:

—¡Todo el mundo para atrás o aquí no entra nadie! ¡Ahora!

Dentro, los chillidos que acorralan la zona donde está el cantante son insoportables.

—¡Dios mío! —se asombra Adela, llevándose una mano a la oreja.

—Lo sé, es increíble —le dice el guardia—. ¡Todo por una mingurria de dieciocho añitos!

Adela no conoce a esa banda, pero mientras avanzan ve las fotos que cuelgan del techo de la tienda y no le parece algo que le pueda gustar a Lulu.

Cuando llegan al fondo, el hombre usa su tarjeta para abrir una puerta y le hace un gesto para que entre.

—Pase, por favor.

Caminan por un pasillo con varias habitaciones. El guardia llama con los nudillos a una de las puertas y se la abre a Adela. Después la saluda y se marcha.

Adela entra. Lulu está sentada en una esquina, ha puesto las botas sobre la silla y está abrazada a las rodillas, hecha una bola. Levanta la cabeza y al ver a su madre se le escapa una expresión de alivio. Tiene los ojos rojos y churretones de rímel por toda la cara. Adela se acongoja y siente ganas de llorar, pero se contiene y fulmina a su hija con la mirada. Ella capta el mensaje, baja las botas de la silla y se sienta bien derecha.

—¿Señora Ferri? Soy Peter Shayer, hemos hablado por

teléfono.

—Buenas tardes —responde Adela estrechándole la mano y sorprendida al ver que es un chico jovencísimo—. Antes de nada, siento mucho lo ocurrido. Yo me hago cargo de pagar lo que sea necesario.

—He tenido una conversación con Ludovica y me ha prometido que no lo volverá a hacer —dice él mirando a Lulu con severidad.

—Puede estar seguro. Nosotros también hablaremos con ella y por supuesto lo que ha hecho tendrá consecuencias.

—Por supuesto —repite una voz de mujer. Adela se da cuenta de que hay una empleada al otro lado de la habitación. Lleva el pelo teñido de rosa y masca un chicle mientras juguetea con el carnet de identificación que lleva colgado al cuello. No tendrá ni veinte años.

—Linda se ha quedado con nosotros en todo momento —le explica Peter, señalándola.

Adela siente un agradecimiento enorme hacia este desconocido, que ha tenido la consideración de llamar a otra mujer para no estar a solas con Lulu —duda que las normas así lo exijan— y que está dispuesto a cerrar el asunto sin más. Al menos, en esto, la suerte está de su lado.

—Le agradezco mucho que no haya llamado a la policía —le dice.

Peter le entrega los dos cedés. Adela los mira. En uno pone «OK Computer» y en el otro «Massive Attack». No le suenan de nada.

—Al menos su hija tiene gusto, la mayoría habría mangado algo de los Backstreet Boys —suelta Linda explotando un globo como punto final de su consideración.

El guardia mira a Lulu, su tono sigue siendo aún severo.

—Hoy has tenido suerte, pero eso sí, no quiero verte por aquí nunca más. ¿Me he explicado?

Lulu asiente levantándose.

—Gracias —le contesta, con un hilo de voz.

—Linda os acompaña a la caja —se despide Peter.

Diez minutos más tarde salen de la tienda. La madre con el buen ritmo que da el enfado, la hija detrás con los brazos cruzados. Adela tira la bolsa con los cedés en la primera papelera que encuentra.

—¿Pero qué haces? —chilla Lulu.

—¡Cállate, Ludovica! —le grita Adela haciendo señas a un taxi. Usar su nombre completo para señalar que está en guerra siempre resulta efectivo. Lulu baja la mirada.

El coche se para y entran.

—Holly Lodge, Highgate —indica Adela al taxista.

Arrancan por Shaftesbury Avenue, que a esta hora recibe a todo el público que llenará los teatros. Adela los mira por la ventanilla. Una pareja está entrando en el Apollo, donde se representa *Pop Corn*, de Ben Elton, una obra que vio con Michele hace un par de meses y le divirtió muchísimo. El coche avanza y se coloca delante del Gielgud, donde se representa *Un marido ideal* de Oscar Wilde. Ve a un grupo de señoras que se saludan en la entrada lanzando besos al aire. Una borrasca de envidia oscurece el rostro de Adela. Cuánto desearía estar viviendo un domingo así, compartiendo un plan ligero con alguien agradable.

Lulu se revuelve en el asiento.

—Tienes suerte de que no esté tu padre hoy —le dice Adela.

—Seguro que le daba igual.

La predisposición para el desafío de su hija, a veces, la apabulla.

—¿Ah, sí? —le responde seca, para que vea que no tiene intención de ceder—. Veremos mañana cuando vuelva si es así. —Por un momento, se imagina llevando a su hija a Archway, donde con toda probabilidad esté Michele, y dejándola allí, en la puerta de Florence. Eso sí que sería un espectáculo digno del

Apollo.

El resto del trayecto lo hacen en silencio. El taxista las observa por el espejo retrovisor. La tensión entre ambas ha helado el ambiente y el hombre siente un escalofrío.

Al llegar a casa Adela saca un rato a Watson al jardín y aprovecha para regar. En plena faena, suena el teléfono. Se queda quieta esperando que Lulu responda, pero sigue sonando, así que va a la cocina para responder.

—¿Sí?

—¡Mamá!, ¿qué tal?

La voz de Nicolò la acoge como un abrazo.

—¡Nico!, ¿qué tal, cariño? —Nicolò llama desde Sussex, está estudiando en Brighton.

—Muy bien, mamá. ¿Vosotros qué tal?

«Si yo te contara», piensa Adela.

—Todo como siempre, nada nuevo.

—Te llamo para avisarte de que voy a quedarme un poco más.

Nicolò ha terminado las clases hace ya tres semanas, pero sigue en el piso con los amigos, disfrutando de la playa.

—Claro, hijo. —Se alegra de que descanse. Ha hecho un curso estupendo y merece un poco de diversión.

—¿Podríais meterme un poco de dinero en la cuenta?

Adela suspira. Es muy buen chico, pero también es un pozo sin fondo.

—Hablaré con tu padre.

—Lo hago por ti, ¿eh? —bromea el chico—. Para poder comprar comida sana y no cenar palitos de pescado todos los días.

—Claro, Nico, muchísimas gracias, lo aprecio un montón —le sigue el chiste Adela. Una ola de cariño le empaña los ojos—. Te echo de menos, Nicotico. —Así lo llama desde que tenía dos años.

—La semana que viene ya estoy en casa, mamá.

Adela cuelga y, cuando se gira, se lleva un susto de muerte. Lulu está ahí, mirándola seria y en silencio como si fuera la protagonista de una película de terror.

—¿Quién es este? —dice lanzando las fotos de Carlos en la mesa.

Adela se da cuenta de que ha dejado la escalera del desván extendida. Lulu debe haber subido y ha encontrado la carpeta.

—¡Pero bueno! —grita a su hija—. ¿Cómo te atreves a hurgar entre mis cosas?

—¡Que quién es!

—Primero, son fotos de hace décadas, y segundo, no es asunto tuyo.

—Pobre papá, de verdad —dice la niña saliendo de la cocina.

Adela no da crédito. ¿Cómo que «pobre papá»? Desde arriba llega el sonido del portazo de la habitación de Lulu. Recoge las fotos, sube al desván y coloca todo como estaba. No se siente con fuerzas de seguir buscando, esta noche no. Cuando ha terminado de ordenar, baja de nuevo, pliega la escalera y sale al jardín. Se acuesta en una tumbona y mira el cielo. Ya pueden verse algunas estrellas. La idea de que, allá donde sea, Carlos estará mirando las mismas llena sus ojos de lágrimas.

Mary

Se fue con chillidos muy similares a los que había dado el perro, antes de que el padre lo matara. Había sido un buen compañero. Nadie supo de dónde había venido, o cómo apareció aquella noche en la puerta de los Hessler. La madre había salido con Sally a repartir ropa, el padre limpiaba su pipa y Mary estaba blanqueando su uniforme. Al principio creyeron oír el viento, pero media hora más tarde los gemidos aumentaron y Mary se había asomado a la puerta con el padre para ver qué pasaba. El cachorro estaba allí, al pie de los escalones. Lloriqueaba impaciente, como si hubiera quedado con alguien para cenar.

—¡Vaya! ¿Y tú quién eres? —El padre se había rascado detrás de la oreja, como hacía siempre ante una incógnita.

El perro ladró y luego giró sobre sí mismo. Fue un truco breve y sencillo, pero funcionó. El animal tuvo suerte y tocó alguna fibra en el señor Hessler, que le dejó entrar. Mary quería llamarlo Porter, porque era negro como la cerveza, pero él prefirió llamarlo Bullet, según dijo en honor a un perro de la niñez. Desde aquella noche se hicieron inseparables.

Bullet lo acompañaba al trabajo y salía con él cuando estaba de servicio. Era muy inteligente y siempre encontraba la forma de ayudar. El fuego no lo asustaba, entraba en locales o casas en llamas y no salía hasta que el último bombero había abandonado el lugar. Lamía heridas y ladraba para dar ánimos, llevaba trapos y cubos en la boca como uno más de la patrulla, aunque nadie se lo había enseñado. Una tarde, intentó escalar para alcanzar un tejado donde se había quedado atrapado un deshollinador, pero resbaló y se rompió varios huesos. El padre se lo llevó a casa y llamó al veterinario, el señor Ray. El hombre lo examinó y dijo

que no había nada que hacer.

—No aguantará la noche —declaró.

Los aullidos del pobre perro se oían por toda la calle. El padre se fue a buscar a su buen amigo Oscar, que era policía, y le pidió que viniera a casa con su arma. Entre los dos lo llevaron al patio trasero de los Hessler y, tras el disparo, volvió el silencio.

Hoy Mary volvió a escuchar los mismos alaridos. Y también, como había sucedido con Bullet, le ha parecido increíble que un cuerpo tan pequeño pudiera declarar con tanta potencia su dolor. Porque quien chillaba esta vez era una niña, de unos once años. Llevaba dos trenzas color zanahoria anudadas en la coronilla y tenía el cuerpo repleto de pecas. Entre ella y Mary había solo cuatro tripulantes, y al llegar su turno no pudo evitar mirarla. El alba se había presentado clara y serena, pero la niña temblaba como una hoja en pleno vendaval. El guardián le impuso las manos, se acercó a su oreja para susurrarle algo y ella enseguida empezó a chillar. La tensión y el impacto corrieron por la fila, convirtiéndola en una mecha que acabó explotando. Por primera vez se escucharon murmullos de protesta. Se oyó incluso algún grito: «¡Soltadla!», pero Mary no se giró, por miedo a las consecuencias.

A ella, esa condena, también le dolió. «¿Qué ha sido del “Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de ellos es el reino de los cielos”?», pensó. «¿Qué puede haber hecho tan imperdonable a su edad?» Cuando llegó su turno deseó que, si acababa entre las olas, su cuerpo se hundiera cerca del de aquella niña, para que no pereciera sola. Pero hoy tampoco ha sido su Día. Mary, una vez más, arrastró su angustia y su turbación hasta el refectorio y se sentó donde pudo.

Allí está ahora, abrazada a sus rodillas como siempre, bebiendo leche. Lleva días intentando encontrar de nuevo a la mujer que le entregó el cisne. Cometió la torpeza de esconderlo

en su catre y buena parte desapareció, devorada por los bichos que corretean dentro de la paja de su colchón. «¿Habrá llegado su Día?», se pregunta, examinando la sala con disimulo. Mary suspira y su pecho silba, un sonido que la acompaña desde la noche que marcó su fin, cuando la señorita White decidió mandarla a casa.

Los problemas habían empezado un par de meses antes, cuando llevó a Thomas al jardín de los Walcott. El sol, tras pasar varios días escondido, por fin se asomaba, y Mary pensó que al bebé le vendría bien aprovecharlo. Lo colocó en su moisés y lo paseó por los parterres de la mansión. Cuando llegó al estanque, Thomas se había quedado dormido y Mary se sentó en un banco a esperar. A los pocos minutos oyó un trote. El señor Walcott volvía de pasear a la nueva yegua. Cuando la vio se le acercó. Mary se levantó al instante.

—Buenos días, señor Walcott —saludó agachando la cabeza y plegando unos centímetros las rodillas, como le había enseñado su ama, la señorita White.

—Siéntese, siéntese —respondió él, agitando su guante. La yegua sacudió la cabeza y él la acarició.

Mary dudó. Debería obedecer, pero viéndolo ahí, imponente en el caballo, fue incapaz de acomodarse.

—Bonita mañana, ¿no cree?

—Sí, señor, espléndida.

—¿Qué tal se porta mi hijo?

—Estupendamente, señor, es un bebé bueno y cariñoso.

—Ha salido a su madre, entonces.

—No sabría decirle, señor.

Él se rio. Mary levantó la vista y vio a la señorita White en una de las ventanas. Estaba observándolos.

—Que tenga un buen día, señorita... perdone, ¿cuál es su nombre?

—Hessler, señor. Mary Hessler.

—Hessler, sí. Es usted la hija del jefe de bomberos, ¿verdad?

—Así es, señor.

—Un gran hombre. Salúdelo de mi parte.

—Lo haré sin falta, señor.

El hombre agitó las riendas y siguió su camino. Mary volvió a mirar la mansión. La señorita White se dio cuenta y enseguida echó las cortinas.

Al día siguiente, Mary coincidió con Madeleine, la doncella de la señora Walcott, en el vestuario.

—Ojo con la señorita White —le susurró.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Mary con temor.

—Ayer, tras la cena, el señor Walcott le comentó a su mujer que te había encontrado. «Una chica encantadora», dijo. ¿Y sabes qué respondió la señora?

—¿Qué?

—Que era una suerte tenerte. «De lo mejor que hay en esta casa», dijo.

—¿Y eso es malo?

—Sí, porque en la sala también estaba la señorita White. El señor Hocks necesitaba ayuda para retirar una alfombra que se acababa de manchar.

—¿Y cuál es el problema? —Mary estaba confusa.

—Esa serpiente de White es la mujer más envidiosa que he conocido. Créeme, llevo años aquí y apenas huele competencia la devoran los celos y te hace la vida imposible. Sobre todo si el cumplido viene del señor Walcott. —Madeleine bajó la voz y siguió—. Estoy segura de que está enamorada de él.

Mary se estremeció. La señorita White siempre había sido fría y severa con ella, no imaginaba un trato aún peor. Luego pensó que a Madeleine le encantaban los chismes y que era muy probable que todo aquello solo existiera en su imaginación.

Pero su compañera no se equivocaba. Desde ese día, la relación con su patrona cambió. El ama de llaves empezó a

juzgar cada paso que daba y, según le contó la señorita Mills poco después, la había criticado a la señora Walcott.

—Acabo de subir el consomé y la he oído quejarse de que Thomas hoy no había parado de llorar.

Mary intentó que aquello no le afectara demasiado. Estaba allí por el bebé y el vínculo que tenía con él le daba seguridad. Crecía sano y casi nunca se quejaba. Los señores no tenían nada que reprocharle, así que esperaba que la señorita White se cansara de su guerra inútil o que encontrara pronto otra persona a la que incordiar.

Dos meses después, a Thomas se le inflamaron las encías. Le estaban saliendo dos dientes a la vez. Lloraba sin cesar y le subió la temperatura. Ese día Mary no tuvo un minuto libre; el bebé se agarró a ella y no había manera de que se soltara. En cuanto lo dejaba en la cuna, o en el moisés, rompía a llorar. Cuando llegó la hora de marcharse, Thomas seguía quejándose, y Mary se quedó media hora más. Mientras lo mecía observaba a Oliver desde la ventana. Estaba esperándola en su carreta para acompañarla a casa, como cada tarde. Diluviaba y daba pena verlo, encogido por el frío, debajo de un paraguas. Mary fue a cambiarse y, por el pasillo, se encontró al señor Hocks.

—¿Se va? —le preguntó el mayordomo.

—Sí, señor. Se ha hecho tarde y llueve mucho. Oliver ha venido a buscarme con un paraguas.

Desde la habitación de Thomas llegaron sus lloros.

—¿Sigue con fiebre?

—Sí, señor Hocks. Confío en que esta noche se le abrirá la encía y se le pasará.

—Los señores tienen invitados y no podemos tener a Thomas llorando. Será mejor que se quede y pase la noche con él, para calmarlo. Oliver puede avisar a sus padres.

Mary no quería quedarse. Estaba agotada, no había comido en todo el día y deseaba volver a su cama para descansar.

—Por supuesto, señor Hocks, como usted diga —respondió inclinando las rodillas para saludarlo antes de salir a avisar a Oliver.

Después volvió a la habitación y siguió intentando calmar a Thomas. Por fin, sobre las once de la noche, se durmió. Mary bajó a la cocina para buscar algo de comer. La señorita Mills, que estaba recogiendo los restos de la cena, la vio tan agotada que se puso a hacerle unos huevos.

—Siéntate, querida, necesitas comer algo.

En ese momento entró la señorita White.

—¡Mary! ¿Qué hace todavía aquí? —exclamó, sorprendida.

—El señor Hocks me pidió que me quedara. Thomas estaba llorando mucho, le están saliendo los dientes.

El ama de llaves prestó atención.

—No lo oigo —dijo a Mary.

—Por fin se ha dormido, sí.

—Entonces ya puede volver a casa —respondió el ama, con tono hostil.

—¿A estas horas? —intervino la señorita Mills—. ¡Además, está diluviando!

White la fusiló con la mirada. ¿Cómo se atrevía a meterse donde no la llamaban?

—Señorita Mills —le dijo—, el señor Walcott se ha quejado hoy. La menestra ha llegado templada a la mesa y ya sabe que él la prefiere bien caliente.

—Lo siento, señorita White. —La cocinera bajó la mirada y se puso a fregar un cazo—. No volverá a suceder —musitó.

—¿Qué hace todavía aquí? —gritó el ama a Mary.

Mary se levantó de golpe.

—Perdón —respondió—. Me voy ahora mismo.

—¡Y mañana la quiero puntual!

—Por supuesto, señorita White.

Pero al día siguiente Mary no volvió. Esa noche caminó hasta

su casa bajo la tormenta, apretando contra el pecho la toquilla y arrastrando la falda, que cada vez pesaba más. A mitad del trayecto uno de sus zapatos se descosió. El último tramo lo hizo medio descalza y escuchando, entre trueno y trueno, el castañeo de sus dientes.

Cuando la oyó llegar, su madre bajó a la puerta, asustada.

—¡Mary!, exclamó al verla, llevándose las manos a la cara.

Después corrió a calentar agua y llenó un barreño para que se lavara y entrara en calor. Fregó su espalda con alcohol y la envolvió en un par de mantas.

Cuando salió el sol, Mary ya tenía fiebre y no pudo ir a trabajar. Tampoco al día siguiente, porque la fiebre le aumentó y empezó a silbarle el pecho. Su padre pidió a Sally que fuera a avisar al doctor Wells. La niña corrió calle abajo todo lo que pudo. Golpeó la puerta nerviosa, pero el médico había salido para tratar la gota del señor Green, el frutero, y tardó varias horas en poder visitar a los Hessler.

—Lamento decirles que Mary tiene bronquitis —anunció tras la consulta—. Probablemente llevaba días incubando el virus y la lluvia y el cansancio la han empeorado.

Mary no recuerda mucho más. Tiene varias imágenes sueltas en su cabeza, fotografías bastante nítidas, pero sin un hilo temporal: su madre cambiando paños en su frente, Sally rezando arrodillada a los pies de la cama, el doctor enderezando su espalda para darle un jarabe. Recuerda también la tos, fuerte y constante, con espasmos que le estrujaban los huesos y le incendiaban el pecho. Y la frustración de su padre, que se enfrentaba a un fuego que no sabía extinguir y se estaba llevando a su hija.

En algún momento volvió a abrir los ojos y se encontró aquí, en este barco, donde ahora aguarda, una mañana más, que llegue el momento de recoger los cuencos para volver a su camarote, cerrar los ojos e intentar no pensar en nada. El

tiempo, hoy, parece ir todavía más despacio. Mary ha perdido la cuenta, no sabe cuántos amaneceres ha pasado a la espera de un destino. Lo prefiere así, es mejor vivir en un estadio de presente constante que hacerlo angustiada, entre cálculos y conjeturas. Se mete un trozo de pan en la boca y mastica despacio, como vio hacer a la mujer del cisne. Ella parecía disfrutar, Mary es incapaz. Volver a sus últimos días ha llenado su cabeza de cuestiones que le encantaría poder responder.

Porque ella no sabe, no puede saber: no ha visto a su padre golpear la puerta con rabia hasta hacerse sangre en las manos. Tampoco el pánico de Sally, cuando lo vio llorando por primera vez. No tiene ni idea del sentimiento que embarga a su madre con cada exhalación. Ella, que siendo madre y católica solo supo convertir el dolor en culpa, no deja de maldecirse por no haber sustituido los zapatos de su hija cuando lo necesitaba. Se ha agarrado a ese detalle y no lo suelta, ha preferido pedir perdón al Señor por su descuido antes que afrontar algo que la aterra: lleva toda la vida rezando a alguien de una crueldad infinita. Mary tampoco sabe que la señora Walcott, en cuanto se enteró de la noticia, despidió a la señorita White —causando un secreto alivio entre todas las mujeres del servicio—, ni que el pequeño Thomas también acabó contagiado, aunque afortunadamente se curó.

Mary agacha la cabeza y mira el suelo. Dos ratas pequeñas, negras como carbones, pelean por un trozo de pan. Tras varios arañazos y respingos, una de ellas consigue meterse el pedazo entero en la boca. Se aleja a toda velocidad, lo vomita a los pies de la mesa de al lado y vuelve a comérselo a su ritmo. Mary echa de menos la tarta de ruibarbo de su madre, y la mermelada de lima, el pollo asado y el té bien cargado. No sabe si es el salitre que impregna el aire, o la monotonía de los días, el caso es que todos sus anhelos le escuecen y aumentan su soledad.

Ya llegan los guardianes. Mary pasa su cuenco al hombre que está sentado a su lado. Él lo recoge sin mirarla, obediente y temeroso. Más de dos metros de ser humano reducidos a un amasijo de pánico. Ella, en cambio, hoy se nota valiente. Recordar esos últimos días le trae a la cabeza una imagen que siempre es un combustible que la pone en marcha: la de Oliver, al otro lado de la verja, apuntando cada tarde la mirada hacia la puerta y sonriendo de oreja a oreja en cuanto ella la abría.

Adela

—¿Podría apagar el aire, por favor?

—¿Está segura? Hace muchísimo calor.

—Sí, gracias.

Adela se recuesta en el taxi. No aguanta el radar de los británicos. Ese que, en cuanto el termómetro supera los veinte grados, les hace correr a sacar bermudas, chanclas y barbacoa y disparar al máximo el aire acondicionado. El vehículo es una nevera y le espera un trayecto largo hasta el Television Center de White City, en el oeste de la ciudad. Van a entrevistarla en la BBC y Gayle siempre insiste en enviarle un taxi, a pesar de que sabe que Adela prefiere ir con su propio coche.

Los estudios son como un panal, cada centímetro está ocupado por alguien en plena actividad. Todos parecen ir con retraso en lo que sea que tienen que hacer. Decenas de asistentes corren por los pasillos abrazando carpetas y gritando a los micrófonos de sus auriculares con la misma urgencia y firmeza que utilizan los generales para invadir un país. La productora, una chiquilla que parece de la edad de Lulu, sale a recibirla y la lleva por infinitos pasillos.

—Muchas gracias por venir. Estamos deseando escucharte.

Camina tan rápido que a Adela le cuesta seguirle el ritmo.

Cuando llegan a la zona de maquillaje la peluquera la saluda agitando el secador que tiene en la mano.

—Buenos días. ¿Adela? —pregunta.

—Sí, es ella —responde la chica como si Adela no estuviera en la habitación.

—Muy bien, siéntese por favor.

Adela saluda y se coloca en la butaca.

—No hace falta que me arregléis el pelo —le dice agarrándose la melena. El clásico peinado abultado que usan en la televisión no le gusta y la envejece.

—Solo un poco —dice la peluquera. Luego enciende el secador y procede a peinarla de la misma manera en la que peinará a todas las mujeres que pasarán por allí hoy.

—No, de verdad, así está bien —insiste Adela apartando la cabeza del secador.

La mujer alza los ojos y chasquea la lengua contra el paladar. «Otra famosita difícil y no son ni las once», parece pensar.

Un joven en camisa y chinos aparece por un lateral. Tiene una sonrisa cansada que a Adela le recuerda la de alguien, pero no sabe quién.

—Hola, soy el encargado de plató —la saluda estrechándole la mano—. ¿Va a preferir agua o té en su taza?

—Un café, por favor —responde ella.

El chico se bloquea un par de segundos. Después reacciona, agarra el micro de sus auriculares y sale a toda prisa, gritando:

—¡Cáterin! ¿Tenemos café?

El siguiente tirón de pelo activa en Adela la neurona correcta.

—¡Andrew McCarthy! —exclama.

—¿Perdón? —responde la peluquera.

—El encargado que acaba de venir se parece a Andrew McCarthy.

—Ajá. —La peluquera sigue a lo suyo sin mostrar el mínimo interés.

Empiezan a maquillarla. Pasan dos minutos y el aire de la sala se llena de murmullos y tensión. Adela, que está acostumbrada a estos estudios, sabe lo que eso significa: se está acercando la presentadora para saludar. En efecto, pocos segundos después, Lisa McKay, la estrella de las mañanas en la BBC2, aparece con un séquito de tres personas a su alrededor. Es alta, huesuda y cabezona, el físico perfecto para la pantalla. Lleva un traje de

falda color fucsia y va maquillada en exceso, para soportar los focos.

—¡Adela!

—Hola, Lisa, ¿cómo te va?

Se conocen bien, la habrá entrevistado al menos media docena de veces.

—Feliz de tenerte aquí. —Adela se levanta y las dos se dan un abrazo con más profesionalidad que efusión.

—¡El libro me ha encantado! —Adela sabe que Lisa es una gran profesional y está segura de que se lo ha leído. Otra cosa es que sea sincera y le haya gustado.

—Me alegro mucho.

—Será una entrevista fácil y ligera, como siempre. Creo que tu editora te ha pasado ya las preguntas. ¿Está todo OK?

Adela asiente. Seguro que Gayle le ha mandado un fax esta mañana, pero se ha levantado tarde —los nervios del domingo no le han dejado dormir bien—, y no ha tenido tiempo de entrar en su estudio. Aquello la enfada. Le gusta ser profesional y, en cuestiones de trabajo, es muy severa consigo misma. No debería ir allí sin preparar las cosas bien.

—Gracias, Lisa —miente Adela—, está todo perfecto.

Las luces del plató siempre la intimidan. Adela se sienta donde le indican. El doble de Andrew McCarthy le coloca una taza de café delante con la sonrisa orgullosa de un cachorro que devuelve el palo a su dueño. Adela se lo agradece mientras estudia la posición de las tres cámaras. Lisa entra. Se hace silencio.

Desde control llega la señal:

—Y... ¡tres, dos, uno!

Empieza la música del programa. La cámara dos apunta a Lisa:

—Esta mañana tenemos con nosotros una invitada que me hace especial ilusión. Sus libros han enamorado a millones de lectores en toda Europa y he de reconocer que yo también, como ellos, esperaba con ansia la salida de su nueva novela. Bien,

buenas noticias: lo nuevo de Adela Ferri llegará a las librerías mañana. ¡Buenos días, Adela!

—Qué tal, Lisa, buenos días.

—Enhorabuena, una vez más lo has vuelto a hacer. Es una historia maravillosa. —Lisa sonríe enseñando el libro a la cámara.

—Muchas gracias, me alegra que te haya gustado.

—Es una historia de amor y de superación que también tiene algo de intriga. Esta vez te has ido lejos, la has ambientado en la Alemania de inicios de siglo.

—Así es, ha sido todo un desafío.

—Efectivamente, se nota que hay mucha investigación detrás. El libro está dedicado a Hans. ¿Puedes revelarnos quién es? ¿Un amigo, un familiar?

—Mi abuelo, que era alemán.

—¡Alemán! Creía recordar que tus abuelos eran ingleses.

—Mi abuela era inglesa, sí, pero mi abuelo Hans se mudó aquí desde Alemania cuando tenía tres años.

—Entonces no estaba equivocada, prácticamente los dos eran ingleses.

—No es lo que pensó en su día el gobierno. —El tono de Adela se vuelve ácido como un vino malo—. Por eso lo encerraron en vuestras oficinas varios años.

—¿En nuestras oficinas? —Lisa la mira, confusa.

—Sí, como sabes, durante mucho tiempo la BBC retransmitió sus programas desde el Alexandra Palace.

—Cierto, desde allí se emitió la coronación de la reina, en el 53. ¿Hans trabajaba en la BBC?

—No, pero el Alexandra fue escenario también de una de las mayores aberraciones sociales que ha cometido este país. Allí, durante la Gran Guerra, encerraron a miles de alemanes, aunque llevaran toda la vida viviendo en Inglaterra. Sus mujeres se quedaron sin dinero, sus hijos cayeron enfermos, algunos incluso murieron de hambre. Y aquello sucedió con el silencio de todos.

Cuando en los cincuenta empezasteis a grabar allí, podríais haber aprovechado para hacer un reportaje sobre el tema y denunciarlo, o para exigir una disculpa oficial.

Lisa la interrumpe alzando la mano.

—¿«Podríais»? Perdona, Adela, yo en el 53 ni siquiera había nacido.

La presentadora amaga una sonrisa, pero no lo consigue: su rostro está tenso.

—Ya sabes a lo que me refiero —insiste Adela.

—No, Adela, la verdad es que no lo sé. —Lisa ha subido el tono—. ¿Estás enfadada con la televisión del Estado por utilizar un edificio público abandonado para hacer su trabajo? ¿Es eso? ¿Deberían haber gastado el dinero de los contribuyentes construyendo una sede nueva en lugar de usar lo que ya había? Y sobre todo, ¿qué tiene que ver esto con tu novela? Porque como sabes, yo la he leído y en estas páginas —sigue cogiendo carrerilla y agitando el libro— no hay nada de lo que hoy estás planteando.

En ese momento, Adela hace clic y consigue verse desde fuera. ¿Qué está haciendo? Esto es un matinal, un programa para amas de casa y jubilados. Mira a Lisa: está visiblemente molesta. Adela ha estropeado lo que debería haber sido un segmento ameno y ligero convirtiéndolo en un debate político y social. Lisa, que está ahí porque tiene un talento enorme para las entrevistas, consigue romper la tensión y restablecer el tono adecuado, pero los nervios y la vergüenza traicionan a Adela, que responde a las siguientes preguntas con monosílabos robóticos. Cuando su espacio termina, Lisa se levanta y sale del plató. Andrew McCarthy se acerca a Adela, que sigue sentada, y la ayuda a sacarse el micrófono.

—¿Puedo ir al baño? —le pregunta ella. El bochorno todavía calienta sus mejillas.

—Sí, claro, hay uno en ese pasillo. —El chico apunta a su izquierda—. Es la segunda puerta.

Adela se moja la cara con agua fría. Después se mira en el espejo y se encuentra con una mujer enfadada e intolerante que no reconoce. «¿Qué demonios estás haciendo, Adela?», piensa. Abre el bolso y controla la foto: dos pocillos. Todo sigue igual. «Respira, Adela, va todo bien», se dice.

Cuando sale del baño ve que Lisa se acerca por el pasillo con David, el director del matinal. Adela va hacia ellos para disculparse.

—Lisa, perdona, no sé qué me ha sucedido.

David, un tiburón que reparte miedo allá donde va, se para en seco y la mira mientras le derrama encima una tonelada de desdén.

—¿Qué pasa, Adela? —lanza entre dientes—, ¿te estás convirtiendo en una de esas mujeres que afrontan la menopausia derrochando amargura? Porque si es así, bastará con que Gayle nos lo comunique y no te molestaremos nunca más.

Adela va a responder algo, pero los dos siguen caminando y, pocos segundos después, desaparecen tras una puerta.

En el taxi de vuelta se marea y cierra los ojos. Michele podrá acabar por arrebatarle todo, incluso la cordura, pero no va a permitir que le robe una carrera que ha construido con tanto esfuerzo. Años despertándose de madrugada para poder escribir antes de que los niños se levantaran. Tardes metida en el coche con la máquina de escribir, esperando a que Nicolò terminara el entrenamiento de fútbol o Lulu su clase de baile. Noches pasadas corrigiendo, editando y respondiendo las cartas de los lectores. Cada verano, cuando volvían a España, ella aprovechaba que tenía ayuda con los niños y se encerraba a trabajar. El sonido de las teclas invadía la casa durante todo el día y su madre siempre se quejaba.

«Necesitas descansar, Adela, tomar un poco el sol.»

«Déjala», la increpaba su abuela Anne, «quien tiene un talento tiene la responsabilidad de compartirlo con el mundo».

«Su única obligación son sus hijos», insistía su madre.

«Te equivocas. Sus libros también son sus criaturas.»

La escritura lo es todo para Adela. Es la única parte de su identidad que nunca la ha defraudado. Su refugio interior, su válvula de escape. Y no pasa día sin que agradezca que algo tan esencial para ella sea, además, apreciado por tantas personas. Esa ha sido, sin duda, la mayor suerte que ha tenido en la vida. «No, Michele», piensa. «Lo siento, esa Adela es intocable.»

Saca un pañuelo de su bolso y se lo pone al cuello. El taxista la mira por el espejo retrovisor.

—¿Quiere que baje el aire, señora?

—No, tranquilo. Bonita mañana, ¿verdad?

—Fantástica, sí. Parece que por fin ha llegado el verano. Estoy deseando terminar el turno para volver a casa y poner la barbacoa.

«Cómo no», piensa Adela. Luego intenta imaginar si Florence tendrá algo esencial como lo es escribir para ella. No lo sabe, pero la reflexión le da una idea. Controla la hora. Es la una, Florence está en el despacho.

—Perdone, ¿podría dejarme en Archway en vez de Holly Lodge?

El conductor la mira.

—Por mí no hay problema, pilla de camino. Y si tiene que hacer solo un recado puedo esperarla, no tengo que recoger al siguiente invitado hasta las tres.

—Pues sí, se lo agradezco mucho. Será solo un minuto.

Al llegar a Archway, Adela lo guía hasta la casa de Florence.

—La espero aparcado ahí. —El hombre le señala un hueco que ha quedado libre a pocos metros.

Adela sube al apartamento. No lleva los guantes, pero le da igual. Antes de entrar, como siempre, pega la oreja a la puerta:

silencio absoluto. Pone la alarma del cronómetro de su Casio para que suene en tres minutos y medio y abre. El gato se le acerca y maúlla.

—¿Cómo te va, micho?

La capacidad de adaptación del ser humano es asombrosa. Adela ya ni se inmuta, se mueve por el espacio como si fuera su casa. Ha hecho una lista mental. No sabe lo que es importante para Florence, pero sí lo que es esencial. Corre al baño y se mete en el bolso todos los tampones que encuentra. Busca la colonia, pero no está. «¿Has ido a llorar a la perfumería, Florence?», piensa. Después tira el champú en el fregadero y lo rellena con agua. Del salón se lleva a toda prisa el mando de la televisión y el del reproductor de vídeo. En la mesilla de noche encuentra, con mucha grima, una caja de preservativos que también mete en su bolso. Imagina a Florence diciendo: «Lo siento, cariño, juraría que tenía más», y el pensamiento le hace apretar los dientes. Sin tiempo que perder, corre a la cocina, agarra la tijera, «¿acaso hay algo que se use más en la cocina que la tijera?», y el encendedor del gas. Controla el tiempo. Dos minutos y treinta segundos. Va a irse cuando ve algo que la bloquea. En la nevera hay una foto de Florence con Michele. Ahí están, riendo en lo que parece la cafetería del despacho. Adela se acerca temblando a la Polaroid, la saca del imán y se sienta en una banqueta para verla mejor. Michele parece otra persona: feliz, exuberante casi. A ella se la ve tan joven, cree recordar que tiene 32 años. Adela saca el bolígrafo mágico del bolso, apoya la foto en la alacena y escribe en el margen blanco de la parte inferior: NO ME VOLVERÉIS LOCA. Después la vuelve a colocar donde estaba, a toda prisa, y sale corriendo. Justo a tiempo. Tras el clic de la puerta suena la alarma de su reloj.

—¿Recado terminado? —pregunta el conductor cuando entra en el coche.

—Sí, todo en orden —jadea Adela apretándose un costado. La carrera le ha dado flato—. Gracias por esperar.

—¿A Holly Lodge, entonces?

—Eso es. —Le sonríe ella.

El auto se pone en marcha.

—Tiene suerte, ¿sabe? —comenta mirándola por el espejo retrovisor—. Son las casas más bonitas de la ciudad.

—Sí, lo sé —le responde Adela—. Tengo mucha suerte.

Marta

1. El lunes se presenta, una semana más, abrumado por la carga emocional que provoca. Preferiría ser un simple miércoles, o tener la ligereza de un sábado. A veces le gustaría poder pasar de largo, así ahorraría el agobio a ese niño que no quiere ir al colegio porque allí le espera un falso valiente, o la angustia de la madre que, al dejar a su bebé en la guardería, intenta calmar sus lloros susurrándole en el pelo: «Lo siento, amor, tengo que trabajar.» Otras veces querría quitarse el peso de tantas expectativas. Las de esa otra niña, por ejemplo, que va al mismo colegio. A ella se le cae la casa encima los fines de semana y entra trotando en el patio, feliz de tener alguien con quien jugar. O las del hombre que cada semana tacha en la agenda que le queda una menos para jubilarse. El gesto le da satisfacción, todavía no sabe que los lunes al sol, sin objetivos ni plazos, se le harán malditamente eternos. Y luego está Marta. Marta Soler, esa joven de Madrid que en cuanto aparece en el calendario, sale de casa a las 8.38 y camina las 19 manzanas que la separan del lugar donde está cambiando su vida. Ojalá pudiera ceder su turno al martes y evadir semejante responsabilidad.

2. 23 semáforos y 65 papeleras más tarde, Marta entra en el Museo Geominero. Sube las escaleras, agradecida por volver la sombra y el fresco —el sol castiga hoy con crueldad—, y también por haber sido capaz de encontrar hogares en esta ciudad hostil. Por el trayecto ha ido calculando las posibilidades de que V. haya entendido su mensaje. ¿Recordará su respuesta sobre el libro de Adela Ferri? Puede sentir la adrenalina inyectando esperanza, pero también el miedo a la decepción

golpeando sus sienes.

3. Ya en la sala principal, remolonea unos minutos paseando de vitrina en vitrina. Nunca ha sido de sacar la tirita de un tirón y retrasa todo lo que puede el momento de subir las escaleras. Se sienta en uno de los 16 asientos de terciopelo y saca su ejemplar de *Marianella*. Vuelve a leer el párrafo que dejó a V. la semana pasada, intentando hacerlo, esta vez, con la perspectiva de quien lee solo esas frases. Aunque quién sabe, a lo mejor V. conocía ya el libro o quizá se ha animado a leerlo tras su mensaje.

> *A Giovanna le angustiaba la certeza de que ahora, con Luigi de nuevo en casa tras la guerra, todo entre ellos cambiaría. La distancia les había regalado una idealización que sería imposible mantener en la vida cotidiana. Durante dos años no habían tenido ni un debate de opiniones, una complicación doméstica, el mínimo desencuentro. Todas las cartas que se habían cruzado se habían limitado a cumplir con su deber: entretener, apoyar, asegurar afecto. Tenerlo ahí, sentado a su lado, le parecía acercarse demasiado a un precipicio. Un ligero traspié y corría el peligro de caer en una mortal decepción.*

¿Quizá ha sido demasiado áspera? ¿Cómo se lo habrá tomado?

4. Un grupo de niños, no llegarán a los diez años, entra con su profesora. Cuando ven las dimensiones de la sala lanzan un «Oooh» al unísono que a Marta le arranca una sonrisa.

—¡No toquéis nada! —La maestra tiene la voz aguda y molesta que suele venir en el paquete de los que enseñan sin vocación.

Marta cuenta: son 18 alumnos.

Un chiquillo, con unas greñas que le cubren los ojos y

camiseta de Super Mario, va derecho a una de las repisas y abre un cajón.

—¡Velasco!, ¿qué acabo de decir? —La profesora lo fulmina con la mirada. Dos amigos del tal Velasco se ríen. El niño vuelve a cerrar el cajón, pero antes echa un buen vistazo a su interior con una curiosidad que conquista a Marta.

—Dentro hay un montón de piedras preciosas —dice a sus amigos.

Sí, Marta ya es fan.

—Tenéis una hora para terminar los dibujos —les recuerda la maestra.

Los niños se distribuyen por la sala buscando algo que les llame la atención. Cuando lo encuentran sacan cuadernos y estuches y se sientan en el suelo a dibujar.

—¿Podemos pintar también el museo, seño? —pregunta una niña mientras abre una mochila de Sailor Moon.

—No, tiene que ser un mineral o un fósil, Marina. El que quieras, ¡pero sin tocar!

La profesora se acerca a los celadores para preguntarles algo. En cuanto la ven distraída, Velasco y sus amigos sacan cromos de fútbol y se sientan en un sofá para intercambiarlos. Una niña pelirroja, con ojos de sueño y una venda en la rodilla, se sienta al lado de Marta y saca un Tamagotchi. Marta conoce el juego, le ha hablado de él una compañera que lo lleva al museo durante la semana porque, según dice, «si se llena de caca y muere a mi niña le da algo».

—¿Cómo le has llamado?

La niña mira a Marta. Sabe que no debe hablar con desconocidos, pero no quiere perder la ocasión de explicar todo sobre su Tamagotchi. Al final encuentra un compromiso. Responde a Marta, pero sin dejar de fijar la pantalla.

—Bolita —dice.

—¡Bolita! —Marta finge admiración.

La pequeña decide que ya son amigas y se sienta un poco más

cerca.

—Mira —le dice, enseñándole el videojuego—. Está enfermo.

—¡Vaya por Dios!

—Pero no pasa nada, porque ahora le doy la medicina y se cura.

La pequeña maneja los botones con una agilidad pasmosa.

—¡Uf, menos mal! ¿Y a ti qué te ha pasado en la rodilla?

—Nada, me caí con los Roller.

—¡Vidal! —La niña da un salto y esconde enseguida el juego en el estuche—. Como te vuelva a ver el coso ese te quedas sin él, ya lo sabes. ¡Ponte a pintar y no molestes a la señorita!

—Perdone, le he preguntado yo —responde Marta.

La mujer la mira muy seria y no le contesta. «En mi manual de relaciones sociales», parece decirle, «quien me lleva la contraria no merece una respuesta».

Marta guarda el libro, deja a los críos a lo suyo y se anima a subir las escaleras de caracol que llevan a la manguera número 10. Se agarra al pasamanos, está muy nerviosa. Para calmarse cuenta, por enésima vez, cuántos cuadrados forman el marco de la vidriera del techo: son 30. Cuando divisa la caja de la manguera puede ver ya el papelito saliendo de la grieta. Sube los últimos peldaños y, asegurándose de que nadie la está mirando, lo saca y se lo mete en el bolso.

5. Vuelve a la nave central y busca un asiento vacío. Los niños han ocupado casi todos, pero encuentra uno al lado de Velasco y sus amigos, que están dibujando los cuernos del mamut que hay en el centro de la sala. Abre el papel y lee:

¿Cuántos dientes tiene la mandíbula del ciervo
asturiano del Pleistoceno?

PÁG. 193 P. 5

MS BZIAXPM UCUKI MA TWZBIS AP

IUBMA KWSWKIA CUI ZML

Un vendaval de excitación agita a Marta. Hay una página señalada antes de la frase: V. ha entendido el mensaje y sigue su juego. Uno de los niños mira con curiosidad el cuaderno de Marta, que ha abierto en el disco de cifrado.

—¿Qué es eso? —le pregunta con desparpajo.

—Es un código secreto que usamos los espías —le responde Marta.

—¡Anda ya! —Velasco no está para tomaduras de pelo.

—¿Queréis aprender?

Los críos dejan inmediatamente sus cosas en el suelo y forman un semicírculo a su alrededor.

—Dadme un papel —les pide Marta.

El más alto arranca una hoja de su cuaderno.

—Ahora decidme un número del uno al diez.

—Tres —dice un chavalín con cara de dar mucha guerra.

—Muy bien: tres. ¿Cómo te llamas?

—Caramoco —responde otro dándole un codazo—. Se llama Caramoco. —Todos se desternillan.

—No es verdad —dice él, poniéndose colorado—. Me llamo Adrián.

—Estupendo, Adrián, pues mira: con este código también te puedes llamar así.

Marta va moviendo la rueda de tres en tres y escribe: DGULDP.

—Hala, ¡cómo mola! —Marta ha conseguido interesar a Velasco—. ¿El mío cómo sería?

—Dime tu nombre.

—Tomás.

Marta escribe: WRODV.

Tomás intenta leerlo, se traba y se monda.

—¿Queréis formar parte de mi misión? —les susurra Marta.

Los niños asienten en silencio y miran a su alrededor para asegurarse de que nadie les está viendo. En solo dos segundos se han metido en el papel de superespías.

—Alguien me ha escrito un mensaje secreto, pero necesito saber el número que tengo que usar para girar la rueda. Me ha dejado esta adivinanza. —Marta les enseña el papel con la pregunta sobre el ciervo—. ¿Me queréis ayudar?

Todos están entusiasmados.

—Vale. Sé que esa mandíbula está allí, en aquella balconada. —Marta señala una de las vitrinas del piso de arriba—. ¿Queréis ir a contar cuántos dientes tiene?

Salen disparados.

—¡Eh, eh, eh! —les grita la profesora—. ¿Qué está pasando aquí? ¡Nada de correr! ¿Habéis terminado los dibujos?

—Sí —dice uno de ellos—. ¿Podemos subir al otro piso?

—Bueno, pero sin correr.

El grupito sube la escalera de caracol y en cuanto llegan arriba vuelven a echarse a correr por el pasillo. Se paran en la vitrina y Marta los ve contar. Luego bajan de nuevo lanzados. A Marta le recuerdan a los participantes de un concurso de la tele cuando se les va a agotar el tiempo.

—¡Ocho, ocho! —gritan al llegar a la sala—. ¡Tiene ocho dientes!

La maestra se da cuenta de que están hablando con Marta y decide ir a ver qué narices le pasa a esa mujer. Pero justo entonces una niña la llama desde el otro extremo de la sala:

—¡Seño, Macarena me ha fastidiado el dibujo!

—¡No es verdad! —chilla la tal Macarena.

La profesora cambia de rumbo a regañadientes y va hacia la niña, que está a punto de llorar.

Mientras, el grupo se ha colocado alrededor de Marta:

—¿Lo traducimos? ¿Qué pone?

—Me temo que el mensaje es secreto —les responde tapando el papel—. Si os lo revelo, ¿qué clase de detective sería?

Todos se quejan.

—¡No es justo! —protesta uno cruzándose de brazos—. Hemos hecho un montón de trabajo para nada.

—Hacemos una cosa —propone Marta—. Os escribo un mensaje solo para vosotros. Empezamos por la adivinanza. Tenéis que encontrar esta respuesta: «¿Cuántos dinosaurios había hace 130 millones de años en la lámina de Las Hoyas?»

Los niños salen como cohetes. Marta sabe que en esa lámina hay cuatro y escribe:

OE WIRS XMIQI ZSD HI TEXS

6. De nuevo sola, intenta concentrarse en su mensaje. Gira la rueda y siente que el corazón se le acelera. Necesita calmarse un poco porque quiere disfrutar este momento, pero hoy en el museo hay demasiado caos. Decide esperar a que los niños vuelvan.

—¡Ya lo tenemos! —grita Velasco entrando en la sala con los demás.

Marta se lleva el índice a la boca para indicarles que no hagan ruido.

—Hay cuatro —le susurra un niño sentándose a su lado.

Marta les entrega el disco de cifrado.

—Esto es para vosotros. Ahora formáis parte de un grupo selecto de espías. ¡Los mejores de España!

Los niños abren la boca y los ojos. Dos de ellos se ponen muy tiesos, como si acabaran de entrar en el ejército. Adrián se agita, nervioso:

—¿Podemos ver qué pone en la frase secreta?

Marta le da el papel y se despide. Antes de dejar la sala se gira para verlos una vez más. Forman una maraña de pelo, media docena de cabecitas pegadas que susurran con ilusión. «¡Voz de pato!», escucha reír a Velasco y los demás. Lo han pillado muy rápido. Vaya como vaya el mensaje, decide Marta, hoy la mañana ha sido buena.

7. Sale a la calle y entra en una cafetería que hay pocos portales más abajo.

—Buenos días, ¿qué va a ser? —pregunta el camarero desde el otro lado de la barra. Es uno de esos hombres que se resisten a comprar una talla más de camisa y los botones en la que lleva forman una cadena de ADN.

Marta pide una napolitana de chocolate y café con hielo y se sienta en una mesa libre junto a la ventana. Mira hacia fuera. A estas horas Madrid es un sinfín de carros. Los de los repartidores, corriendo de aquí para allá con torres de cajas más altas que ellos, y los de las abuelas, que vuelven de hacer la compra semanal en el mercado de Chamberí. Marta ha contado ya tres carritos con cuadros escoceses. Un cartero se para justo al otro lado de la ventana y le tapa la vista. También lleva carro, es azul y amarillo y está lleno hasta los topes. Lee el sobre que lleva en la mano y luego el número del portal. Vuelve a mirar la carta. Algo no va. El hombre se rasca la visera, confuso. Decide preguntar a los oráculos de la calle: un par de jubilados que se han sentado a charlar en el banco de la acera.

Llega su café.

—Gracias —dice al camarero.

Él no le responde. Hay una televisión puesta en la esquina en la que están hablando, cómo no, del Mundial, y toda su concentración está ahí.

Marta corta la napolitana en seis pedazos del mismo tamaño para poder ir contando mientras come. Después, despliega el mensaje de V.

PÁG. 193, P. 5
MS BZIAXPM UCUKI MA TWZBIS AP
IUBMA KWSWKIA CUI ZML

Abre su copia de *Marianella* y busca la página 193. Lee:

Observó a Luigi. Estaba volcado en reparar el grifo, como si su vida dependiera de ello. Giovanna odió la guerra, la odió profundamente. Le había robado trece meses de momentos como este. Banales, sí, pero esenciales para consolidar la relación. Se prometió recuperar a toda costa el tiempo perdido. Porque viéndolo ahí, tumbado sobre las baldosas y despotricando contra la gotera, tuvo la certeza de que merecía la pena.

Marta se inquieta. Una parte de ella siente que V. tiene razón. El sábado, mientras la ayudaba a recoger los platos, Ana la había cogido del brazo y le había hecho una confesión: «¿Sabes? Ojalá nos hubiéramos decidido a hacerlo antes. Ahora me arrepiento. Tú no esperes, Martita, busca el amor ya.»

—¡Oiga! ¿Podría parar con la musiquita? ¡No se oye nada!

Un hombre, sentado en la barra, está protestando. Marta se gira y mira hacia atrás. No hay nadie. Sí, el tipo está hablando con ella. Solo entonces se da cuenta de que lleva varios minutos removiendo los hielos con la cucharilla.

—Uy, perdón —responde, apoyándola en el plato.

Él le lanza una bocanada de su Ducados y vuelve a centrarse en la televisión. «A ver si se acaba el Mundial de una vez», piensa Marta.

Como ha dado a los niños su disco y hay que mover cada letra ocho posiciones, le lleva bastante rato descifrar la postdata que ha escrito V. Es una respuesta a la última frase del párrafo que le dejó ella.

MS BZIAXPM UCUKI MA TWZBIS AP
IUBMA KWSWKIA CUI ZML

«Claro que no es mortal si debajo hay una red. ¿Pero qué red

pueden colocar ellos?», sopesa Marta. Conocen los gustos del otro y han pasado unos meses entretenidos, sí, pero eso no le parece suficiente protección.

Al mismo tiempo, ¿acaso existen parejas provistas de una red infalible? Y si eso fuera posible, ¿es deseable una relación en la que siempre se camina sobre seguro? No quiere despertarse una mañana, ya mayor, y sentir que el tiempo se le ha escapado de las manos sin que se haya dado la oportunidad de existir de verdad. Quiere aprender a enfrentarse a la incertidumbre con curiosidad y optimismo, y sabe que es mejor asimilar esa enseñanza con un aliado de la mano. Alguien que acoja con entusiasmo su lado más vulnerable y la lleve a lugares donde hay oleaje. Decide mostrarle justo ese lado. Guarda sus cosas en su bolsa 5102, paga el desayuno y sale del bar.

8. Camina dos manzanas y tres farolas hasta un quiosco que, cree recordar, tiene fotocopiadora. Al entrar le cuesta encontrar a la dueña, que está sepultada bajo revistas, postales y objetos de papelería.

—Buenas, ¿hacéis copias?

—Sí —le responde. Apoya el *TP* que estaba leyendo y se levanta. Arrastra las chanclas hasta el mostrador. Cojea un poco, parece operada de la cadera.

Marta le alarga *Marianella*.

—Esta página, por favor. Cuidado con los pósits.

La mujer mete el libro en la máquina y aprovecha para encender el ventilador. El olor a papel y lápices impregna la tienda.

—¿Ponen algo interesante en la tele? —le pregunta Marta, apuntando al *TP* con la barbilla.

—¡Qué va! —dice ella—. Solo hay fútbol. Esta semana ni siquiera van a poner el episodio de *Periodistas*. —Es obvio que este último detalle le parece muy injusto.

—Habrá que quedarse con la intriga —le dice Marta, aunque no ha visto nunca la serie. Luego paga y mientras espera la vuelta se apoya en el mostrador y rodea algunas de las letras del párrafo que escogió V.

Observó a Luigi. EsTaba volcado En reparar el grifo, como si su vida depeNdiera de ello. Giovanna odió la Guerra, la Odió profundamente. Le había robado trece meses de Momentos como este. Banales, sí, pero esenciales para consolIdar la relación. Se prometió recuperar a toda costa El tiempo perdido. Porque viéndolo ahí, tumbado sobre las baldosas y Despotricando contra la gOtera, tuvo la certeza de que merecía la pena.

9. Marta vuelve al museo. El guardia de seguridad de la entrada se asombra al verla:

—¡Hoy visita doble!

—¿Se han ido ya los niños?

—Sí, sí, una de ellas se cayó por las escaleras. ¡Menudo susto! Menos mal que no se hizo nada.

Sube al piso de arriba y deja el papel en la manguera. En cuanto lo hace, se arrepiente, porque no es un «no», sino más bien un «vale, pero si me ayudas». Durante unos segundos se queda ahí, sopesando si debe quitarlo o no. Después siente un ramalazo de impulsividad, se agarra a él al vuelo, baja todo lo rápido que puede las escaleras y sale de allí.

10. Por la tarde la Villa de París está desierta. Chusca olisquea aburrida entre los matorrales. Al rato vuelve hacia su dueña y se le pone delante. Rasca el suelo y lloriquea impaciente. Marta saca una botella de agua y un pequeño cacharro y le da de beber. Son ya las ocho, pero todavía hace calor.

—Te aburres, ya lo sé —le dice acariciándola—. Es culpa del

fútbol, los tiene a todos encerrados en casa.

Cuando se acaba el agua, Marta le lanza un palo y la perra sale corriendo a buscarlo. Ella saca un libro de su bolsa de lona 5102 y se sube al respaldo de un banco para leerlo.

—¡Buh! —le gritan en la oreja agarrándole los hombros por detrás.

Marta se lleva el libro al pecho.

—¡Nacho, por Dios, casi me matas! —se queja.

—¿Qué lees? —le pregunta, sentándose a su lado.

Marta le pasa el libro.

—¿Y Orsonwells?

—Demasiado calor para él. *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer* —lee en la cubierta—. ¿De qué va? ¿De otro que no volverá a ver partidos de España?

—¡Qué pesados estáis todos con el dichoso Mundial!

—¿Me lo dices a mí? —responde con tono guasón—. ¿Acaso estoy viendo el partido?

—¿Quién juega hoy?

Chusca ha visto a Nacho y se acerca corriendo a saludar. Salta en el banco para que Nacho la agarre y la abrace.

—Holanda y Yugoslavia —dice acariciando a la perra—. ¿Qué pasa, Chusma?

—Es un deporte que no tiene sentido.

Marta guarda el libro.

—Hoy he cogido el autobús que te gusta —le cuenta Nacho, señalando el 5102 de la bolsa.

—¿El 512?

—Sí señor. Madrid-Alcorcón.

—¿Qué se te ha perdido en Alcorcón?

—Fuimos a grabar a uno que ganó el Gordo hace unos años. —Silba a Chusca para que deje de escarbar. La perra le obedece, pero segundos después vuelve a ponerse con ello—. Estamos haciendo un reportaje sobre gente que se gastó un dineral en

muy poco tiempo.

Marta se levanta y se sacude el vaquero.

—Si yo ganara el Gordo compraría al ayuntamiento un cartel de la parada de ese autobús, para mi colección.

—Si se lo pides una madrugada a cualquier borracho te lo arranca por un par de copas en el Toni2.

Marta se ríe.

—¿Vamos al videoclub?

—Vamos —dice él, saltando del banco.

Marta ata a Chusca mientras, con el rabillo del ojo, cuenta las rayas de la camiseta de Nacho.

Mary

Como todas las semanas, Oliver se había desplazado con Forrester hasta la parroquia de Hornsey para llevar el vino de la comunión al padre Baker. El señor Fain importaba vino portugués, más barato que el francés. Cada dos meses recibía un barril, que conservaba en una cámara subterránea. Los clientes llegaban con botellas de un galón o de dos pintas y Oliver se las llenaba. Al padre Baker le mandaba, cada viernes, una botella de dos pintas, y nunca se la cobraba. El señor Fain era católico y para él aquello era todo un honor. En la cesta, además, añadía siempre algún extra: confitura, sardinas, mantequilla o aceitunas españolas. Según decía: «El día que llegue mi hora quiero aparecer allí arriba teniendo crédito a mi favor.»

—¿Así que eres amigo de Mary Hessler?

—Sí —respondió Oliver, reacio a hablar con el cura. Desde el día en que se lo había cruzado con Mary, no había dejado de darle vueltas al asunto. El hombre escondía algo y Oliver estaba decidido a averiguar qué era.

—Es muy buena chica —insistió él.

Oliver no respondió, pero tampoco apartó la mirada. Se mantuvo tieso como un palo, con la boina en las manos, a la espera de poder marcharse.

El padre vació la cesta. Además del vino, esta vez había un pedazo de Cheddar. Siempre hacía los honores en el momento. Se servía una copa y probaba el regalo de la semana, como gesto de apreciación. Abrió el vino y sacó un cuchillo del cajón para cortar el queso.

—Siempre excelente —dijo masticando con gusto y levantando la copa—. Agradece de mi parte al señor Fain su

generosidad.

—Lo haré.

Oliver estaba estudiando la sacristía. El lugar le daba mala espina, aunque no sabía por qué.

En ese momento Julia, la mejor amiga de su hermana Margaret, apareció en la puerta, que estaba abierta. Cuando vio a Oliver palideció y, por un instante, dio la impresión de querer marcharse. Pero el padre Baker ya la había visto.

—¡Julia, querida, te estaba esperando!

La niña no se movió. Montó un pie encima del otro y se arrugó la falda con la mano.

—Oliver ya se iba, ¿verdad?

—Así es. Hasta la semana que viene —saludó al padre—. Adiós, Julia —dijo cuando pasó a su lado.

Ella seguía callada, la cara menuda tensa y los ojos vacilantes. En sus planes, por lo que se veía, no estaba encontrar allí al hermano de su amiga.

Mientras Oliver caminaba hasta su carro, la semilla de una intuición germinó en su cabeza. Fueron esas «te estaba esperando», las mismas palabras exactas que le había dicho a Mary, lo que lo inquietó. Permaneció pensativo, al lado del carro, sopesando qué era mejor hacer. Se oyó la puerta. La señora Moores, que parecía vivir en la iglesia, salió poniéndose el abrigo. El lugar se había quedado vacío. Oliver pensó que valía la pena arriesgarse. Volvió a entrar y caminó con sigilo hasta la sacristía. La puerta estaba cerrada. Se aseguró de que no había nadie, se agachó y miró por el ojo de la cerradura.

Lo que vio le provocó tal impacto que lo echó para atrás, como si un puño invisible le hubiera hundido el estómago. Se agarró a una columna, tomó aire y, tambaleándose, salió como pudo de allí. Corrió hasta la parte trasera de la iglesia y vomitó en la gravilla. Se quedó un buen rato inmóvil, las manos en los muslos y la cara apuntando al suelo, recuperando el aliento.

Sintió angustia, repulsión y, por primera vez en su vida, también algo tan extraño para él que le costó encontrar una palabra que lo definiera. Le vino a la cabeza cuando llevaba un buen rato en el carro y ya divisaba el almacén del señor Fain: lo que sentía, con una claridad total, como si se hubiera infiltrado en cada célula de su ser, eran ganas de venganza.

Esa tarde, cuando fue a recoger a Mary y la vio, la tristeza llenó sus ojos de lágrimas. Quiso abrazarla, asegurarle que nada de eso era culpa suya, decirle que llorara su rabia apoyada en él. Se contuvo, por supuesto, caminó a su lado encima del carro como todos los días, deseando, esta vez, que pudiera escuchar el juramento que iba gritando por dentro: «Pagará por ello.»

Los siguientes días el señor Fain tuvo que reprender varias veces a Oliver, porque no se centraba y confundió varios pedidos. Su ausencia se debía a la falta de energía. La había consumido toda construyendo un plan. Un pensamiento fijo ocupaba su mente día y noche, y su madre, que veía su falta de apetito y sus ojeras, se preocupó.

—¿Qué te pasa, hijo?

—Nada, madre, no es nada —intentó calmarla—. Demasiados pedidos, solo eso.

—El señor Fain debería contratar a un ayudante más —se quejó ella.

—Quizá lo haga pronto, sí.

Oliver no dormía porque dedicaba las noches a revisar los pasos que iba a dar. No podía permitirse el más mínimo error, así que solo cuando estuvo seguro de que todo estaba bien atado, pasó a la acción.

El plan empezaba con un melocotón. Una mañana, aprovechando un viaje a la casa del sargento de Hornsey —el hombre tenía seis hijos y su mujer hacía pedidos casi a diario—,

se paró en la frutería y compró uno hermoso, grande y maduro. Cuando llegó a casa lo cortó por la mitad y lo colocó en un plato que llevó, junto con un frasco, a su habitación. Abrió la ventana y los puso en el alféizar. Pocos minutos después, apareció la primera mosca. Oliver dejó que se entretuviera con la fruta y, cuando la vio concentrada, aprovechó para atraparla y meterla en el bote. Repitió la operación varias veces hasta que en el tarro se formó un lecho de insectos asfixiados. Al día siguiente lo metió en el zurrón que llevaba en la carreta y salió a trabajar. Llegó un poco antes que el señor Fain y esperó impaciente en la puerta.

—Buenos días, Oliver, siempre puntual —lo saludó el patrón al llegar. En general el chico, aunque estos días anduviera distraído, le parecía una joya.

—Faltaría más, señor.

Lo primero que hacía Oliver, tras ponerse su bata, era barrer todo el almacén. Mientras, el señor Fain repasaba el inventario. Esa mañana se esmeró en dejarlo todo bien limpio y, cuando el patrón se fue a la parte trasera para revisar si quedaban tomates en conserva, aprovechó para sacar el frasco del zurrón y colocó las moscas en el recogedor.

—¡Señor Fain! —lo llamó—. Venga a ver esto.

El hombre se acercó.

—Fíjese cuántas moscas he barrido hoy. Ayer leí en el periódico que este año habrá muchas más, por las lluvias.

—¡Malditas! —protestó examinando el recogedor—. Hay que hacer algo, sin duda, dan una imagen terrible del almacén.

—Si me lo permite, le sugiero las cintas adhesivas. Mi padre las usa en la pescadería y funcionan muy bien.

—Las conozco, sí, mi cuñada también tiene un par en su cocina.

—Basta colocar un puñado en el marco de la puerta y problema resuelto.

—Tienes razón —dijo abriendo la caja y cogiendo unos

chelines—. Hazme el favor, vete a la ferretería de los Green y compra una caja.

Oliver salió disparado.

Antes de cobrárselas, el señor Green, un hombre lento y arrugado como una tortuga, le soltó las recomendaciones de rigor.

—Mucho cuidado con niños y mascotas —dijo, levantando el índice para enfatizar—, están impregnadas de arsénico y son venenosas para todos, no solo para las moscas.

Oliver lo sabía bien. El año pasado su madre las había olvidado en la mesa de la cocina y al día siguiente encontraron muerto al gato de su hermana Rosie.

—Descuide, señor Green —respondió Oliver, mientras pagaba —. Estaremos muy atentos.

Cuando regresó al almacén se subió a una banqueta y pegó un puñado de tiras en el marco de la puerta. Después guardó el paquete con el resto dentro de un cajón, cerca del mostrador.

A la mañana siguiente, Oliver pidió a su madre doble ración de gachas y, antes de ir a trabajar, se pasó por la pescadería de su padre. Los viernes venía el camión del hielo y James agradeció que su hijo tuviera un rato libre para ayudarle a colocar los bloques. Estaba encantado con que hubiera encontrado un puesto tan bueno en el almacén, pero le apenaba que no fuera en Crouch End porque lo veía poco.

—Madre me dice que estás mucho con una chica de Hornsey —le dijo, con un tono cariñoso.

Oliver enrojeció. No estaba acostumbrado a tratar asuntos íntimos con su padre.

—Así es.

—¿Es católica?

—Sí, los Hessler son irlandeses.

—Las mejores mujeres, sin duda. —James sonrió, guiñándole el ojo—. Trátala bien, ya sabes, una buena mujer puede darle la

vuelta por completo a tu vida.

La frase impresionó a Oliver por lo precisa que resultaba justo esa mañana.

Cuando terminaron de descargar, Oliver aprovechó que su padre pagaba al repartidor para ir a la parte trasera, donde estaban los cubos de basura. Cada día se acumulaban cientos de conchas de ostras, porque, afortunadamente para el plan de Oliver, la empanada de ostras era el plato más popular en Londres. Cogió un buen puñado, las metió en una hoja de periódico y se las guardó en el zurrón. Después salió pitando hacia el almacén, no quería llegar tarde. Por el camino se fue fijando en todos los puestos ambulantes de ostras que encontraba. Había uno prácticamente en cada esquina, contó más de una docena. Aquello le dio confianza en su plan. Cuando llegó al almacén, y como todos los viernes, tras barrer la tienda, se dispuso a preparar el pedido del padre Baker. Se metió la caja de tiras adhesivas en la bata y bajó a la cámara subterránea. Llenó la botella y después, con mucho cuidado, metió tres tiras dentro y las dejó allí, en maceración. Subió a terminar la cesta —el señor Fain ese día añadió un paquete de té Earl Grey—, atendió a un par de vecinas y, media hora más tarde, volvió a bajar a la cámara. Con la ayuda de unas pinzas, sacó las tiras y las colocó en un periódico. Cerró la botella, hizo una pelota con el papel y salió del almacén con las cestas de los pedidos. Gritó a Forrester, su caballo, para que fuera lo más rápido posible de una casa a otra. Quería ganar tiempo y en una hora se quitó de encima todos los encargos. Solo le quedaba ir a la iglesia.

Al llegar, la encontró vacía. El padre Baker debía estar todavía en su *cottage* —vivía en una pequeña casa anexa al jardín trasero—. Para Oliver, aquello fue un golpe de suerte. Continuar el plan en el *cottage* era mucho mejor que hacerlo en la sacristía. El destino le enviaba una señal y, si quedaba en él un mínimo titubeo, en ese momento se volatilizó. El chico salió de

la iglesia con zancadas decididas, rodeó el edificio y atravesó el jardín. Cuando alcanzó la puerta, la golpeó con los nudillos.

—¡Adelante! —gritó desde dentro el sacerdote.

Oliver entró.

—Buenos días, padre. Perdone que le moleste, pero he pensado que lo encontraría aquí.

—¡Pasa, Oliver, claro, ninguna molestia! —le respondió él.

Oliver se quitó la boina y entró. Sus pupilas tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad del lugar, que era muy pequeño y tenía una sola estancia. La cama al fondo, un pequeño armario y, al lado de la puerta, la cocina y una mesa. Era la primera vez que veía al padre Baker sin su birreta, su coronilla calva era el único punto claro de toda la habitación.

—Con permiso —dijo apoyando la cesta en la mesa.

—¿Qué has traído hoy? —preguntó el hombre, frotándose las manos.

A Oliver, su gula estuvo a punto de provocarle una arcada.

—Té, señor. Earl Grey.

—¡Excelente, mi favorito!

El sacerdote se giró y agarró una copa. Abrió la botella de vino y se sirvió.

Oliver sintió que los nervios iban a delatarle, pero se recompuso y se concentró. Necesitaba que bebiera una segunda copa. Esperó a que terminara la primera y luego habló:

—El señor Fain querría saber qué le parece el nuevo vino.

—¿Es distinto? No me había dado cuenta.

—Sí, perdón. Olvidé decírselo. ¿Podría probarlo otra vez para darme su opinión?

El hombre se sirvió otro medio vaso.

—Tengo que reservar siete dedos —comentó mientras bebía—, uno para cada día de comunión.

—No se preocupe, si se le acaba le traeré más.

El sacerdote añadió un par de dedos más y bebió.

—Pues no noto mucha diferencia, la verdad.

—Se lo diré al señor Fain. Sin duda se alegrará mucho, le preocupaba que no fuera de su agrado.

Lo siguiente era que el cura permaneciera allí sentado. Para eso también tenía un plan:

—Con su permiso, padre, si tuviera un momento me gustaría confesarme.

—¿No me digas? —El hombre lo miró, francamente sorprendido—. Creía que no eras católico.

—Oh, sí que lo soy. Mi madre es irlandesa. Frecuentamos la parroquia de Crouch End.

—El padre Finch es un gran hombre.

Oliver pensó en su párroco, un hombre bonachón y cariñoso al que todos en su barrio adoraban. No merecía un compañero como aquel monstruo que tenía enfrente.

—Siéntate, chico, siéntate.

Oliver obedeció. Había un desliz en su esquema, algo con lo que no había contado: la aversión que le provocaba tenerlo tan cerca. Bajó la cabeza, fingiendo devoción. En realidad intentaba calmarse, sobre todo necesitaba parar sus manos: parecían tener vida propia y sentía que si no las sujetaba acabarían agarrando el cuello del cura para estrujárselo.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

Oliver respiró. Había pasado la noche repasando una disertación larga y enrevesada y empezó a soltársela. Algo sobre la envidia que sentía por los que tenían negocio propio y las veces que había deseado que su familia fuera más adinerada.

El padre Baker lo escuchaba distraído. Oliver levantó la cabeza y escudriñó su rostro, deseando que empezara el final. La primera señal que percibió fue un pequeño eructo, que el cura ahogó con disimulo. Poco después, mientras seguía divagando, vio cómo sus labios se contraían y se llevaba las manos al estómago. Un cuarto de hora después, todo se aceleró.

—Perdona, Oliver, no me encuentro muy bien —lo

interrumpió levantando la mano para que se callara.

Oliver se quedó a la espera, expectante. La respiración del padre se aceleró. Sus pupilas se dilataron y, al rato, empezó a convulsionar. Intentó hablarle, pero de su boca, en vez de palabras, salió un líquido espumoso. Abrió bien los ojos y alargó el brazo hacia el chico, en un gesto de auxilio. Oliver se echó para atrás y permaneció inmóvil, observando el proceso con la frialdad y la distancia de un científico ante su experimento.

Media hora después, la cabeza del padre Baker cayó sobre la mesa con un golpe seco que sonó a definitivo. Oliver se levantó y, con una frialdad asombrosa para sus dieciocho años, siguió con su plan. Abrió el zurrón y sacó el periódico con las conchas. El olor del marisco impregnó la habitación. Las colocó en un plato, que puso en la cocina, y tiró algunas en el cubo de la basura.

Luego se metió los dedos en la boca hasta que vomitó todas las gachas en el suelo, al lado de la mesa. Se lavó las manos en la palangana, usando un jabón de Marsella que encontró y que él mismo le había llevado al cura semanas atrás. Recogió el periódico, el té y la botella, lo metió todo en el zurrón y se marchó.

Quien piense que Oliver sintió miedo o remordimiento al cerrar la puerta se equivoca. En su cabeza solo cabía el rostro de Mary. La sensación que tuvo al salir de allí fue idéntica a la que su padre había tenido años atrás, en las aguas de Portpatrick, cuando alargó la mano para sacar a Rose de su barca y la salvó. Condujo el carro hasta el almacén y, al entrar, avisó al señor Fain de que no había localizado al padre Baker.

—Habrá salido a dar una extremaunción. Mañana vuelves a intentarlo.

Esto había sucedido en más ocasiones y Oliver sabía que a su patrón no le iba a extrañar. Fingió llevar la botella a la cámara, colocó el té en la estantería y, durante el resto del día, se mostró

sumiso y servicial.

Cuando terminó su turno fue hasta el cercano lago de Thousand Pound. Caminó por el puente, recién inaugurado, y lanzó al agua la botella, el periódico de la pescadería y el que tenía las cintas adhesivas. Después volvió a Hornsey, a la calle principal, porque a su plan todavía le faltaba el punto final.

Dos meses antes, en abril, regresaba de hacer recados cuando encontró a Mary. Caminaba por la acera opuesta y ella no reparó en él. Oliver la vio pararse delante del quiosco del señor Drew, que acababa de cambiar el escaparate. Había colocado un cartel de cerveza helada y, al lado, un colorido póster que anunciaba una novedad de la fábrica Cadbury: un «Huevo de Pascua» hecho con chocolate y relleno de vainilla. Por primera vez en mucho tiempo le pareció que Mary, viendo aquella maravilla, sonreía. Oliver había acumulado propinas durante semanas y hoy, por fin, había llegado el día. El señor Drew, al ver todas las monedas en el mostrador, se quedó pasmado.

—¿Vas a gastar todas tus propinas en chocolate, Oliver? ¿Te parece sensato?

—¿Sensato? —respondió él—. Créame, señor Drew, es lo más sensato que he hecho en mi vida.

Salió de allí ilusionado. La imagen de la cabeza del padre Baker, cayendo sobre la mesa, empujaba en su mente luchando por hacerse un hueco, pero Oliver la espantaba y seguía concentrado en la tarde que tenía por delante. Llegó a la verja de los Walcott justo cuando salía Mary. Hicieron el camino hasta la casa de los Hessler como siempre, Mary caminando y Oliver en el carro, a su lado. Cuando llegaron, Oliver sacó el huevo de su zurrón y se lo entregó.

—Toma —le dijo—. Te he comprado esto.

Mary agrandó sus ojos color violeta. El huevo era enorme y brillaba mucho.

—¿Para mí? —preguntó, sonrojada.

—Sí —dijo Oliver, lleno de orgullo.

—¿Y por qué hoy?

—Porque hoy es un gran día —respondió.

A la mañana siguiente, en Hornsey no se hablaba de otra cosa. Oliver llegó al almacén al mediodía —los sábados hacía jornada corta— y se encontró un corrillo de vecinos dedicados al tema. Mientras ataba a Forrester, oyó a la mujer del cartero, la señora Mullighan:

—¿A quién se le ocurre comer ostras crudas en junio? ¡Con el calor que hizo ayer!

—Buenos días —saludó.

—¡Oliver! —le dijo el señor Fain—. ¿Te has enterado?

—¿De qué, señor Fain? ¿Qué ha pasado? —Oliver había practicado su reacción durante toda la noche.

—El padre Baker se ha muerto —soltó la señora Mullighan como si la información le quemara en la boca.

—¿Muerto? ¿Cómo es posible?

«Aguanta, Oliver, aguanta», pensó el muchacho.

—Una intoxicación de ostras —respondió rápidamente el señor Todd, padre de una compañera de trabajo de Mary. No quería que la señora Mullighan le robara la exclusiva.

—¡Vaya! —Oliver se centraba en repetir lo que le había dicho a su madre cuando se había muerto el gato.

—La señora Moores se alarmó cuando no se presentó para el Ángelus y llamó a la policía. Abrieron la puerta del *cottage* y lo encontraron allí, sentado a la mesa —siguió el señor Todd, que adoraba la atención.

—Por eso no te respondió cuando le llevaste el pedido a primera hora —intervino el señor Fain—. El doctor dice que a esa hora probablemente ya estaba muerto.

—Al parecer se había dado un buen atracón. —El señor Todd

volvió a tomar las riendas—. Sé de buena tinta que era su plato favorito. —En realidad no tenía ni idea, pero añadió el detalle para dar colorido.

—Van ya nosecuantos muertos este año por las ostras —se impuso la señora Mullighan—. Se lo he oído decir hoy al doctor Wells. No pasa una semana que no lo llamen por dos o tres casos.

—¡No tenía ni idea! —exclamó alarmada la señorita King, una chica delgadísima que vivía encima del almacén. Acababa de cenar un par la noche anterior y de pronto le pareció que le dolía el estómago.

Oliver, en cambio, sí lo sabía, de ahí su plan. Su padre solía hablar de eso con preocupación. Las ostras eran lo que más vendía en su negocio y tenía miedo de que el ayuntamiento limitara su consumo o, aún peor, que acabara prohibiéndolas.

—¡Esta moda de las ostras tiene que terminar! —El señor Todd adoptó un tono mitinero, acababa de encontrar una causa y pensaba defenderla por el barrio—. ¡Todos esos puestos por las calles, sin ningún control! ¡La ciudad apesta!

—¿Eso piensa? ¿Con el precio que ha alcanzado la ternera? ¡Claro, como usted no tiene hijos! —La señora Mullighan acababa de darse cuenta de que no soportaba a su vecino—. Intente alimentar a tres niños con los veinte chelines que trae mi marido a casa cada semana. ¡Sin la empanada de ostras mis hijos solo comerían avena!

Oliver fue a ponerse la bata, agradecido de que el foco estuviera en las ostras y no en el sacerdote. «Dice mucho de la calaña que era», pensó. «En el fondo, nadie lo echará de menos.»

Oliver tenía razón, el padre Baker no era un vecino especialmente querido en Hornsey, aunque eso no impidió que la iglesia se llenara por completo durante sus funerales. Nadie quería incomodar al Señor faltando a un rezo dedicado a uno de sus mayores siervos. El padre Finch, el párroco de Oliver, ofició

una ceremonia austera y bastante breve, algo que todos agradecieron, visto el calor que hacía esa tarde. Oliver no dejó de mirar a Mary: buscaba alguna expresión de alivio o incluso de alegría en su cara, pero no la encontró.

Dos semanas más tarde, el calor cesó y llegó la tormenta que los separaría para siempre.

Adela

El martes Adela se levanta temprano. Es el día del lanzamiento y quiere tenerlo todo preparado. Baja a la cocina, se prepara un té y se lo lleva al estudio. Allí comienza un ritual que se reserva para estas ocasiones y que le encanta: poner a punto la pluma con la que firmará los ejemplares.

Adela la saca del cajón y la retira de su estuche. Es una Montblanc Meisterstück 146, regalo de su abuela Anne. Se la dio la primera vez que fue a visitarla a Roma. Adela llevaba ya casi dos años en casa de su tía Fernanda, y en aquel apartamento en Via Silla solo se registraban pérdidas: de días, de sueños y planes de futuro, de los kilos que le consumía la tristeza. Sus jornadas estaban hechas de rutinas impuestas que ella ejecutaba sin el mínimo interés. «Adela, por favor, pasa a máquina la homilía del sacerdote.» «Adelita, baja a la tintorería y recoge las casullas.» «Ve a correos y envía esto certificado.» En aquella pecera, llena de tedio y desafección, lo único que la salvaba eran las cartas de su abuela, que todavía conserva. Llegaban cada semana sin falta, y eran el oxígeno que le permitía seguir nadando. Anne no aprobaba la decisión del padre de Adela: Carlos le parecía un buen chico y, desde luego, no merecía interrumpir los estudios de su nieta o que la hubiese alejado de ella y no pudiera verla. Dejó de hablar con su yerno y nunca más recuperaron la relación.

En su primera carta a Adela había una petición: «Escríbeme de vuelta. Pero no quiero saber de ti. Envíame un relato inventado, ponte a soñar y mándame una historia, la que sea.»

Semana tras semana, Adela llenó aquellos sobres con las experiencias que se estaba perdiendo. Pudo así, de alguna

manera, vivirlas y a la vez, casi sin darse cuenta, fue puliendo su escritura hasta encontrar una voz propia. En la primavera de 1970 Anne fue a visitarla y cuando la vio, delgada, pálida y con la mirada ausente de quien ya no espera nada del futuro, decidió que había que hacer algo. Se fue a La Sapienza y se informó de los trámites necesarios para que Adela convalidase las asignaturas que había dado en Madrid. Después la matriculó para que empezara en septiembre y la apuntó a un curso de italiano que la mantuviera ocupada todo el verano y le permitiera entender las clases. Antes de marcharse, le regaló la pluma: «Adela, este es tu salvavidas», le dijo, entregándosela, «esto te mantendrá siempre a flote».

Adela la limpia y la recarga con cuidado y luego se la mete en el bolso. Aprovecha para controlar la foto: siguen estando solo los dos pocillos. Respira y se relaja. Lleva así desde el viernes. Es probable que, al menos este quebradero absurdo, se haya terminado.

A las siete y media enciende la luz a Lulu y baja a la cocina para prepararle el desayuno y la fiambrera. La noche anterior Michele volvió de su supuesto viaje en Gales, cómo no, sin las galletas que Adela le había encargado.

«Qué extraño, *cara*, no las tenían en la estación. Pero te he comprado estos After Eight que tanto te gustan», le dijo besándola en la mejilla. «Y que venden en todo Reino Unido», pensó ella.

El detalle la disgustó tanto que se oyó decirle: «Hoy cenas solo con Lulu, lo siento, me voy al cine.»

Adela pasó la noche en el cine de Islington donde vio, esta vez sí, la película de Jennifer Aniston. Cuando volvió a casa, Michele ya estaba dormido. Adela había decidido no contarle lo sucedido en Tower Records. No quería darle motivos para que la acusara de no haber inculcado a su hija los valores adecuados —porque

sí, Adela estaba segura de que sería solo culpa suya— y, además, esperaba que aquello le hiciera ganar puntos con su hija y mejorara la relación.

A Adela hoy le espera un día importante y necesita protección emocional. Deja todo preparado y, antes de que Lulu y Michele bajen a la cocina, sube a ducharse y toma otro té sola en su estudio, donde intenta seguir con el relato que empezó la semana anterior. Relee lo que ha escrito:

Aquellos cristales siempre empañados de niebla o de lluvia, helados. Cada mañana los frotaba con la manga para ver desfilar el ejército de hombres grises, figuras de paso acelerado,

Consigue volver enseguida a la historia y sigue escribiendo:

la mirada en cada pisada crujiente de hojas, rumbo a la estación.

Media hora más tarde los hombres, distribuidos entre vagones, desaparecían. Quedábamos solo las mujeres. Como en un pueblo costero, como si la guerra nos hubiera azotado.

A las nueve oye el coche de Gayle. El ritual del lanzamiento incluye que pasen juntas la mañana en la peluquería, un gesto frívolo al que Adela ha acabado acostumbrándose, a pesar de que los salones de belleza le parecen una pérdida de tiempo.

—Un buen peinado te dará seguridad ante el público —le había dicho Gayle la primera vez.

Adela quiso decirle que nunca le daría a su pelo la

responsabilidad de su seguridad interior, pero no la contradijo porque entonces no tenía tanta confianza con ella y porque pensó que le vendría bien sentarse hora y media a su lado para charlar y conocerla mejor. Ahora la situación ha cambiado: un lanzamiento de Adela supone decenas de entrevistas, viajes y presentaciones, y aprovechan esas mañanas para repasar la agenda y cuadrar fechas.

Adela entra en el coche y Gayle enseguida la escudriña. Parece un experto en arte sopesando si la obra que tiene delante es genuina o una copia.

—¿Va todo bien? —le pregunta. Es obvio que sigue preocupada desde que se vieron el viernes.

—Sí —responde Adela. Está decidida a fingir entusiasmo y levedad toda la jornada. No quiere sentir encima el peso de la inquietud de Gayle y le agradece que no haya empezado el día reprochándole su comportamiento en la televisión—. Es más —sigue—, he decidido teñirme el pelo de color rosa, he visto que está de moda entre la chiquillada.

—Veo más capaz de eso a la mismísima reina que a ti. —Gayle ríe.

La peluquería, un salón muy exclusivo en Maida Vale, las atiende con la profesionalidad y frialdad británica de siempre. Adela se empeña en sonreír y decir que sí a todo. Agradece el té y los pasteles que les sirven mientras esperan, deja que le echen todo tipo de productos en el pelo y ríe las gracias de Gayle, que, al verla positiva y feliz, se tranquiliza. Salen de allí dos horas más tarde, con la agenda de toda la promoción cerrada y, en el caso de Adela, el mismo peinado con el que ha entrado.

El día continúa en St. James Square, donde están las oficinas de la editorial. Adela debe firmar una pila de libros reservados a la prensa. Han preparado un aperitivo para celebrar el

lanzamiento y el equipo está allí. Ver a tantas personas volcadas en su trabajo da confianza a Adela. Durante las siguientes horas se deja mimar y se olvida de todo.

Por la tarde camina con Gayle hasta la librería Hatchards, que está a pocos metros. Meghan, la asistente, lleva allí dos horas y ha llamado a la editorial para avisar de que ya había cola en la entrada.

—Entrad por la puerta trasera —les aconsejó.

Adela aprovecha el paseo para contarle a Gayle lo de Lulu. Lleva todo el día dudando si hacerlo, pero al final se decide porque necesita compartirlo con alguien. Gayle se lo toma con humor.

—A ver, Adela, no estamos hablando de una delincuente. Todos hemos hecho tonterías a esa edad.

—Yo no he robado nada en mi vida —responde Adela, sorprendida—. ¿Tú sí?

—Pues sí. —Gayle ríe—. A la edad de Lulu, en Nottingham, me llevaba pintalabios del Boots.

Adela se ve con dieciséis años en Madrid. Solía ir con sus amigas a comprar maquillaje al Simago de la Glorieta de Embajadores y nunca se les pasó por la cabeza robar nada.

—Castigadla sin paga un mes y ya verás que se le pasa —zanja Gayle.

—Es que no se lo he dicho a Michele.

Gayle se para.

—¿Y por qué?

—No sé —se excusa Adela—, no quiero que piense que no la estoy educando bien.

—Hazme el favor. ¿Cómo que «no la estoy educando bien», Adela? ¿Acaso eso no es tarea de los dos?

Gayle se olvida siempre de lo diferente que es haber crecido en los sesenta en España y en Inglaterra. Mientras Gayle participaba en marchas feministas o iba a conciertos de los

Beatles, Adela veía el NO-DO en el cine. Ha interiorizado mucho más tarde cosas que para Gayle siempre fueron obvias.

—Tienes razón, pero en estos momentos es mejor así.

La editora intuye enseguida que esa frase esconde el motivo de su preocupación:

—¿En estos momentos? —repite mirándola a los ojos.

Adela retrocede:

—Ya sabes, serán meses intensos y prefiero no tener discusiones en casa.

La intuición de Gayle no se rinde. Sabe que Adela esconde algo.

—¿Es por eso? —insiste.

—Claro. —Adela empieza a ponerse nerviosa. Gayle no se merece tantas mentiras—. ¿Qué otra cosa iba a ser?

Luego ve con alivio que ya están en el edificio de Hatchards y aprovecha para cambiar de tema:

—Hemos llegado —le advierte.

Gayle también lo aparca y se centra:

—Bueno, Adela, va a ir genial. Ya has oído a Meghan, ha venido mucha gente. Habrá un guardia de seguridad y si alguien te incomoda solo tienes que mirarme. Si te cansas, hacemos un descanso.

Adela empieza a notar los nervios y la adrenalina del estreno.

—¿Crees que gustará este libro?

Los problemas de estos días han hecho que olvidara lo importante que es que la novela vaya bien y lo vulnerable que se siente cada vez que llega este momento. Por su cerebro pasa un pensamiento que casi no le da tiempo a asimilar, la atraviesa veloz como un correcaminos. «Si vas a separarte necesitas que el libro venda.» Adela siente un escalofrío.

Gayle llama a la puerta y un empleado de la librería les abre. Thomas, el director de Hatchards, las recibe en la oficina trasera. Está muy satisfecho, al parecer la cola para firmar llega hasta Piccadilly y en un día como hoy, en que Inglaterra juega contra

Argentina, es un gran logro.

—Me hubiera encantado poder hacer aquí la presentación del viernes —le dice a Gayle—. Pero me temo que con el público que mueve Adela nos es imposible.

Hatchards es imbatible organizando firmas, pero su sala es pequeña.

—Te esperamos allí, va a estar muy bien —responde Gayle. Ha reservado, como siempre, el aula magna de la Universidad de Bellas Artes—. Será un coloquio muy interesante, lo presenta la escritora Elizabeth Gille.

A las cinco, con puntualidad británica, Adela empieza a firmar. Sigue sin acostumbrarse a las colas, ver a tanta gente la emociona como el primer día.

La primera en alargarle su ejemplar es una mujer de sesenta años que, según le dice, lleva allí desde las diez de la mañana.

—No me lo podía perder —le explica, llena de ilusión. Tiene una sonrisa de lo más agradable—. El verano pasado mi marido y yo hicimos todo el recorrido por la Sicilia que cuentas en *Marianella*. ¡Lo pasamos tan bien!

—Me alegra mucho. —Adela le sonríe. Llega a esta firma con una debilidad emocional que no tenía en las anteriores. Le da miedo que la tarde la sobrepase y termine echándose a llorar. Se recompone, le dedica su ejemplar y se despide.

Adela firma sin parar durante dos horas. Meghan, a su lado, va recogiendo y guardando en cajas los regalos de los lectores: flores, fotografías, cuadernos, manuscritos… Gayle le pregunta en un par de ocasiones si quiere hacer una pausa, pero a Adela no le gusta que la gente espere demasiado y sigue. Ahora es el turno de dos amigas, treintañeras. Una de ellas le ha hecho una ilustración preciosa y le explica que está basada en Giovanna, protagonista de su segunda novela. Adela observa la acuarela, es una maravilla.

—La enmarcaré y la pondré en mi estudio —le promete.

Firma sus libros y las saluda. Se inclina para pedirle a Meghan que tenga cuidado con la lámina. Vuelve a girarse y enfrente de ella encuentra a Florence. Ahí está, con su melena rubia y su cuerpo de modelo, el maquillaje excesivo y una falda demasiado estrecha.

—Hola, Adela —saluda, alargándole la novela.

Por la mente de Adela circulan decenas de opciones a toda velocidad, como si fueran frutas en una tragaperras. ¿Qué se supone que debe hacer? Siente el corazón tamborileándole en la garganta y le cuesta respirar. Aprieta el puño y, al hacerlo, nota la pluma que tiene en la mano y su abuela le viene a la cabeza. Una vez le escribió: «Nunca des poder a quien no lo merece.» Decide que, en teoría, no tiene por qué acordarse de ella. La ha visto solo en un par de ocasiones y eran fiestas donde había mucha más gente.

—Hola, ¿qué tal? —responde agarrando el libro—. ¿A quién lo dedico?

La respuesta desconcierta a Florence. Arruga los labios y se echa para atrás el pelo, nerviosa.

—Soy Florence, Adela, trabajo en el despacho de Michele.

—¿Ah, sí? —Adela abre el libro y empieza a escribir, sin mirarla—. Perdona, soy malísima recordando caras. Además, ¡sois tantos en el despacho! —Adela le devuelve el ejemplar. Florence lee lo que ha escrito: «Para Florence: prometo no olvidarte nunca más, Adela.»

Adela la saluda con una enorme sonrisa.

—Muchas gracias por venir, Florence, espero que te guste la novela.

—Seguro.

Florence va a decir algo más, pero Adela está ya saludando al señor que espera detrás de ella.

Firma rápidamente su ejemplar y después pide una pausa para ir al baño.

En el aseo se mete en uno de los servicios y cierra la puerta.

¿Qué demonios ha venido a hacer Florence? ¿Cómo se atreve? No ha sido algo improvisado, no «pasaba por allí». Adela calcula que ha esperado su turno por lo menos tres cuartos de hora. ¿Ha sido por el morbo de tenerla delante? ¿Quizá quería decirle algo? Sea como sea, a Adela le parece un gesto inquietante y de pésimo gusto. Entonces se da cuenta de que no está barajando la opción más obvia: Florence la ha pillado. Hasta ahora había tenido cuidado, pero dejarle la oreja en el buzón la semana pasada fue excesivo. Probablemente sospecha de ella. ¿De quién si no? ¿Qué otros enemigos podría tener la secretaria de un despacho jurídico? Adela sale del servicio y se moja la cara en el lavabo. Abre el bolso y busca la barra de labios. Lleva desde las siete de la mañana sin controlar la foto y aprovecha para hacerlo. La saca de la cartera y le horroriza lo que ve: otra vez hay tres pocillos.

Adela siente que las piernas le flojean y se deja caer en el suelo. La habitación parece dar vueltas. El pecho se le encoge. Intenta controlar la respiración. Los ojos le pulsan y por primera vez prueba la extraña sensación de percibir todo el globo ocular. «¿Qué está pasando?», piensa. «¿Será esto lo que llaman un "ataque de pánico"?»

La puerta se abre y entra Meghan.

—¿Adela? —La asistente, al verla en el suelo, se alarma y corre hacia ella.

El instinto de supervivencia de Adela le envía una descarga de adrenalina.

—Nada, nada —le dice, cogiendo su mano y levantándose—, me he mareado un poco, será el calor y que apenas he comido.

—Llamo a Gayle —dice ella yendo hacia la puerta.

—No, no, si no es nada, de verdad. —Adela se moja de nuevo la cara y se ajusta el pelo—. ¿Puedes traerme un café a la mesa de firmas? Me sentará bien.

—Por supuesto.

Meghan sigue confusa, cree que sería mejor avisar enseguida a

Gayle.

Las dos vuelven a la sala. Thomas les informa de que quedan unas cien personas. Gayle mira a Adela:

—¿Todo bien?

—Sí, necesito un café y quizá comer algo. Meghan ha ido a por él.

Cuando termina de firmar, Adela no recuerda casi nada de esta última hora. Ha confundido el nombre de la dedicatoria en tres ocasiones y está convencida de que varias personas se han ido con la fea sensación de que no las estaba escuchando cuando le hablaban. Pero ha aguantado. Recoge sus cosas, da las gracias al equipo y busca a Gayle, que está hablando con dos periodistas.

—Adela, ¿recuerdas a Joan, de *Style Magazine*? —le dice cuando la ve.

Adela no la recuerda. Al menos no ahora.

—Claro, Joan, ¿cómo te va? —responde estrechándole la mano.

—Querida, le estaba preguntando a Gayle si podríamos organizar un perfil para el número del próximo mes. Ya sabes, algo sencillo, quizá en tu casa.

Adela parece mirarla, pero en realidad, delante de ella, ve solo un horizonte borroso y vacío, un agujero.

—Será un placer.

—John te llamará para cerrar los detalles —acuerda Gayle.

—Ahora, si me permitís —saluda Adela—, necesito irme a casa a descansar.

—Te llamo mañana —le dice Gayle abrazándola—. Descansa, te lo has ganado.

Adela se alegra de ver a Gayle satisfecha. Se despide, sale a la calle y se sube al primer taxi.

—Hola, Whittington Hospital, por favor.

Adela se recuesta, cierra los ojos y empieza a llorar. Jamás ha estado tan asustada en su vida.

Tessa, responsable esta noche en la recepción de urgencias del Whittington Hospital, no ha tenido un buen día. Por la mañana su casero le ha anunciado que vende el piso y que tiene dos meses para dejarlo. Luego ha pillado trabajos de mantenimiento en la carretera de Brixton y ha pasado más de cuarenta minutos en el autobús, sin aire acondicionado. «Y ahora me toca lidiar con esta tarada», piensa. «Yo, en el cielo, merezco alfombra roja y clase preferente.»

—¿Tiene fiebre? —pregunta a la loca mientras muerde su bolígrafo.

—No, ya se lo he dicho.

Adela está a punto de perder los estribos.

—Señora, si no se encuentra mal debería ir mañana a su médico de familia. —«Y el caso es que la tipa me suena, y su nombre también», piensa Tessa releyendo la ficha que acaba de rellenar Adela. «Creo que la he visto algún día en la tele.»—. Así libera este servicio, que es para urgencias.

Adela no quiere ir a su médico. Es muy amigo de Michele y no se fía de que mantenga el secreto. Prefiere ver a un especialista, un neurólogo, pero esta mujer está empeñada en no hacerle caso.

—Es que me encuentro muy mal —insiste.

—Aquí pone solo «visiones confusas», pero no tiene fiebre ni se ha caído. Y tampoco se ha dado un golpe.

—Exacto. Nada de golpes, pero no estoy bien.

Tessa la mira y espera que su cara baste para explicar lo que no le apetece seguir repitiendo.

—Yo la veo estupenda —dice un hombre—. ¡Lista para el combate! ¿Quiere una granada?

Adela se gira para ver quién ha hablado. Es un anciano, sucísimo y vestido con un uniforme militar hecho harapos. Lleva un carro del supermercado repleto de bolsas y basura de todo tipo y hurga en él en busca de algo.

—¡Charlie, te he dicho mil veces que el carro tienes que

dejarlo fuera! —le ordena Tessa.

El hombre sonríe mostrando sus únicos dos dientes.

—¡Pero aquí tengo las municiones! —le dice, con ojos alucinados.

«Señor, llévame pronto», piensa Tessa. Después decide que, al menos con la chiflada de hoy, pueden lidiar otros.

—Pase a la sala tres, por ese pasillo. Ya la llamarán.

Adela obedece.

Tras casi una hora de espera, Adela consigue pasar a consulta, donde se encuentra, con gran desagrado, con una mujer que no llegará ni a los treinta años. Durante varios minutos intenta explicarse, pero la doctora se centra en el protocolo. «Voy a controlarle las pupilas.» «Deme el brazo, le miro el pulso.» «¿Ha tomado alguna sustancia en las últimas 24 horas?» Adela siente que está hablando al viento. Saca del bolso la Polaroid y el bolígrafo y se los muestra.

—Esta es la foto, ¿ve? —dice, golpeándola con el dedo—. Ahora hay tres pocillos, pero esta mañana había dos.

Adela la apoya en la mesa, quita la tapa al bolígrafo y se inclina hacia la doctora para que pueda leer lo que ha escrito. Ella retrocede, incomodada ante la cercanía.

—Siéntese bien, por favor.

Adela obedece. La doctora observa la foto, girándola un par de veces. Agarra la luz del bolígrafo y la apunta:

—Sí, he entendido bien. Aquí pone «Aquí hay tres pocillos» y, efectivamente, hay tres. —Señala con el dedo y cuenta despacio, con tono de *Barrio Sésamo*—: Uno, dos y tres.

Si hay algo que haga perder los nervios a Adela es la condescendencia.

—¡Le estoy diciendo que durante tres días hubo solo dos! —responde con un tono demasiado alto del que se arrepiente al momento.

Ella le devuelve la foto y la mira muy seria. Acaba de empezar su turno, tiene por delante ocho largas horas y lo último que

esperaba ver hoy es un «bolígrafo mágico».

—¿Sabe lo que sucede en urgencias cuando juega Inglaterra un Mundial? —la interrumpe.

Adela la mira, confundida. Ni siquiera recordaba que jugaba hoy.

—Pues que este sitio se vuelve un infierno. Borrachos que se caen de sus taburetes del pub, *hooligans* que se estampan contra farolas, turistas que acaban dándose porrazos...

—No entiendo qué tiene que ver esto conmigo.

—Lo que intento decirle es que quizá lo único que necesite es dormir. El estrés puede hacernos ver (e incluso oír) cosas de lo más extrañas, pero no tiene lesiones, ni fiebre, sus pupilas están perfectamente.

Adela la observa, intentando encontrar una puerta de entrada. Es una india guapísima, con ojos verdes y pelo negro. La insignia que lleva en el uniforme pone «Dra. Nithya Bhatt».

—Tiene que hacerme caso —insiste.

La frustración le llena los ojos de lágrimas.

—Veo que acaba de cumplir los cincuenta. ¿Tiene todavía la regla?

—¿La regla? ¿Qué importa si tengo la regla?

—La menopausia es un período complicado. El cuerpo se transforma y a veces sufrimos cambios que pueden confundirnos.

Adela se indigna. «Tienes casi la edad de Nicolò», piensa. «¿Cómo que "sufrimos"? ¡Qué sabrás tú de la menopausia!»

—Mi consejo —sigue ella, escribiendo en el parte— es que visite a su ginecólogo para que valore si es el momento de empezar una terapia hormonal.

Luego le entrega la foto, el informe y el bolígrafo.

—Buenas noches, señora Ferri —concluye.

Adela recoge las cosas y va hasta la puerta. Apenas tres pasos que se le hacen eternos. Gira la manija y va a salir, pero se vuelve una última vez:

—No soy una loca.

—Nadie ha dicho que lo sea —le responde ella, sin mirarla.

Fuera ha refrescado. Adela se coloca en el borde de la acera, esperando un taxi. Ve a Charlie, muy afanado intentando sacar una colchoneta del carro sin que se le caiga nada.

—¡Camaradas, respeten el toque de queda! ¡Mañana nos espera una larga batalla! —grita sabe Dios a quién.

—¡Taxi! ¡TAXI! —Adela hace señas a uno, pero pasa de largo.

Justo cuando, por fin, está entrando en otro coche, el sonido de un terremoto hace temblar a toda la ciudad.

—Gooooooooooooool.

Marta

1. El miércoles llega julio, aunque en Madrid se presenta de puntillas. Marta sale de casa y sube por la calle Justiniano agradecida por una brisa más propia de la primavera. Por primera vez en mucho tiempo, camina hacia el museo relajada. Ayer se fue a casa sin tocar el pocillo, así que no tiene que preocuparse por llegar antes que nadie. Puede que Nacho tenga razón: es un riesgo estúpido que no compensa unos minutos de satisfacción. Además, hoy no hará doble turno porque su compañera Ana María vuelve al trabajo. Marta disfruta del paseo por el barrio. Hay menos tráfico, se nota que con la llegada del verano ha empezado a vaciarse. En la calle Zurbano descubre que ha desaparecido una papelera, así que ajusta su cuenta diaria: en vez de 33 le quedan solo 32 hasta el museo. Un repartidor aparca su furgoneta en doble fila a la altura de Almagro. Abre la puerta y en la calle estalla lo que iba escuchando: *La copa de la vida*, de Ricky Martin. Hay Mundial incluso a las ocho y media de la mañana.

2. Cuando entra en el museo evita pasar por el Patio Andaluz y sube a saludar a Clotilde. Se ha quitado el tonto estrés de la taza, sí, pero sigue inquieta por lo que sucederá el próximo lunes en el Geominero. Le ha dado por pensar que quizá su «tengo miedo» haya incomodado a V. y le lleve a responder algo como: «Pues no haber venido a jugar», irritado ante una reacción que ha dado prioridad solo a su ego. Hoy incluso la sonrisa de Clotilde le parece cansada. Se la imagina toqueteando un pendiente —lleva unos de zafiro y oro blanco—: «Tampoco es para tanto, Marta, se trata de quedar para un café y ya se verá», parece decirle,

exasperada.

3. Marta se sienta a su mesa. Tiene una pila considerable de correspondencia. Las cuenta: son 31 cartas. Nunca se le acumulan tantas, pero en junio su cabeza estuvo en otro lado y no ha rendido como solía hacer. Abre el primer sobre. Un colegio pide una visita organizada. Es un procedimiento sencillo y Marta lo resuelve en pocos minutos. Después responde a varias solicitudes de cuadros: una de Viena, otra de Oporto, otra de Chicago. El siguiente sobre, en cambio, es distinto: «Copeland Spode, Stoke-on-Trent», lee en el remite. Marta lo abre, nerviosa. Había olvidado que les había escrito varios meses atrás.

> *Con referencia a su petición, y tras realizar las investigaciones pertinentes, lamentamos comunicarle que en nuestros archivos no consta relación alguna entre Joaquín Sorolla y nuestras cerámicas. Sin embargo, nos complace mucho saber que uno de nuestros pocillos se encuentra actualmente en su Casa Museo. Para Spode es todo un honor. Sin más, reciba un cordial saludo*.

Marta la guarda en un cajón, no quiere que la decepción le afecte.

4. Las horas pasan rápidas. Hoy debería salir a las dos, pero se queda un poco más porque sólo le faltan seis cartas por responder. Llega el repartidor con el correo del día: para Marta hay varios sobres. Los recoge y el corazón le da un vuelco cuando en uno de ellos lee: V. ¿Cómo ha sabido que trabaja aquí? La invade una ola de pánico. ¿Debería preocuparse? ¿Y si resulta que ha estado jugando con un loco o con un maníaco? Marta se levanta y va detrás del compañero que se los ha entregado.

—Perdona, ¿cómo ha llegado este sobre? —pregunta, agitándolo.

—No sé —responde él, encogiéndose de hombros—. Estaba en el buzón, con todos los demás.

—Pero no tiene sello.

—Pues lo habrán metido allí personalmente, no sabría decirte.

El chico no tiene ganas de perder el tiempo y se va sin hacerle mucho caso.

5. Marta vuelve a su puesto y se sienta, dudando si debe abrirlo. Aporrea el abrecartas contra la mesa, nerviosa. Mira la hora: son las 14 y 14. Un número espejo siempre es una buena señal. Se anima y lo rasga. Dentro hay dos tarjetones. En el primero Marta lee:

¿VKGOGU ÑKGFQ? VGOIQ NC UQNWEKQO

Marta reconoce enseguida el artículo «LA» en la segunda línea. El mensaje utiliza como código el número dos, el mismo que V. usó la primera vez, y es una respuesta a su confesión del lunes. Así que tiene una solución. ¿Y cuál será? La segunda tarjeta es una cartulina de color azul pálido. Está escrita con rotulador y letras mayúsculas, sin ningún cifrado:

¿NECESITAS PROTECCIÓN?
ALLÍ CUELGAN 14, INCLUIDA UNA BESTIA

¿Catorce protecciones y una bestia? ¿De qué está hablando V.? Marta tarda un par de minutos en pillarlo. En realidad, es bien fácil. Se trata del cinturón de amuletos que hay en la sala tres, donde está el taller del pintor. Recoge sus cosas apresuradamente y baja a la sala. En la entrada, a la derecha, hay una vitrina de madera llena de piezas de joyería. Entre ellas, un cinturón de terciopelo azul del que cuelgan 14 cadenas de

plata con amuletos. Hay un relicario con la imagen de Santa Lucía, una medalla de la Virgen del Pilar, un crucifijo, pero también un cascabelero para ahuyentar a los malos espíritus y una garra de tejón llamada «pata de la gran bestia» que se usaba contra el mal de ojo. Marta observa el cinturón, intentando entender por qué lo ha escogido V. Hay algo en él que siempre le ha gustado, algo que tiene que ver con la mezcla del mundo profano con el religioso. La pieza refleja una predisposición a aceptar todo lo que pueda ayudar, independientemente de su procedencia. Quizá lo que V. quiera decirle es que el primer paso para combatir el miedo es compartirlo, abrirse al otro para que pueda protegernos. Es un mensaje generoso y bonito y le da que pensar.

6. En medio de estas cavilaciones, el radar de Marta se fija en la mesa de enfrente, donde hay varios libros. Uno de ellos —*Vida del escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel— se ha torcido. Es probable que algún visitante le haya dado un codazo sin querer, algo que suele pasar. Lo endereza y, al hacerlo, descubre que debajo hay una tarjeta azul igual que la del primer mensaje. Marta siente que se le acelera el pulso. ¿Esto quiere decir que V. ha estado en el museo? ¿Seguirá aquí ahora? Mira a su alrededor: la sala está bastante llena, pero todos se ven concentrados, observan los cuadros y los muebles y comentan con interés. Además, no hay nadie solo. O están en grupo o en pareja. Marta se gira, tiene la desagradable sensación de estar siendo observada. Cuando ve que no es así, se calma un minuto y luego espera a que Sara, la vigilante de sala, esté ocupada: lo último que quiere es tener que dar explicaciones sobre algo que ni ella misma entiende bien. Cuando la ve distraída saca la tarjeta del libro y se la mete en el bolso.

7. Sale al jardín y se sienta en uno de los bancos. A lo mejor

debería estar preocupada, pero reconoce que su ansia tiene que ver más con la excitación del juego que con el miedo a que este pueda ser peligroso. Su instinto le dice que no debe alarmarse. Decide escucharlo y disfrutar lo que V. le haya preparado. Desdobla la cartulina y lee:

ERA VECINO Y TAMBIÉN ERA PINTOR.
SU NOMBRE ES PEQUEÑO Y LE GUSTABA
MUCHO EL SIFÓN

Marta no puede evitar reírse. Quizá V. no es peligroso, pero desde luego está loco de atar. ¿Qué rayos significa esto? Marta se concentra. «Vamos, Marta», piensa, «te está desafiando y no puedes dejarle ganar». Un pintor. ¿Nombre pequeño? ¿Qué querrá decir? ¿Un nombre con pocas letras, quizá? «Vecino.» Repasa mentalmente los pintores famosos que vivieron en el barrio.

—¡Benjamín! —se le escapa en voz alta.

Un par de turistas, que están sentadas en el banco de al lado estudiando un mapa, levantan la mirada al oírla. Marta les sonríe y ellas la miran extrañadas. Vuelve a leer la tarjeta. Sí, está segura. Se trata de Benjamín Palencia. Su casa está cerca, en la calle Zurbano, y tiene varios cuadros con sifones en el Reina Sofía. Decide ir hasta allí —de todos modos, le pilla de camino— y sale del museo a paso ágil, encantada con el juego.

8. Cruza el semáforo y enfila a toda prisa la calle. La casa está en el número 49. Marta lee la placa que lo anuncia en el portal. Busca alguna pista, pero no encuentra nada. Pasa unos minutos curioseando por las jardineras de la entrada y las escaleras, sin éxito. El portero del edificio, un hombre menudo, pero con una gran barriga, sale a ver qué está pasando.

—Buenas tardes, ¿necesita algo? —le pregunta desde lo alto de las escaleras.

Marta no sabe qué decirle. No tiene nada que perder, así que se anima:

—¿Sabe si alguien ha dejado una carta para Marta Soler?

—¿Marta Soler? Aquí no vive nadie con ese nombre.

El hombre la estudia, un poco perplejo.

—Sí, lo sé, Marta Soler soy yo.

—¿Y por qué deberían haberle dejado correspondencia aquí?

—¿A lo mejor por error?

Marta entiende lo ridículo que le tiene que estar pareciendo todo esto.

—Pues no, no hay nada —zanja él, volviendo dentro y cerrando la puerta.

Marta capta el mensaje y sale de allí. Va a irse, un tanto decepcionada, cuando descubre algo empotrado en el muro: una manguera, muy parecida a las del Museo Geominero. Se agacha para observarla mejor. Pone «H 100», lo cual no le dice nada. No tiene ranuras ni hay grietas a su alrededor, sería imposible esconder algo allí. Pero Marta no se rinde y acaba notando un detalle. Hay algo muy pequeño escrito en una esquina. La letra es diminuta y le cuesta leerlo:

HCTQNC 53

Marta sabe que algunas farolas de Madrid tienen un número en la parte de arriba, de color blanco. La que está delante de su portal en Justiniano es la número cinco de su calle. Ahora tiene que encontrar la 53. Delante del portal está la 69, enfrente la 68. Sigue recorriendo las impares hasta que la encuentra. Ahí está, al lado de unos contenedores. Marta revisa la portezuela que hay en la parte inferior, por donde se accede a los cables. Está torcida y al cerrarla forma una ranura. ¡Bingo! Allí está metida la tarjeta. La abre y lee:

LA NIÑA DE LAS TRENZAS NUNCA

TENÍA MIEDO
EN SU CASA, 3 DE 3

9. ¿La niña de las trenzas? ¿Quién es la niña de las trenzas? Marta no tiene ni idea. Mira la hora. Son ya casi las cuatro y se muere de hambre. Decide pararse a tomar algo en un bar que está cerca, en la calle Eduardo Dato. Allí trabaja Mónica, una compañera del colegio que conoce de toda la vida. Hace tiempo que no se ven y cuando entra se saludan con cariño.

—¡Marta! ¿Cómo te va? —Mónica es la persona más alegre que conoce.

—Bien, aunque con mucha hambre.

—¿Todavía no has comido?

—No, hoy me he liado y se me ha hecho tarde.

—¿Lo de siempre, entonces? —Sabe que le encantan sus sándwiches mixtos.

—¡Perfecto!

Marta se sienta en la barra. Sigue con la cartulina en la mano: ¿quién será esta niña?

—Oye, Mónica, ¿tú conoces a una niña con trenzas que nunca tenía miedo?

—¡Pues claro! ¿Cómo no la voy a conocer? ¡Todos los que nacimos en los setenta la recordamos! —Se ríe. Después se pone a cantar—: «Vamos a jugar a mi casa, que es todo un castillo...»

«¡Pippi Calzaslargas!», piensa Marta. «¿Cómo he podido ser tan tonta?»

—¿A ti no te gustaba Pippi? —pregunta Mónica, entregándole el sándwich.

—Sí, sí. —Marta está distraída pensando en la segunda parte del mensaje: «En su casa 3 de 3.»

—Aquí al lado en la embajada de vez en cuando le hacen homenajes —comenta la amiga.

«¡La embajada de Suecia, claro! Está a pocos portales.» Marta se levanta y saca la cartera para pagar, pero Mónica se la aparta.

—¿Ya te vas?

—Sí, perdona, hoy voy con prisa.

—Pues deja que te invite, anda, que hace un montón que no te veía.

—¡De eso nada! —insiste Marta—. Además, ya me has ayudado mucho hoy.

Mónica la mira, extrañada:

—¿De qué hablas? ¡Creo que el hambre te afecta, Martita!

Marta se ríe y sale de la cafetería rumbo a la embajada. Lleva el sándwich en la mano y toda la ilusión del mundo pintada en la cara.

10. En la puerta de la embajada hay tres coronas de tres picos. «3 de 3.» Ahora se trata de encontrar la siguiente cartulina. Marta se recorre el edificio, buscando recovecos o hendiduras que V. haya podido usar para su mensaje. Al rato repara en un tablón de anuncios magnético que hay al lado de la puerta. Los mensajes están protegidos por un cristal, pero cuando se fija mejor descubre algo debajo del marco: un pequeño imán redondo que está sujetando un papelito minúsculo. Marta lo retira con un poco de miedo, hay cámaras de seguridad y no le gustaría meterse en líos. Lo guarda rápidamente en el bolso y se va.

11. En el primer semáforo aprovecha para desdoblarlo y leer lo que pone:

LA VES SUBIENDO LAS ESCALERAS,
LLA RECUERDAS CUANDO TRUENA.
EN SU GRAN CASA Y DESDE EL PÚLPITO

Marta sonríe: este le parece muy sencillo. «Acordarse de Santa Bárbara cuando truena», dice el refrán. Y, en efecto, la ve cada día cuando sube las escaleras de la entrada del museo: están

decoradas con dos azulejos y uno de ellos tiene una imagen de esa santa. «Su gran casa» debe ser, sin duda, la iglesia de Santa Bárbara que está cerca de allí, en la calle Bárbara de Braganza.

12. Marta acelera para llegar a casa cuanto antes. Quiere aprovechar que no hace demasiado calor para sacar un rato a Chusca y luego ir hasta la iglesia. Recoge a la perra y, antes de llevarla al parque, se desvía para comprar el nuevo número de *Muy Interesante* en el quiosco de Antonio, pero está cerrado, lo cual es muy extraño. Gira hacia el parque y se encuentra con Teresa, que camina a toda prisa y tiene el rostro contraído. En cuanto ve a Marta echa a correr hacia ella, las manos en la cara.

—Marta, ¡qué tremendo!

—¿Qué ha pasado? —A Marta la impresiona verla tan alterada.

—Es Max, lo han atropellado aquí abajo, en Fernando VI, al lado de la papelería. Ahora está con Joaquín, el veterinario, pero la cosa pinta mal.

—¿Qué me dices? —Marta le tiene mucho cariño al braco de Ángel—. ¿Cómo ha ocurrido?

—Ángel entró a comprar algo y lo dejó en la puerta, como siempre. Ya sabes que es muy obediente y siempre lo espera tranquilo sin que tenga que atarlo. Pero al parecer vio a un gato y salió corriendo.

Teresa está casi llorando. A Marta la noticia también le afecta. Los perros del barrio forman una gran familia.

—Voy hacia el veterinario. Antonio ya está allí. ¿Vienes?

—Sí, claro —dice Marta—. Dejo a Chusca en casa y voy para allá.

Teresa sigue hacia la calle Orfila, donde está la consulta de Joaquín. Marta vuelve a casa.

—Lo siento —dice a la perra quitándole la correa—. Por la noche te saco más.

Chusca la escucha ladeando la cabeza. Marta se agacha y le da un fuerte achuchón. No puede hacerse a la idea de que un día la perderá.

13. Marta entra en el veterinario, llena de angustia. La enfermera, una chica encantadora, la recibe con afecto. Conoce bien a Chusca, todo el barrio lleva a sus mascotas a esta consulta. En la sala de espera están Ana y Antonio, que se levanta para abrazarla.

—Ángel está dentro con Max —le explica.

Marta se sienta. Teresa, en cambio, camina nerviosa por el pasillo. Ella es la que está más unida al perro. En los últimos años, Ángel ha tenido problemas de corazón y Teresa se ha quedado con el braco siempre que lo ingresaban en el hospital. Marta se levanta y va a preguntarle si necesita algo.

—Si es que son como hijos —le dice, llorando.

—Lo sé. —Marta le acaricia la espalda—. Ven a sentarte, anda. —Teresa le hace caso y la sigue hasta la sala de espera. Marta le pasa un pañuelo de papel.

La puerta se abre y sale Ángel, apoyándose en su bastón. Lleva todos sus años encima, los hombros hundidos, el rostro cansado. El grupo se levanta.

—¿Qué te ha dicho Joaquín? —pregunta Teresa.

—Tiene que quedarse aquí toda la noche. Pero dice que es mejor que me vaya haciendo a la idea, es muy probable que mañana lo tengan que dormir. —El abuelo se deja caer en una silla. Teresa se sienta a su lado y le coge la mano—. Catorce años llevamos siendo amigos, cuando vino a casa me cabía en la mano. —Mira al suelo, muy abatido.

Joaquín sale de la consulta y saluda a todos. Se agacha delante de Ángel y apoya una mano en su rodilla.

—Ángel, lo mejor es que descanses y mañana se verá —le dice con cariño.

Teresa, siempre eficaz, se activa.

—Venga, abuelo, te acompaño a casa.

Pero él no se mueve.

—No quiero dejarlo solo aquí —responde clavando el bastón al suelo.

A Marta se le encoge el corazón.

—Está dormido, no te preocupes —insiste el veterinario.

Les lleva más de diez minutos convencerlo. Salen de allí en silencio. Teresa coge del brazo a Ángel, que camina despacio. Al llegar a la calle Génova el grupo se separa y se da cita en el veterinario al día siguiente. Marta vuelve a casa y llama a una compañera para decirle que mañana llegará tarde a trabajar. Cuando cuelga se sienta en la cocina, muy desanimada. Estas noticias siempre le traen de vuelta a Daniel y a su padre. Bebe un poco de agua y después sale con Chusca, necesita tomar un poco de aire.

14. En el parque se encuentra con Nacho y Orsonwells.

—¿Quién juega hoy? ¡Creía que no había partido, pero esto está desierto!

Marta se había olvidado del Mundial. Cuando le cuenta lo que ha pasado, Nacho cambia de cara.

—Qué triste, ¡con la compañía que le hace Max! —dice, muy apenado.

Pasan unos minutos en silencio, sentados en el banco de siempre, encima del respaldo. El sol ya se despide y el cielo, a esta hora, es un lienzo anaranjado con vetas rosa que bien podría ser obra de Sorolla. Cuando Marta era pequeña —tendría unos once años—, su padre le regaló un telescopio. Las noches de verano lo subían a la azotea y pasaban horas allí, observando las estrellas. «¿Las ves, Marta?», le decía. «Son espectaculares, ¿verdad? Pues nunca te olvides de que tú eres parte de ellas.» En los últimos años, ahora se da cuenta, ha olvidado la emoción que le provocaba el asombro. Lo dejó arrinconado, como aquel telescopio, convencida de que ya no volverían esos momentos

que vives con los ojos bien abiertos y la maravilla en el pecho. «¿Cómo he podido perder tanto tiempo?», se pregunta. «Los que ya se han ido siguen dentro de mí, están en mis átomos.» Esa noche, en ese banco que es hogar, Marta se hace una promesa: se dará, y les dará, la vida plena que merecen.

15. Empieza por ofrecerle un helado a Nacho. Pasean hacia la plaza, hoy el barrio está lleno de turistas. En la puerta del bar han colocado un cuenco para los perros. Orsonwells lo vacía con dos lametazos y no deja nada a Chusca, que mira a su dueña desconcertada. Mientras el camarero va a por más, Marta le cuenta a Nacho sus avances:

—He dejado de mover el pocillo, para que luego digas que nunca te hago caso.

—¿A que no era para tanto? —se burla él, abriendo el congelador de los helados.

—Que no lo haga no quiere decir que no me ponga nerviosa, simplemente tendré que aprender a convivir con ello.

—Ni te cuento los ruidos infernales con los que convivo yo a diario en esta ciudad —dice señalando el ventilador de un aire acondicionado.

Pensar en el museo le recuerda a Marta las tarjetas de V. Cuando salió del veterinario la iglesia estaba ya cerrada, pero tiene muchas ganas de ir mañana. Se le ocurre que a Nacho le hubiera gustado el juego, pero hasta que no sepa más no quiere contarle nada. Buscan una mesa en la terraza y se sientan. Al lado tienen a unos ingleses, han llenado de cervezas toda la mesa. Marta las cuenta. Hay 18 botellines. De pronto le entran ganas de vacaciones.

—¿Qué planes tienes al final para este verano? —pregunta a Nacho.

—Estudiar.

—¿Estudiar?

—Sí, me acabo de matricular en la universidad.

—¿En serio? —La noticia la pilla por sorpresa—. ¡No tenía ni idea! ¿Qué facultad?

—Ciencias de la Información. Dejé la carrera cuando estaba en segundo porque me aburría y tenía ganas de ponerme a trabajar. Pero ahora quiero terminarla, así que los próximos años me tocará dedicar el tiempo libre a los libros. —Nacho la mira y sonríe con una mezcla de orgullo y resignación.

—Guau, qué desafío tan grande. —Marta sería incapaz de volver a estudiar—. ¿Y por qué ahora?

—Quiero hacerlo por mí, me da rabia tenerla sin acabar y además, con tantos ordenadores, mi trabajo está en peligro. Pero lo hago también por mi padre. Él no pudo licenciarse y lleva muy mal que yo no haya terminado.

—¿Él también se puso a trabajar? —Es la primera vez que Nacho le habla de su familia y Marta está intrigada.

—No, qué va. A él lo obligaron a irse. Eran los años de las revueltas, ya sabes, y mi padre estaba en el SDEUM, el Sindicato Democrático de Estudiantes.

—Pero, ¡qué me dices! —Marta no se lo puede creer—. ¡Mi madre también! A lo mejor se conocieron, ¿te imaginas? Se llama Marta, como yo. ¿Cómo se llama tu padre?

—Carlos —dice Nacho.

—Mañana la llamo y se lo pregunto. Ella estudió Filosofía y siempre cuenta que la mejor experiencia esos años fue el sindicato, sobre todo organizar un concierto que al parecer fue mítico, el de Raimon.

—¡Ese fue el concierto por el que tuvo que irse mi padre! —grita Nacho, que también está sorprendido—. Esa noche la brigada de los «sociales» lo encerró en los calabozos de la Puerta del Sol. Para que lo soltaran les prometió que se iría de Madrid y volvió a Asturias, mis abuelos son de allí. Al llegar se unió a las protestas mineras y ya nunca regresó a Madrid. Conoció a mi madre en Gijón, en una manifestación.

—¡Menuda historia, ya verás cuando se lo cuente a mi madre!

Creo que ella también dejó el sindicato poco después.

—¿Conoció a tu padre en la facultad?

—No, eran amigos del barrio. Mis abuelos ya tenían la farmacia cuando ella era niña.

—En cuanto hables con tu madre me dices. ¡Qué pequeño es el mundo!, ¿verdad?

A Nacho la coincidencia le hace ilusión.

En ese momento Marta nota que uno de los ingleses lleva una gorra con el número 512. Da un codazo a su amigo y se la enseña apuntándola con la cara. Nacho la ve y le pega un toque en la espalda al inglés.

—*Excuse me!*

El turista se gira. Está muy borracho.

—*How much for your cap?*

—¿Qué haces? —Marta se ríe.

El hombre se quita la gorra, extrañado. Está bastante vieja.

—*This?* —pregunta con la mirada bailona, llena de alcohol.

—*Yes!* —Nacho cuenta con el índice cuántos son.

—Son seis —le apunta Marta, que por supuesto ya los había contado

—*Six beers?* —propone Nacho.

A los amigos les encanta el plan y se ponen a corear:

—*Six beers! Six beers!*

El inglés le entrega la gorra y Nacho llama al camarero para pedir las cervezas.

—Yo la lavaría —le dice pasándosela a Marta, que sigue riendo.

16. Marta se va a la cama pensando en Max y deseando que mañana esté recuperado. Irá al veterinario y espera tener tiempo para pasar por la iglesia después del trabajo. El juego le está encantando. El entusiasmo por las pistas hace que se quede dormida sin advertir algo importante: V. parece conocer el

camino que va desde el museo hasta su casa.

Adela

—¿Necesitas algo? —Michele se acerca a la puerta de la habitación mientras se ajusta la corbata.

—Nada, gracias. Seguro que se me pasa pronto.

Adela responde desde la cama. No se siente con fuerzas de ver a nadie y le ha dicho a su marido que está enferma.

—Ayer salimos a cenar y algo me sentó mal —le miente.

La noche anterior, cuando volvió del hospital, tuvo la suerte de encontrar la casa vacía.

Lulu había dejado una nota en la mesa de la cocina: «Veo el partido con Chiara, me recoge papá.» Michele lo veía con sus compañeros en el pub que está debajo del despacho, como siempre que juega Inglaterra. El partido se prorrogó y se resolvió en los penaltis —Inglaterra perdió—, así que Adela tuvo tiempo para ducharse y acostarse sin ver a nadie.

Agarra la sábana, con los ojos bien abiertos y el estómago aún comprimido por la angustia. Repasa mentalmente todas sus opciones. Al momento, la alternativa que encuentra más lógica es: «Florence, en un momento de distracción, me quitó el bolso en la librería y cambió la foto.» Sabe que eso es algo muy improbable, pero necesita agarrarse a lo que sea para que no la invada el pánico. Oye a Michele saliendo con su hija y arrancando el coche y, cuando se han ido, se levanta y baja a la cocina. En el pasillo el contestador parpadea, ayer se olvidó de revisarlo. Tiene dos mensajes de su amiga Gianna: «*Ciao, bella*, ¿todo bien?, llámame para quedar, ¿vale?» «*Bella*, se me olvidaba: Félix y yo nos hemos apuntado a la presentación del

viernes, deseando verte allí. Y eso, que me llames y tomamos algo.»

Adela se prepara un café sin que la foto abandone un solo segundo su cabeza. Debería controlar cómo está ahora, pero le da miedo. El bolso, colgado de una de las sillas de la cocina, parece llamarla: «¡Ven!», le dice, «¿a que no te atreves?». Watson, que cada vez se levanta más tarde, aparece a ritmo lento en la cocina. Adela le abre la puerta del jardín. El perro sale sin muchas ganas, pero cuando ve una ardilla recupera de inmediato su brío y se va corriendo a por ella. Adela mete la taza en el lavavajillas y sin pensar demasiado, como parece hacerlo todo últimamente, recoge las llaves del coche y, así como está, sale y conduce hasta casa de Florence.

Ya dentro del apartamento se da cuenta de que no tiene un plan. La vulgaridad del ambiente, como siempre, la deprime. Se para unos segundos en medio del salón, concentrada en respirar. Su cabeza es como una pelota hecha de mil elásticos, le resulta difícil seguir un pensamiento hasta el final y tiene miedo de que, si lo hace, podría reventar. El gato se le acerca y maúlla, no está acostumbrado a verla quieta.

—Déjame, micho. —Adela lo espanta con la mano, el animal le cae realmente mal.

Controla el cronómetro. Quedan poco más de dos minutos hasta que se active la alarma. Abre un par de cajones y de estantes. No sabe muy bien qué busca. Quizá copias de la foto —aunque eso es imposible: es una Polaroid, no hay negativos— o alguna prueba de lo que están tramando Florence y Michele. Se queda sin tiempo, pero quiere revisar también la cocina. Decide salir de casa y esperar veinte minutos en la escalera antes de volver a entrar. Cree que eso será suficiente para no activar la alarma. Sentada en los fríos peldaños de granito del edificio no puede evitar preguntarse qué hace ahí. ¿Qué pretende encontrar? Aun así, no se mueve.

—Perdone.

Adela se ha quedado dormida apoyada en las escaleras —anoche apenas pegó ojo— y una vecina, vestida de azafata, trata de despertarla agitándole el hombro. Lleva una maleta grande y Adela no le deja pasar. Se levanta y se ajusta el pelo, avergonzada.

—Ay, lo siento.

A la chica la situación tiene que haberle extrañado mucho. Alguien a quien nunca ha visto, durmiendo tirada ahí, en pijama y zapatillas. Sin embargo, se limita a sonreír cortésmente y sigue arrastrando la maleta escaleras abajo. Adela agradece el sagrado sentido de privacidad de los británicos. Si esto hubiera sucedido en España, ya le habría hecho un tercer grado. ¿Debe preocuparse? ¿Será amiga de Florence?

Controla el reloj: ha dormido casi una hora. Debería marcharse, pero decide que ya no tiene nada que perder y vuelve a entrar en el apartamento. Revisa las alacenas de la cocina, mira incluso en la basura. Abre el armario del pasillo y busca entre paraguas y abrigos. Después va corriendo al baño. En el estante que hay encima del lavabo encuentra, entre jabones, barras de labios y cremas, un bote con un medicamento que le suena. Cree recordar que es para la tiroides, lo toma el hijo de Gianna. Una voz interior le recuerda lo fácil que sería sustituir esas pastillas por caramelos, pero Adela la manda callar. Su delirio, por ahora, tiene límites. Antes de irse, pisa el pedal de la papelera del baño. La tapa se abre y dentro, entre discos de algodón y un frasco vacío de acetona, Adela descubre una prueba de embarazo. La recoge y se queda paralizada intentando asimilar las dos rayas. El cronómetro suena. Adela la tira de nuevo a la basura y sale corriendo. Corre también escaleras abajo y luego por la acera, hasta el coche.

Llega a casa desencajada. Los nudillos le duelen —ha golpeado el volante con ellos— y le estalla la cabeza. Va a

aparcar en la entrada, pero la plaza está ocupada por un vehículo que le resulta familiar.

—Mierda —dice.

Había olvidado que hoy ha quedado con Emma para conocer a su bebé y pasar la mañana juntas. Emma fue, durante más de diez de años, la niñera de los Ferri. Empezó cuando tenía la edad que tiene ahora Lulu. Sus padres, una pareja encantadora, también vivían en Holly Lodge —ahora están jubilados y se han mudado a Alicante— y Emma se quedaba con Nicolò cuando Adela y Michele salían a cenar. Ahora está casada y vive en Wimbledon y casi nunca se ven. Acaba de tener una niña y a Adela, que le tiene muchísimo cariño, le hacía ilusión conocerla.

Debe llevar allí media hora. Cuando Emma la ve llegar sale del coche a saludarla. Adela aparca fuera de la puerta y, en cuestión de segundos, su mente escribe una historia que contarle.

—¡Emma, querida, cuánto lo siento!

—¿Qué ha pasado? —La chica está muy extrañada. Adela es siempre puntual. Cuando la ve en pijama, ojerosa y con cara de haber llorado, se asusta—. ¿Va todo bien? —pregunta angustiada.

—Sí, tranquila, estamos todos bien. Esta madrugada, Sam, una asistente de la editorial, se ha quemado preparando el desayuno. Vive sola aquí cerca, en Crouch End, pero es de Essex, no tiene familia en la ciudad, así que me ha llamado para que la acompañara al hospital. Salí corriendo y se me olvidó telefonearte para avisar, perdona.

—Tranquila, no pasa nada. ¿Ella está bien?

—Oh, sí, al final no era para tanto, pero el hospital estaba abarrotado y nos han tenido mucho tiempo. —Adela respira y agradece su creatividad—. ¿Y Charlotte? —pregunta caminando hacia el coche.

—Está dormidita. —La cara de Emma se ilumina.

Adela se acerca a la ventanilla. Un bebé precioso está

durmiendo en el asiento trasero.

—¡Emma, pero es una maravilla!

—¿A que sí? —Ríe ella.

—Tengo que cambiarme. ¿La traes dentro?

—Prefiero no moverla, podemos ir con mi coche.

—Vale. No tardo nada.

Adela entra en casa y cuando cierra la puerta se arrepiente de no haber buscado una excusa para anular el plan. No se encuentra bien, aunque no consigue definir cómo se siente. Está confusa y dolida, y siente también, en el fondo, una cortina de rabia oscureciendo su interior. Se dice que todo puede esperar un par de horas. No va a dar plantón a Emma ahora, ha traído al bebé hasta aquí y la ha tenido esperando. Sube a cambiarse y en cada escalón le parece ver una versión minúscula de sí misma, un pequeño diablo dedicado a tentarla. «¿No vas a controlar la foto?», le dice. «Está ahí mismo, en el bolso. Anda, ábrelo.» Adela se ve incapaz de tolerar más puñaladas y no le hace caso. Un cuarto de hora más tarde entra con Watson en el coche de Emma, rumbo al Alexandra Palace. A la chica le hace ilusión volver allí, solía llevar a Nicolò para patinar en la pista de hielo. Por el camino le va contando a Adela su nueva vida con Charlotte. Cuánto come, cómo duerme, lo mucho que se parece a su suegra. Adela finge prestar atención, pero por dentro está ocupada con uno de esos juegos en los que aparecen topos saliendo de sus madrigueras y hay que matarlos a martillazos. La asaltan un pensamiento detrás de otro. Además, que el destino la haya hecho coincidir justo ahora con un bebé le parece de una crueldad infinita.

Al llegar dejan el coche en el aparcamiento que está junto al lago y colocan a Charlotte en el cochecito. Deciden ir al Garden Center —Emma quiere aprovechar para comprar geranios— y atraviesan el parque bordeando el Palace. El edificio está precioso. Las cristaleras, a esta hora, proyectan pequeños arcoíris. Adela se imagina a su abuela llegando allí cada

mañana.

—¿Sabes que mi abuela trabajaba de camarera aquí? —le cuenta a Emma.

—¿Aquí? ¿En Ally?

—Sí, empezó en 1908. Tenía solo catorce años. Una de las primeras personas a las que sirvió el té fue a Sorolla, ese año expuso en Londres y visitó los jardines.

—Me encantan sus cuadros, los estudié en la facultad. —Emma ha hecho Bellas Artes.

—Si alguna vez vas a Madrid tienes que visitar su casa —le dice Adela—. Es un lugar mágico. —«Mira la foto. Mira la foto.» El diablo, mientras, no para de susurrar.

—¿Y siguió trabajando aquí durante la Gran Guerra?

A Adela siempre le gustó la curiosidad de Emma.

—Sí, aunque con funciones distintas, claro. En 1914 pasó de servir el té a las clases altas, que venían a ver las carreras de caballos, a cocinar para más de tres mil refugiados belgas.

—¡Qué barbaridad!

—Ese año, en septiembre, dio de merendar a la reina Mary cuando fue a ver las instalaciones. Al parecer charló unos minutos con ella y se refirió al Palace con su nombre popular: «Qué bien organizado tenéis todo en Ally Pally», le dijo. Mi abuela lo contaba siempre con mucho orgullo. —Adela siente que va a llorar y se gira—. ¡Watson, toma! —Le lanza un palo al perro y aprovecha para secarse los ojos.

—Este es uno de los sitios de Londres con más historia, ¿no crees? —Emma aparta la colcha a Charlotte, empieza a hacer calor—. Cada generación tiene una anécdota unida a este lugar. Para mi madre es el concierto de los Beatles que vio aquí, en los sesenta. Y para mí cuando mis padres me traían en verano a ver los fuegos artificiales.

Adela también tiene una, aunque no es un recuerdo feliz. Acababa de salir su primera novela y vino aquí con su suegra. Se sentaron en la cafetería y Fabia le dijo: «*Ascoltami,* Adela.

Ahora que ya te has quitado el capricho espero que dejes de escribir y te centres en tus hijos.» «Michele también trabaja», se había defendido ella. «Exacto», insistió Fabia. «Él trabaja para que no os falte nada, no roba a sus hijos tiempo para una afición.»

Emma, por supuesto, sigue centrada en Charlotte:

—A mí me gustaría tener otro enseguida, para que tenga un hermano con quien jugar.

Adela repara entonces en que el bebé de Florence será hermano o hermana de Lulu y Nicolò. La idea la aplasta hasta hacerla sentir minúscula, como una de las margaritas que asoman en el césped que están pisando. Resiste temblorosa, sabiendo que el próximo paso que decida dar su destino podría machacarla para siempre. La distracción le ha hecho perder de vista a Watson, que se ha quedado atrás.

—¡Watson!

El perro está ocupado rascando el suelo, parece que ha encontrado algo.

—¿Qué haces? ¡Vamos!

Watson sigue a lo suyo y no le hace caso. Adela se acerca para inspeccionar lo que está buscando y el perro empieza a ladrar. Se agacha y remueve la tierra. «No puede ser», piensa, con el corazón a mil: es un fragmento de un pocillo de Spode, exactamente igual al de la foto.

Emma se acerca.

—¿Qué ha encontrado?

Adela le acerca el pocillo.

—Es la mitad de una taza, ¿no? —dice Emma, examinándola.

—Sí —responde Adela a media voz. Ha tenido una bajada de tensión y se ha sentado en la hierba.

—¿Estás bien?

Adela no responde. Su mirada apunta hacia adelante y hacia nada a la vez.

—¿Adela?

Adela reacciona.

—Sí, perdona. —Piensa en la doctora de ayer—. Es solo un sofoco. Ya sabes, la menopausia.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres agua? —Emma rebusca en la bolsa que cuelga del manillar del cochecito y le alarga una botella.

Adela bebe, aunque sigue ausente. Emma, mientras, limpia con cuidado la tierra del pocillo.

—Ya sé de dónde viene: es del incendio.

—¿Qué incendio? —Adela siente que la situación la está superando, que ya no hay marcha atrás.

—¿No sabías que todo esto se quemó? Nos trajeron aquí con el colegio cuando era pequeña y nos lo explicaron. Ally Pally se inauguró en 1873, a finales de mayo. Les llevó mucho tiempo construirlo y los primeros días siempre estaba abarrotado de gente, nadie quería perderse lo que entonces era una modernidad. Pero quince días después, se incendió. No había hidrantes cerca, así que los bomberos no pudieron hacer mucho y tardó apenas media hora en desaparecer casi por completo.

—Entonces, ¿Ally es, digamos, una réplica? —Adela se esfuerza por mostrar interés.

—Eso es —responde Emma observando el pocillo—. Y ese día, dentro del Palace, había una exposición con cientos de piezas de porcelana Spode, como esta, que desaparecieron con las llamas. En la facultad hice un curso de historia de la cerámica. De esta línea en concreto de Copeland Blue Italian casi no quedan muestras y las que existen son muy valiosas. Deberíamos llevarla a recepción, es una pieza de museo.

Charlotte, que hasta ese momento ha dormido beata, se despierta.

—Es su hora de comer. —Emma sonríe, sacándola del cochecito.

Adela aprovecha la ocasión, ahora mismo necesita soledad:

—Si quieres yo puedo entregar el pocillo mientras das la toma

a Charlotte. De todos modos, tengo que ir al baño.

Emma se lo pasa y se sienta en un banco con el bebé, que se ha puesto a llorar.

—¿Segura?

Le preocupa un poco dejar a Adela sola. Está pálida y la encuentra muy rara.

—Sí, claro. Compro un té, que no he dormido casi nada. ¿Te traigo uno? ¡Watson!, quédate aquí con Emma.

Adela ata el perro al banco y camina hasta los aseos. Una vez dentro, saca la foto del bolso. Sigue habiendo tres pocillos. No sabe si eso la alivia; a decir verdad, ya no sabe qué pensar. Toma aire y compara la foto con el medio pocillo que tiene en la mano. Es exactamente igual. ¿Cómo es posible? Emma acaba de decir que casi no queda ninguno. ¿Cómo puede ser idéntico al que está en el Museo Sorolla, tan lejos de allí? ¿Y qué hay de lo que ha dicho Emma sobre el incendio? Si ese día se quemaron, ¿cómo ha llegado uno a Madrid? El pánico a la locura oprime su garganta.

Se sienta en el váter —tiene la impresión de llevar toda la semana metida en servicios— y cierra los ojos. Parte de su agobio se debe a que no encuentra vocabulario para definir lo que siente. Su cabeza, sin palabras, es incapaz de operar. Repasa las opciones, como cuando necesita redondear un párrafo al que le falla el ritmo, hasta que da con una que la convence: lo que siente, por encima de todo, es un nuevo tipo de soledad. Adela ha probado la del desamor, larga y pegajosa como las noches de verano, cuando el bochorno no te deja dormir. Conoce la soledad del luto, la que aparece cuando eres consciente de que el agujero que te deja quien se va no se parece al de nadie y nunca se podrá rellenar. Pero ahora ha descubierto que hay una todavía más alienante y mucho más profunda: la soledad de los locos. La locura te condena a una celda de total aislamiento. Tu mundo interior se convierte en una película extranjera a la que

le falla el montaje y le faltan los subtítulos. No puedes compartirla con nadie, porque ni siquiera tú la entiendes.

Lo único que quiere hacer en este momento es dormir, ponerse a disposición de cualquier sueño, el que sea. Porque al sueño se le da permiso para ser extraño, allí todo es posible y nada, en realidad, tiene consecuencias. Recuerda el *Orlando* de Virginia Woolf: «El despertar es lo que nos mata.» Le gustaría que le llegara un momento de lucidez, aunque fuera una fugaz epifanía. Pero se encuentra en un laberinto hecho con setos tan altos que debe recorrerlo a oscuras, porque no dejan pasar ni la más mínima claridad. Tal como está, tanteando sin ningún tipo de orientación, le parece demasiado improbable que acabe vislumbrando una salida.

Adela se guarda el fragmento del pocillo en el bolso —nunca tuvo intención de devolverlo— y regresa con Emma. Charlotte acaba de terminar su toma y sonríe satisfecha. Adela la mira con envidia. Ojalá pudiera ser como ella, una página todavía en blanco, llena de posibilidades.

El Alexandra Palace, apodado «El Palacio del Pueblo», ha desaparecido en un incendio que, en el momento de la publicación de esta noticia, se ha llevado la vida de cinco personas. El desastre empezó hacia el mediodía del lunes, 9 de junio, con una minúscula nube, del tamaño de una mano. Lo que parecía un débil reflejo se transformó en un resplandor espeluznante en solo dos minutos. El accidente fue provocado, con toda probabilidad, por un descuido de los obreros que reparaban esa mañana el tejado. Las más de 500 personas que esa tarde visitaban el lugar se comportaron de manera admirable. Mientras el fuego consumía el tejado y el crepitar de las llamas se hacía cada vez más fuerte, todas fueron evacuadas sin desorden ni confusión. El espectáculo de las llamaradas, envolviendo el edificio y enroscándose en sus cimientos, fue digno de ver. El fuego acabó abrazando todo el edificio y densas columnas de humo oscurecieron la zona. El Palace sufrió por culpa de su localización. No hay hidrantes en las cercanías y a los bomberos les fue imposible lanzar agua con la fuerza necesaria. Solo les quedó presenciar, con impotencia, su destrucción.

Weekly Herald, 14 de junio de 1873

Mary

En 1844, cuando John Hessler cumplió nueve años, le pidió a su padre un perro. Ricky, su mejor amigo, tenía uno, un labrador color gachas de avena que lo seguía a todas partes. Lo había llamado Bullet porque corría como una liebre, aunque también sabía estar quieto y sin molestar el tiempo que fuera necesario. El padre de Ricky, que llevaba oscuros negocios relacionados con las apuestas de caballos, había conseguido una esquina en Islington a su hijo —pagando por ella muchos chelines, como le recordaba siempre—, donde cada madrugada un carro le lanzaba a los pies trescientas copias de *The Morning Post*. Ricky y Bullet pasaban la mañana allí: el niño gritando las noticias del día y el perro meneando el rabo cada vez que alguien les dejaba una buena propina. John, en cambio, trabajaba en la fábrica de jabones, así que su padre le dijo que no quería oír hablar de animales.

—¿Qué va a hacer el chucho las horas que estás fuera? ¡Además, aquí no cabe!

Los Hessler vivían en un *cottage* de dos habitaciones y eran seis. El padre, la madre, tres niños —John era el mediano— y John Senior, el abuelo. Así que, con mucha pena, John tuvo que reconocer que su padre tenía razón y se conformó jugando con el perro de su amigo cada tarde, cuando salía de la fábrica.

Desde Upper Street los tres caminaban hasta el río, en la zona del canal Regent's. Conocían un par de sitios donde siempre se formaban grandes charcos. Cuando encontraban uno, se quitaban la ropa y se tumbaban en el barro cruzando los dedos y deseando sentir un pellizco. Si eso pasaba, quería decir que se

les había pegado una sanguijuela.

—¡Tengo una, tengo una! —gritaba el afortunado.

El otro se apresuraba a echar sal en el bicho para que se despegara y después lo metía en una caja que habían perforado con un palillo, para mantenerlo vivo. Cuando tenían una decena se volvían a vestir y las llevaban a la farmacia de New Road, donde las vendían a dos peniques cada una. Desde allí corrían al almacén que estaba al lado de la Posada Angel y regateaban con Raymond, el tendero, hasta que agotaban su paciencia y aceptaba cambiarles las pocas monedas por dos grandes palos de caramelo. Salían de la tienda y rodeaban la posada. Detrás, en los establos, vivía Ricky. Se subían a las pilas de heno y se sentaban a ver bajar el sol mientras lamían las golosinas. Olvidaban el trabajo y la pobreza y se centraban solo en formar, los tres juntos, una imagen de pura felicidad.

Al año siguiente, un martes de otoño, John salió a trabajar y, al llegar a la esquina de Ricky, no lo encontró. «Qué extraño», pensó. En cuanto terminó su turno, caminó hasta los establos de Angel. Le faltaba todavía un buen trecho para llegar, pero ya advirtió que algo andaba mal. Una multitud estaba concentrada delante de la posada. Vio un carruaje de la policía y, al acercarse, descubrió también dos carros de bomberos. Solo entonces se dio cuenta de que el humo que envolvía el barrio no era el de siempre: además de niebla y carbón, llevaba una importante carga de ceniza. John alcanzó la posada y, detrás de ella, donde antes estaban las cuadras y la casa de Ricky, ya no quedaba nada.

—Debía dinero a medio condado —oyó decir a una mujer.

—En esos establos se apostaba día y noche —confirmó otro vecino.

La noche anterior alguien había lanzado dos faroles a los establos. El edificio era de madera y estaba rodeado por balas de heno, así que todo había sucedido muy rápido. Los malhechores

habían tenido la decencia de desatar a los caballos; uno lo encontrarían dos días después en Clerkenwell, los otros apenas se alejaron del lugar. Pero al día siguiente, en una esquina de Islington, los transeúntes sortearon una pila de trescientas copias de *The Morning Post*, que se quedaron allí, sin distribuir. Solo un curioso las notó. Se agachó, desató el cordel y leyó en la portada: «Incendio provocado en los establos de Angel. Fallecen padre, madre, dos niños y sus mascotas.»

Dos meses después, John cumplió diez años. Y por primera vez, en lugar de un perro, pidió algo que a su padre le pareció mucho mejor: unirse a la brigada de bomberos de Wood Green.

El 9 de junio de 1873 era lunes. A las doce del mediodía John se sentó a almorzar en la cantina del cuartel y, al abrir la cesta, descubrió que su mujer, Hannah, había añadido un puñado de frambuesas al pan y la leche que tomaba a diario. «El día no hace más que mejorar», pensó. La jornada estaba siendo tranquila. Había pasado una hora jugando a los dados con Shaw, uno de sus compañeros, y había ganado una pinta de Porter que pensaba disfrutar esa misma tarde en el pub.

De repente y sin aviso, como le gusta maniobrar al destino, Sully, el hijo de Thomas Page, un forjador que John conocía desde que eran niños, irrumpió en el cuartel.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Hay un incendio en el Palace!

John se levantó con tal ímpetu que derrumbó la silla y agitó la mesa. La cesta se volcó y las frambuesas salieron rodando y cayeron al suelo, donde fueron pisoteadas por toda la brigada que corría hacia el cobertizo para preparar los caballos y engancharlos a los carros de vapor. Los siguientes años, cada vez que John miraba el suelo del cuartel, las manchas rojas en la madera le recordarían ese día.

Cuando llegaron al Palace el edificio ya se había convertido en

una densa masa de fuego.

Thomas Page, el forjador, acababa de ser rescatado por dos policías.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó John.

—Estaba en el tejado con Larner, arreglando el emplomado de la cúpula. A las doce y media nos paramos para comer. Teníamos un pequeño brasero, ya sabe, para el té. —Thomas hizo una pausa para toser y se limpió la cara con un trapo—. Creo que se nos resbaló un pedazo de carbón ardiente. —El hombre estaba aturdido y miraba en todas direcciones—. ¿Dónde está Larner? —preguntó. Se giró y gritó—: ¡Larner! —Vio un policía y echó a correr—. ¡Sargento! ¿Sabe dónde está Larner?

El sargento Tuppenny estaba ocupado gestionando la fila de visitantes que salían de allí conmocionados. Lo último que quería era hablar con el mamarracho que había causado todo.

—Apártese, Page, ¿no ve que estamos ocupados?

Page corrió hacia John, que estaba ordenando que llamaran a la central.

—¡John, escúchame, creo que Larner está todavía dentro!

—¡Hay que avisar al capitán Shaw! —gritaba John a uno de sus subalternos—. ¡Díganle que venga con todos sus hombres y con todos los carros que tengan disponibles!

En ese momento se oyó una fuerte explosión y parte del tejado se hundió. Los turistas, que hasta entonces caminaban con relativa contención, echaron a correr asustados.

—¡Mantengan la calma! —les gritó John.

Thomas seguía a su lado y le tiró de la manga del uniforme.

—John, ¡John!, hay que rescatar a Larner.

John lo miró. De sus ojos, enajenados, salían lágrimas que iban formando caminos por el hollín que tenía en la cara.

—Lo siento, Thomas, pero no puedo meter a ningún hombre en esa zona. Es demasiado peligroso.

Entonces Thomas se giró y echó a correr hacia el Palace tan

rápido como pudo.

—¡Thomas!—gritó John saliendo detrás de él.

Pero el hombre sorteó a los guardias y se coló dentro. Uno de los oficiales bloqueó a John.

—Déjalo, John, no puedes entrar ahí.

Él iba a decir algo, pero se lo impidió un estruendo infernal, seguido de lo que pareció el acorde final de un Réquiem. Dos días después, John se personó en la casa de los Page para comunicar al joven Sully la muerte de su padre. El anfiteatro se había derrumbado y habían encontrado su cuerpo aplastado debajo del piano.

—¡Dios santo, venid a ver! —gritó Eliza, una de las camareras de los Walcott.

Todos los que estaban en la cocina corrieron a la ventana. A lo lejos, dos enormes columnas de humo salían del Palace.

—¡Pero qué barbaridad! —exclamó la señorita Mills estrujando como siempre el trapo que tenía en la mano.

Cuando vio la humareda, Mary pensó en su padre y se asustó. Se oyó a alguien bajando a toda prisa las escaleras. La señora Walcott apareció en la cocina. Su presencia activó un resorte y todos se colocaron apresuradamente en fila y agacharon las cabezas.

—Señorita Mills, junte algunas provisiones. El señor Hocks está preparando un carro con mantas y sábanas viejas. Ahora enviará un par de muchachos para que recojan todo y lo lleven al Palace.

—Sí, señora, por supuesto —respondió la cocinera, poniéndose manos a la obra—. ¡Eliza, llena un cesto de manzanas!

—Mary. —La señora Walcott la miró, y Mary, que no se lo esperaba y seguía distraída pensando en su padre, dio un respingo—. Es probable que en tu casa necesiten ayuda, vete ya.

Sus compañeros cuchichearon. Mary llevaba poco tiempo en el

trabajo y algunos no sabían que era la hija del capitán Hessler.

—Gracias, señora Walcott —se despidió ella, con una rápida reverencia.

Después echó a correr colina abajo, una mano sujetando la cofia y la otra levantando el mandil, para no tropezar. Al entrar en casa encontró a su madre en la cocina, despeinada y sudada, asando patatas. Sally, a su lado, preparaba una tetera.

—¡Mary, gracias a Dios! —La mujer acogió la ayuda con alivio —. Ve a pedir la carretilla a los Smith. Y diles que te presten tazas y cuencos.

Ella obedeció y fue a casa de los vecinos. Cuando volvió, su madre colocó dentro de la carreta dos teteras, tres cestas de patatas asadas y todas las tazas que tenían.

—Corre, llévaselas a tu padre.

Mary arrastró la carretilla lo más rápido que pudo. Cuando llegó a los pies de la colina tuvo la suerte de encontrarse con Roy, un compañero de sus tiempos en la escuela, que iba hacia el Palace para curiosear.

—Te ayudo —se ofreció, agarrando la carretilla.

Entre los dos avanzaron mejor. Por el camino se cruzaron con muchos de los visitantes que habían evacuado del Palace. Bajaban corriendo, girándose de vez en cuando y mirando para atrás, como si tuvieran las llamas pegadas a la espalda. Varias mujeres lloraban asustadas, otros vociferaban quejas o insultos hacia los causantes de semejante desgracia.

—¡Medio millón de esterlinas desperdiciado por culpa del almuerzo de un insensato! —gritaba un hombre a su mujer, que no le respondió. Llevaba en brazos un niño muy pequeño, que iba medio dormido, y tenía todavía el terror en la cara.

En cuanto llegaron a los pies del Palace, Roy desapareció entre la gente. Mary buscó a un oficial para que le indicara dónde estaba su padre. Al verlo echó a correr hacia él.

—¡Padre!

—¡Mary, gracias por venir!

John era todo frustración. La operación estaba resultando un desastre. Los hidrantes no alcanzaban la suficiente potencia porque los habían colocado a los pies de la colina, demasiado lejos. Dos semanas antes, tras la inauguración del Palace, él mismo había denunciado este error a las autoridades de Hornsey, pero nadie le había hecho el menor caso. El capitán Shaw, de la central de King's Cross, solo había podido acercarse con 24 hombres y tres carros —el resto estaba empeñado en otras misiones por la ciudad—, y no eran suficientes. La señora Kelsey, mujer de un friegaplatos del Palace, llevaba dos horas gritando desesperada. Su marido estaba desaparecido. Y según el sargento Tuppenny, faltaban también dos hermanas, las señoras Sarah Everett y Maria Constable.

—Han colocado un brasero allí a la izquierda, un poco más abajo —dijo a su hija—. Ve a preparar té y repártelo entre los trabajadores.

—Ahora mismo, padre.

Mary trasladó la carretilla hasta el campamento que habían improvisado los bomberos y calentó una tetera. Cuando silbó, llenó varias tazas y las repartió mientras calentaba ya la siguiente. Bomberos y policías se acercaban por turnos para beber o comer algo. Mary se afanaba, intentando estar en todo. Repartía patatas asadas y servía té, y a su lado la señora Tuppenny, mujer del sargento, distribuía fruta y rebanadas de pan. Así pasaron varias horas hasta que el sol se puso y uno de los oficiales les acercó un farol.

De vez en cuando Mary metía las tazas sucias en una cesta y bajaba a lavarlas hasta el canal de New River, situado detrás del Palace, para no desperdiciar el agua que los bomberos traían en garrafas, que se usaba solo para las teteras o para beber. Pero estas idas y venidas se complicaron con la llegada de la noche. La oscuridad y el humo que envolvían la zona dificultaban el camino y, aunque llevaba consigo un pequeño farol, avanzaba

despacio por miedo de tropezar. En la parte trasera del edificio se había acumulado un buen grupo de personas. Algunos eran solo curiosos, pero otros pretendían colarse entre las ruinas para saquear lo que pudieran encontrar. Mary vio cómo un policía paraba a un chico y, tras quitarle varias piezas de cubertería que llevaba escondidas en la camisa, le dio una buena zurra. El chico salió corriendo, llorando y frotándose el trasero. Mary aceleró el paso. Un poco más allá le pareció oír su nombre:

—Mary, ¡Mary!

Roy estaba subido a unos escombros. Tenía los brazos llenos de cosas y la llamaba en voz baja.

—¿Qué haces ahí, Roy? —le gritó Mary—. ¡Baja, te vas a matar!

—Chist, ¡calla! —apremió el chico mientras descendía con la agilidad de un gato callejero.

Cuando la alcanzó le mostró orgulloso lo que llevaba, como si fueran trofeos.

—¿Sabes qué son?

Mary acercó el farol. Eran dos fuentes y una jarra.

—¿Para qué quieres tú una fuente, Roy? —Mary estaba decepcionada. Roy siempre le había parecido un buen chico.

—Son de porcelana y muy caras. —Giró la fuente para enseñarle la firma a Mary. Ella apuntó el farol y leyó: «Copeland Spode.» Encogió los hombros con desaire, aquello no le decía nada. Lo único que sabía era que su amigo estaba robando y la idea le parecía nefasta.

—Hoy había una exposición en el Palace —siguió él, entusiasmado—. ¿Conoces la tienda de Sutton, en Finsbury?

—No.

Mary intentaba zafarse de Roy para seguir su camino, pero el chico seguía cacareando.

—Apuesto lo que quieras a que me darán más de una esterlina por estas dos piezas.

Se oyó un silbato de la policía. Acababan de pillar a otros

ladrones. En un abrir y cerrar de ojos Roy desapareció entre la maleza, como una liebre.

Poco después, Mary volvió al campamento con una docena de tazas lavadas. Dos bomberos se acercaron. Estaban llenos de hollín y se les veía agotados. Mary les sirvió agua y, tras refrescarse, se sentaron en el suelo, junto a la mesa de las viandas, para comerse una patata asada. Hablaban entre ellos como si estuvieran solos, cosa que a Mary no le sorprendió. Era mujer y trabajaba en el servicio, estaba acostumbrada a ser invisible.

—El capitán Hessler debería dejarlo ya. Es imposible que ese hombre esté vivo.

—Alguien tendría que llevarse de aquí a su mujer, está montando un escándalo.

—Yo desde luego no voy a entrar ahí. ¿Sabes que había cientos de piezas de cerámica? Mi cuñada vivía en Stoke-on-Trent, donde las fabrican, y sé bien lo que hace el polvo de cerámica a los pulmones. —El hombre dio el último mordisco a la patata y se levantó—. Si Hessler sobrevive a esto, lo matará ese polvo en menos de dos años.

Los bomberos se alejaron sin notar la presencia de Mary, que se había puesto a temblar. No podía saber que aquellas eran solo las conjeturas y exageraciones de un fanfarrón. Era una niña de catorce años escuchando una sentencia de muerte y solo pensó en ir al Palace para sacar de allí a su padre. Agarró el farol y echó a correr hasta la entrada principal, pero no lo encontró.

—Señor Hulme, ¿ha visto a mi padre? —preguntó a uno de sus compañeros.

—Creo que está en la parte trasera, siguen buscando a dos mujeres que estaban en la exposición —le explicó—. Espéralo en el campamento, ¿me oyes? Aléjate de aquí, que hay riesgo de derrumbes.

Mary se alejó, pero no obedeció. Dio la vuelta a lo que quedaba del Palace y se acercó todo lo que pudo. La zona estaba

llena de saqueadores que salían con sábanas y trapos llenos de objetos. Los agentes trepaban por las ruinas y apresaban a los que podían, pero no daban abasto. En cuanto cogían a uno, aparecía otro. Mary lloraba. ¿Cómo podía ser tan imprudente su padre? ¿Qué harían si le pasaba algo? Intentó subirse a unos escombros, pero tropezó y resbaló hacia abajo. Una mujer apareció en lo alto. Llevaba un hatillo y corría asustada: detrás de ella la seguía un policía. La mujer derrapó por los escombros y el hatillo se le cayó. El policía también derrapó y estuvo a punto de alcanzarla, pero ella se levantó, ágil, se subió la falda y las enaguas, y escapó corriendo. El policía decidió centrarse en un chiquillo que había aparecido de la nada con una alfombra enrollada.

Fue entonces cuando el suelo empezó a temblar. Mary se echó para atrás y levantó el farol para iluminar el edificio: una enorme viga de madera se estaba cayendo. Mary se lanzó al suelo y se tapó la cabeza con las manos. Un fragor la rodeó. La niña se quedó inmóvil un buen rato, apretando los ojos y rezando. Después, cuando se hizo el silencio, se levantó con cuidado. No podía ver casi nada. Había perdido el farol y una nube de polvo denso envolvía la zona. Esperó muy quieta a que el polvo bajara y se fue acostumbrando a la oscuridad. Todo lo que antes tenía enfrente ahora había desaparecido. Se limpió la tierra de la cara y de la falda y tosió. La tos pareció reactivar su mente y tomó conciencia de lo que acababa de suceder: ahí abajo, en medio a todas las ruinas, las cenizas y los restos, estaba su padre.

—¡Padre! —intentó gritar. Las lágrimas bajaron hasta su boca. Sabían a tierra.

Dio un paso hacia adelante, intentando acercarse, pero el terreno era un amasijo blando y no había donde apoyar el pie. Oyó un tintineo. Estaba pisando el hatillo que se le había caído a la mujer. Se agachó y lo desdobló. La humareda le impedía verlo bien, pero al palparlo se dio cuenta de que era un pocillo de té

con su plato, partes de la vajilla que había robado Roy.

Volvió a doblar el trapo y empezó a avanzar como pudo, colina abajo. Caminaba con los labios cerrados por la rabia y el corazón hundido. Iba abrazada al paquete. «Estas cerámicas se han llevado a padre», pensó con ofuscación infantil. «Al menos dos me pertenecen.»

Mary volvió al campamento y metió el hatillo en una cesta, que colocó en la carreta. La señora Tuppenny la vio en estado de pánico y corrió en su ayuda. Intentó preguntarle qué le pasaba y de dónde venía, pero Mary no hablaba.

—Será mejor que te vayas —le dijo—. De todos modos, aquí ya no hay más que hacer.

Mary agarró la carretilla y bajó la colina junto a policías y oficiales que, rendidos, volvían a sus casas. Del Alexandra Palace apenas había quedado nada.

Cuando estaba llegando a casa, la puerta se abrió y Mary vio salir a sus padres. Habían oído la carretilla bajando por el empedrado y salieron corriendo a buscarla.

—¡Santo cielo, nos tenías preocupados! —exclamó su madre.

Mary miró a su padre.

—¿Dónde estabas? —susurró.

—He bajado con el doctor Wells hace un rato.

John había querido notificar personalmente el fallecimiento de las dos hermanas a la familia.

—Fui a recogerte al campamento, pero no estabas. Creía que habías vuelto a casa.

El cansancio y la confusión vencieron a Mary. Entró en silencio, casi en trance, y subió a su habitación con la cesta en la mano, sintiendo galopar el pulso en las sientes. Cerró la puerta y se sentó en la cama. Sally dormía a su lado. Dejó la cesta bajo la cama, cerró los ojos y se durmió. Al día siguiente se despertó cuando el sol ya calentaba la colcha. Intentó recordar la noche anterior. Buscó la cesta, desplegó el paño y vio el pocillo y el

plato. ¿Qué había hecho? Volvió a esconderlos y se lavó en la jofaina. El reflejo en la ventana le mostró una imagen que la avergonzó: «Mary Hessler, eres una ladrona.»

Marta

1. Marta está desayunando cuando suena el teléfono.

—¿Marta? Soy Ana.

—Hola, Ana, ¿alguna novedad?

—Sí, Max se fue ayer por la noche.

—Ay, ¡qué pena más grande!

—Al menos se fue solo y Ángel no tuvo que tomar la decisión.

—Sí, claro. ¿Dónde está ahora?

—En casa, esperando a su hija, la que vive en Barcelona. Se lo lleva a pasar unos días allí.

—Gracias por llamar, Ana.

—De nada, cariño. Nos vemos esta tarde.

2. Sale de casa con un peso en el estómago. Va hacia el museo contando los perros que se encuentra. Pasean felices, como si fuera el mejor día de sus vidas, y orgullosos de hacerlo al lado de sus dueños. «Qué animal tan extraordinario», piensa. Max era uno de los mejores, van a echarlo mucho de menos en el parque. Tendrán que convencer a Ángel para que siga paseando con ellos, está mayor y es importante que no pierda la costumbre de hacer ejercicio. Marta le tiene mucho cariño al grupo del parque, una tribu que está siempre ahí, dispuesta a ayudar, y que debe a Chusca.

Recuerda el día que la trajo de la perrera. Su padre había fallecido un año antes y la casa seguía muy apagada. Marta pensó que un perro les vendría bien: les obligaría a salir más, conocerían gente y empezarían rutinas nuevas. Cuando llegó a la protectora le recomendaron un terrier precioso. «Es buenísimo y muy cariñoso, ya verá.» Marta se agachó para jugar con él, pero

Chusca, que dormía en la misma jaula, se colocó entre los dos y le alargó la pata, meneando la cola. Parecía decirle «sí, soy un cruce feo de cien perros distintos, pero hazme caso, soy la mejor». Su seguridad y su entusiasmo conquistaron a Marta. Al empleado le llamó mucho la atención, nadie se había fijado antes en ella. «Pensé que esta perra nunca saldría de aquí», le dijo. Chusca se reveló divertida, caótica y un poco traviesa: era justo lo que necesitaban. Al principio la sacaban las dos, pero cuando su madre se mudó a Mahón quiso que se la quedara Marta, para que tuviera compañía, y desde entonces no se han separado. Gracias a ella siente que tiene una familia en el barrio.

Al pensar en sus amigos se da cuenta del tiempo que pasa con Nacho, una persona que jamás habría conocido si no fuera por los perros, pero que se ha vuelto fundamental en su vida. Esta tarde, Marta quiere llamar a su madre. Ojalá haya coincidido con el padre de Nacho en la universidad, sería fantástico.

3. Cuando entra en el museo procura no pasar por el Patio Andaluz. Hoy no es un día para poner a prueba sus obsesiones. Se sienta a su mesa y se pone enseguida con la correspondencia. Sobre las once oye la máquina del fax que tiene al lado y se levanta a recogerlo. Cuando ve el membrete de The National Gallery sabe que es de su amiga María, una compañera de la facultad. Trabaja en el museo de Londres y se mandan mensajes a menudo. Marta lo lee:

Te acabo de enviar por correo la nueva novela de tu querida Adela Ferri. El martes me hice más de una hora de fila en Hatchards, pero conseguí que te la dedicara. ¡Fue muy maja y es guapísima! Espero que te guste tanto como las anteriores. María

Marta está encantada, tiene muchas ganas de leerla. En un

folio le dibuja un monigote peludo con el que solían decorar las carpetas de la universidad. Lo pinta con un cartel en la mano que pone «¡Gracias, Mari!» y se lo envía.

4. A media jornada sale a tomar un café al bar con dos compañeros, que pasan el rato hablando del Mundial. Mañana son los cuartos de final y no consiguen ponerse de acuerdo entre Italia y Francia. Marta se aburre, pide el periódico en la barra y un bolígrafo, y mata el tiempo rellenando el crucigrama.

—Persona de gran fortaleza física con la T, cinco letras —les pregunta.

Pero siguen discutiendo y no le hacen ni caso.

—Titán —le responde un abuelo desde la mesa de al lado.

—¡Titán, claro! Gracias, señor.

El hombre la saluda moviendo el medio cruasán que tiene en la mano.

5. De vuelta en su mesa, suena el teléfono.

—Casa Museo Sorolla, ¿en qué le puedo ayudar?

—Lo siento, tenías que responder «*¡Hola, Raffaella!*», te quedas sin dinero.

Marta suelta una carcajada. Es Nacho.

—Nacho, ¡qué sorpresa!

Es la primera vez que la llama al trabajo.

—Solo quería saber cómo estabas y animarte un poco. Me he enterado de lo de Max, me lo ha dicho Teresa.

Marta se reafirma en lo que venía pensando esta mañana. Es un gran amigo.

—Me da muchísima pena —le confiesa—. En cuanto vuelva Ángel lo llevamos a pasear con Chusca y Orsonwells.

—Eso, sí. Se me ha ocurrido que podríamos hacer turnos. Así cada día sale con un perro distinto.

—Me parece genial. Le pregunto a Ana si sabe cuándo vuelve y lo organizamos.

—Vale, aunque primero tienes que pedir que cambien la música de espera que tenéis en la línea del museo. ¿Phil Collins? ¿En serio?

—Toda la razón. —Marta se ríe—. Es lo peor.

—Otra cosa. He estado pensando en el pocillo. Si buscas «Spode» en Internet...

—No tengo ordenador —le interrumpe Marta.

—¿No te han puesto un ordenador en el museo?

—No lo he querido, prefiero la máquina de escribir.

—Marta, ¿qué voy a hacer contigo? Vamos a entrar en el nuevo siglo y te vas a quedar sola en este con tu máquina, tus plumas y tus Betamax.

—¿Qué es eso tan importante que me estoy perdiendo en Internet?

—Pues he encontrado que cada pocillo tiene un sello debajo que dice cuándo se fabricó. A lo mejor saber de cuándo es te puede dar pistas.

—Sería estupendo, sí.

—Voy a imprimir los sellos, desde 1830, para que puedas compararlos con el del museo.

—Muchas gracias, Nacho.

—De nada. Ahora que soy experto en porcelana, igual puedo ir a un concurso. Saluda a todos de mi parte hoy, supongo que el ambiente será de bajón. Yo tengo una cena de trabajo, sacaré a Orsonwells por la noche.

—Vale, te veo mañana, entonces.

6. Por la tarde Marta va hasta la iglesia de Santa Bárbara, que está a tres minutos de su casa, al lado del parque. La historia de su familia está muy unida a este lugar, que su madre llama, con ironía, «Iglesia de la Concesión». Ella, más progresista, quería una boda civil, pero la familia de su padre pertenecía a esta parroquia desde siempre —su abuela paterna presumía del generoso donativo que un antepasado había hecho a Fernando

VI para su construcción—, así que, al final, su madre acabó cediendo. Allí se casaron y también allí bautizaron a Marta. Su abuela insistía en llevarla cada domingo a misa y, al principio, su madre también aceptó. Hizo en la parroquia la Primera Comunión, pero, años después, no quiso confirmarse y, esta vez, su madre se puso de su parte y defendió su decisión.

7. Cuando era niña Marta tenía mucha fe. Una de sus lecturas favoritas era un librito que su abuela le había regalado titulado *Vidas de niños santos*. Eran historias tremendas, hablaban de niñas que perdían el seno o pequeños que morían quemados. A Marta la hechizó. Después conoció la historia de Fátima y la de Lourdes, y su fascinación por estos niños, que veían cosas increíbles para morir poco después, creció todavía más. Le encantaba ir a la parroquia porque nada más entrar, a la izquierda, hay una reconstrucción de la gruta de Lourdes que acabó aprendiéndose de memoria. Contaba el número de recovecos de las rocas, los pliegues del manto de la Virgen y las cuentas de su rosario. Pasaba la hora de la misa en aquella capilla, imaginando que la Virgen le decía aquello de «Yo soy la Inmaculada Concepción». Fueron años de obsesión con el pecado, la culpa y la oración. Con el tiempo, esos temores empezaron a pesarle y su fe desapareció. Se convirtió en una adolescente muy racional, poco amante de lo sobrenatural y escéptica ante cualquier cosa de la que colgara la etiqueta «milagroso». Empezó a comulgar con las ideas progresistas de su madre y, con catorce años, dejó de frecuentar la parroquia.

8. Hoy, apenas entra, no puede evitar acordarse de su padre, porque la última vez que estuvo allí fue para su funeral. Aquella tarde deseó con todas sus fuerzas volver a tener fe. Quería llevar aquello con la aceptación de quien afronta la muerte creyendo que más allá hay algo mejor. ¡Qué envidia tuvo escuchando al

párroco! Durante la homilía habló de su padre casi con celos, como si los hubiera abandonado para irse de vacaciones a un lugar increíble. Ella, en cambio, no pudo parar de llorar.

9. Se sienta en uno de los bancos, cierra los ojos y se imagina charlando con su padre. Le cuenta todo sobre estos meses de juegos, sobre su nueva ilusión, sobre cómo convive con la esperanza y el miedo. Se lo imagina diciéndole una de sus frases recurrentes: «A por todas, Martita, a por todas. Que no se diga que no lo intentaste.» Sonríe y saca del bolso el último mensaje:

LA VES SUBIENDO LAS ESCALERAS,
LA RECUERDAS CUANDO TRUENA.
EN SU CASA Y DESDE EL PÚLPITO

Camina hasta el púlpito. Un cordón impide el paso. Hay una mujer de la limpieza entrando y saliendo de la sacristía, así que no se puede arriesgar. Pero el mensaje dice «desde». Marta se coloca debajo para descubrir lo que vería si estuviera subida en él. Justo enfrente hay un confesionario, es de madera y muy barroco, hay mil recodos donde podría meterse un papel. Le lleva un tiempo inspeccionarlo —tiene que pararse de vez en cuando para no llamar la atención de la mujer—, pero al final se rinde: allí no hay nada. Vuelve hacia el púlpito y se da cuenta de un detalle: las escaleras son curvas, así que la perspectiva desde arriba forma otra diagonal. Marta traza una línea imaginaria que termina en una escultura del Sagrado Corazón de María. Camina hasta allí y empieza a buscar. A la derecha hay un armario de madera. Marta se arrodilla en el banco más cercano, se agacha y, por fin, lo ve. Debajo del armario hay un sobre. Cuando la mujer vuelve a entrar en la sacristía, Marta se levanta, se tumba en el suelo y lo atrapa. Es grande, tamaño folio, y tiene la V. en la parte destinada al remitente. Marta sale de allí, feliz y excitada.

10. Cruza la calle hacia los jardines y se sienta en un banco. Abre el sobre y solo encuentra una cartulina, también tamaño folio, llena de agujeros. Marta está un poco decepcionada. ¿Qué debería hacer ahora? Hoy es jueves, así que supone que tendrá que esperar al lunes para encontrar más instrucciones en el Geominero. Vuelve a casa resignada, las esperas nunca se le han dado bien.

11. Al llegar llama a su madre.

—Hola, mamá.

—¡Marta! ¿Cómo llevas el calor?

—Estos días no se está tan mal.

—Aquí estarías mucho mejor, eso seguro. ¡Métete ya de una vez en un avión con Chusca!

—Oye, mamá, ¿te acuerdas de cuando me contaste lo del concierto en la universidad, el que organizaste con el sindicato?

—¡Raimon! Sí, claro, eso fue histórico. El otro día me paré en un semáforo y el tipo del coche de al lado estaba escuchando *Al Vent*. ¡No sabes qué emoción, casi me pongo a llorar allí mismo! ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Conociste, por casualidad, a algún Carlos en el sindicato?

—¿Carlos? ¿Carlos el asturiano?

—¡Sí!

—Sí, claro, fue conmigo y con Arturo a Barcelona para convencer a Raimon. ¿Te suena Arturo? Lo has visto muchas veces.

Marta no lo recuerda y no quiere desviarse de lo que le interesa.

—Pues resulta que soy muy amiga de su hijo. Tiene un bulldog y nos vemos en los jardines cada día.

—Pero ¿qué me dices? Ay, espera, me tengo que sentar.

Del otro lado de la línea Marta nota la agitación de su madre y se asusta.

—¿Todo bien, mamá?

—Sí, sí, es que no me lo esperaba. ¿Sigue vivo? ¿Está bien?

—Sí, vive en Asturias, con su mujer.

—Pobre chico, la noche del concierto lo encerraron. Nunca nos dijo lo que le hicieron, pero después se complicó todo. Los padres de su novia se enteraron y la mandaron a Italia. Al final la situación pudo con él y se volvió a Asturias. Arturo siempre dijo que prometió irse de Madrid a los «sociales» a cambio de no delatar a compañeros.

—¿Tenía una novia aquí?

—Sí, una chica de buena familia. Creo que estudiaba Filología, no me acuerdo muy bien.

—Pues se casó con una minera asturiana.

—¿Cómo se llama el hijo?

—Ignacio. Nacho.

—No sabes lo que me alegra que esté bien. ¿Puedes pedirle el número de teléfono o la dirección? Me gustaría hablar con él.

—Sí, claro.

—¡Qué emoción, me has alegrado el día! Cuelgo, que quiero contárselo a Angelines.

—¿La tía también lo conocía?

—¡Por supuesto! Éramos superamigos, vino a casa de tus abuelos mil veces.

Marta está encantada con la coincidencia. Ella también está deseando decírselo a Nacho.

—Entonces ¿sois amigos tú y su hijo?

—Sí. Desde hace unos tres años.

—¿Amigos, amigos?

Marta se ríe.

—¡Ay, mamá! Es un vecino, nada más.

—Vale, vale, solo preguntaba.

Marta escucha a su madre tan contenta que decide no contarle lo de Max. Sabe que le tiene mucho cariño a Ángel —siempre fue cliente de la farmacia de su padre—, y la noticia la va a

apenar. ¿Para qué estropearle el día?

Cuelga y mientras se prepara la cena piensa en lo último que ha dicho su madre, esa pregunta sobre la amistad con Nacho. Se para a considerarlo y, de pronto, tiene la extraña sensación de estar traicionando a V.

Adela

—¡Mamá!

Adela abre los ojos y tarda unos segundos en ubicarse. Se ha quedado dormida en el sillón del estudio.

—¿Qué haces? —le grita Lulu apoyando su bolsa de viaje en el suelo—. ¡Son ya las diez, tienes que llevarme a casa de Faye!

Reacciona ante sus gritos y se endereza, aunque despacio. Le duele todo el cuerpo.

—¿Te quieres mover? ¡Es tardísimo! —La niña cruza los brazos esperando a que su madre se levante.

—¿Dónde está tu padre? —pregunta Adela en voz baja. La cabeza le estalla.

—¿Dónde va a estar? ¡Trabajando!

Adela va a cambiarse, agotada. Ha pasado la noche en vela leyendo libros sobre el incendio del Alexandra. Ayer, tras despedirse de Emma, se fue a la biblioteca de Hornsey en busca de información. No encontró mucha cosa, pero le sirvió para mantenerse ocupada y no pensar en lo que había visto en casa de Florence. Michele volvió temprano, sonriente y cariñoso. Adela prefiere creer que todavía no sabe nada, no puede asumir que sea tan cínico. Quizá Florence esté esperando el momento adecuado para darle la noticia o, quién sabe, puede haberse librado del problema sin decirle nada. Michele se metió en la ducha y después, sonriente y repeinado como un Ken, se asomó al estudio donde ella estaba leyendo.

—¿Qué hay de cena?

—No he preparado nada —le respondió, casi sin mirarlo.

—Ok. —Aquello no era habitual y Michele estaba un poco perplejo—. No hay problema. ¿Pido un par de pizzas?

—Como quieras, yo no tengo hambre.

Adela colocó un pósit en una de las páginas. Michele salió, dejando la puerta entreabierta.

—¡Lulu! ¿Quieres pizza? —gritó.

Adela se levantó, cerró la puerta y volvió al sillón, donde se ha despertado esta mañana.

Se mira al espejo. Tiene un aspecto terrible. Lleva días sin dormir y sin comer bien, y sus ojos reflejan la confusión que se ha instalado en su interior. Decide concentrarse en lo más urgente: acompañar a su hija. Lulu va a pasar unos días a la playa con su amiga Faye y sus padres, que tienen una casa en Brighton. En estos momentos la invitación le parece caída del cielo, así que se viste rápido y baja al coche. Lulu ya está dentro. Adela lo pone en marcha y salen de Holly Lodge. La niña está enfadada por el retraso y enciende la radio muy alta. Sabe que su madre no lo soporta, pero Adela no tiene ganas de discutir y no dice una palabra.

Una *boyband* —Adela no las distingue, le parecen todas iguales— canta en falsete. Lulu detesta ese tipo de música, pero quiere provocarla: sube todavía más el volumen y se suma al estribillo: «*Cause I want you back!*» Adela se centra en la carretera. «Resiste», piensa, «ya casi estás llegando». Lulu la observa con el rabillo del ojo, desorientada. Dos minutos más tarde, no aguanta más:

—¿Se puede saber qué te pasa? —le grita apagando la radio.

Adela se pega un buen susto, pero no pierde la concentración. Un par de semáforos más y terminará el trayecto.

La niña se pone nerviosa, nunca ha visto a su madre así. Apoya los pies en la guantera, algo que Adela jamás le deja hacer, y resopla, agobiada, cuando ve que aquello tampoco provoca una reacción en su madre.

Ya han llegado. Adela aparca en la entrada. Lulu saca su bolsa

del asiento trasero. Jennifer, la madre de Faye, sale a saludar.

—¡Ya estáis aquí!

—Perdona el retraso —responde Adela intentando mostrar su mejor sonrisa.

—No te preocupes, según Jake podemos ir tranquilos porque su plan es infalible.

El padre de Faye se asoma a la puerta.

—¡Es que lo es! Es jueves y es día dos. La mayoría salió ayer, que era día uno, o se irá mañana, que es viernes.

—Tienes razón, mejor día imposible. —Adela se esfuerza y le ríe la gracia.

Lulu saluda educada a la pareja. Está todavía nerviosa. Antes de entrar en la casa se vuelve hacia su madre y hace algo que llevaba meses sin hacer: le da un abrazo.

A Adela el gesto la desarma. No quiere echarse a llorar delante de todos y busca una excusa para irse cuanto antes.

—Perdonad, pero os tengo que dejar. Mañana es la presentación y me quedan todavía mil cosas por hacer.

—¡Claro, no te preocupes! —Jake sonríe, apretándole el brazo con cariño—. Te llamamos en cuanto lleguemos.

—¡Qué ganas de leer tu nuevo libro! —Jennifer sonríe.

—Diré a la editorial que os mande uno. —Adela está ya caminando hacia el coche—. El lunes Nicolò recogerá a su hermana sobre las tres —les recuerda antes de meterse dentro—, tiene reserva en el tren de las cuatro.

Adela sale de allí todavía descolocada por el gesto de su hija. Enciende la radio y la potencia del volumen la hace saltar. Lo baja y escucha a un DJ: «¡Hoy te traemos en exclusiva lo nuevo de Garbage, disponible a partir del lunes!»

La canción es *I Think I'm Paranoid*. Adela tarda un poco en percatarse de la puntualidad del mensaje, pero al segundo estribillo lo nota y apaga, irritada.

Antes de entrar en casa, controla la foto en su cartera: siguen estando los tres pocillos. Adela respira. Necesita una taza de té y

una ducha. En la cocina encuentra una nota de Michele: «Reunión en la oficina de Manchester, vuelvo mañana.» Lo que más le indigna a Adela, lo que le hace sentir la rabia en la boca, es que al final del mensaje ha añadido un emoji con una sonrisa. Estruja el papel y lo tira a la basura. Se prepara el té. Su abuela la mira desde una foto de la nevera. Adela la saca y la observa con cariño. Deja la taza en el fregadero, coge su bolso y sale de casa.

No ha vuelto al café desde que estuvo allí con su abuela hace muchos años, durante su última visita a Londres. Anne intuía que no le quedaba mucho tiempo y quería volver a su casa una vez más. Adela recuerda que aparcaron al inicio de Crouch End. Era octubre y hacía fresco, pero en cuanto se vio entre aquellas calles, tan familiares, su abuela recobró energía y se olvidó de que acababan de diagnosticarle la enfermedad que, un año después, se la llevaría.

Adela había fotocopiado en la biblioteca un mapa de la zona a inicios de siglo, pero no hizo falta. La memoria de Anne era sólida como la de una chiquilla. Caminaba a buen paso, alegre y ligera, señalando cada esquina y contando mil anécdotas. «Aquí había un puesto de fruta, en verano vendían manzanas caramelizadas y en invierno castañas.» «Aquí se aparcaban los caballos. Ven a ver, todavía hay argollas en el muro.» Cuando llegó a su casa se quedó parada delante, observándolo. Era un edificio victoriano de dos plantas.

«Está todo igual. Bueno, todo no», se corrigió. «Falta la pescadería, claro.» Anne tenía los ojos húmedos.

En la planta baja, donde tiempo atrás sus padres habían regentado una pescadería, ahora había una agencia de viajes.

«Y esto no estaba», dijo señalando el café de la acera de enfrente. «Solo había un cruce y un hidrante.»

El local tenía dos mesas fuera y se sentaron para descansar.

Pasaron casi dos horas ahí, recordando historias de la infancia de Anne.

Hoy Adela se sienta a la misma mesa y al pensar en su abuela se echa a llorar. La camarera le trae un té y se preocupa al verla así:

—¿Va todo bien, *love*?

Adela sonríe y saca un pañuelo del bolso.

—Sí, gracias, solo estaba recordando viejos tiempos. Mi abuela creció en esa casa, ¿sabe? —le comenta señalando el edificio.

—¡No me diga! Yo soy de Finsbury, pero espere que aviso a la vecina, que es de aquí.

—¡Jane! —la joven grita hacia la ventana que hay encima del café—. ¡Jane!

Una anciana de unos setenta y cinco años se asoma. Lleva un plumero en la mano.

—¿Qué pasa? —pregunta, entornando los ojos.

—¡Baja, la abuela de esta mujer creció allí! —le informa la chica apuntando a la agencia de viajes.

—¿Allí? —repite ella, extrañada—. ¿Donde estaba la pescadería?

—¡Sí! —le grita Adela, encantada de que lo recuerde.

La señora se vuelve a meter dentro y, dos minutos después, sale al portal y se acerca a la mesa. La camarera, al ver que se ha dado tanta prisa, se ríe.

—¿Ves qué bien, *love*? —le dice a Adela, guiñándole el ojo—. Ya le has alegrado el día.

—Ahí vivían los McCraw —anuncia la anciana, sentándose en una de las sillas.

—Así es —confirma Adela—. Mi bisabuelo era Oliver McCraw.

—¿Su bisabuela era Louisa?

—Sí, ¿la conoció? —Adela está emocionada.

—A ella sí. Creo recordar que su hija se casó con un alemán y se fueron de Inglaterra.

—¡Exacto, se mudaron a Madrid! Allí nací yo.

—Pero yo soy del 1922 y conocí a su bisabuela ya viuda.

—Sí, Oliver falleció en 1898, cuando mi abuela Anne tenía solo cuatro años. Se casó con Louisa ya mayor, al menos para la época, tenía casi cuarenta. Mi bisabuela era unos diez años más joven que él.

—Vivía en el piso de arriba con su hijo, que fue el que heredó la pescadería.

—Eso es —confirma Adela—, mi tío abuelo Henry, un año menor que Anne.

—¡Henry, sí! —La mujer sonríe al recordar el nombre—. ¿Qué fue de ellos?

—Mi abuela vivió más de noventa años —dice Adela, orgullosa—. Y estuvo fantástica hasta el final. Louise falleció a principios de los años cincuenta y Henry en los setenta. Durante la guerra, Henry y mi bisabuela se mudaron al campo, en Somerset, donde vivía una prima de Louise. Henry se enamoró de una chica de allí y ya no volvieron. La gestión de la pescadería pasó a otra familia.

—Los Lee, sí. Mi madre decía que el pescado ya no sabía igual. —La mujer se ríe.

—Estuve aquí con mi abuela hace casi diez años, qué pena que no coincidieran. —Adela sonríe—. Le hubiera encantado conocerla.

—A mí también.

Las dos siguen conversando un buen rato.

—¿Qué tal se vive en Madrid?

—Oh, no, ahora vivo aquí, en Highgate —explica Adela—. Pero hacía muchísimo tiempo que no volvía por Crouch End.

—¿Y qué le ha hecho venir hoy? —La mujer tiene la mirada vivaz de una jovencita.

—Últimamente he pensado mucho en mi abuela —confiesa Adela.

—Dicen que es mejor vivir olvidando el pasado, pero yo no

estoy de acuerdo —afirma la anciana. Luego se inclina hacia Adela y sigue, bajando la voz—: A veces el pasado esconde la llave que abre el futuro que merecemos y hay que saber escucharlo.

Adela se queda pensando en esas palabras y ella se da cuenta. Se acerca más y, mirándola a los ojos, termina:

—No pases por alto las señales.

Después se levanta, la saluda y se vuelve a su casa.

Adela va a pagar.

—Gracias por este encuentro —le dice a la camarera.

De nuevo en el coche, Adela controla la hora antes de arrancar. Tiene mucho que hacer.

—Señora.

Adela abre los ojos, se ha vuelto a quedar dormida.

—Abróchese el cinturón, por favor, vamos a aterrizar.

Adela obedece y, poco después, se oye un golpe seguido de una vibración.

—Señoras y señores, bienvenidos a Madrid. Son las diez de la noche hora local.

Mary

Todos en Finsbury estaban de acuerdo: Eliza Sutton era una mujer incansable. Pero su energía escondía un secreto. Cada dos horas tenía que beber una taza de té lo más negro posible. Sin ese combustible, no funcionaba. El miércoles 11, dos días después del incendio, Eliza asistía indefensa al deterioro sin remedio de lo que podría haber sido un buen día.

El sargento Tuppenny llevaba ya demasiado tiempo en su tienda. Tanto que Eliza empezaba a temer que no saliera de allí indemne. Porque si lo escuchaba repetir, una vez más, lo que llevaba toda la mañana diciendo, su impaciencia tomaría las riendas y le estamparía algo pesado en la cara. Una lámpara de hierro, una fuente para diez personas o incluso la tetera que, en esos momentos, tanto necesitaba.

—Se lo digo una vez más, sargento. En esta tienda no encontrará nada que provenga del Palace.

—Yo también se lo repito, señora Sutton. —El bigote gris del sargento saltaba cuando hablaba y terminaba en punta, a Eliza le recordó a una musaraña—. Si compra algo robado allí, las multas serán ingentes. Y se lo digo una vez más, si ese algo es una pieza de la fábrica Spode, entonces, señora, tendré el gusto de hospedarla en nuestros calabozos.

—Sigo sin entenderlo. —Aquello a Eliza le parecía absurdo—. ¿Acaso vale más un plato que una bandeja de plata?

—Casi toda la línea Copeland Spode de 1873 ha desaparecido en el incendio del Palace. —Tuppenny pasó a la condescendencia—. Y la escasez, usted que trabaja en el negocio de las antigüedades debería saberlo, genera valor. Esas piezas, en caso de que hayan sobrevivido, no se pueden vender porque

tendrán que estar en un museo. Son obras de arte, señora Sutton, y no el tipo de cosas que vende usted aquí.

Aquello fue demasiado para Eliza. Se levantó, caminó hasta la puerta y la abrió:

—Gracias por su visita, señor Tuppenny, vuelva cuando quiera regalarle a su mujer «el tipo de cosas que vendemos aquí». Sé bien que las aprecia, y mucho.

Cuando el hombre, por fin, se marchó, Eliza corrió a la tetera y, tras reponerse, fue a la trastienda y levantó la estera que cubría el suelo. Debajo había una trampilla. Seleccionó una llave de las que llevaba colgadas en el mandil, abrió la compuerta y acercó un farol para hacer inventario de lo que había dentro: tapetes bordados, piezas de cubertería, limpiapipas, tres ceniceros de latón, varias fuentes de alpaca y un retrato al óleo de a saber quién. Esto era todo lo que los saqueadores le habían traído el día anterior del Palace. Nada de porcelana. Eliza estaba un poco decepcionada, pero se dijo a sí misma que era mejor así. Por lo menos estas cosas, pasados unos meses, podría ponerlas a la venta sin que nadie las relacionara con el incendio. Cerró la trampilla y volvió al mostrador.

Una hora más tarde, mientras recuperaba energías, alguien llamó a la puerta trasera. Eliza apoyó el té a regañadientes.

—¿Quién es ahora? —gritó, yendo hacia la puerta.

Pero cuando la abrió, allí no había nadie. Eliza se asomó y miró en ambas direcciones. El callejón estaba desierto. Iba a entrar de nuevo cuando se dio cuenta de que en el suelo había una cesta. La metió en casa y desdobló el paño que tenía encima.

—¡Por todos los demonios! —exclamó cuando sacó el plato y el pocillo.

Los metió de nuevo bajo el paño, volvió a abrir la trampilla y colocó la cesta bien al fondo. Sabía que, para vender esas piezas, no bastaría con esperar unos meses.

Lo primero que le llamó la atención a Marion, la nieta de Eliza Sutton, fue su vestido. Sedas así, cosidas de manera tan impecable, parecían salidas del cuadro de un museo. En 37 años, la tienda nunca había tenido un cliente como ella. Y, de hecho, la mujer y sus acompañantes estaban allí por pura casualidad. El auto en el que viajaban se acababa de averiar y habían entrado para resguardarse del calor. Marion corrió a llenar una jarra de agua y arrastró tres sillas hasta la parte delantera del local.

—Esos cacharros no son de fiar —comentó mirando el humo que salía del automóvil a través del cristal de la puerta—. Siéntense, por favor.

La pareja que iba con la mujer se sentó, pero ella se puso a curiosear entre los objetos y la quincalla.

—¿No quiere sentarse? —le insistió Marion.

—La señora no habla inglés —le dijo el hombre, secándose la frente con un pañuelo—. Es española.

—Es la esposa de un importante pintor —susurró la mujer.

—¡Vaya! —Marion estaba impresionada.

Mientras, la mujer había agarrado un cesto para meter los objetos que iba seleccionando.

—Su marido está exponiendo en las galerías Grafton, en Mayfair, y nos pidió que la lleváramos a conocer Kenwood House.

—Kenwood está precioso en verano —reconoció Marion.

—A mí me gusta más Ally Pally —dijo el hombre.

La mención del Palace encendió una luz dentro de Marion.

—¿Me permiten? —se excusó.

Marion fue a la trastienda y, desde allí, subió al departamento donde vivía con sus dos hijos. Abrió un armario y sacó las sábanas. Detrás, había una cesta. Antes de morir, su abuela Eliza le había dado instrucciones muy precisas: «Espera, por lo menos, treinta años. Así te aseguras de que no queda nadie en la comisaría de los que estuvieron durante el incendio. Y véndelo a alguien que lo sepa apreciar, explícale que es una pieza de

museo.» Marion no dudó. Había esperado demasiado, 34 años. Su plan era dárselo a sus hijos, pero el invierno pasado su marido, que era albañil, había fallecido tras caerse de un andamio. Las ventas no siempre cubrían los gastos y últimamente el estrés no le dejaba dormir. «Sí», pensó, «es el momento».

Volvió a la tienda con la cesta. La señora había colocado varias cosas en el mostrador y la esperaba para pagar. De cerca impresionaba todavía más. Tenía unos ojos preciosos, de un raro gris azulado, y llevaba pendientes de zafiros que daban brillo a su rostro. Marion hizo espacio en el mostrador y abrió la cesta. La española se acercó, curiosa.

—Esta pieza es única —le explicó sacando el pocillo y colocándolo encima de su plato—. Pertenece a una línea que ya no existe.

La acompañante traducía mientras ella prestaba mucha atención. Hizo un gesto con las manos, pidiendo permiso para tocar el pocillo.

—Por favor —la invitó Marion.

Ella dio la vuelta y leyó.

—Copeland Spode.

Marion temía que a la pareja aquello le resultara familiar, pero su abuela tenía razón. El tiempo lo borraba todo.

—¿Cuánto? —preguntó con un gesto la española.

Marion lanzó una cifra casi al azar. Era tan alta que solo de pensarla le temblaron las rodillas. La señora abrió los ojos, sorprendida.

—Si su marido se dedica al arte, lo apreciará —insistió.

Ella dudó un momento, parecía esperar una rebaja. La pareja miraba a una y otra, atentos, como espectadores de una partida de tenis. La puerta de la tienda se abrió de repente y el conductor se asomó para anunciar que el coche estaba de nuevo en marcha. Nadie le hizo caso, la habitación estaba llena de tensión. La mujer observaba a Marion, pero ella no se achicó. De

pronto, le sonrió y le alargó la mano, cerrando el acuerdo. A Marion se le escapó una risa floja.

—Gracias. Ha hecho usted muy bien. Son piezas de museo.

Ella dijo algo al hombre en español.

—Dice que puede estar tranquila —tradujo él—. Que así será, terminarán en un museo.

—Hasta pronto, señora...

—Clotilde —respondió ella—, Clotilde García del Castillo.

El grupo salió, el auto arrancó y Marion recuperó el aliento. Volvió a paso ligero a la trastienda: había que celebrar aquello de la mejor manera: con una buena taza de té.

Adela

La noche anterior a la boda su abuela la llamó para decirle que no se casara. Entonces tenía 84 años, pero seguía tan aguda como siempre. «No lo hagas si no estás convencida. Olvida las presiones, no le debes nada a nadie.» Pero esa presión estaba ahí, agobiando a Adela como una camisa estrecha. Todavía recordaba el último cumpleaños que había celebrado con sus padres, dos años atrás. Cumplía 28 y, cuando terminó de soplar las velas, su madre se echó a llorar. «Casi treinta, Adela», le dijo. «Me hago mayor y no me haces abuela.» En Milán, donde vivía entonces, las mujeres se casaban más tarde, pero todas sus amigas de la infancia eran ya madres y siempre que volvía a Madrid escuchaba el insoportable «se te va a pasar el arroz». Entonces frecuentaba a Michele y su madre insistía en el humillante «no vas a tener un partido mejor». Su padre, en esta ocasión, no decía nada. Tras pasar muchos años distanciados, sabía que debía estar al margen. Pero ese otoño fueron juntos a ver *Doctor Zhivago* y, a la salida del cine, reflexionó sobre lo importante que era no tomar decisiones «por miedo a la soledad», un comentario que Adela recibió como un regalo. Mientras, los meses pasaban y sus días replicaban las fases de la luna. Por momentos la relación con Michele la crecía, llegando incluso a parecerle que podía darle una vida plena. Otras veces, en cambio, su carácter y sus ideas —tan alejadas de aquel 68 que había respirado en la facultad— la menguaban hasta eclipsarla por completo. Después llegó el verano y Michele la llevó a la casa de sus padres. Pidió su mano delante de decenas de familiares y Adela dejó que la arrastrara un alud de entusiasmo que la cubrió de abrazos y la dejó ensordecida por

los aplausos. Tan solo un puñado de minutos más tarde, las mujeres de la casa empezaron unos preparativos que iban a darles la vida durante meses, y ¿quién era ella para estropear semejante fiesta?

Adela está recordando aquellos años sentada en un banco del Palacio Real, a pocos metros de la casa donde nació. Ayer, cuando llegó a Madrid, no avisó a su madre. Está mayor y no quiere alarmarla. ¿Qué podría decirle, además? ¿Que quizá esté empezando el viaje infernal que se llevó a su marido? ¿Y que es probable que lo afronte sola? No tenía sentido arrojarle conjeturas y prefirió alojarse en un hotel. Ha empezado el día paseando en estos jardines, que tanto le recuerdan a la niñez y a su abuela. Aquí, según le dijeron, dio sus primeros pasos, y aquí se hizo una cicatriz que todavía marca su rodilla. Un par de bancos más allá, una madre le da a su hija una magdalena. La niña le pega un buen mordisco y Adela se da cuenta de que no ha comido nada desde ayer y tiene hambre. Se levanta y echa a caminar hacia el centro. El cielo de Madrid siempre le ha parecido uno de los más bonitos del mundo, pero hoy está oscuro y amenaza lluvia. Adela confía en que sea solo un chaparrón de verano, tiene intención de ir hasta el museo andando, aunque esté lejos. Pasear la ayudará a controlar los nervios.

Cuando alcanza la calle Alcalá, se mete en la cafetería Nebraska. Dentro, el tiempo parece haberse parado, todo sigue igual. Adela merendaba aquí con las compañeras del instituto. ¡Cuántas tardes pasaron en aquella mesa del fondo! Su amiga Paula tenía un pequeño diccionario de italiano y se dedicaban a traducir las canciones de Gino Paoli y de Rita Pavone. Recuerda también que juntaban los ahorros para comprar la revista *Fans*, «La revista de la canción», que tenía artículos maravillosos como «Johnny Halliday, el Romeo de la era yeyé». Había una sección

dedicada a las cartas de los lectores y ellas escribían cada semana. Se esmeraban muchísimo, hablaban de Gianni Morandi, de Simon & Garfunkel, de Udo Jürgens. Corrían al quiosco con la esperanza de verlas impresas, pero la revista nunca las seleccionó. Años más tarde volvió a frecuentar la cafetería, esta vez con Carlos. Le encantaban los perritos calientes que hacían y le tomaba el pelo a Adela porque pedía el suyo sin kétchup ni mostaza. «El perrito sin sentido», lo llamaba él.

Adela se sienta y una camarera viene a atenderla:

—Hola, guapa, ¿qué te pongo?

La cordialidad de los madrileños, cuando se vive en Londres, es de lo más reconfortante.

—¿Tenéis horchata?

—Pues claro, y recién hecha, además.

—Y un sándwich mixto, por favor.

Mientras espera intenta imaginar qué estará pasando en Londres. Es probable que todavía nadie la eche de menos. Michele está, supuestamente, en Manchester; Lulu y Nicolò en Brighton, y ayer dejó a Watson con la vecina. Pero esta tarde es la presentación oficial del libro y en un par de horas, cuando Gayle no consiga localizarla al teléfono, se preocupará e irá a buscarla a casa. Puede que incluso llame a Michele. Adela sabe que debería avisarla, no merece que le falle así; pero igual que le sucede con su madre, en estos momentos está bloqueada. ¿Qué le va a decir? ¿«He subido a un avión para ver una taza»? Adela siente que el ansia le sube. Ayer, cuando se metió en el avión, se dijo a sí misma que iba a tener tiempo para hacer todo. «Si estoy en el museo cuando abra, a las nueve y media, podré coger un vuelo al mediodía y llegar a tiempo a la presentación de las seis.» En el fondo, siendo franca, siempre ha sabido que eso no iba a pasar. Todas sus convicciones se han desmoronado y se siente incapaz de afrontar lo que se le viene encima. Es una mosca que revoloteaba en una torre de naipes. Los ha hecho caer con un movimiento de alas y ahora está debajo, aplastada.

Sale de la cafetería mirando al cielo, que sigue amenazando lluvia. Cruza hacia la calle Barquillo, otro lugar que relaciona con su abuela. En la plaza del Rey estaba el Circo Price. Cada Navidad la llevaba a ver a Pinito del Oro, los elefantes y los payasos. Le compraba almendras garrapiñadas y fingía asustarse con ella cada vez que rugían los tigres. Allí fue también, con catorce años, a su primer concierto, de Los Pekenikes. Su madre le regaló dos entradas por su cumpleaños. Adela atraviesa la plaza, totalmente cambiada. «No pases por alto las señales», le dijo ayer la vecina de su bisabuela. «¿Qué señales me estás mandando, abuela? ¿Qué quieres conseguir?» Adela observa los nuevos jardines y piensa que en realidad ya casi no conoce Madrid. ¿Cómo sería volver a vivir en España? La mudanza a Londres no había sido nada fácil. Llevaba muchos años en Roma y sentía que por fin entendía su ritmo y su caos. Se había acostumbrado a la improvisación constante, al tráfico infernal y a los turistas, y tenía buenos amigos, gran parte con niños de la edad de los suyos. Pero dirigir el despacho de Londres era una oportunidad enorme para Michele. Al principio a Adela la deprimieron el clima y la frialdad de la gente, y llevaba fatal los horarios. «Todo termina a las cinco de la tarde», se quejaba en las postales que enviaba a sus amigas. «Es como si te robaran horas de vida.» Pero su abuela, siempre su abuela, fue quien la ayudó también en esa ocasión. En su primera visita le contó lo complicado que había sido para ella y su abuelo hacer el viaje contrario. «No sabíamos nada de español y no estábamos hechos para el calor. Fueron meses horribles. Y ya ves, ahora adoro España. Es solo cuestión de buscar algo que convierta este sitio en un lugar especial.» Fue entonces cuando Adela se volcó en reformar y decorar la casa de Holly Lodge. Gracias al proyecto viajó por medio país, conoció a un montón de personas y aprendió de arte, historia y jardinería. Aquello fue la clave para que acabara adaptándose a Inglaterra.

Adela sigue caminando. Pensar en su casa la impresiona. ¡Cómo han cambiado las cosas! Hasta hace muy poco, la idea de abandonarla le hubiera parecido impensable: la historia de sus hijos y la de todas sus novelas se ha escrito allí. Hoy, sin embargo, esas paredes sostienen algo que ya no es real, Holly Lodge se ha convertido en una caja vacía. Michele la ha dejado sin hogar.

Al llegar a la calle Argensola gira por Justiniano, una callejuela tranquila que siempre le ha gustado. Descubre que han abierto una papelería y se para un momento en el escaparate. Un perro sale del portal de enfrente y echa a correr. Es muy caótico y en pocos segundos su correa se enreda en una farola.

—¡Chusca! —Una joven sale corriendo detrás de ella—. ¿Qué estás haciendo?

La perra es una mezcla extraña. En cuanto su dueña la libera, se pone a dar saltitos. La chica se aleja, trotando con ella.

«¡Qué pareja más curiosa!», piensa Adela. Mira la hora: son las cuatro, las tres en Inglaterra. Es probable que Gayle esté ya preocupada. De pronto la vida en Londres le parece lejanísima. No falta nada para llegar al museo. Entra en una pastelería de la calle Génova y pide una tila. «Es inútil que sigas perdiendo el tiempo», se regaña. «Antes o después tienes que entrar allí.» Adela intenta calmarse. Lo más probable es que no pase absolutamente nada. ¿Qué puede pasar? Saca de la cartera la Polaroid, que sigue con los tres pocillos. Busca también el fragmento que encontró en el parque. Lo lleva en el bolso, dentro de una servilleta, para compararlo con el del museo. «Eso, suponiendo que todavía esté», piensa.

Mientras Adela cruza a la calle Zurbano, Nacho sube por Fernández de la Hoz, enfadado consigo mismo por haberse olvidado el impermeable. Está a punto de llover. Eso sí, lleva un

montón de folios sobre la historia de Spode en la mochila, ha pasado la mañana imprimiendo páginas. ¡Quién iba a decirle que lo acabaría sabiendo todo sobre las cerámicas inglesas! Él, que en su casa solo tiene los vasos de Nocilla o los de Duralex de toda la vida. Lo ha hecho porque confía en que la información ayude a Marta a olvidarse del tema. Un tema que es francamente absurdo, todo hay que decirlo. Pero ¿quién es él para juzgar absurdidades? Ciertos sonidos molestos, a él, pueden obsesionarlo durante días, sobre todo si no sabe de dónde vienen. A veces le basta entender el origen para aceptarlos y eso es justo lo que confía en que le pase a Marta con la dichosa taza.

Cuando entra en el museo le sorprende, como siempre. Es un oasis en medio de la ciudad. «Qué sitio tan genial para trabajar, menuda suerte tiene Marta», piensa. Cuando llega a la fuente se queda absorto con el sonido del agua. Saca la grabadora de la mochila y la enciende. Tiene que parar dos veces porque el patio está lleno de turistas. Aprovecha para grabar también a dos japonesas que están charlando en un banco y no se dan cuenta. «A saber lo que estarán diciendo», piensa, «pero tener algo en japonés siempre puede venir bien».

Más adelante se encuentra el estanque. Aquí el agua suena diferente y se tumba para acercar la grabadora. Llega un vigilante.

—¿Qué está haciendo?

—Nada, solo estoy grabando el sonido del agua. —Nacho está acostumbrado a quedar como un loco delante de todos.

—No puede estar ahí tumbado, alguien podría tropezar.

A Nacho eso le parece una tontería, pero no quiere discutir con un compañero de Marta. Está aquí para otra cosa, puede volver en otra ocasión.

—Perdone —dice levantándose—. La entrada se compra por allí, ¿verdad?

—Sí, a la izquierda. Dentro tampoco se puede tumbar.

Nacho mira al hombre. Va a contestarle, pero se centra y se contiene.

—Feliz tarde, amigo —lo saluda.

Se pone a la fila. ¿Dónde estará Marta? Una pareja de jubilados discute sobre quién debía recordar traer los carnets.

—De eso siempre te ocupas tú —protesta él.

—¿Ah, sí? —le responde ella, exasperada—. ¡Pues por una vez podrías haberlo hecho tú!

El funcionario les explica que sin carnets no les puede hacer el descuento. La pareja se resiste a pagar toda la entrada. Nacho está perdiendo la paciencia. Mira al funcionario y levanta las cejas. Él pilla la indirecta y se rinde.

—Está bien, pero la próxima vez no se olviden de traerlos.

Ya le toca a Nacho.

—Una, por favor.

El hombre le da la entrada y un mapa.

—¿Sabe decirme dónde puedo encontrar a Marta Soler?

—¿Marta Soler? —El hombre se gira hacia la chica que está en la tienda—. ¡Rosa! Marta no trabaja por las tardes, ¿verdad?

—No, estuvo el mes pasado, pero normalmente solo viene de mañana —dice ella.

«Qué tonto», piensa Nacho. «Olvidé que ya estamos en julio.»

—No pasa nada, gracias.

Nacho estudia el mapa. Los pocillos deberían estar allí mismo, a la izquierda. Saca los folios de la mochila y luego va a la taquilla para guardarla.

Controla de nuevo el mapa. Sí, tienen que estar en el Patio Andaluz, cerca de donde se encuentra ahora. Nacho gira, entra en el patio y enseguida lo ve. «Ahí estás.» Se acerca con los folios, pero justo delante de las tazas hay una señora mirándolas y tiene que esperar. La mujer no se mueve. Lleva una Polaroid en la mano. La observa y luego mira la estantería. Una y otra vez. Nacho alarga el cuello, curioso. La foto es justo de esas

mismas tazas. «¡Qué raro! A lo mejor es una pintora», se le ocurre. Parece que por fin está a punto de irse, pero lo que hace es sacar algo del bolso. «Vamos, que no tengo toda la tarde», piensa Nacho, nervioso. La mujer abre una servilleta, saca media taza idéntica a la que está en el estante y las compara durante unos segundos. Nacho cada vez está más extrañado. ¿Qué hace la mujer con una de esas tazas si se supone que tienen más de un siglo? Entonces vuelve a guardar la que lleva en el bolso, se acerca a la estantería y agarra el pocillo.

—¡Hey! —protesta él.

La mujer se gira. Cuando ve a Nacho, tiene un sobresalto y se le resbala de las manos.

—¡Carlos! —grita.

Apenas toca las baldosas, el pocillo se rompe. Solo ellos pueden oír el chasquido, los demás no alcanzan a escucharlo. Porque justo en ese momento el cielo protesta con un trueno y comienza la primera tormenta del verano.

Son las 5.12.

5.12

A las cinco de la tarde, hora española, Antonio se ve hojeando, por primera vez en su vida, una revista de moda. No sabe muy bien qué debe ponerse en una ceremonia civil. Corbata, por supuesto. Pero ¿puede ser de cualquier color? ¿Y qué tipo de chaqueta? Se le ocurre que puede pedir ayuda a Ángel. Él va siempre muy elegante y en estos momentos necesita distraerse. En cuanto vuelva a Madrid le pedirá que le acompañe a El Corte Inglés. Coloca la revista en su riel y atiende a la señora Paqui Cendón, que quiere su *Lecturas*.

—¿Cómo le va, Paqui?

—El calor es fatal para mis varices —le responde ella, con tono quejoso.

—¡Pruebe con aceite de cedro, mi madre decía que era mano de santo!

Ella sigue enumerando achaques, Antonio finge escucharla.

En realidad, su cabeza está en otra cosa: está pensando en Marta, lleno de ilusión.

—Váyase a casa, Paqui, que va a empezar a llover.

La mujer se aleja mientras Antonio cubre las revistas con plásticos protectores.

A esa hora Manuela, la amiga de Ana, arranca una página del catálogo de Pronovias. Es de un vestido para madrina, de color azulón. El modelo sería perfecto para Ana. Conoce a una modista en Chueca que se lo puede copiar idéntico por la mitad del precio. Los accesorios, por supuesto, se los regalará ella. Revisa los bolsos de fiesta que tiene en la tienda. Hay uno plateado que podría quedar muy bien. Se lo aparta. Ella va a llevar un vestido naranja pálido. ¿Debería añadirle un cinturón?

Mientras se lo piensa, Olga, una vecina, entra a por la falda que encargó la semana pasada.

—Pasa, Olga, aquí la tengo —saluda Manuela cogiéndola de un burro que está al lado de la caja.

—¡Qué bien, hoy tengo una cena y me apetece mucho estrenarla!

Pablo, su marido, que ha ido al supermercado, se asoma a la puerta.

—¿Se sabe ya algo de lo de Marta? —le pregunta.

—Todavía no —le responde ella.

Empieza la tormenta. Pablo entra corriendo en la tienda para que no se le moje la compra.

—Será solo un chaparrón —comenta Olga, mirando su reloj. Son las 5.12, todavía tiene tiempo.

Mientras, Teresa sale con Pachón y va hacia la papelería. No es capaz de quedarse en casa, está demasiado agitada. Cuando entra en la tienda, se encuentra todo patas arriba. Ana ha aprovechado que en julio vienen menos clientes para hacer un poco de limpieza.

—Teresa, ¡qué bien que hayas venido! ¿Me ayudas? —le pregunta subiéndose a una escalera para sacar unas cajas de lo alto de una estantería.

—¡Pues claro! Todo sea por mantenerme ocupada. Los nervios me están matando.

—Irá todo bien, ya lo verás.

Teresa cierra la puerta y va hacia las estanterías. Entonces, suena el trueno.

Ángel está sentado en una terraza de Barcelona. Su hija ha ido a pedir dos cafés. Tanta dedicación por su parte le pesa, sabe que está muy ocupada y que debería volver al trabajo. La pobre se está volcando en hacerle sentir mejor, pero él no consigue animarse. Ella no entiende que no ha perdido solo a un gran

amigo, se ha ido lo que le unía a esa otra familia que ha formado en Madrid. ¿Y si ahora lo dejan de lado? Él no quiere mudarse a Barcelona, le gusta su rutina y le encanta su barrio. Luego se regaña por ser tan pesimista y pensar siempre de más. En el grupo todos le tienen cariño, no lo debe dudar. Su hija, bendita sea, llega con los cafés y una de esas pastas que sabe que le encantan.

—¿Qué hora es, querida?

—Las cinco y diez pasadas, papá. Anda, cuéntame otra vez lo de tu vecina.

El cielo también está oscuro en Asturias. Carlos vuelve a casa del supermercado justo a tiempo para responder al teléfono.

—Hola, papá, soy Nacho.

—Nacho, hijo, ¿qué tal?

—Todo bien, papá. Oye, estoy aquí con una persona que te quiere saludar: te la paso.

—Ah, muy bien, vale.

—¿Carlos? Soy Adela.

Carlos apoya la bolsa de la compra en el suelo y se deja caer en la banqueta que está justo al lado del teléfono.

—Adela.

Lo repite despacio. Una sola palabra, mil sensaciones.

En Milán, Fabia sale de correos. Acaba de enviar a Meghan, la asistente de la editora de Adela, una caja de *biscotti*. El último encuentro con los compañeros de Adela la dejó tocada y espera que este detalle arregle un poco las cosas. Hoy, además, ha estado en una librería y se ha comprado todas las novelas de su nuera. Gayle tiene razón, debería sacar tiempo para leerlas. Ha vuelto de este último viaje un poco inquieta. ¿Seguirán enamorados Adela y Michele? Su mayor miedo es que un día ella se canse y deje a su hijo. Su marido la abandonó hace ya 45 años y no hay día en que no se despierte sintiendo encima una tonelada de soledad. Pero, al menos, ella tiene recursos: amigos,

aficiones... Su hijo no se da cuenta, pero le resultaría muy difícil sobrevivir sin Adela.

A las 5.12, hora británica, Gianna y Félix se meten en un taxi para ir a la presentación de Adela. Gianna está molesta con su marido porque ha vuelto tarde del trabajo. Van a llegar demasiado justo y le hubiera gustado poder sentarse delante, sabe que para Adela es importante tener caras amigas cerca. Está preocupada por ella. Estos días no responde al teléfono y la última vez que cenaron en su casa, notó mucha tensión entre ella y Michele. Gianna sabe que Michele no lleva bien la fama de su mujer. Se lo confesó él mismo a Félix una noche, tras demasiadas copas. ¿Qué verá Adela en él? A ella le parece un perdonavidas insoportable y cada vez lleva peor esas quedadas a cuatro.

En Brighton, Lulu se da la vuelta en la toalla: le empieza a quemar la espalda. Saca el bote de crema de su mochila y se la echa por los hombros. Quiere pedir ayuda a Faye, pero su amiga está enfadada con ella porque dice que no está siendo buena compañía. ¿Y qué puede hacer si está agobiada? Le falta solo un año para decidir qué estudiar y todavía no tiene ni idea. No es como su hermano, que ha escogido Derecho solo porque se lo ha sugerido su padre. A Nicolò le daba igual cualquier cosa, él solo quiere ganar dinero. A ella, en cambio, le gustaría dar con algo que la apasione, algo que la haga sentir bien cada mañana cuando vaya a trabajar. ¡Ojalá tuviera un talento como el de su madre! Al pensar en ella siente un pellizco de ansia y de culpa. ¡Está tan rara estos días! ¿Qué le pasará? ¿Y quién será el tipo de las fotos que encontró? ¿Debería preocuparse? Seguro que no, parecían muy viejas. Además, su madre no es como su padre. A él sí que lo ve corriendo detrás de una falda, aunque le dé grima solo pensarlo. Se sienta en la toalla. La ansiedad no le da tregua. Faye se ha quedado dormida. Aprovecha la soledad para sacar

un cuaderno que lleva en su mochila. Lo abre y se pone a hacer lo único que consigue calmarla estos días: escribir poesías.

Nicolò mira el reloj: son las 5.12. La sesión ha durado más de una hora. Su amigo Hunk tenía razón, ahora se encuentra mucho mejor. Al principio le costó, le llevó un buen rato explicar a su terapeuta la sensación que lo invade cada vez que coloca las fichas en el tablero de juego. «Es como una si una voz me dijera: ahí, ahí, ponla ahí, ese es el punto justo», le confesó. Ella había asentido, como si ya hubiera escuchado eso otras veces. Ojalá venir aquí funcione, las deudas lo empiezan a angustiar. Eso sí, a ver cómo hace las tareas que le ha puesto. Lo de preguntar a sus padres si hay antecedentes familiares no va a poder ser. Todavía no está preparado para afrontarlos; mientras pueda ir pagando a los prestamistas, todo irá bien. Además, que él sepa la familia de su padre lleva en la abogacía desde siempre y cree recordar que en la de su madre eran todos pescadores o carpinteros. Vamos, que la única oveja negra aquí es él. Sale de la clínica sintiéndose un poco más ligero. El sol golpea fuerte. Se pone las gafas y vuelve hacia el campus.

Gayle entra de nuevo en el taxi.

—Señora, no podemos estar aquí más tiempo.

El hombre tiene razón. Llevan ya más de media hora delante de la puerta de Adela. Pero ella no se rinde.

—Un momento, por favor, solo dos minutos.

Abre la ventanilla para que entre aire. Durante unos segundos, se concentra en el respiro. «Intenta calmarte, Gayle, seguro que hay una explicación y Adela está bien.» Vuelve a sacar el Nokia del bolso y llama a Michele por quinta vez. «Si vuelve a dar apagado, llamo a los bomberos para que tiren la puerta», piensa.

—¿Hola?

—¡Michele, te he llamado mil veces!

—¿Gayle? Perdona, estoy en Heathrow, acabo de aterrizar.

¿Va todo bien?

—No encuentro a Adela.

—¿Cómo que no encuentras a Adela? ¿No empieza en nada la presentación? Yo me subo ahora a un taxi y voy para allí.

—No responde al teléfono desde esta mañana. Estoy delante de tu casa. El coche está, pero no me abre la puerta.

—¡Vete a la casa de al lado, el número 38! La vecina, se llama... Espera... ¡Green, señora Green! Ella tiene llaves. Voy para allá.

Gayle cuelga y corre hacia la casa.

Meghan tiene el presentimiento de que algo va mal. Han llamado a Adela más de diez veces y solo faltan cincuenta minutos para que se abran las puertas. Si esta presentación se va al garete puede decir adiós a su bonus de verano. Gayle debería haberlo previsto, todos en el equipo la avisaron de que Adela estaba rara. Aunque la verdad es que ella también tiene un poco de culpa, tendría que haberle contado lo que pasó en el baño de Hatchards. El caso es que cuando Gayle está estresada se vuelve todavía más exigente y Meghan eligió no preocuparla: ahora se arrepiente. Jane entra en el despacho:

—Si quieres que hagamos un cartel para la puerta de la universidad nos tenemos que poner ya.

Meghan decide que es mejor prevenir. Con un poco de suerte, lo acabarán tirando.

—Sí —le responde—. Poned que se cancela por motivos ajenos a la editorial y que en breve habrá una nueva fecha.

El teléfono suena: es John.

A las 5.12 John empuja la puerta de la Universidad de Bellas Artes y hace pasar a Elizabeth Gille, la escritora que acompañará a Adela. Tiene cincuenta minutos para cumplir su misión. Gayle había sido clara: «Es importante que Elizabeth se enamore del equipo, en dos semanas tengo la reunión con su agente y la

quiero en el catálogo.» No sabe qué está pasando con Adela, pero, desde luego, por él que no quede: piensa darlo todo para que la Gille salga de allí contenta.

—¿A qué hora llega Adela? —pregunta Elizabeth, sacando unos papeles de la bolsa de tela que lleva al hombro—. Tengo un par de dudas que me gustaría consultar con ella.

—En breve estarán aquí —miente John—. Mientras, ¿por qué no vamos hacia la zona de cáterin y nos tomamos un té?

John la deja con una de las azafatas y sale al pasillo para llamar a Jane.

—¿Alguna novedad? ¡En la calle hay ya unas cien personas! —le suelta nervioso en cuanto ella responde.

Emma mira el reloj, son ya las 5.12. Calcula que Charlotte lleva dos horas llorando. Levanta el teléfono para llamar a Adela, necesita que le diga el nombre de la crema que ponía en las encías a Ludovica cuando le dolían los dientes. Marca el número, pero no contesta nadie. Después recuerda que hoy tiene la presentación. «Ojalá se llene y vaya todo fenomenal», piensa. El otro día no la encontró bien, la verdad es que salió del Palace un poco asustada. Duda que lo que tiene sea simplemente menopausia, pero no quiso insistir más. Al final no deja de ser su antigua jefa, no quiere entrometerse. Viste a Charlotte para bajar a la farmacia, a lo mejor el aire la calma un poco y seguro que tienen alguna crema que pueda funcionar. «Mañana llamo a Adela para volver a quedar», se promete. La quiere como si fuera una tía y le preocupa que esté mal.

En el Whittington Hospital el reloj de pared marca las 5.12 cuando Tessa, la enfermera, gira la página del periódico. La foto que encuentra le suena. Lee la noticia y luego hace girar su silla. Detrás está la doctora, haciendo unas fotocopias.

—Oiga, doctora Bhatt, ¿esta no es la mujer que estuvo aquí el día del partido? ¿El martes? ¡Ya decía yo que su cara me sonaba!

Nithya, la neuróloga de urgencias, mira por encima el

periódico.

—Puede, sí.

—¿La que tenía visiones borrosas?

—Tessa, eso es confidencial —le advierte Nithya—. No se te ocurra ir contándolo por ahí.

—¿Y a quién le importa? —Tessa ríe—. La tipa es una escritora, no Geri Halliwell.

Nithya se acerca más al periódico, le ha entrado curiosidad. «Adela Ferri, la escritora que ha conquistado a millones de lectores, presenta hoy su nueva novela.» Observa la foto. Es guapa, sí. Ahora no recuerda bien su caso, esa noche acabó siendo una locura. Le suena que no era nada, la clásica privilegiada que se ahoga en un vaso de agua.

—¡Hay que preparar los tanques! ¡Hoy es el día!

—¡Charlie! ¿Ya por aquí? ¿No es muy temprano para iniciar la guerra? —Tessa, por una vez, se alegra de verlo. La noche del partido unos borrachos lo patalearon en la calle. Menos mal que se había tumbado al lado del hospital y un taxista les paró—. Vamos a controlarte esa venda, ¿sí? ¡Pero el carro tienes que dejarlo fuera!

—¡Si lo abandono nos quedamos sin municiones, mi capitán! —protesta él, abrazándose al manillar.

—«Oh, capitán, mi capitán, *carpe diem*» y blablablá, Charlie. ¡Pero el carro se queda fuera!

En cuanto Michele enciende el teléfono, suena. Han aterrizado con más de diez minutos de retraso, son ya las 5.12. No conoce el número, pero responde.

—¿Hola?

Es Gayle. Michele se asusta, es la primera vez que lo llama. Deja la bolsa de viaje en el suelo y se para donde está, en medio del pasillo de la terminal. Los pasajeros que van detrás de él lo sortean resoplando, está interrumpiendo el flujo de salida.

—¿Cómo que no encuentras a Adela?

Intenta entender lo que le está diciendo Gayle, que le habla muy alterada. Richard, su socio, lo alcanza. Se había quedado rezagado un poco más atrás.

—¿Qué pasa? —pregunta con los labios a Michele.

Él no le responde. Necesita recordar cómo se llama la maldita vecina, Gayle quiere llamarla. Desde el megáfono se oyen instrucciones para un embarque. Michele se tapa la otra oreja con la mano.

—¿Va todo bien? —le pregunta Richard, preocupado, en cuanto cuelga.

Michele lo mira, confuso.

—No sé. —Se echa el pelo para atrás y apoya la otra mano en la cintura—. Al parecer no encuentran a Adela.

—¿Cómo que no la encuentran?

—Parece que está dentro de casa. Su coche, por lo menos, está. Pero no contesta.

Richard tiene un feo presentimiento. Su prima cayó fulminada el año pasado de un ataque al corazón y tenía solo 42 años.

—Seguro que no es nada —dice levantando la bolsa de Michele del suelo—. Vamos a coger un taxi.

Los dos echan a correr. Michele siente que la culpa se está instalando en su interior con cada zancada. Parece decirle «¿Qué te parece si me mudo a vivir contigo?».

Tras pasar una noche con su madre, Florence vuelve a casa y aparca el coche. Las náuseas, hoy, la están matando. Apaga el motor y permanece unos segundos quieta, la cabeza apoyada en el volante. ¡Ojalá pudiera quedarse a vivir ahí, en esa burbuja aislada, sin pensar en nada ni en nadie! Pero el bebé le oprime el estómago y necesita tumbarse con un té y una tostada. Sale del auto y va hacia el portal. «Ánimo, Florence», se dice. «Ya solo queda un día.» Se ha prometido a sí misma que mañana, con Michele y Richard ya de vuelta en el despacho, lo contará todo. Tanta intranquilidad no es buena para el bebé y, además, es

ridículo esperar más: antes o después se van a enterar.

Sube las escaleras repasando el discurso que piensa decir a Michele: «Cariño, tenemos que hablar. ¿Recuerdas cuando viajé con Richard a Lyon, para ayudarle en la reunión?» Puede que sea mejor quitar el «cariño». «Michele, tenemos que hablar.» Sí, mejor un tono solemne que lo vaya preparando desde el principio.

Cuando entra en casa, el corazón le da un vuelco. Encima de la mesa hay una bolsa que no es suya.

—¿Michele? —llama.

Pero la casa está vacía. El reloj de la cadena musical marca las 5.12. Michele y Richard acaban de aterrizar.

—¿Hola? —El gato se le acerca y maúlla. Florence intenta cogerlo en brazos, está asustada y busca algo que le dé seguridad. Pero el animal se escabulle y se aleja.

Florence se acerca a la mesa. Es una bolsa antipolvo de una marca muy cara, está cerrada con un cordón. La abre: dentro hay un bolso. Es su modelo favorito y recuerda habérselo dicho a Michele. Cuando lo mira mejor, el corazón le salta de nuevo. Tiene grabada la inscripción FUCK YOU. Lo levanta y nota que está lleno de cosas. Al abrirlo descubre un montón de objetos de su casa: los mandos del aire acondicionado, de la cadena musical, tampones, tijeras, hay hasta un paquete de preservativos.

Florence se sienta en el sofá, intentando controlar la respiración. «Así que Michele está al tanto», piensa. ¿Quién se lo habrá dicho? Richard todavía no sabe que está embarazada. De repente le viene a la cabeza la oreja asquerosa que encontró en el buzón la semana pasada. Entonces pensó que era una broma de mal gusto del hijo de su vecina, la azafata: es un gamberro que siempre se mete en líos. Pero ahora lo ve claro: «Richard se lo dijo», deduce. ¿Por qué no iba a hacerlo? Él no tiene ni idea de que lleva un año viéndose con Michele y seguro que ha querido presumir. Se lo imagina en el pub, tras tres o cuatro

cervezas: «Oye, Michele, ¿sabes que llevo dos meses acostándome con tu secretaria?»

Por la cabeza de Florence desfilan varias emociones, una detrás de otra, como soldados. Vergüenza al qué dirán, miedo a quedarse sin trabajo, soledad. Pero al final, un poco rezagada, aparece una sensación que se le planta delante y tapa todas las demás. Tras tantos meses viviendo entre engaños y mentiras, Florence siente, sobre todo, un profundo alivio.

Marta

1. Por la mañana Marta pide a Alicia, una compañera del museo que trabaja en la tienda, que le deje ayudarla con el inventario del mes. Casi no le queda correspondencia pendiente y nada le gusta más que contar postales, calendarios y libros. Alicia le entrega una caja con imanes de *Madre*, una de las obras estrella del museo.

—Controla que queden suficientes, ya sabes que en julio se venden muchísimos. Necesitamos por lo menos doscientos.

Marta se sienta en una banqueta. Están encelofanados en grupos de diez. Hay 230. Lo apunta en la caja y después repasa cuántas láminas quedan de la última exposición. Cuando ha terminado sube a su puesto para revisar el correo del día.

2. Sobre las dos vuelve a casa. Hoy va contando las veces que tiene que cruzar para ir por la sombra, hace mucho calor. Cuando alcanza el quiosco de Antonio, le pide su nuevo número de *Muy Interesante*.

—La tengo aquí separada, con tu Sugus de piña. —Sonríe él, entregándosela.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Pues descubrirías muchas menos cosas interesantes, eso seguro —responde Antonio guiñándole el ojo.

3. A las cuatro Marta sale a dar una vuelta con Chusca. Todavía hace demasiado calor para poder pasear con calma y vuelven veinte minutos más tarde. Está enfadada con ella, hoy casi se le escapa.

—¡No puedes salir disparada así del portal! —la regaña mientras le quita la correa.

La perra sonríe, beata, y en cuanto se libera corre a la cocina a beber agua.

Marta se sirve una limonada. Hace mucho bochorno, está a punto de llover. Enciende el ventilador y se sienta en el sofá con la revista. «Cómo será la familia del siglo XXI, pone en la portada. «Qué pesadez con el nuevo siglo», piensa. «Seguro que hablan de móviles y ordenadores y qué sé yo.» Lee un artículo sobre el Everest y otro sobre el coma. No son temas que le apasionen, pero agradece que no haya ni una sola página dedicada al Mundial. Termina la limonada y abre el caramelo. Se lo mete en la boca y, cuando extiende el papel con la uña para ver si pone diez veces Sugus, se da cuenta de que hay algo escrito en el interior:

PÁG. 18
V.

Marta lanza el envoltorio instintivamente, como si hubiera tocado un bicho. Luego se levanta y lo recoge del suelo. Las manos le tiemblan un montón. ¿Qué está pasando? Agarra nerviosa la revista y busca la página 18.

«12, 15... ¿Dónde estás, dónde estás?»

En la página 18 encuentra un artículo titulado «Catedrales del tercer milenio» que habla de rascacielos.

«¿Edificios? ¿Qué quieres decirme, V.?»

Marta está hecha un lío.

Entonces recuerda la plantilla que encontró en la iglesia de Santa Bárbara. Corre al colgador de la entrada y busca el sobre en su bolsa. Saca la cartulina y la coloca encima de la página 18. Sí, los agujeros se corresponden con letras que hay escritas debajo. A Marta le basta encontrar las diez primeras para anticipar el resto del mensaje, que lee justo cuando se oye el

primer trueno, a las 5.12:

«Si el afecto no puede ser igual, entonces que sea yo quien más ame.»
W. H. Auden

La cabeza le da vueltas.

—¡Nacho!

Al oír el nombre, Chusca se levanta y se le acerca. Marta la acaricia, riendo.

—¿Tú lo sabías, Chusca?

La perra ladra, contenta como siempre.

—¡No me digas que lo sabíais todos!

Marta se deja caer en el sofá. «V.» Claro, ¡cómo pudo olvidarlo! La primera vez que fueron juntos al videoclub él quiso alquilar un VHS de la serie V. y ella se había burlado. «Esa serie es una idiotez», le dijo. Nacho, muy serio, pasó media hora explicándole que era la mejor serie para los que se dedicaban al sonido. «Tiene mil mensajes escondidos», le había dicho. «¿Sabías que la nave, cuando se mueve, forma el sonido de la letra V en Morse? ¿O que la tensión se marca con la V sinfonía de Beethoven?» Durante mucho tiempo Marta le tomó el pelo con eso, ha sido una tonta por no recordarlo.

Se levanta de nuevo, sin saber muy bien qué hacer. La excitación la ha acelerado, tiene mil preguntas y está sintiendo 27 cosas a la vez.

4. Agarra las llaves y sale a la calle. Está diluviando y ha olvidado el impermeable, pero no lo nota. Sube la calle Génova gritando:

—¡Antonio! ¡Antonio!

Su vecino, aislado entre la lluvia y el toldo del quiosco, no la oye llegar. De repente se la encuentra delante. El pelo empapado, pegado a la cara, los ojos brillantes y una sonrisa inmensa.

—¡Antonio! —exclama, enseñándole el Sugus—. ¡He encontrado el premio!

Mary

Y llega de nuevo el alba. Mary, una vez más, afronta la furia del viento de babor, que la recibe en la cubierta golpeándole la cara. Hoy el cielo está tan negro como el océano. Los guardianes han colocado antorchas para iluminar la fila y todos avanzan, como cada día, al ritmo lento de las olas que sacuden la nave.

Un, dos. Un, dos.

Mary coloca un pie delante del otro. Tiene la sensación de no estar dentro de su cuerpo, de que ese amasijo de carne y huesos ya no es suyo. Su alma habita en algo ajeno a ella, una marioneta que se mueve a la merced de quien maneja sus hilos invisibles.

De pronto, un estrépito insólito embiste la nave. Es algo nuevo allí, al menos para Mary: un trueno. Su rugido cubre los aullidos de los condenados. El cielo rompe a llorar, apagando las antorchas. Envuelta en la oscuridad, Mary escucha algo. Durante unos segundos cree que el sonido viene de la persona que camina detrás de ella, pero luego se da cuenta de que quien le habla es su voz interior. No la ha reconocido porque el susurro que le llega es un coro de voces: distingue la de Oliver, la de sus padres, Sally y vecinos y amigos de Hornsey. Repiten, todos juntos: «Salmo 51.2.»

El agua le resbala por el rostro y le pega el camisón. Rebusca en su memoria y recita el salmo: «Lávame de toda mi culpa y límpiame de mi pecado.»

Lo declama lentamente, intentando asimilar su mensaje. Mary

siente el abrazo de su tribu interior y el frío deja su cuerpo. Recibe el perdón de quien la ha amado y tras él llega, al fin, la propia absolución. La serenidad se abre paso y trae consigo el regalo de la levedad. Abre los ojos y mira al cielo, que empieza a abrirse. De su alma brota, ahora, una poderosa fuerza interior.

Sale de la fila y echa a correr. Un soldado intenta atraparla, pero ella escapa. Al llegar a la proa agarra una de las piedras y se encarama a la roda.

«¡Yo soy Mary Hessler!», grita a la oscuridad.

Se abraza con fuerza a la roca y salta. Va hacia lo único que le importa: alcanzar un destino que sea solo suyo. Su cuerpo rompe el agua. La lluvia cesa. Solo se escucha el sonido de los tripulantes, que siguen avanzando.

Un, dos. Un, dos.

Nota de la autora

Aunque *No tocarás* es una obra de ficción, se basa en los siguientes sucesos históricos:

—Entre 1915 y 1918, el gobierno británico llevó a cabo redadas por el país para detener a todos los ciudadanos de procedencia alemana: 17.000 fueron encerrados en el Alexandra Palace. Algunos pasaron toda la guerra allí y otros fueron llevados desde el Palace hasta la Isla de Man, donde permanecieron hasta que se firmó la paz.

—El personaje del padre Baker está inspirado en monseñor Thomas John Capel, sacerdote católico que, en los años en los que discurre la novela, era párroco en Kensington y abusó de, al menos, dos jovencitas: Mary Stourton y la doncella de su amante oficial, la señora Bellew. Se creó una comisión para estudiar estos casos que le impuso el exilio en Estados Unidos, donde, poco después, fue excomulgado. Capel falleció en California como consecuencia de su alcoholismo.

—En el siglo XVIII los puestos de venta de ostras podían encontrarse en cada esquina de Londres (solo en el año 1864, en la ciudad se consumieron 700 millones). Era un alimento barato y se utilizaba como sustituto de la ternera en sopas y estofados. Su captura y distribución generaba 120.000 empleos en el país. A mitad del siglo XX, y como consecuencia de la sobrepesca, el molusco empezó a disminuir. En 1964 solo se recolectaron tres millones en toda la costa británica y el gobierno introdujo una variedad japonesa en las aguas para paliar el problema.

—El 18 de mayo de 1968, 6.000 estudiantes se reunieron en la entrada de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad Complutense de Madrid para asistir al recital del cantautor Raimon. El evento fue impulsado por Arturo Mora, estudiante de Ingeniería Industrial, y por Marta Bizcarrondo, futura historiadora y entonces delegada de Actos Culturales de la facultad, ambos integrados en el Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Madrid (SDEUM).

—A partir de 1941, la Dirección General de Seguridad (organismo español dependiente del Ministerio de Gobernación y responsable de la política de orden público) tuvo su sede en la Real Casa de Correos, situada en la Puerta del Sol de Madrid. Sus sótanos subterráneos albergaban prisiones, donde se detenía y se torturaba a miembros de la oposición clandestina al régimen.

—En el siglo V un texto de San Agustín sostenía que los niños muertos sin bautizar iban al infierno. A partir del siglo XIII la Iglesia Católica empezó a hablar del limbo como el lugar «donde los niños no bautizados estarían privados de la visión de Dios, pero no sufrirían, ya que no lo conocían». En 2006 la Comisión Católica Internacional decidió eliminar el limbo, al considerar que reflejaba una «visión excesivamente restrictiva de la salvación». No existe, en cambio, una edad mínima para entrar en el infierno. La Iglesia habla de «tener o no conciencia de que se ha cometido una falta» como único requisito para merecer la condena eterna.

—Joaquín Sorolla expuso por primera vez en Londres en 1908, en las galerías Grafton. La experiencia fue un fracaso en cuanto a ventas, pero resultó positiva a largo plazo porque allí conoció a Archer Huntington, fundador de la Hispanic Society de Nueva York. Gracias a él, Sorolla recibió los encargos más importantes de su carrera.

—El 9 de junio de 1873 un incendio destruyó el primer Alexandra Palace. Ese día se celebraba en sus salas una gran exposición dedicada a las cerámicas y porcelanas inglesas. Más de 4.700 piezas desaparecieron entre las llamas. La mayoría pertenecían a la fábrica Copeland Spode, que perdió en el accidente buena parte de su historia.

—El Cifrado de César, o cifrado por desplazamiento, es uno de los métodos de codificación más antiguo y conocido. Julio César lo utilizaba para proteger sus mensajes militares (casi siempre con desplazamiento de tres espacios), y de ahí su nombre. Su uso se popularizó en Inglaterra durante el siglo XIX porque se puso de moda entre las parejas publicar mensajes de amor cifrados en la sección de anuncios personales del diario *The Times*. En 2006 volvió a hablarse de este cifrado cuando la policía italiana arrestó a Bernardo Provenzano. El *capo* de Cosa Nostra llevaba 43 años desaparecido y fue precisamente un *pizzino* (un papelito con un mensaje cifrado) lo que llevó a su captura. En el refugio de Corleone, el pueblo siciliano donde lo encontraron, había una máquina de escribir y cientos de *pizzini* que el *capo* usaba para comunicarse con amigos y familiares.

Estos son los mensajes que se intercambia Marta a lo largo del libro:

6 PIWIW IWGVMFMIQHS. ¿LSVE HI ZIVQSQW?
6 meses escribiendo. ¿Hora de vernos?

FQU ÑCU FQU UQO = EWCVTQ
Dos más dos son = cuatro

CWFGO
Auden

MS BZIAXPM UCUKI MA TWZBIS AP IUBMA KWSWKIA CUI ZML
El traspié nunca es mortal si antes colocas una red

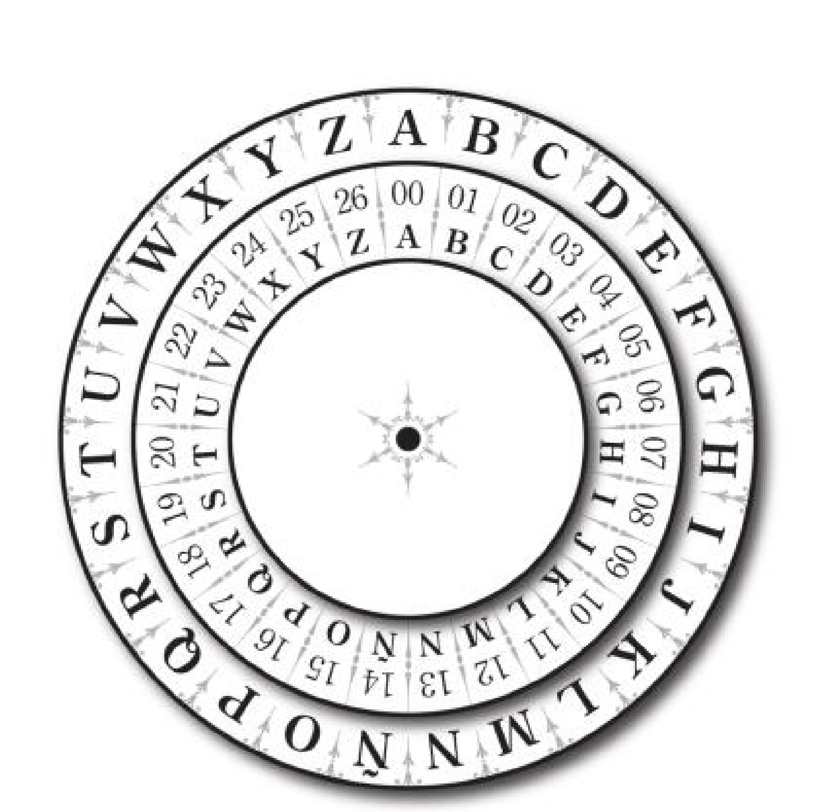
DGULDP
Adrián

WRODV
Tomás

OE WIRS XMIQI ZSD HI TEXS
La seño tiene voz de pato

¿VKGOGU ÑKGFQ? VGOIQ NC UQNWEKQO
¿Tienes miedo? Tengo la solución

HCTQNC 53
Farola 53



A B C D E F G H I J K L M N Ñ O P Q R S T U V W X Y Z
A B C D E F G H I J K L M N Ñ O P Q R S T U V W X Y Z
00 01 02 03 04 05 06 07 08 09 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26

Agradecimientos

Siento un profundo agradecimiento hacia Sigrid Kraus, por confiar en mí desde el primer día y arroparme en todo momento. Es un honor para mí considerarla una amiga.

Agradezco también al equipo de Salamandra y Penguin Random House: Anik Lapointe, Pilar Reyes, Gerardo Marín, Claudia Cucchiarato, Virginia Capellas, Eva Armengol y, en especial, a Manel Martos por editarme «con todo el cariño» y José Rafoso por su ánimo y positividad constantes.

Gracias a mi familia por apoyarme siempre y a los amigos que me acompañaron durante el proceso. Os debo tanto.

Querido Mincho: viva la ambición.

Tres mujeres excepcionales unidas por sentimientos universales, tres destinos entrelazados. Por la creadora del pódcast *Gabinete de curiosidades*



¿Qué sucede cuando decidimos desafiar a nuestro propio destino? ¿Cambia solo nuestra vida o condicionamos también la de otros, como si fuéramos fichas de un dominó? *No tocarás* cuenta el viaje interior de Mary, Adela y Marta, tres mujeres separadas en el tiempo y el espacio —desde la Inglaterra de 1800 hasta el Madrid de 1998—, pero unidas en su recorrido vital. ¿Cuál fue el pecado que condenó a Mary? ¿Quién escribe mensajes cifrados a Marta y por qué? ¿Qué pasa con Adela, una escritora famosa a punto de perder el juicio?

Bellas, emotivas y con finas reflexiones sobre la vida de las mujeres, estas tres historias entrelazadas nos demuestran que estamos todos unidos y que, a veces, basta cortar un hilo para que el mundo se desmorone a nuestro alrededor.

La crítica ha dicho:

«La Malcolm Gladwell española».
El País

«Una narradora magistral».

Forbes

«Una autora valiente y excepcional».
Telva

«Una maestra en el arte de hilar historias y enganchar al público».
La Voz de Galicia

Nuria Pérez nació en Galicia e inició su vida laboral entre Milán y Londres, donde trabajó como directora creativa en agencias de publicidad. Sus campañas han sido premiadas en los festivales de Nueva York y Cannes. Actualmente crea y dirige proyectos sonoros como «Gabinete de Curiosidades» (cuatro temporadas, 2019-2022), uno de los pódcast narrativos en español con más audiencia y mejor valorados en los últimos años.



Primera edición: mayo de 2024

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Ilustración del interior de Pepe Medina
Fragmento de la canción incluida en el capítulo ‘Adela’:
The Rockafeller Skank
Written by Winford Terry, John Barry, Norman Cook
Published by Robbins Music Corp Ltd; Gold Forever Music, Inc.
Rights administered by Sony Music Publishing
Rights administered by Universal Music Publishing-Hal Leonard Europe Ltd.

Cita de Susan Sontag incluida en capítulo ‘Marta’:
© 2003, Susan Sontag, utilizada con permiso de The Wylie Agency (UK) Limited.
Discurso de graduación pronunciado por Susan Sontag en Vassar College en 2003.

Ilustración de la cubierta: © Silja Goetz

ISBN: 978-84-19456-53-3

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Índice